

MARIÓN  
MARQUEZ

*Mia en*  
SILENCIO

CONFESIONES EN LA NOCHE 2



MÍA EN SILENCIO

Confesiones en la noche 2

MARIÓN MARQUEZ

Copyright © 2015 Marión Márquez

Correcciones: Joselyn Chaves

Diseño de portada: Marión Márquez.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora, o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

[www.marionmarquez.weebly.com](http://www.marionmarquez.weebly.com)



# ÍNDICE

## ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

EPÍLOGO



*A todos los que me apoyan e impulsan a seguir cada día.*

« El amor no se busca por amor ni por placer o temor, pero da vida sin celo y nos concede el cielo en la desesperación del infierno» .

WILLIAM BLAKE, Canciones de experiencia.





## Inglaterra, 1837

Francis estaba exhausto, harto de todo. De sus obligaciones, del clima, de sus vecinos de siempre y las fiestas a las que estaba obligado asistir cuando estaba en casa. De la sofisticada gente de Londres, de las fiestas de Londres, de las debutantes, de las madres de las debutantes, de las amantes demandantes. De su cuñado. De su hermana —aunque a ella le perdonaba todo—. Pero, sobre todas las cosas, estaba cansado de su madre. Francis Laughton amaba a su madre y daría la vida por ella, pero últimamente se estaba convirtiendo en alguien intolerable.

*Él necesitaba una esposa, y Annabeth no dejaría de recordárselo un solo día de su vida.*

Era por eso que había vivido los últimos meses en la residencia solariega de Thornehill, junto a su hermana, su cuñado y su pequeño sobrino Jacob. Convivir con Joseph era mucho menos agotador que soportar a Annabeth y los que vivían en su casa, quienes habían hecho un hábito el mencionar por casualidad lo ansiosos que estaban por tener una nueva señora en la mansión, alguien que relevara a la Condesa viuda de sus obligaciones. Aunque eso era cierto a medias, a Annabeth le encantaba repartir órdenes y organizar todo, todo el tiempo.

Su cuñado no se había mostrado muy feliz al principio, pero había terminado por resignarse a que él no se iría pronto. Y eso mismo había sucedido; Francis había permanecido ahí en el último mes de embarazo de Emmie y un mes más luego del nacimiento de Jacob.

Ahora se encontraba en la entrada de Beckford Manor, la recién heredada propiedad de su buen amigo Granville Winn, quien siendo hijo segundo de un Barón, había adquirido por sorpresa el título de vizconde por parte de un fallecido primo lejano. Fran tenía conocimientos, práctica y los amigos necesarios para ayudarlo a amoldarse a su nueva posición y, por supuesto, muchas ganas de retrasar el regreso a su propia casa.

Alejándose del carruaje en el que había llegado, caminó en dirección a la puerta de entrada mientras observaba sus alrededores. No sabía si era su impresión o todo estaba un poco descuidado. Desprolijo... Rozando lo desastroso.

Golpeó la puerta con poca fuerza, pensando que si esta estaba en las mismas deplorables condiciones que el jardín delantero pudiese llegar a caerse. Un joven abrió a los segundos.

—Milord. —Saludó con una leve inclinación.

—Buenas tardes. —Sonrió—. Soy Lord Welltonshire y estoy aquí para ver a Lord Beckford.

—Por supuesto, milord. Adelante, por favor —musitó el muchacho, al que la librea le quedaba grande. ¿Sería el mayordomo? Se veía muy joven para ser uno, y por la forma en la que actuaba carecía de la experiencia y la preparación que debería tener—. Lord Beckford está con su abogado en el despacho. Puede esperar por él en el salón blanco, o si lo desea puede subir al cuarto que han dispuesto para usted, a descansar.

—Prefiero el salón.

—El salón blanco, milord. —Indicó asintiendo y señaló con un brazo extendido hacia una puerta ancha, a un costado de donde se encontraban—. ¿Puedo ofrecerle algo más? ¿Té, galletas?

—Sería perfecto, gracias.

Fran cruzó el umbral de la ancha puerta del llamado salón blanco abstraído en sus pensamientos. Su madre repetía que era de muy mal gusto andar siempre tan distraído y desatento a todo, pero era algo que no podía evitar y que tampoco le había dado problemas en su vida. Sin prestar atención a nada, su mirada se paseó por los rincones a medida que se acercaba a los sillones que había en el centro del salón. Se sentó y estiró las piernas, dejándose caer por completo en el respaldo. Y nada pudo impedir que un silbido de confort y desahogo escapara de sus labios cuando su cabeza estuvo bien cómoda sobre los almohadones traseros y, para disfrutarlo mejor, decidió que cerrar los ojos era una buena opción.

Los viajes en carruaje podían ser agotadores. Él prefería viajar a caballo, pero las circunstancias y el equipaje no se lo habían permitido. Y ni el coche más lujoso de Londres evitaba que fuese un suplicio pasar horas sentado. No para alguien tan activo como él.

—¿Milord?

El Conde abrió los ojos de golpe y estuvo a punto de caer del sofá cuando vio la imagen que se presentó ante sus ojos. Sacudió la cabeza y pestañeó varias veces para asegurarse de que no estaba teniendo una pesadilla. Las cejas de la anciana, canosas al igual que su cabello, se alzaron en un gesto de censura y Fran no tuvo más opción que obligar a su cuerpo a terminar de reaccionar y ponerse de pie con agilidad.

—Usted parece un hombre bastante distinguido como para no poseer los modales básicos, señor.

Oh, por favor. Tenía que ser una mala broma, ¿de dónde había salido esa mujer? ¿Era una de esas terribles bromas que le gustaban hacer a Granville?

—Mis disculpas, señora —musitó reuniendo paciencia. Se tomó el tiempo para examinar a la mujer que, por las ropas viejas y gastadas, no podía ser más que una empleada—. ¿Puede explicarme de qué forma la he ofendido, por favor? El mayordomo me ha informado que puedo esperar aquí a Lord Beckford.

—Ese niño que juega a ser el mayordomo nunca tiene idea de nada, el muy zopenco. —Se quejó, y sacudió una mano en un gesto que Francis creyó divertido dada la escasa altura de la mujer—. Pero eso no lo excusa a usted de ser tan desconsiderado. Debería de haber pedido permiso al entrar o al menos saludar. ¿No le han enseñado cómo actuar frente a una dama?

Sin remedio, los ojos de Francis quisieron desviarse en busca de la dama en cuestión. La anciana soltó un jadeo de desaprobación y negó con la cabeza. Francis estaba desconcertado y seguía sin encontrar a la dama. Dudaba que esa mujer estuviese hablando de ella misma en tercera persona. ¿Y por qué lo trataba tan mal?

—Disculpe, señora. —No alcanzó a terminar la frase, una joven pareció materializarse a su costado, casi en la otra punta de la sala. ¿Habría estado sentada en algún

rincón que no se había percatado de su presencia antes? ¿Cómo era posible?—. Oh, milady, disculpe.

Sonaba confundido, pero no podía evitarlo. La situación era tan extraña como la joven, quien se movía muy despacio, con la cabeza gacha; no era capaz de ver su rostro, lo que no hizo más que intrigarlo. La señora mayor se interpuso entre ambos cuando la señorita estuvo a pocos pasos de él. No lo dejó acercarse más, y volvió a dedicarle una mirada fulminante. ¿Y ahora qué había hecho mal? Contuvo un suspiro, acostumbrado a que las mujeres, dícese su madre y su hermana, gustaran de regañarlo.

Entonces, sus ojos se posaron sobre la muchacha que se había aproximado. Él era un apasionado en cuanto al sexo contrario se refería, y le gustaba apreciar la belleza de una mujer aunque fuese de lejos. Su pasado y los errores de su padre, que lo perseguían en cada momento de su vida, le habían enseñado a valorarlas, estimarlas por sobre todas las cosas. A causa de sus viajes, había conocido a muchas mujeres diferentes, todas ellas especiales a su manera, pero la que tenía frente a él era, sin duda alguna, una belleza inglesa. La mitad de su cabello dorado estaba recogido y lo demás caía por detrás de su espalda, con unos mechones por delante. Su vestido no era la gran cosa, más bien parecía viejo y lejos de toda moda impuesta en Londres, de un color verde agua y con poco vuelo.

Caminó hacia ella, se plantó delante e ignoró la mirada de desaprobación de la anciana. ¿Por qué no lo miraba? Deseaba ver sus ojos, pero ella se negaba o temía levantar la vista.

—Soy Francis Laughton, Lord Welltonshire, milady.

—Lord Welltonshire. —Asintió la mujer mayor—. Le presento a Lady Melanie Hefferman. Y yo soy la señora Hargraves.

El Conde esbozó su mejor sonrisa y dio un paso adelante, sin amilanarse por la que debía ser la carabina de la chica.

—Lady Melanie —musitó.

Tomó su mano con lentitud para besarla apenas. No usaba guantes y su piel tersa estaba fría. Si ella no la hubiese retirado tan rápido, habría podido comprobar si estaba temblando, aunque no tuvo más opción que quedarse con la duda. La joven realizó una breve reverencia y esperó de pie con las manos cruzadas por delante, la cabeza alzada y la vista fija en algún punto de su chaqueta.

Era preciosa, muy hermosa. A pesar de que sus grandes ojos celestes no brillaran y se mostraran apagados, perdidos, Francis no pudo evitar ser capturado como un niño. Ella sería un éxito en Londres, sin dudas. Se preguntó por qué no la había visto antes. ¿Habrían coincidido en alguna fiesta y no la había reconocido? ¿O es que jamás se habían cruzado? La primera opción era improbable, la recordaría, así que se inclinó hacia la segunda.

Fue a decir algo más cuando una voz conocida llamó la atención de todos.

—¡Francis! —exclamó Granville haciéndose presente en la sala. Siempre habían usado su nombre de pila. En lo posible, Francis prefería que no le recordasen de quién era hijo.

Se dieron unas palmadas en la espalda a modo de saludo, y su amigo se percató de la presencia de las mujeres. La señora Hargraves volvió a ponerse en posición de ataque, o eso le pareció a Fran.

Muy bien, se daban por enterados de que protegía a la muchacha, pero ¿era necesario estar tan a la defensiva?

—Señora Hargraves, Lady Melanie —saludó Gran con una mueca en su rostro: un intento de sonrisa que no llegaba a ser tal.

—Milord, nosotras nos retiramos. Cenaremos en la habitación, si no le molesta.

El hombre asintió, despreocupado.

—Como ustedes lo deseen.

Y sin más, se fueron.

Francis las contempló marcharse, viendo cómo se alejaban hasta desaparecer de su vista. Y fue recién entonces cuando reparó en que no había oído la voz de Lady Melanie ni una sola vez.



## CAPÍTULO 2

Granville lo invitó a seguirlo a su despacho para poder intercambiar unas palabras antes de la cena en la que, de nuevo, solo estarían ellos dos. Ese detalle no lo habría molestado de no ser por la intriga que le había causado aquella joven. No estaba acostumbrado a las mujeres que hablaban poco, mucho menos a las que no hablaban en absoluto. Solían pelearse por llamar su atención, y ella, que lo había tenido por completo disponible, no lo había mirado.

Dejó el tema de lado y observó a su amigo abrir la puerta del despacho. Gran era un excelente compañero, aunque estaba un poco perdido en la vida. Era bueno que con esa inesperada herencia ganase algunas obligaciones y se viese obligado a ser responsable si no quería problemas.

—Es bueno verte, Gran. ¿O debo decir Lord Beckford?

El aludido hizo una mueca.

—Todavía se siente extraño. No puedo acostumbrarme.

—Pues hazlo —dijo dándole una palmada en la espalda, y caminó por la habitación, inspeccionándola—. Aparte de las ventajas obvias, esto tiene un beneficio precioso. Tienes un hogar, es tuyo y nadie puede quitártelo. Si los abogados así lo anunciaron, no tienes por qué preocuparte. Ya no más depender de nadie.

Granville soltó una risa.

—Mi madre me ha enviado una carta esta mañana. Es increíble lo rápido que vuelan las noticias. Según ella y mi padre, dada mi nueva posición, debería traerme a alguno de mis hermanos menores y encargarme de su educación.

Francis, que estaba examinando las botellas de whisky, giró la cabeza para mirarlo.

—¿Y lo harás?

—No lo sé. Quiero decir, son mis hermanos ¿no? Sé que mi padre solo ve esto como una salida para reducir sus gastos, pero los niños no tienen la culpa. Aunque antes de tomar cualquier decisión tengo que comprobar cómo están las finanzas aquí.

—¿Has sacado alguna conclusión desde que llegaste? —inquirió sentándose detrás del escritorio—. Por lo que pude ver afuera, me pareció un poco descuidado. ¿No hay suficientes sirvientes?

—Has conocido a mi inusual mayordomo, tan joven. Tuve que elegirlo porque cuando llegué no había ninguno, al parecer el otro renunció hace tiempo. Están la cocinera, algunas doncellas y hay varios hombres en la casa y en el establo. Además de la horrible señora Hargraves, pero ella no cuenta, solo se ocupa de Melanie.

¡Eso tenía que ser!

—¿Quién es Melanie?

Francis se encontró más interesado en el tema que antes.

—¿No te lo conté en la carta? Creí haberlo mencionado. Melanie era la hija del vizconde anterior al último. Parece que murió hace algo de un año.

—Así que como parte de la herencia, te has ganado una mujer —compuso divertido.

Beckford formó una mueca, contrariado.

—Ni lo menciones. Ya las has conocido. Es muy bella, difícil de pasar desapercibida, pero es peor que todos los habitantes de este lugar juntos. Y no tengo idea de qué hacer con ella. El abogado me aconsejó buscarle un esposo lo más pronto posible, tiene una buena dote, es joven y hermosa, pero no ha sido presentada en sociedad, no conoce a nadie. Estoy seguro de que no ha salido de esta casa en mucho, mucho tiempo.

—O podrías tú casarte con ella —sugirió el Conde.

—Oh, no. Ella me odia.

—¡Vaya! —Rio levantándose de la silla—. Eres rápido. ¿Qué le has hecho en el poco tiempo que has estado aquí?

—Nada. —Se defendió levantando las manos—. Lo juro, pero desde que llegué, apenas me mira, y créeme que no miento cuando digo que no conozco su voz. Y esa maldita mujer que no se separa de ella no facilita nada. Pero no hablemos más de eso, cielo santo, me explota la cabeza con solo recordarlo.

—Los inconvenientes siempre son inesperados, Gran. Siempre habrá problemas en temas como estos.

Las cejas castañas del nuevo vizconde se alzaron y le apuntó con un dedo desde el sitio en donde se encontraba parado.

—No vas a darme un sermón, ¿no? Estás muy joven para eso. ¿O es que te afectó pasar tanto tiempo con Thornehill?

Francis soltó una carcajada.

—Qué Dios no lo permita. No me malinterpretes —dijo con más seriedad—, es muy bueno con mi hermana y su hijo. Si lo vieras, es increíble lo que el amor puede hacerle a un hombre.

Los ojos marrones de Granville reflejaron terror puro al oír sus palabras, lo que a Francis le trajo una nueva idea a la mente. Él sabía que tendría que casarse en algún momento, incluso cuando le rehuía a su madre o a quien que se lo recordara. Comprendía sus responsabilidades y las cumpliría... en algún momento. Sin embargo,

Granville nunca había tenido que preocuparse por eso. Era un segundo hijo, su hermano mayor heredaría el título de la familia, no tenía responsabilidades con ellos. Aunque ahora, si no quería que su título pasara a manos desconocidas o algún pariente lejano, las tendría

Lo miró con una sonrisa que a Gran le dio escalofríos.

—¿Qué?

—Solo pensaba —comentó poniéndose de pie— en tu futuro.

—¿Mi futuro? ¿Qué hay de divertido en eso?

—Que tú también tendrás que casarte pronto, amigo mío. Al final, tendrás que cumplir con tus obligaciones, como el hombre honesto que eres.

\*\*\*

Luego de cenar y beber una copa mientras discutían puntos acerca del estado de las tierras, Francis subió a dormir. No había vuelto a ver a la misteriosa joven y cuando cerró la puerta del cuarto que le habían asignado, supo que no tendría oportunidad de volver a hacerlo por esa noche.

El día siguiente amaneció soleado, podía apreciarse por la ventana de su habitación. Emmeline diría que era un día perfecto, y él estaba de acuerdo con ello. Caminó por el pasillo de la segunda planta, con tanta lentitud como si de forma inconsciente esperase encontrar algo, o alguien. Pero no encontró nada.

El joven mayordomo, que salía del comedor cuando él ingresaba, lo miró sorprendido, como si no lo estuviera esperando.

Fran sonrió de todas formas.

—¿Lord Beckford ya ha bajado?

El muchacho pestañeó.

—¿Lord Beckford? —preguntó extrañado e intentó ocultarlo aclarándose la garganta al percatarse de su error—. Oh, Lord Beckford no suele desayunar a esta hora, milord.

Francis no necesitaba preguntar, ya podía imaginarlo, pero lo hizo de todos modos.

—¿Por qué?

—El señor duerme hasta el mediodía, milord. Ha dejado claro que no le gusta ser molestado a menos que sea de suma importancia.

—Por supuesto. —Asintió apretando los labios—. Bueno, y yo sí voy a desayunar —agregó encaminándose hacia la sala de donde había salido el mayordomo.

¡Qué agradable!, pensó en el camino. Su primer día como invitado y ya lo había abandonado. ¿Cómo podía dejarlo solo toda la mañana? ¿No se suponía que recorrerían los terrenos? ¿Cuándo sería eso? Oh, sin duda Granville no cambiaría nunca.

Y casi le ocurrió de nuevo. Tan perdido en sus pensamientos como se encontraba, estuvo a punto de ignorar a las mujeres que se encontraban desayunando en la mesa.

—¡Oh! Mis disculpas, milady, señora.

—¿De nuevo va a decir que no nos ha visto, milord? —se quejó la anciana, mordaz.

—La verdad es que eso es exactamente lo que...

—¿Dónde han quedado los caballeros? —exclamó y alzó ambas manos.

El Conde alzó la barbilla.

—Interrumpir a alguien cuando está hablando también es algo muy grosero, señora. ¿No cree?

Su voz no pretendía ser dura, más bien estaba ofuscado por la forma en la que ella se esforzaba por hacerlo ver. Él no era ningún grosero y jamás había sido acusado de faltarle el respeto a ninguna mujer, se consideraba un caballero en todos los sentidos.

Dejó a la quejosa señora de lado y se concentró en la más joven, que ahora sí estaba mirándolo con los ojos abiertos como platos, atisbando también hacia su dama de compañía. Parecía asombrada. Con pasos largos y firmes rodeó la mesa para poder llegar junto a la silla en la que ella se ubicaba e hizo una pequeña venia antes de hablar.

—Buenos días, Lady Melanie, es un placer volver a verla. Lamento si mi actitud de hace un momento y también la de anoche le ha causado algún disgusto, no era mi intención ofenderla.

Ella asintió, pero no dijo nada. Francis comenzó a desesperarse. ¿No era eso incluso más grosero que su distraimiento continuo? Trató de conservar la calma, quizá no veía hombres muy a menudo y la intimidaban. Estiró un brazo, tomó su mano y depositó un tibio beso en la piel helada. ¿Por qué estaba tan fría? Con disimulo

estudió su vestido a mayor detalle que la noche anterior. Además, la luz del día le permitía una mejor visión de todo.

Esa ropa estaba gastada y descolorida, no mucho mejor que la que la señora Hargraves llevaba puesta. Bien, tal vez la de la anciana estaba mejor. ¿Cómo era eso posible? De pronto, la idea de que ella hubiese sido presentada en La Temporada de Londres le pareció ridícula. Si no podía permitirse un vestido mejor que el de la servidumbre, no era factible que hubiese tenido la oportunidad de codearse con la alta sociedad en la ciudad, o siquiera llegar hasta allí.

—¿No le molesta si me uno a la mesa con usted? Parece que mi amigo no es un muy buen madrugador.

La señora Hargraves se adelantó a contestar.

—No sería muy adecuado que desayunaran los dos solos. Pero no se preocupe, Lady Melanie puede terminar en su cuarto.

—¡De ninguna manera! ¿Cómo piensa que voy a dejar que eso suceda? Es su casa, por favor. Además, señora, no estamos solos. Usted está aquí, y estamos en el campo, se supone que se puede ser más permisivo, ¿no?

La mujer hizo una mueca, aunque no pudo contrariarlo. Estaba en lo cierto y todos lo sabían, así que tomó asiento al otro lado de la mesa, frente a Melanie, y le sonrió. Ella bajó la cabeza y miró su plato para concentrarse en la comida. Francis suspiró, aun así, no iba a resignarse.

La misma señora que la noche anterior les había servido la cena ingresó con una bandeja que portaba un abundante desayuno, el cual colocó frente a él.

—Oh, muchas gracias, se ve delicioso. ¿Le molestaría si le pido un favor, señora Johas?

—Por supuesto que no, milord. ¿Qué desea? —contestó mucho más amable y solícita que la que los miraba desde un rincón con desconfianza.

—Necesito que prepare un balde lleno de agua fría. Lo más fría posible.

Con la frente arrugada, al igual que el resto de las personas que estaban dentro de la habitación, ella se atrevió a preguntar.

—¿Quiere que le preparemos un baño en su cuarto, milord?

—Oh, no —aclaró riendo—. No es para mí, usted solo téngala preparada. Cuando acabe aquí, pasaré a buscarla yo mismo por la cocina.

Dejó a todas con la incógnita, y no dijo ni una palabra más al respecto, aunque estaba seguro de que muy pronto se enterarían de sus planes.





### CAPÍTULO 3

Francis tomó el pesado balde de agua y subió con él por la escalera, bajo la atenta mirada de todos los sirvientes y hasta de Lady Melanie y la señora Hargraves, quienes habían llegado hasta ahí cuando él se adelantó a subir. Asintió con la cabeza y les sonrió. Por el fugaz segundo en que atisbó a mirarlas, pudo observar cómo Melanie respondía frunciendo el entrecejo y retrocediendo. Bueno, ya tendría tiempo para estudiarla más tarde. Ahora iba a divertirse un poco y comenzar por hacer el trabajo que lo había llevado a ese lugar.

Dejó la cubeta en la puerta y contempló a Granville por un segundo, antes de sonreír con burla. Suspiró y se acercó a él. No se molestó en cuidarse del ruido que podía llegar a hacer, puesto que creía que si a Gran no lo despertaban sus propios ronquidos, nada más lo haría. Levantó el balde, caminó hasta la cama y arrojó todo el contenido directo sobre la cabeza. Granville recién comenzó a moverse al cabo de un par de segundos; Fran lo esperaba, lo conocía muy bien desde niños y, por lo que veía, no había cambiado. Cualquiera otro habría saltado en el instante en que el líquido casi congelado descendiera por su piel, pero él no.

Se apoyó sobre una de las columnas de la cama de dossier y aguardó. Granville rezongó y dio vueltas hasta que terminó por sentarse en la cama, confundido, mirando todo a su alrededor, sin entender.

—¿No crees que es un poco tarde para que un caballero siga durmiendo? Incluso las damas se levantan antes que tú.

—Te dije que aún no me he acostumbrado a mi nueva posición. ¿Qué me has hecho? —Levantó las manos y miró la cama empapada—. Todo está mojado, Francis. Ya no puedo dormir aquí hasta que no se seque. ¡Y el colchón! Los sirvientes van a odiarte.

Francis solo respondió a lo primero y descartó lo demás.

—Bueno es hora de que comiences a hacerlo, para eso estoy aquí. Y ayudarte es exactamente lo que estoy haciendo ahora. —Chasqueó los dedos y dio media vuelta—. Te espero en el establo en media hora, vamos a recorrer los alrededores.

—Tenemos toda la tarde.

El Conde se giró un poco para verlo.

—Tengo otros planes para la tarde, así que date prisa.

Francis festejó su victoria por el resto de la mañana. Había logrado su objetivo y esperaba tener la misma suerte por la tarde.

Para la hora del almuerzo, no llegaron a tiempo y lamentó no haber podido encontrarse con la misteriosa lady. Francis sabía que con las mujeres había que ser pacientes y él era muy bueno en eso, lo que no entendía era por qué se molestaba en averiguar más sobre ella. ¿Qué tenía que lo había atraído tanto desde el primer segundo? Era hermosa, sí, mas eso nunca le había importado tanto. La que él creía la causa de que ella se adueñara de sus pensamientos era el aura misteriosa que la envolvía. Un Laughton no podía dejarse vencer por una intriga, estaba en sus instintos perseguirla y desmantelarla. Y ella no sería la excepción. Ya comenzaba a quedarle claro.

Durante su recorrido con Granville, habían visitado la parte de las tierras que estaban incluidas dentro de la dote de la joven. Eran vastas y productivas, cualquier hombre se casaría por mucho menos sin fijarse en las particularidades de la muchacha que venía con tal tesoro. Además, Lady Melanie era apetecible a la vista y parecía tener los modales adecuados. Sería un negocio perfecto, aunque ni Gran ni Francis pensaban de esa manera, incluso si era por motivos diferentes. Granville no pensaba en casarse en absoluto y jamás lo haría con alguien a quien le costara tanto llevarse a la cama.

Sabía dónde estaba ella. La había visto desde la ventana de su habitación y se había dado prisa para cambiarse y bajar antes de que comenzara a moverse. Salió por la puerta de la cocina y descubrió que había tenido suerte. Ella todavía estaba allí, sentada sobre el césped y leyendo un libro.

Oh, bien. Ya sabía algo más.

Sonrió con suficiencia y se dispuso a acercarse y saludar. Estaba a punto de dar un paso cuando oyó a alguien aclararse la garganta detrás de él. Gimió, frustrado, y se giró sobre los talones.

—Oh. —Dejó escapar un suspiro de alivio—. Buenas tardes, señora.

Para su fortuna no era la arrugada señora Hargraves, sino la cocinera.

—¿Busca algo, milord?

—No. Pensaba en acercarme a Lady Melanie y hacerle compañía un rato.

Al Conde le pareció advertir un destello de desconfianza en la mirada que recibió. Creyó que también lo regañaría, aunque quizá era un poco más sensata y no se atrevería a enfrentarlo como la otra mujer. Y acertó en lo segundo, pues la cocinera solo asintió y apretó los labios sin abrir la boca.

—¿Cree que a Lady Melanie le complacerá eso? —preguntó solo para probar si podía averiguar algo.

—No soy nadie para decirlo, milord.

—Lady Melanie parece muy reservada, ¿no es cierto?

—Lo es, señor.

—Es muy callada —prosiguió un tanto exasperado y cuando ella asintió de nuevo, sin decir nada, se mordió la lengua para contenerse.

Se despidió y retomó el camino que había interrumpido antes. Se tomó su tiempo para observarla: tenía el mismo vestido que le había visto en la mañana y con la luz del sol pleno se veía más desgastado aún. ¿Cómo era posible que no tuviese nada mejor que usar? Tenía un cabello precioso y una tez blanca de apariencia sedosa que la convertían en un ángel que parecía estar rodeada de un halo de luz.

Inhaló antes de hablar, aunque sabía que ella ya se había percatado de su presencia y pretendía fingir que no era así. Lo supo porque notó el momento justo en el que se puso rígida y dejó de prestarle atención al libro que tenía entre sus manos.

—Lady Melanie —musitó de forma natural y lo más desinteresada que pudo.

Ella alzó la cabeza.

Como antes, Francis no pudo despegar la vista de esos ojos tan hermosos que lo atrapaban sin remedio. Esperaba que no dijera nada, pero igual se sorprendió al ver que no lo hizo y tampoco pretendió hacerlo. Solo se quedó mirándolo con cierto temor y recelo.

—Esta casa tiene un jardín muy hermoso, y es un bello día para pasarlo al aire libre, ¿no cree?

La joven apretó los labios y asintió. Francis contuvo la respiración para no suspirar, ella seguía sin apartar la mirada, preparada para huir. Era como un pequeño ciervo a punto de ser cazado. ¿Sería que tenía que aplicar la ley de su hermana en eso? Quería reírse, pero no haría más que quedar como un loco. *Si tú no hablas, yo puedo hacerlo por los dos*. Era algo en lo que Emmie era una experta. No dudaba que utilizara eso con su esposo bastante a menudo.

—Disfruta la lectura, ¿eh? —dijo al fin, poniéndose de cuclillas para estar a su altura. Tocó la tapa del libro para ver de qué se trataba. Sonrió con cariño y ladeó la cabeza mientras se acomodaba sentándose a su lado—. Austen, por supuesto. Mi hermana me hizo comprarle hasta la última publicación. Insistió tanto que terminé leyendo algunas, y no, no me avergüenza admitirlo.

Melanie cerró el libro y dejó de mirarlo. Centró su vista en algún punto alejado sobre el piso, manteniendo la cabeza gacha.

—No es muy conversadora ¿no? ¿Es en general, o solo con los que no le agradan?

La joven giró apenas la cabeza y Francis, que no dejaba de contemplarla, la atrapó antes de que se percatara y la apartara.

—Granville piensa que lo odia por algún motivo. No sé qué impresión le ha dado, o le hemos dado, milady. Pero sepa que Gran es un buen hombre y está dispuesto a hacer lo que sea mejor para este lugar, no tenga reservas en pedirle cualquier cosa que necesite. No sé cómo era el anterior vizconde y la impresión que le dejó, pero...

No pudo terminar de hablar. Una sombra se proyectó sobre ambos y él no tardó en darse cuenta de quién se trataba. Por supuesto, ya había pasado mucho tiempo sin que esa mujer apareciera, tendría que haberlo imaginado.

—¿Necesita algo, milord?

—No, gracias, señora Hargraves. —La sonrisa que le dirigió fue con la exacta actitud con la que ella la tomó. Un desafío. Esperaba que lo espantara o que hiciera un comentario mordaz para alejarlo de su protegida. Francis no pensaba moverse hasta que le indicaran lo contrario, no iba a dejar ese sitio por cuenta propia si no se lo pedían. El desafío, por lo tanto, no era solo para la mujer mayor, sino también para Melanie.

Se volteó en espera de alguna reacción por su parte, ya no esperaba que abriera la boca y salieran palabras de ella, sin embargo, tenía que haber algo más. Las jóvenes de su edad pestañaban y sonreían como bobas cuando no estaban parlotando sin parar sobre la más mínima cosa que veían u oían. Todo les llamaba la atención, y por más tímidas que fuesen o se mostraran, eran cien veces más vivaces que esa muchacha tan apagada que tenía al lado. Seguía preguntándose por qué le importaba, por qué tenía que inmiscuirse en eso. No era su asunto, si bien había accedido a ayudar a Gran, eso no tenía por qué entrar en el trato. Ella no era parte del arreglo. Si al Vizconde poco le importaba, a él tendría que preocuparle menos. No obstante, cuando algo se metía dentro de su cabeza, era imposible que pudiera sacarlo. En especial con ese presentimiento que tenía desde la noche anterior y mucho más desde que había podido mirarla a los ojos en la mañana.

Había dolor en ellos.

Un tipo profundo de dolor. Y si había algo que Francis entendía muy bien, era el dolor y el sufrimiento.

—Es tiempo que Lady Melanie suba su habitación a leer. Ya ha pasado demasiado tiempo al sol. No es bueno para su piel.

Para variar, Melanie pareció estar de acuerdo y obedeció sin dudar. Le entregó el libro a la anciana que estiraba el brazo para tomarlo y se dispuso a levantarse. El Conde fue más rápido. De un salto se puso de pie y le tendió una mano para ayudarla. Melanie no tuvo más opción que aceptarla.

Había estado al sol, ¿cómo era posible que siguiera así de fría y temblorosa? Dios, se veía tan débil que deseaba poder cubrirla con su cuerpo y pasarle fuerzas, protegerla de lo que fuese que le afectaba. ¿Estaría enferma? Aunque, claro, eso no justificaba su actitud. No lo entendía; no la entendía.

—¿Se encuentra bien, milady? Está helada. —Se inclinó para encontrar sus ojos y le dio un apretón en la mano que todavía tenía sujeta.

Con el ceño fruncido observó cómo ella buscaba ayuda en la señora Hargraves.

—Estará bien en cuanto llegue a su habitación, Lord Welltonshire. Si es tan amable y nos deja marcharnos, eso será pronto —refunfuñó.

Esta vez no le sonrió, ni con burla ni con amabilidad. Francis la fulminó con la mirada y decidió que lo mejor era ignorarla si no quería que lo sacara de sus casillas.

—Permítame que la acompañe, milady. Me sentiré más tranquilo si me aseguro que llegue bien a su habitación.

No iba a obtener un no por respuesta, y como sabía que ella no iba a contestar, dobló el brazo y se lo ofreció. Melanie pareció pensarlo y después de unos segundos asintió. Con vacilación lo tomó por el brazo que le ofrecía, Fran le cubrió la mano con la suya e hizo que comenzara a caminar a su lado. Mantuvo un paso lento y

vigilante. La no tan feliz dama de compañía iba detrás de ellos y se mantuvo casi pisándole los talones durante todo el camino. Aprovechó ese tiempo para estudiar a Melanie a detalle.

Su forma de caminar, erguida, recta, toda una dama. Su respiración pausada y profunda que demostraba que estaba nerviosa e intentaba parecer lo más impasible posible. Y no pudo evitar reparar en otras cosas que no tenían nada que ver con sus planes. Por ejemplo, el aroma que desprendía, jazmín, definitivamente. O lo suave que era su piel la cual, aunque helada, parecía la de un bebé.

Subieron las escaleras y se mantuvo atento cuidando que ella no perdiera el equilibrio. Pero no sucedió, se fue calmando y dejó de temblar. Para cuando llegaron a una puerta en el piso de arriba y ella se detuvo, asumió que era su destino. Estaba a cuatro habitaciones de la que él se hallaba; lo tendría presente en el futuro, podía ser información muy valiosa, sobre todo si quería investigar más sobre la joven.

—Aquí es, milord. —Indicó la mujer abriendo la puerta. Esperó allí, como una invitación clara a que se marchara.

Él asintió y se colocó de frente a Melanie. Le habría gustado que ella le asegurase con palabras que estaba bien, o que le dijera cómo se sentía. No se conocían, pero nadie tenía por qué estar tan solo en el mundo, sin alguien pendiente de ella más que una mujer a la que le pagaban por ello. Era necesario un amigo, por lo menos.

—Si necesita algo, no dude en pedirme ayuda, ¿de acuerdo? Por más mínimo que sea, solo pídale. O a Granville, él lo hará con gusto. O si quiere verlo de otro modo, también tiene la obligación de encargarse de su bienestar. Lo que sea, pequeño o grande, Melanie. —Se animó a tutearla, con suerte eso llamara su atención un poco más—. No estás sola.

\*\*\*

*Querida Emmie:*

*Ya estoy cómodamente alojado en la nueva propiedad de Granville. El viaje estuvo bien, sin problemas.*

Francis dejó la pluma a un lado y releyó lo que había escrito hasta el momento. Si le enviaba eso, Emmeline se pondría furiosa o se preocuparía. Quizá hasta mandaría al propio Joseph para asegurarse que todo estuviera bien con él. Solían ser muy comunicativos entre ellos, él exigía detalles para asegurarse que estaba bien y no tenía dificultades con su esposo ni con nadie, ella a cambio pedía lo mismo.

Así que después de pensarlo con detenimiento, acompañando la tarea con un trago de whisky escocés que había encontrado en una gaveta del cuarto, volvió a tomar la pluma y prosiguió.

*Es un lugar extraño, si te lo preguntas. Hay muchos misterios que estoy seguro que a ti te encantaría resolver.*

*Por ejemplo, las inusuales condiciones en las que el antiguo vizconde falleció. Según Gran, el servicio sabe más de lo que aparenta, lo que no es una noticia. No conocía al hombre ni tengo muchos datos sobre él como para hacerme una idea.*

*Y también hay una mujer, una joven. Oh, Emmie, ella es el misterio más grande que he hallado aquí. Hay algo en ella, y espero poder descubrirlo antes de marcharme.*

*¿Cómo estás tú? ¿Cómo está mi sobrino?*

*Escribeme a esta dirección, estaré por los alrededores un tiempo.*

*Te quiere, Francis.*



## CAPÍTULO 4

*¿En serio? ¿Cómo puedes decirme algo como eso y dejarme con la intriga? ¿Qué pasa con los detalles? ¿Desde cuándo mi hermano se ha convertido en un holgazán que no puede redactar una carta decente?*

*Primero, sé honesto, tú jamás me dejarías embarcarme en una aventura como esa para resolver todos los misterios, no me ilusiones.*

*Tienes que hablarme más de esa mujer. Para empezar, ¿de dónde salió la misteriosa joven? ¿Qué hace en esa casa? ¿Es una dama, acaso? Por favor, dime que no es una amante francesa de tu amigo. ¿O él era el que prefería las italianas? En fin, por favor, dime que no te has interesado en una mujer de esa clase. ¿Y qué hay del misterio en sí? ¿Por qué crees que es misteriosa? No seas cruel y cuéntame un poco más. Sé específico.*

*Mi pequeño está bien, creciendo cada día, fuerte y sano. Tan precioso como su padre. Y su tío, claro. Yo estoy perfecta, y muy feliz. Siempre seré feliz con Joseph, no tienes por qué preocuparte. Él nos cuida a ambos con mucha dedicación, tú lo sabes.*

*Espero ansiosa tu próxima carta, Fran. Sé que estarás ocupado, pero estás en obligación de contármelo todo.*

*Te quiere muchísimo, Emmie.*

El Conde dejó la carta de su hermana sobre la mesilla de té que tenía junto al sofá en donde había pasado la última media hora leyendo y releyendo la carta de su hermana. Emmie, como siempre, se mostraba ansiosa por información y detalles. Él, por su lado, buscaba en cada palabra, letra y trazo alguna señal de que mentía y algo andaba mal. Así de desconfiado y en exceso protector era con ella. Siempre lo sería, nunca cambiaría en eso. Emmeline era la persona a la que más amaba en la vida, y a pesar de haber comprobado con sus ojos y sentido la honestidad de Joseph en cuanto al amor y la devoción que le profesaba, le resultaba difícil desprenderse del temor a que alguien la lastimara. Que la historia se repitiera.

Como de costumbre, no halló nada. Se guardó la carta en un bolsillo de la chaqueta y se puso de pie. Había dejado a Granville y su abogado debatiendo algunos temas y confiaba en que su amigo hubiese seguido los consejos que le había dado. Porque eso era todo lo que haría por él; le daría consejos, pero no tomaría las decisiones. Gran tenía que madurar y tomar las riendas de la misma forma en la que él lo había hecho a tan corta edad. Y había sido difícil; con su muerte, el antiguo conde lo había dejado cargado de responsabilidades para las que aún no estaba preparado. Claro que tanto él, como su madre y el resto de las personas que vivían en la casa lo habían preferido mil veces a un día más de vida en presencia de aquel cruel y despiadado hombre. Todos habían contribuido, pero habría deseado tener un amigo o una ayuda para atravesar el proceso.

Se encaminó hacia el despacho con la intención de averiguar si el abogado se había marchado y tuvo su respuesta en cuanto se acercó a la puerta semiabierta y vio a su amigo solo, perdido en una laguna de papeles y libros.

—¿Qué tal te fue? —preguntó asomándose.

El Vizconde sonrió al verlo y se puso de pie.

—Oh, pasa, pasa. Todo ha sido muy gratificante. Gracias a ti, si no me hubieses explicado me habría perdido por completo. No sé cómo voy a agradecerte todo esto, Francis. ¿Por qué todo en la vida tiene que ser tan complicado? ¡Y tanto papeleo!

—Si tan solo eso fuese lo más complicado, Granville —murmuró con una sonrisa triste.

—Hay cosas peores, lo sé. En fin, además de lo que esperábamos, estuvimos hablando de mi carga extra. Me preguntó cuáles eran mis planes.

—¿De qué estamos hablando?

Granville alzó las cejas.

—De Melanie, ¿de qué más?

—Oh, Granville —protestó—, ¿cómo puedes referirte a ella de esa forma? Es una mujer, una jovencita, una dama, una persona.

Gran bufó.

—Ah, vamos, había olvidado con quién estoy tratando, el defensor de los débiles.

El Conde le dedicó una dura mirada y el castaño retrocedió con las manos en alto.

—Solo bromeaba, lo siento. Sabes que no lo digo con maldad, es solo que ella me exaspera. Ya ves como estos últimos tres días nos ha evitado hasta el cansancio. Ni siquiera quiere bajar a cenar o a almorzar con nosotros. Eso es bastante grosero, si me lo preguntas.

—La señora Hargraves dijo que ella no se estaba sintiendo bien. La verdad es que creo que tendríamos que conseguirle un médico.

—¿Es que no la escuchaste? Yo se lo ofrecí —se quejó Granville, y abrió los ojos de par en par, señalándose a sí mismo—, pero dijo que no era necesario, que ella podía hacerse cargo. Lo que creo es que solo es una excusa para no tener que vernos. O quizá solo a mí, ya te lo dije, no le agrado.

—Lady Melanie tampoco me ha dicho una palabra. Aunque hace unos días me la encontré en el jardín y noté que algo anda mal con ella. Sus manos están demasiado frías, y siempre está temblando. ¿No lo has notado?

Al fin algo pareció encender la conciencia de Granville, quien frunció el ceño y bajó la cabeza.

—No le he prestado tanta atención como para notarlo —confesó dejándose caer en el sillón detrás del escritorio.

Francis decidió retomar el tema antes del olvidarlo.

—¿Qué era lo que hablaron sobre ella con el abogado?

—¡Sí, cierto! Me ha preguntado qué tenía pensado hacer con ella. Al parecer, mi predecesor nunca se mostró dispuesto a tocar ese tema. O bien no le interesaba en absoluto o no quería dejarla ir. Ahora está interesado en si yo voy a hacer lo mismo o si me voy a preocupar por el futuro de la joven.

—Por supuesto que le dijiste que vas a optar por la segunda opción, como corresponde. Pero la pregunta aquí es, ¿cómo vas a empezar?

Con un ademán de su mano le restó importancia, y con una sonrisa le demostró que ya tenía una idea armada.

—Tiene que casarse, Francis. Yo no voy a tomarla como esposa como sugirió ese hombre, por mucho que valgan las tierras de su dote o lo conveniente y fácil que sea. Así que se me ha ocurrido una idea. Dime si te parece sensata.

—Soy todo oídos —comentó atento.

—Una fiesta —declaró—. Entre vecinos, claro. La esposa del vicario me ofreció ayuda para lo que necesitara cuando la conocí. Diremos que quiero conocer a mis vecinos y le comentaré mi idea de forma discreta para que ella pueda encontrar a los candidatos más adecuados y hacer que vengan. Entonces, podemos dedicarnos a observar y considerar a los que creamos que ella aceptaría.

—¿Y crees que esta mujer es de confianza?

—Es la esposa del vicario, Fran. Debería de serlo. Conoce a todos, tiene la posición adecuada para tratarlos. Y parecía honesta y amable, como su marido. No perdemos nada con intentarlo ¿no?

No, no lo hacían. Sin embargo, Francis tenía el presentimiento de que eso no sería más que una pérdida de tiempo. Aunque sí sería de mucha ayuda en su pequeña investigación. Tal vez le daría algunas de las respuestas que estaba buscando.

\*\*\*

Después de dejar a su amigo regocijarse por lo que creía era el plan perfecto, pensó que mientras antes le avisara a Lady Melanie acerca de la velada que se estaba planeando, ella más se lo agradecería. Tenía el presentimiento de que no estaba habituada a ese tipo de reuniones. Y tampoco el servicio de la casa, aunque ese trabajo se lo dejaría a Granville. Otra de las cuestiones que debía de aprender era el correcto manejo del servicio, una responsabilidad que no debía de tomarse a la ligera. El completo orden de su hogar, y posiblemente de su vida, dependía en gran parte de eso.

Optó por recorrer el piso inferior del lugar esperando encontrarla en algún sitio, y así lo hizo. Era, en cierta forma, predecible. No pasaba todo el día en su cuarto, pero buscaba evitarlos, tanto a él como al Vizconde. Desde hacía días no la veía en el jardín donde se habían encontrado por última vez, ni tampoco a la hora del desayuno. Ella había comprendido que no se perdía esa comida y, por lo tanto, la fatídica señora Hargraves le subía el desayuno a su habitación. Así que tampoco podía estudiarla entonces.

Esta vez la halló en la misma sala en la que la había visto por primera vez. La puerta estaba entornada, pero no cerrada. La vio al pasar con sigilo, aun así, al oír voces decidió quedarse escondido. No era muy propio del caballero que era, mas dejaría de considerarse listo si perdía esa oportunidad que le estaba servida en bandeja de plata.

—Tienes que pensar que va a llegar el punto en el que alguno de los hombres pierda la paciencia, Melanie. Tienes que ser más fuerte e inteligente. Debemos irnos con cuidado, el Conde no es de los que se rinden fácil, puedo notarlo. —Escuchó decir a la anciana.

¡Así que estaban hablando de él! Eso era interesante.

—Sabes que no puedo. —Otra voz se oyó. Una distinta a la que había reconocido. Y por lo que dijo, la forma en que lo hizo, Francis estuvo seguro de quién era la dueña. Era igual a cómo la había imaginado, incluso cuando no sabía si ella tenía la capacidad de hablar.

Había sido casi un susurro, suave y dulce. Aguardó a que continuase, ávido por más, pero nunca llegó. En cambio, lo único que obtuvo fue el áspero sonido que salía de la boca de la anciana.

—Niña, niña, niña —murmuró con tono agotado y suspiró.

¿De qué iría todo eso? Más dudas se plantearon en su mente y reforzaron la idea de quitarle la máscara a Melanie Hefferman. Aunque el miedo que ella sentía había sido patente en esa charla íntima también, lo que demostraba que no era solo una actuación.

Enderezándose, dejó su faceta de espía y se introdujo en la sala luego de tocar la puerta. Esbozó su mejor sonrisa y se inclinó hacia ambas mujeres en modo de saludo.

—Buenas tardes, Lady Melanie, señora Hargraves. Espero no molestar.

Oh, claro que lo hacía, solo que ninguna de las dos se detuvo a confirmarlo. La mujer mayor podía ser lo bastante impertinente, pero no era tonta, sabía cuándo le convenía callarse.

—Las he estado buscando por un motivo. Estuve con Granville hace unos minutos y me ha informado de sus planes para los próximos días. Planea organizar una fiesta con ayuda de la esposa del párroco. Aquí en la casa, por supuesto: una velada nocturna con cena y baile; solo eso, algo simple. Quiere conocer a sus nuevos

vecinos.

Fran observó cómo las dos se miraron, y después la mujer de pelo gris tomó la palabra.

—En ese caso, asumo que la presencia de Melanie no será necesaria, milord. Con tales objetivos, no tiene sentido que esté allí. Puede permanecer en su cuarto.

Francis pretendió sorprenderse.

—¿Cómo cree? Ella es imprescindible. Además, ¿por qué iba a negarse el placer de disfrutarla? Asumo que hace muchísimo que no tiene la oportunidad de salir o asistir a una fiesta —se dirigió directamente a Melanie—. Es en parte por consideración a usted, milady, que Granville ha organizado todo. Si desea, también puede tomar partido en las decisiones, estoy seguro que puede ayudar a mi amigo en muchos aspectos. Todavía no logra acostumbrarse a su nueva posición.

Hablando y hablando, se sentó frente a ella en un sillón blanco. Estuvo tentado a preguntarle qué opinaba, aunque resistió el impulso. Quedaría como un tonto y la haría sentir incómoda. Y lejos de ser lo que pretendía, él deseaba obtener su confianza y ver cómo podía ayudarla. Aunque no fuese de su incumbencia, no había nadie más dispuesto a hacerlo, y no dejaría a ninguna persona desamparada si cabía en sus posibilidades brindar ayuda.

—Es usted muy amable, Lord Welltonshire —musitó la señora Hargraves—, pero me temo que Lady Melanie no está en condiciones de asistir a la fiesta.

—¿Por qué? —demandó saber, alarmado, mirando a una y luego a la otra—. ¿Está enferma? ¿Qué sucede?

—No, no. Es solo que hace tanto tiempo que Melanie no sale, que no tiene nada adecuado para ponerse. En tan poco tiempo, sería imposible que consiguiera algo acorde.

El Conde miró con los ojos entrecerrados a la mujer, y buscó en su mirada algo que le dijera que eso era solo una excusa. Luego miró a la joven, vio su vestido desgastado y viejo, al igual que todos los que la había visto llevar, y cayó en cuenta de que no era de sorprenderse que no fuese más que la llana verdad.

Melanie tenía el mentón bajo, tal vez avergonzada porque su nana hubiese reconocido el estado de abandono en que sus tutores la habían tenido. Francis sonrió victorioso e hizo un ademán con la mano para restarle importancia.

—¿Ese es todo el problema? Puede solucionarse, señora. Esta misma tarde haré algunas averiguaciones y mañana por la mañana yo mismo las acompañaré.

Ah, eso era algo que ella no se esperaba. Mientras que Melanie lo observó con atención y asombro, la anciana pareció molesta. ¿Es que acaso ella misma no había dicho que él no era de los que se rendía fácil?

—No creo que acepten un trabajo tan grande en tan corto plazo.

La sonrisa del hombre se agrandó aún más.

—Puedo ser muy convincente cuando quiero, señora. Usted no se preocupe por eso.

Melanie seguía mirándolo cuando volvió a concentrarse en ella. Tenía en sus manos un bordado en proceso, aunque en ese instante no estuviese prestándole la más mínima atención. Se inclinó hacia adelante y estiró un brazo para rozar la tela blanca con un dedo y poder ver mejor el arte.

—La Rosa de Tudor —comentó—. Es muy hermosa, tiene mucho talento, Lady Melanie. Emmeline, mi hermana, odia bordar y lo hace bastante mal, no puede pasar mucho tiempo quieta, excepto cuando lee o escribe. Le he contado que tengo una hermana menor, ¿verdad? Sí, creo que sí.

Él ladeó la cabeza, apoyó la espalda en el sofá y colocó los brazos a los costados. Descubrió que la había hecho sonreír. ¡Otra novedad! Era preciosa, su sonrisa era tan bella como su voz y sus ojos. Era un placer haber apartado el miedo de su expresión.

—Somos muy unidos, es más joven que yo, pero ya está casada y acaba de ser mamá. Estaba en la casa solariega de su esposo antes de venir hacia aquí. Me hizo entender que era hora de que los dejara a solas porque comenzaban a impacientarse con mi tan prolongada estancia.

Soltó una risa pensando en eso mismo, y en lo mucho que disfrutaba molestar al Marqués.

—Se nota en su voz lo mucho que la aprecia, milord —dijo la nana de forma aprobatoria.

—Así es. —Le dio un vistazo a ella y volvió su atención hacia la dama, esta vez muy serio—. Ella es lo más importante que tengo.

Se puso de pie, se plantó frente a Melanie y tomó su mano para besarla en los nudillos. No estaba tan fría, aunque aún le daba la impresión de que era más frágil que la de cualquier jovencita normal. Y, por lo general, todas eran muy débiles.

—Les tendré noticias a la hora de la cena. Siempre es un gusto verla, Lady Melanie.

La soltó casi a regañadientes y se dispuso a marcharse, no sin antes despedirse de la señora Hargraves, quien parecía verlo ahora con otros ojos.

Qué día tan interesante, sus avances habían sido extraordinarios. Y tenía un buen presentimiento sobre lo que vendría.

*Querida Emmeline:*

*Me temo que no tengo respuestas aún, mi querida hermana. Pero no, ella no es ninguna amante francesa o italiana. Es una joven dama, hija del vizconde anterior al que Granville ha reemplazado, una serie de muertes misteriosas, si me lo preguntas, dos hombres en poco más de un año. Sí, probablemente te estés preguntando qué es lo que hace ella aquí, y lo harás aún más cuando te diga que tiene veinte años y no ha sido presentada en sociedad. Ni siquiera en la pequeña sociedad rural de los alrededores. ¿Por qué? Es lo que pretendo averiguar.*

*Te contaré de mis avances en mi próxima carta, espero ansiosamente tu respuesta como siempre.*

*Te quiere, Francis.*





## CAPÍTULO 5

Granville lo miró asombrado cuando, antes de la cena, le platicó lo que había hecho durante la tarde y sus motivos para ir al pueblo. Lo siguió hasta el comedor, donde Melanie ya estaba sentada y la señora Hargraves, como siempre, de pie tras ella.

Francis se sentó primero, sin notar que su amigo estaba detrás y los contemplaba a todos con interés, en un intento por obtener algún dato extra de lo que estaba sucediendo.

—Bien, todo arreglado —anunció el Conde—. Aprovechando que todos nos levantamos muy temprano en la mañana, le dije a la modista que iríamos cerca de las diez. ¿Les parece bien? Tendremos que salir una hora antes, no está en este el pueblo, sino en el siguiente. Es un poco más grande, y la señora y yo llegamos a un acuerdo bastante conveniente. —Todo se lo explicó a la mujer mayor y luego volvió a bajar la vista hasta Melanie—. Tendrás tu vestido a tiempo y será a tu gusto.

—Es usted muy amable, milord —respondió la anciana.

Francis sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya se lo dije, no me molesta ayudar, vine aquí para eso. Y antes de que pregunte por los gastos —apuntó—, Lord Beckford se hará cargo de todo como corresponde. ¿No es cierto, Granville?

El aludido, que acababa de sentarse, se giró hacia él, perplejo. Fran le clavó sus ojos y le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Sí, sí, claro —aseguró sin saber si en verdad tendría que hacerlo o solo era un truco para engañar a las mujeres. Después de hablar le sonrió a ambas, pero Melanie enseguida bajó la cabeza y la anciana entrecerró los ojos como solía hacer. ¡Ni siquiera su madre lo veía con tanta desaprobación! ¿Y ahora qué había hecho, de todos modos?

—¿Usted no estará muy ocupado para acompañarnos, milord? Si le dice al cochero dónde es, estoy segura de que puede llevarnos. Además, los caballeros no suelen acompañar a las damas a este tipo de lugares, puede resultarle tedioso.

—No para mí. Lo hice con mi hermana por muchos años cuando mi madre no estaba disponible. Además, creo que Granville puede sobrevivir sin mí una mañana.

Gran soltó una risa.

—Granville piensa dormir toda la mañana en paz, querrás decir —lo corrigió su amigo.

—Holgazanear, querrás decir —murmuró justo cuando la ayudante de cocina servía la sopa de esa noche en su plato.

\*\*\*

Francis, conde de Welltonshire, desayunó primero que nadie y se retiró a los establos para asegurarse de que el carruaje estuviese listo y sus caballos bien atendidos. Había pensado en cabalgar él y cedérselo a las mujeres, pero algo en su interior no lo había dejado. Necesitaba averiguar qué era lo que ellas escondían y no podía perderse una oportunidad como la que representaba un viaje de una hora en un carruaje cerrado.

En el establo también estaba el tilburi de Granville y un carruaje negro desgastado y sin insignia que, por el estado que tenía, en equilibrio con la casa en la que se encontraban y todo a su alrededor, tenía que pertenecer a la familia. ¡Qué estado tan penoso tenía todo! Y el dinero para mantenerlo y arreglarlo estaba en las cuentas, lo habían comprobado. El anterior dueño, el misterioso Lord Beckford, que había ocupado el lugar del padre de Melanie, era exactamente eso, un misterio. Al contrario de lo que cualquiera habría hecho, él había dejado todo en abandono y tampoco había gastado el dinero en algo más, lo que habría sido más razonable. Alguien que se olvidaba de mantener su casa y sus vástagos podía despilfarrar en mujeres o en apuestas, pero nada de eso había sido demostrado en el hombre. Daba la impresión de que había tenido un interés puntual distinto a cualquiera, algo que todavía no habían podido descubrir.

Y Granville no era de los que necesitaban llegar al fondo del asunto. Él veía el presente y quizá un pedazo del futuro, lo demás le daba igual. A Francis le habría gustado poder llamar a Parker y convencerlo para que lo ayudase con la investigación, aunque solo fuese recabando datos en Londres, pero su amigo, que recientemente había contraído matrimonio con Lady Ashleigh Weston, no estaba disponible. Y no porque estuviese acaramelado, sino porque la dote de la joven lo había ayudado a salir de las deudas que su padre le había dejado y ahora tenía que ocuparse de sacar sus propiedades adelante y reconstruir el imperio caído.

Cerca de las nueve, como habían acordado, Francis ya estaba esperándolas en la puerta principal de la casa y ellas bajaban las escaleras de la entrada. Apoyado en el carruaje, se dedicó a contemplar a la más joven. Era muy bella y con el nuevo vestido estaría arrebataadora, imaginaba que muchos de los invitados caerían rendidos a sus pies.

Cuando llegaron hasta él, se apresuró a abrir la puerta y ayudar a subir a la señora Hargraves. Una vez que estuvo dentro, lejos para interrumpirlo o darle una mirada reprobatoria, tomó la mano de Melanie y se la llevó a los labios.

—Buenos días, milady. Espero que haya amanecido bien.

Su mano no estaba helada como esperó, sino más bien tibia. Eso lo sorprendió, pero más aún lo hizo el hecho de que ella le regalara una pequeña sonrisa. Estuvo a punto de retroceder, mas se contuvo a tiempo. Lo que no logro retener fueron sus palabras y la sonrisa de satisfacción que se formó en su rostro.

—Con esa sonrisa me ha alegrado el día, milady.

La ayudó a subir al carruaje y luego las imitó, ubicándose frente a las dos mujeres. Si en un principio había creído que pasar una hora con ellas sin interrupciones le daría alguna pista de lo que estaba sucediendo, había estado muy equivocado. La capacidad de Melanie para permanecer en silencio, impasible, era equivalente a la de Emmie para no hacerlo. En cierto momento, se encontró preguntándose qué era más cansador: el parloteo incesable de su hermana o el pétreo silencio de la joven dama. Para cuando llegaron a la tienda de la modista a la que había visitado el día anterior, Francis estaba reteniendo bostezos con todas sus fuerzas. Los pocos comentarios que había hecho no habían tenido más respuesta que alguna que otra palabra con tono cansino de la mujer mayor. Por lo que había oído el día anterior de los labios de Melanie, no estaba seguro de si eso era adrede, aunque lo que sabía con certeza era que lejos de espantarlo, solo aumentaba su interés en ella.

La señora Morrison lo recibió con la misma amabilidad del día anterior, quizá un poco más, dado el beneficioso acuerdo al que habían llegado, y la cuantiosa cantidad de dinero que sacaría cuando acabase con su trabajo. La mujer sonrió y lo saludó con una breve venia antes de detenerse a mirar a Melanie y su acompañante. Pero cuando sus ojos se posaron en Mel, su expresión cambió a una de completo horror y sorpresa.

*Sí, quiso decir él. Ya sé que dije que era una dama de noble cuna.*

Volvió a mirarlo con el ceño fruncido y Francis decidió pretender que no se había percatado de su asombro. Tomó la mano de Melanie y la instó a adentrarse más en el local. No era como los de Londres, París o Italia a los que había acompañado a su madre durante su viaje, era mucho más pequeño, aun así, tenía cierto prestigio en el pueblo, motivo por el que había preferido viajar un poco más hasta llegar allí.

—Señora Morrison, le presento a Lady Melanie Hefferman. Y la señora Hargraves aquí, es su acompañante. Ahora, si no le molesta, voy a sentarme por aquí. — Señaló un pequeño sofá de un cuerpo—. Aguardaré mientras ustedes hacen, bueno, lo que gusten. Tómense su tiempo, no hay apuro para nada, ¿de acuerdo? —Sus últimas palabras fueron dirigidas a Melanie, quien asintió quedo.

La modista las condujo detrás de unas cortinas, dejándolo a él solo en ese lado del sitio. En vez de sentarse como había dicho, Francis se dedicó a mirar todo y tantear la cantidad de telas que había esparcidas en la habitación. Melanie necesitaba más de un vestido para la fiesta, pero tenía serias dudas acerca de si ella aceptaría algo más de lo que le estaban dando. Se encogió de hombros y tomó nota mental de todo con lo que podía imaginarla. Una vez que estuvieran hechos y pagos, no podría rechazarlos. Y si lo hacía, él mismo se ocuparía de quemar ese deplorable guardarropa que tenía para que no le quedase más opción que utilizarlos.

Después de más de dos horas, estaban de regreso en la casa. Francis se había tomado unos segundos mientras el cochero ayudaba a las damas a subir de vuelta al carruaje, para hablar con la señora Morrison y encomendarle el resto de sus pedidos. Aunque eso era mucho decir, había dejado casi todas las decisiones en sus manos y su buen gusto, aprovechando que ya contaba con todas las medidas de la muchacha. Se dijo a sí mismo que era un acto de sentido común y buen corazón. Trataba de no mentirse y fue por eso que decidió reconocer que en cierta medida estaba encandilado por ella y su misterio. Y un poco, quizá, por su belleza. Le atraía, sí; bastante. Estaba deseando deleitarse al verla con un vestido de fiesta que resaltase esas cualidades que poseía.

Dos sirvientes esperaban cuando el coche se detuvo. Él bajó primero y ayudó a ambas a descender.

—Bueno, milord, solo nos resta agradecerle por su enorme amabilidad —musitó la señora Hargraves siendo, lo que al Conde le pareció, lo más amable que podía ser.

Francis asintió y les sonrió a las dos.

—Deberíamos tomar un almuerzo, estoy seguro que nos están esperando con algo caliente.

La anciana miró a Melanie y luego contestó por ella, como era costumbre.

—Lady Melanie está muy cansada, no acostumbra a tales viajes. Si no le molesta, tomará su almuerzo en la habitación.

¡De nuevo estaba huyendo! ¡Justo cuando creía que estaba progresando! No obstante, esa vez no iba a dejarse ganar.

—Muy bien —dijo con calma—. Si usted se encarga de hacer llegar la comida, yo acompañaré a Lady Melanie hasta su cuarto y me aseguraré de que llegue bien.

Cierta nota de sarcasmo había en sus palabras, acidez y desafío.

—Oh, yo no creo...

—Señora Hargraves, es pleno día, hay gente por todos lados. Solo caminaremos por el pasillo de la casa, no hay nada de inapropiado en eso. Por favor, sea tan amable de ir por el almuerzo de la dama y deje de discutir conmigo. Mis intenciones no son menos que buenas, se lo aseguro.

No le dio opción a réplica; contenerse todo el tiempo comenzaba a ser un trabajo imposible. Tomó la mano de Melanie que miraba la figura de su nana cada vez más lejos, y la colocó en su brazo para guiarla. No dijo nada mientras ascendieron por las escaleras y tampoco cuando caminaron por el pasillo, pero sí aprovechó el haberse detenido frente a la puerta. La miró a los ojos, sin soltarle la mano, y creyó estar alucinando cuando ella habló antes que él.

—Gracias —susurró esa voz de ángel— por todo lo que está haciendo, milord. Es usted muy noble.

Por un minuto, se sintió como un jovencuelo petrificado por el hecho de que una dama le dirigiese la palabra, pero se recuperó al sentir como todo su cuerpo estallaba y festejaba la victoria.

—Para mí es un placer —comentó abandonando la diversión y procuró mantenerse lo más sensato posible—, es lo que he venido a hacer aquí, ayudar. Y no, no espero nada a cambio, si se lo pregunta.

—¿Nada?

La frente de Francis se arrugó. ¿Era a eso a lo que ella le temía? ¿Que estuviera esperando algún tipo de recompensa?

—¿Me permites tutearte, Melanie? —Ella asintió apenas y él continuó—. Valoro mucho a mis amigos, al igual que la familia son muy importantes para mí. Granville es uno de ellos, vine aquí para ayudarlo en todo lo que me sea posible porque mi deseo es verlo feliz, solo eso. Puedes tomar mis actos hacia ti como una extensión de eso mismo, pero, ¿sabes? En mi opinión, todos merecen un amigo, y no veo al tuyo por aquí —murmuró y miró a los alrededores—. ... Excepto que decidas

aceptarme.

—¿Por qué querría usted ser mi amigo? No tengo nada que ofrecerle. —Su voz ahora era dura, aunque, con el mismo patrón de antes, en forma de susurro. Con ese sonido tan suave como una pluma no podría ser vista como grosera.

Con una de sus delicadas manos todavía entre las suyas, Francis la llevó hasta su boca y volvió a besarle los nudillos antes de hablar.

—¿Qué hay de tu amistad? Es lo que yo te doy, no esperaría más.

Ella siguió mirándolo con esa desconfianza que había aparecido en su rostro después de su pregunta anterior, y él decidió que era suficiente por ese día. Al menos había escuchado su voz, mucho más de lo que esperaba.

Al no tener respuesta, formó una leve inclinación.

—No voy a demorarte más, pero me gustaría que pienses en esto, en nuestra... conversación. —Aunque sonara extraño decirlo, eso mismo había sido.



## CAPÍTULO 6

Para la noche de la fiesta, el vestido estaba listo y había sido entregado días antes junto con los zapatos, los guantes y el chal. Al final, Francis no había tenido oportunidad de verlo, la primera vez que lo haría sería cuando ella lo llevase puesto. En cuanto a los demás, que serían una sorpresa para Melanie, llegarían en unas semanas, lo cual sería una hazaña por parte de la modista y sus ayudantes, que prácticamente trabajarían todo el tiempo enfocadas en ellos.

Los invitados ya habían llegado y él había saludado a la mayoría de los presentes, mientras que Granville era conducido por la esposa del párroco, la señora Fedelway, a través de los invitados y presentado a cada uno de ellos. Él, por su parte, había decidido caminar y presentarse a sí mismo aprovechando las libertades que daba el campo; sin embargo, en ese momento estaba subiendo las escaleras y alejándose del salón para ir en busca de Melanie, que aún no había aparecido. Estaba preocupado, ni siquiera la señora Hargraves había bajado para dar aviso de algún retraso o problema con su vestimenta como era común en las mujeres.

Y con su temible y continuo mal presentimiento, se plantó frente a la puerta de la habitación y la hizo sonar con unos golpecitos. No tardaron más de unos segundos en abrir, y como no podría haber sido distinto, fue la bendita nana quien lo atendió.

—Oh, Lord Welltonshire. ¿Por qué tenía la certeza de que sería usted y no Lord Beckford quien aparecería?

—¿Dónde está ella? —inquirió ignorando lo dicho—. ¿Está bien? ¿Qué es lo que sucede?

Miró por encima de la mujer, en busca de una señal de vida, pero no alcanzó a ver nada antes de que la señora entrecerrase más la puerta para impedirselo.

—Lady Melanie no se siente bien, me temo que no podrá presentarse a la fiesta.

—¿Y no se le ocurrió avisarme?

La mujer alzó la barbilla y levantó una ceja.

—¿A usted?

—A mí o a Lord Beckford, señora —contraatacó en un gruñido—. ¿Dónde está?

—¿Lady Melanie o Lord Beckford?

—Lady Melanie —masculló apretando un puño. Tenía ganas de apartarla de un manotazo.

—Aquí dentro, no se siente demasiado bien.

—Quiero verla.

—Me temo, milord, que eso no será posible. No puede entrar y ella no va a salir.

La expresión de la mujer parecía no querer dar lugar a réplicas, pero ella debía de saber que no iba a manejarlo tan fácil. Cruzó los brazos a la altura del pecho, más para dejarlos quietos que para mostrar su determinación a ganar aquella discusión, y esperó las próximas palabras de la mujer.

—¿Hay algo más que tenga que decir, Lord Welltonshire?

—A usted, no.

—Entonces puede regresar a la fiesta, yo tampoco tengo nada más que decirle —musitó con calma, aunque sabía muy bien que él estaba al tanto de que había comprendido sus palabras a la perfección.

Simple y llano, él no iba a perder más tiempo. Con voz cortante, se dirigió a ella hablando con largas pausas entre palabra y palabra, y ahora sí, no iba a negarse. El efecto no debía ser producido por las palabras, sino por la forma en que estas eran pronunciadas.

—Señora Hargraves, tenga la amabilidad de hacerse a un lado.

—Milord, eso no sería correcto. No puede hacerlo. Imagínese si...

—Nadie va a vernos, todo el mundo está en la fiesta, incluidos los sirvientes. Y usted está aquí —muy a su pesar—, no estaremos a solas.

—Pero...

*¡Basta!*, gritó en su mente, y dio un paso hacia adelante. La señora no se movió, pero con el segundo no tuvo más remedio. Suspiró derrotada, terminó de abrir la entra y se hizo a un lado. Francis ingresó al cuarto y oyó el clic de la puerta al cerrarse. Bien, no quería chismosos oyendo ni viendo nada más de lo necesario. Su vista se centró en la cama que estaba vacía y frunció el entrecejo. Si estaba indispuesta, ¿no debería...? Sus pensamientos se congelaron en cuanto sus ojos vislumbraron a un ángel cubierto en seda azul.

Ella estaba de pie, de espaldas a él pero de frente al espejo. Se quedó sin aliento por unos incontables segundos, que, quizá no fueron muchos, pero como Francis había perdido la noción del tiempo no habría sido capaz de decirlo con certeza.

—Melanie... —susurró con el volumen adecuado para que ella lo oyera.

No se giró. Notó como su espalda se ponía rígida y vio como cerraba los ojos, pero más allá de eso, no dio ninguna señal de haberlo escuchado. Francis arrugó la frente de nuevo, a pesar de estar fascinado por esa bella criatura, todavía podía darse cuenta de muchas cosas. Se volteó y miró a la señora Hargraves que, para su sorpresa, no los estaba observando. Es más, pretendía no estar presente y si no estaba intrigado de por sí, ahora sabía con certeza que había algo profundo en aquello.

—Melanie, ¿por qué no has bajado? ¿Qué sucede?

Se colocó detrás de ella, solo un pie los separaba y no invadiría su espacio personal, pero eso era todo lo que podría darle. Era cierto que no había pronunciado ni una palabra más en su presencia desde el día en el que habían ido a visitar a la modista por primera vez, pero Fran tenía la esperanza de haberse ganado una pizca de su confianza, pues ya no parecía mirarlo con ese terror tan notorio reflejado en su rostro. Además, algunas veces hasta le había dedicado una que otra sonrisa.

Sin embargo, entonces tenía que hablarle, era la única forma en que podía darle una respuesta. Aguardó y aguardó hasta que ya no pudo esperar más. Imaginaba que no habían pasado más de treinta segundos, pero desde luego le parecieron treinta minutos.

—Estás muy bella, más que eso —dijo curvando los labios hacia arriba—, estás arrebatadora, preciosa. El azul te va muy bien, nuestros invitados no podrán dejar de mirarte, las mujeres te envidiarán, no hay nadie más hermosa ahí abajo que tú, créeme.

La señora Hargraves se aclaró la garganta detrás de ellos y Francis no pudo evitar girarse.

—¿Qué? —demandó—. Es la verdad y es un halago. Me disculpo si le parecen atrevidas mis palabras, con las dos, pero no estoy mintiendo. —Volvió a posar sus ojos en el rostro de Melanie, reflejado en el magnífico y gran espejo. También hizo su mayor esfuerzo por calmarse y controlar la forma de hablar, el tono y hasta la respiración—. Melanie...

—No puedo.

Si no hubiese estado tan concentrado en ella no la habría escuchado, el murmullo que había escapado de sus labios había sido casi inaudible.

—Oh, estás nerviosa. ¿Eso es? No te preocup...

—No, no. No puedo hacerlo.

Apoyó las manos en el borde del escritorio que se encontraba junto al espejo como si necesitara de esa ayuda para mantenerse en pie.

—Yo estaré contigo en todo momento. No tendrás que hacer nada que no desees. —Se aproximó de nuevo dado que ella se había alejado más al apoyarse en el mueble—. Te lo prometo, cuidaré de ti.

—Lady Melanie no tiene experiencias en este tipo de fiestas, milord.

La señora Hargraves también se había acercado y contemplaba a su protegida de forma maternal, aunque llena de pena. Luego volvió a posar sus ojos en él, no con desaprobación, pero sí con cierta súplica que Francis no llegó a comprender.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo.

—Señor, ella... Usted sabe que Melanie tiene problemas para expresarse en público, y no todos son tan comprensivos como usted.

—Pero ella sabía que el momento llegaría, no es como si la fiesta fuera una sorpresa. Melanie, ¿por qué no me comentaste esto? O usted —le apuntó a la anciana—, ¿por qué no me lo dijo? Yo podría haber... pensado algo. O Granville, en su defecto.

Esta vez, ninguna de ellas tuvo nada que decir. La mujer miró a la joven que tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. ¿Eso era normal? ¿Así actuaban todas las señoritas cuando estaban nerviosas? Si era afirmativo, entonces Emmie no era normal. Ella jamás protagonizaría una escena ni siquiera similar. Podía tener pataletas, ser un poco caprichosa, temeraria y quizá hasta escandalosa cuando quería, pero nunca, a pesar de todo lo que habían vivido, la había visto con semejante ataque de... pánico. Sí, eso era. Miedo puro.

¿Y qué podía hacer él? No estaba preparado para eso y en ese momento; con tanta gente esperando por ella no podía detenerse a pensar con mucha claridad ni calma. Iba a llegar el momento en el que Granville notara que ese atraso no era normal y subiría a buscarla. No pensaba que él fuese a ponerse violento, pero dado que había organizado la fiesta con un único objetivo, que no era exactamente conocer a sus vecinos, no iba a gustarle nada la situación y temía por lo que pudiera llegar a decir o hacer. Había ganado muchos puntos con los sirvientes de la casa, que ya lo trataban como el verdadero vizconde que ahora era, el amo y señor de la propiedad, y con eso, había ganado la confianza en sí mismo que necesitaría para desenvolverse en el Parlamento. Era un buen hombre, pero solía inclinarse hacia el camino incorrecto y temía que volviera a hacerlo si fallaba en su nuevo rol. Francis solo quería lo mejor para su amigo, que a pesar de lo que aparentaba, no había tenido una vida fácil. Aun así, también lo preocupaba la joven y no deseaba que sufriera más de lo que en apariencia ya había hecho.

Y no era su asunto, se dijo. Pero ya no podía evitar entrometerse.

—Estaré a tu lado, Melanie. Al menos inténtalo, sé que puedes lograrlo.

—Lo intentó, señor. Salimos y estuvimos a punto de bajar las escaleras, pero. —La nana apretó los labios y negó con la cabeza—. Le ruego que no la culpe.

¿Qué podría pasar?, quiso gritar, pero decidió que no ayudaría nada el perder los nervios. Esa era quizá la única oportunidad que tendría de contemplar sus opciones antes de que Gran llegase a un acuerdo con algún candidato que él creyese más apropiado. Y no faltarían hombres en la tierra que ignoraran los deseos de la mujer cuando tenían tanto que ganar. Una dote inmensa, una joven bella para calentarle la cama por las noches. Y muchos verían aún con mejores ojos que ella fuera así de sumisa y callada. Sería un destino terrible para ella o para cualquier mujer.

Después de un largo silencio, Melanie se fue levantando de a poco hasta quedar frente al Conde. Moviéndolo los labios pero, como siempre, todo se quedó atascado en su garganta. Él pestañeó y se inclinó hacia ella. El Conde tenía esa extraña capacidad de interpretar sus movimientos por más imperceptibles que estos fuesen. Y además estaba esa mirada... Era dulce y compasivo. Se preocupaba por ella incluso cuando no tenía que hacerlo, cuando no la conocía. Y le creía cuando decía que no quería nada a cambio, pero una parte de ella se mostraba reticente a aceptar que alguien hiciera todo eso sin esperar una recompensa.

—Dime, puedes decirme lo que sea —susurró Francis atreviéndose a tomarle las manos—. Solo quiero ayudarte, créeme cuando te digo que es lo mejor para ti que

te presentes.

—¿Él se enojará mucho? —logró articular bajando la vista hasta el lugar en el que estaban unidos.

—¿Granville? Tal vez, pero no es eso a lo que me refiero —suspiró. No quería tener que contarle eso, no él—. Mira, ven, sentémonos. Hay algo que debes saber.

Todavía sujetándola por una mano la condujo hacia los sofás que había en la pequeña sala del dormitorio. La señora Hargraves los había seguido y Francis le indicó que ocupara el lugar junto a Melanie mientras él tomaba asiento en una silla frente a las dos.

—Sé que quizás piensen que no es de mi incumbencia, pero dado que estoy aquí para ayudar a Lord Beckford, creo que puedo tomarme la libertad de informarles esto. El señor Ralph, el reciente fallecido vizconde, no asumió las responsabilidades que tenía con Lady Melanie y ahora Granville quiere arreglarlo y compensarla lo antes posible.

—Si me lo permite, ¿qué es lo que quiere decir? —intervino la anciana.

—Su deber era conseguirle un esposo a Melanie, por supuesto. O casarse con ella. Esa también habría sido una opción válida.

—Era su primo —dijo la señora Hargraves casi con asco.

—Lo sé, pero no habría sido la primera ni la última.

Melanie tragó saliva de forma dolorosa y Fran hasta podría asegurar que se estremeció, pero no iba a hurgar por el momento, tenía que continuar con la explicación.

—Pero como dije, el nuevo lord no va a huir ni evadir su responsabilidad. Lo que significa que está determinado a encontrarte un marido.

Quiso ser lo más claro y precavido posible, pero el rostro ceniciento de ella le dijo que sus palabras no eran bien recibidas.

—Y asumo que la fiesta es un medio para conseguir el fin —comentó la señora Hargraves.

Él asintió.

—Sería una forma de presentarla en sociedad de manera implícita, para que conozca y ella misma pueda evaluar sus opciones.

—¿Ella o Lord Beckford?

—Señora Hargraves —siseó—, Lord Beckford hace lo mejor que puede. Si somos justos, cualquier otro habría buscado al primer hombre que se cruzara en su camino y se habría desecho de ella en un minuto. Y la dote es importante, nadie en su sano juicio la rechazaría, sin contar —hizo una pausa en la que Melanie volvió a mirarlo, cosa que había dejado de hacer cuando él mencionó el matrimonio— su belleza.

Cualquier otra joven habría sonreído ante el cumplido, pero no ella, por supuesto. En lugar de eso, bajó la cabeza, incómoda.

—Melanie, tienes que casarte. Yo sé que es duro, pero Granville te dará el tiempo que necesites para conocer a tus pretendientes y se asegurará de que todo esté en orden si decides aceptar a alguno de ellos. Pero es tu deber escoger uno y para eso tienes que conocerlos.

—Yo no conozco a nadie —soltó en un murmullo.

—Bueno, para eso es esta fiesta.

Dejó pasar un tiempo sin agregar nada más. La señora Hargraves acariciaba la espalda de la joven como si estuviera consolándola y él quiso hacer lo mismo, abrazarla. Ya había cometido el error de presionar a Emmie con el mismo tema, le había gritado y dicho cosas horribles, algo que casi le había costado el amor de su hermana. La había lastimado y estado a punto de condenarla a una vida de infelicidad.

—¿Por qué no lo intentas? Quién sabe, quizá te enamores esta misma noche.

Su tono era de broma, pero nadie sonrió. Se puso de pie y estiró un brazo dejando la palma hacia arriba, flotando en el aire.

—Por favor, milady, concédame el honor de acompañarla.





## CAPÍTULO 7

Francis festejó su victoria cuando Melanie tomó su mano y se puso de pie. Fue disimulado, le sonrió y la condujo hasta la puerta del dormitorio. Se adaptó a sus pasos, lentos, medidos y cortos, aunque una vez fuera del cuarto, en el pasillo desierto y con la señora Hargraves pisándoles los talones, atisbó hacia el rostro de la joven y se asustó al ver que estaba más pálida que lo normal. Y Melanie siempre estaba pálida y fría, eran características de su aparente fragilidad continua. Así que posó la mano sobre la de ella que descansaba sobre su brazo y detuvo la marcha para mirarla a los ojos. La joven estaba a punto de decir algo, lo que le resultó extraño, pues Melanie en raras ocasiones lo hacía, pero de su garganta no salió nada y, en cambio, levantó un brazo y se sujetó al de él dándole un apretón a su músculo antes de derrumbarse.

Con una rápida reacción pese a su asombro, Francis logró atraparla antes de que se golpeará la cabeza contra el piso y la acunó en sus brazos. ¡Santo cielo! ¡Se había desmayado! Y no iba a pensar que era fingido, simplemente no podría simularse algo como eso.

—Melanie —dijo tocando su mejilla, mas ella no reaccionó.

Miró a la señora Hargraves que se acercó negando con la cabeza.

—Deberíamos llevarla al cuarto. Lo siento mucho milord, pero esto era algo que me temía.

Francis colocó un brazo detrás de su espalda y el otro por debajo de lo que creía que eran las rodillas, perdidas entre tanta cantidad de pesada tela. La alzó y volvió a entrar a la habitación de la que no se habían alejado más que unos pasos. Con suavidad, la colocó en la cama y se sentó a su lado sin saber qué hacer.

—¿Por qué lo estaba esperando? —inquirió sin mirar a la señora Hargraves.

—¿Perdón, milord?

Se giró hacia ella.

—Dijo que se lo temía. ¿Por qué?

—Oh, ya se lo dije. Ella estaba muy nerviosa, ya lo intentó una vez y no pudo bajar. Solo lo estaba haciendo de nuevo porque usted es muy amable y creía que se lo debía.

El Conde suspiró.

—Pero yo no deseaba esto. Soy insistente, sí, pero no iba a obligarla si no quería. No soy un monstruo.

Pasó la yema de los dedos por la lisa y blanca frente de Melanie y le corrió unos mechones de cabello hacia atrás. Era de lo más indecoroso, desde el estar allí, en su cuarto y sentado en su cama hasta tocarla como lo hacía, pero no podía evitarlo. Sus manos se movían solas y no podía conseguir la determinación para levantarse y dejarla.

—¿De verdad la asusté tanto como para no poder rechazarme?

La anciana se paró junto a él, y por insólito que pareciera no trató de correrlo o acusarlo por su actitud inapropiada.

—No ha sido eso, milord, estoy segura.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla?

—Nada, despertará pronto. Puede volver a la fiesta si lo desea, yo me quedaré con ella.

Francis no quería marcharse, sin embargo, sabía que era lo adecuado. Y tenía que avisar a Granville que Melanie en definitiva no bajaría: la fiesta había sido en vano. Se levantó a regañadientes y abandonó la habitación. ¿De verdad tenía que volver a bajar? La perspectiva no le parecía tan interesante. Él solo había querido estar en la fiesta para ver a Melanie en su nuevo vestido, quizá pedirle un baile. Sobre todo, su máximo interés había sido verla interactuar con los demás invitados, dilucidar algo más sobre ella, sobre quién era en realidad.

Soltando un gran suspiro bajó la escalera y se introdujo en el gentío. Le costó al menos media hora llegar hasta Granville, aunque era algo que había predicho. Al parecer, la esposa del vicario había dejado al Vizconde luego de presentarlo ante todos y ahora era su turno. Y no, eso no era Londres, y era una velada pequeña, pero las madres con hijas casaderas estaban en todos lados y siempre en abundancia. Aun así, ante la primera distracción se escabulló y sacó a Granville por unos segundos.

—¿Dónde diablos está ella? —graznó el joven vizconde.

—Eso era lo que quería decirte. No bajará.

Él habló con completa calma, pero Gran se congeló y los ojos parecieron querer escapárseles de sus órbitas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho, Gran. No bajará. Se estaba tardando y fui a buscarla. La historia corta es que se desmayó en mis brazos cuando estaba conduciéndola hasta aquí. Demos gracias que fue antes de bajar las escaleras, nadie pudo verla.

Su amigo se perdió por un segundo.

—Las damitas se desmayan todo el tiempo en las fiestas de Londres. Ya sabes cómo son.

—Sí, pero esa no es la cuestión. La gente habría comenzado a hacer preguntas que no nos conviene responder. Además, si la hubieras visto; estaba aterrorizada.

Gran se llevó una mano a la frente y la abrió para masajearse las sienes con el pulgar y el mayor.

—Esto es de locos. Si no puede bajar a la fiesta, ¿cómo voy a hacer para presentársela a los hombres? He visto algunos partidos bastante... pasables. La señora Fedelway me ha dado buenas referencias sobre todos, pero cree que ellos deberían ver a Melanie primero.

Francis lo observó con interés. Él también había conocido a los caballeros solteros que habían asistido y, siendo honesto, no creía que pudiesen rescatar a alguno de ellos y verlo como un pretendiente de la dama que Gran tenía a cargo. Salieron del rincón en el que se habían reunido para hablar en privado, y con disimulo y la sutileza propia de un caballero, Granville comenzó a enumerar y darle un vistazo a cada uno de los hombres a los que se refería.

—Sir Godfrey está buscando una nueva esposa.

Francis resopló.

—Debes estar bromeando. —Al parecer no, porque el Vizconde se giró hacia él con una mirada clara de interrogación en sus ojos—. Granville, ese hombre podría ser su padre o su abuelo.

—Es de lo más respetable. Además, con suerte no le quedará mucho tiempo y será una viuda joven. Podrá hacer lo que quiera con su vida. —Francis se detuvo y Gran rodó los ojos—. Bien, como sea. Solo es una opción.

—Desde luego que no lo es —murmuró el Conde, pero fue ignorado.

—También está el hijo de Sir Godfrey. Su edad es más próxima si eso es lo que interesa. —Con un leve movimiento señaló al otro caballero que se encontraba en ese momento hablando con el vicario. ¿Qué se acercaba a su edad? Fran ladeó la cabeza.

—Bueno, al menos ese sí podría ser su padre. ¿Cuántos años crees que tenga? ¿Cuarenta?

—Francis, no estás ayudando.

—Mis disculpas —musitó—. Por favor, continúa.

—El Señor Bernard está soltero. Y no parece estar buscando esposa, pero la Señora Fedelway dice que su situación económica no es muy buena y la dote de Melanie podría ser un gran incentivo para que cambiase su postura, ¿no te parece?

—Cualquiera diría que estás ansioso por deshacerte de ella.

Y lejos de tomarlo como el insulto que era, Granville se encogió de hombros.

—Y no estaría diciendo más que la verdad. Oh —dijo mirando hacia otro hombre con la clara intención de no oír la queja que procedería—, también está el señor...

No alcanzó a terminar la frase porque Francis siguió la línea de su mirada y lo interrumpió.

—Definitivamente no. No, no y no.

Desde que lo había visto cruzar el umbral de entrada, Francis lo había descartado sin importarle su nombre, su posición o su fortuna. Ni siquiera sabía en ese momento si él estaba casado o en busca de una esposa.

—Es un General. Buena fortuna amasada con sus propias manos...

—Granville, ella nos teme a nosotros. Te teme a ti, a ti —repitió como si no pudiera creérselo—. Tú que le agradas a todo el mundo, a todas las mujeres.

—¿Qué tiene eso que ver con esto? —Hizo un silencio mientras estudiaba al General, un hombre fornido, alto, de apariencia temible. En realidad, inspiraba bastante miedo, hasta él había retrocedido al verlo. La señora Fedelway había manifestado que ella y su esposo sentían cierta reticencia a tratar con él. Los rumores que habían llegado no eran favorecedores en cuanto a su persona y su fama en el ejército.

—Bien —terminó por decir al final, luego de reconsiderarlo—, quizás tengas razón en cuanto a este.

—En cuanto a todos —repuso Francis alzando la barbilla.

Granville entrecerró los ojos.

—Sin duda, no puedes esperar que busquemos a un niño de su edad. La mayoría está en la universidad, y además, veinte años sería mucho más cruel que cincuenta. Tú lo sabes tan bien como yo.

Y en eso no podía negar que su amigo tenía razón.

—Un término medio. ¿Por qué podría ser tan difícil de hallarlo?

Granville quiso apuntar que si no estaba ahí, era porque no había nadie en las cercanías con esas características, sin embargo, no lo dijo. Sabía que Francis estaba al tanto de eso, solo que no quería aceptarlo. Oh, su gran amigo y esa debilidad que tenía por los más débiles. Era muy noble por su parte y lo admiraba, pero en esa ocasión solo estaba siendo un dolor de cabeza extra.

—Yo no voy a casarme con ella. De ninguna forma. —Lo dijo en voz alta, pero su intención había sido guardárselo como un pensamiento y una determinación.

Él podría llegar a necesitar una esposa que lo ayudara a manejar Beckford Manor, pero esa no sería Melanie, bajo ninguna circunstancia. Ella podría manejar la

mansión, pero esa no era la única obligación de una esposa, también tendría que ahorrarle los gastos de mantener una amante, y tendría que hacerlo de buena gana. Por lo menos, ese sería el caso de *su* esposa. Y por algún motivo, no imaginaba a Melanie como tal, no era el tipo de mujer que le atraía. Bien, en sí, las prefería más maduras, pero había conocido ciertas jovencitas casaderas bastante divertidas, inteligentes y con atributos físicos que él podría llegar a apreciar si fuera el caso. No es que las damas solteras de ese tipo abundaran, pero llegado el tiempo, la encontraría. Muchos podrían tener ambas, una amante y una esposa, pero para eso se necesitaría un gran bolsillo y predisposición para vaciarlo y él no era así. Ahora que tenía algo propio no lo despilfarraría; el tener la casa de uno era algo bastante grato.

—Nunca dije que lo hicieras —comentó apacible, estudiando todo en el salón sin demostrar demasiado interés.

—Fuera de mí, no hay ningún término medio excepto. —Los ojos del Vizconde se fueron agrandando a medida que su voz iba perdiendo solidez—. Excepto tú.

Gran soltó una risa incrédula. ¿De verdad no lo había notado antes? ¿Cómo era posible que no lo hubiese considerado?

—Tú —volvió a decir—. Tú que necesitas una esposa.

—Todo hombre necesita una esposa —comentó Francis dando un paso hacia atrás.

—Sí, claro. Ya sabes a lo que me refiero. ¿No llegaste aquí quejándote de la insistencia de tu madre, tu hermana e incluso tus criados de que necesitas conseguir una condesa?

—Granville —gruñó.

Pero él ya no estaba oyéndolo. ¡Santo Cielo! Esa maquiavélica sonrisa en la cara de su amigo le daba escalofríos.

—Tú... —Le apuntó de nuevo con un dedo y se lo clavó en el pecho, aunque sus palabras se vieron interrumpidas por la voz de la esposa del vicario que volvía a acercarse con una mujer y su prole de hijas, solteras de seguro.

De todos modos, las palabras de Granville habrían sido innecesarias porque la idea ya había sido plantada en la cabeza de Francis.

Y en eso giraban los pensamientos del Conde mientras abría la carta de su hermana luego de retirarse a su cuarto una vez finalizada la fiesta. Era tarde, muy tarde, pero no había tenido tiempo de leer lo que Emmie había escrito y no dejaría pasar más tiempo antes de ver lo que tenía para decir. No obstante, dado el estado en el que se encontraba, enfocado en esa reveladora charla que había tenido con su amigo, tuvo que leer unas tres veces la carta de Emmeline. Y no porque no lo entendiera, sino porque al llegar a la mitad de una frase olvidaba lo que había leído hasta el momento. Lo que tendría que haber sido señal de algo, algo importante, porque él era distraído, pero había límites para todo.

*Francis:*

*¿Así que es una dama respetable? Imagino que tu amigo no estará muy contento, ¿qué puede saber él de cuidar de una jovencita como ella? Es bueno que estés ayudando, después de todo, tú tienes experiencia. Hiciste un muy buen trabajo conmigo y ahora soy muy feliz. ¿Y has averiguado algo más? Tu interés en ella, querido hermano, ¿te has preguntado a qué se debe? ¿Es solo porque necesita de tu ayuda o porque hay algo más? Voy a ser más directa, porque si no soy franca vas a seguir dándome esquinazos y no me gusta nada. ¿Es bonita? ¿Te gusta? Te exijo que contestes esas dos preguntas de forma clara y precisa.*

*Oh, y yo estoy muy bien como siempre. Joseph dice que me haces perder mucho tiempo escribiéndote, tiempo que podría estar dedicándole a él, pero nótese hermano, que mi amor por ti es muy grande y no podría dejar de interesarme, incluso cuando tengo que quitarle un poco de mi tiempo a mi amado esposo.*

*Con cariño, Emmie.*



## CAPÍTULO 8

La noche anterior, Francis había estado lo suficiente cansado como para dormir toda la noche, y lo habría hecho de no ser porque en su cabeza se había instalado un pensamiento de lo más molesto y acaparador. ¡Maldito Granville! Él y solo él había sido el culpable. ¿Cómo podía decirle tal cosa, así como si nada? Refunfuñando se sentó en la cama y dejó los pies colgando mientras se refregaba los ojos. Era temprano por la mañana, la hora a la que acostumbraba levantarse, y siempre lo hacía con ganas de comenzar un nuevo día, lleno de energía. Ese no era el caso. Había tenido una noche terrible. Horrorosa. No había dejado de dar vueltas en el colchón, no había conciliado el sueño por más de unos minutos.

Era uno de esos días en los que en el debate entre seguir acostado o levantarse no había ningún ganador: ambas opciones eran desagradables. Se puso de pie y descubrió, como siempre, que su eficiente ayuda de cámara le había dejado todo preparado para que se arreglara. Era un trabajo que prefería hacer solo, lo había aprendido desde muy joven, más que la mayoría de los chicos, y era una costumbre que no podía quitarse. Se resistía a recibir más ayuda de la necesaria, como en ese caso.

Estuvo listo en un cuarto de hora y llegó al comedor matinal justo cuando servían el desayuno. Primero vio la comida y luego la vio a ella. Tal vez porque no había esperado que se presentase allí esa mañana o tal vez porque había logrado sacarla de su cabeza mientras se adecantaba. Se detuvo en la puerta y permaneció inmóvil unos segundos. Ni ella ni la nana lo habían visto aún, por una vez había sido el primero en percatarse de ambas y no al revés.

Dio un paso adelante y en seguida otro y otro, hasta que estuvo tan cerca que no pudo ser ignorado.

—¡Buenos días! —saludó con una sonrisa al obtener la atención de Melanie. La joven lo miró con sorpresa, lo que era extraño porque para ese momento debería de haberse acostumbrado a que él no era de los que se perdían el desayuno.

Antes de sentarse, se dirigió hasta ella como la primera vez que la había encontrado en ese sitio y le tendió una mano. Una profunda sensación de alivio lo recorrió al no sentirla helada como había esperado. Le besó los nudillos pero no la soltó de inmediato. Con un pie arrimó la silla más cercana y se sentó a su lado.

—¿Cómo te encuentras esta mañana?

Esa era una pregunta que no podía ignorar, tampoco asentir para responder. Por un instante, se preguntó si no era cruel obligándola a hablar; ya no pensaba que no les dirigía la palabra por gusto, comprendía que para ella era difícil hacerlo (aunque algo le decía que la causa de eso no era un problema físico). Con el sentimiento de culpabilidad instalado no aguardó a que respondiese, sino que volvió a hablar él mismo.

—Creo que te debo una disculpa, no era mi intención asustarte anoche, no debí presionarte. Por favor, dime, bella dama, que me perdonas.

Puso su mejor expresión de cachorrito, que nunca había fallado ni con su madre ni con su hermana ni siquiera con su niñera cuando era más joven. Incluso alguna de sus amantes le había dicho que se veía adorable. Y debió de ser cierto, porque Melanie soltó una risa que nunca antes le había oído y asintió.

—Oh, qué hermosa. ¿Eso quiere decir que estoy perdonado?

—No tengo nada que perdonar, milord —compuso bajando la mirada, levemente ruborizada por el halago.

Francisladeó la cabeza y la estudió. Siempre era un placer oír la hablar, pero esa melodiosa risa estaba muy por encima. Y con esa idea que le habían dado entre Granville y Emmie con sus comentarios en la carta, todo sobre ella parecía lo más importante del mundo. ¿Sería capaz de convertirla en su esposa? Se preguntó por qué no se le había ocurrido antes, después de todo, no era una idea del todo descabellada. Él necesitaba una esposa, cosa que debía hacer por obligación y que además le haría la vida más fácil en muchos aspectos. Y Melanie también necesitaba un marido, alguien que la protegiera. Y no podía ser cualquiera. Tenía que comprenderla, ser paciente con ella y con lo que fuera que la atormentaba. Tenía que ser valorada por lo que era, que iba mucho más allá de su belleza externa y su dote.

Le dio un apretón en la mano volviendo al mundo real.

—No creí que te afectaba tanto, de verdad lo siento.

Una de las criadas se detuvo a su lado en espera de permiso para hablar. Fran levantó la cabeza hacia ella y sonrió con un claro despliegue de su encanto.

—¿Sí?

—¿Desea que traslade su plato a este lugar, milord? —Esa era una buena idea.

—Se lo agradecería, si es tan amable —dijo y volvió a dirigirse a Melanie que esperaba a que otra de las sirvientas terminara de servir su desayuno.

Vio también que la señora Hargraves se había puesto de pie y posicionado en un rincón, pero no dejaba de observarlos.

—Señora Hargraves, por favor, no se quede allí. Únase a nosotros.

—Gracias, milord. Pero ya he tomado mi desayuno, estoy bien aquí.

Con un gesto con la cabeza aceptó su respuesta, no sería él quien insistiría para que les quitara esa ilusión de privacidad que compartían.

—No te perdiste de nada, ¿sabes? —dijo mientras untaba una tostada; ella se giró para mirarlo con curiosidad—. En la fiesta, quiero decir. Nada bueno al menos; nadie bueno. —Remarcó con claridad las últimas dos palabras para que interpretara su sentido.

Comieron en silencio durante el resto del momento, lo cual fue agradable y cómodo. Dedicó ese tiempo a seguir analizando desde todos los puntos y perspectivas el posible matrimonio, lo que ayudó a que no sintiera la imperiosa necesidad de entablar una conversación.

Si se casaba, estaba seguro de que ella le tomaría la confianza suficiente y le contaría sobre su problema. Entonces, podría ayudarla a tener una vida feliz. Bajo su protección, no habría nada a lo que debiera temer, y quizá eso también mejoraría su situación, su autoestima. Su condesa debería de ser capaz de dar fiestas y asistir a

ellas, así como también de manejar una casa como la suya. Pero, por el momento, podría prescindir de ello; su madre tenía todo bajo control y no le molestaría aguardar un tiempo más antes de ceder el poder. Lo único que Annabeth deseaba era verlo casado, feliz y en lo posible, con uno o varios hijos. Quería que se convirtiera en un hombre respetable y dejara de frecuentar esas «amigas» que a ella tanta repulsión le causaban.

Cuando terminaron, casi esperó que la señora Hargraves tomara a Melanie y se la llevara lejos de él, mas no lo hizo. Comprobó que ella también hubiese terminado y volvió a ponerse en marcha.

—Es un día hermoso —murmuró poniéndose de pie—, ¿qué te parece si damos una vuelta por el jardín? Sabemos que Granville no va a despertarse hasta pasado el mediodía y por hoy y la fiesta de anoche voy a dejarlo en paz.

Melanie ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Eso es un sí? —preguntó Francis—. Prometo que no será un interrogatorio, solo caminaremos y contemplaremos el paisaje durante un rato. Bueno, yo puedo contarte algunas cosas si estás interesada.

En respuesta ella tomó la mano que él le ofrecía para ayudarla a levantarse, antes de que la señora Hargraves interviniera.

—Deberías buscar un chal y una sombrilla, es una mañana muy fresca pero debes cuidarte del sol si van a caminar mucho tiempo.

El Conde respiró con alivio.

—Muy bien, te esperaré al pie de la escalera en quince minutos.

Debería ser tiempo más que suficiente para recoger un chal y la sombrilla, pero con las mujeres nunca sabía qué esperar. Sin embargo, ella fue puntual, en realidad Francis había esperado sentado al pie de la escalera desde que ellas subieron y se perdieron en el pasillo del piso superior.

Si se casaba con Melanie, pensó mientras la observaba bajar, tendría que llevar a esa horrible mujer con ellos. No habría forma de separarlas, además, ya se había dicho a sí mismo que en caso de hacerlo, de pedir su mano, haría lo posible por hacerla feliz, aunque al menos se ocuparía de que les diera más espacio.

Trató de permanecer impasible, de no hacer ni una sola mueca cuando vio que la mujer descendía al lado de la dama. Rogó porque no se le escapara y creyó lograrlo. Y si no lo hizo, ellas no lo notaron. Con esa sonrisa tan característica tomó la mano de la joven que estaba tres peldaños más arriba que él y la fue colocando en su brazo para conducirla hacia donde le había prometido. Al avanzar un par de pasos, se giró extrañado al no oír unos extras detrás, y descubrió que la señora Hargraves no se le había unido. Eso sí era una novedad. Resistió la sonrisa triunfal que se formaba en su rostro y volvió a enderezarse y seguir caminando; ¡estaban solos! De todos modos, no podía hacerse muchas ilusiones. Le había prometido a Melanie que no tendría que hablar si no lo deseaba, y dudaba que ella lo hiciera.

Salieron por una de las puertas traseras y resolvió que tenían que caminar hacia el río. Era un camino ameno, tranquilo y no demasiado largo, pero tampoco tan corto como para que esa oportunidad no fuera aprovechada debidamente. No le informó hacia dónde iban, ella parecía encantada con el día, con los rayos del sol que se reflejaban en su cara que al final no había cubierto con la sombrilla.

Así que había una rebelde encerrada por allí, en algún lado.

—Estos días están hechos para disfrutarse ¿no? —comentó—. No sé por qué obligan a las mujeres a taparse tanto cuando los interminables días nublados ya lo hacen bastante.

Con la mirada hacia arriba, ella solo tuvo que ladear la cabeza un poco para mirarlo.

—¿Quieres que lleve eso por ti? —Señaló la sombrilla cerrada que llevaba en la mano que él no le tenía sujeta sobre su brazo—. Mejor dicho —se corrigió—, deja que la lleve yo.

Melanie se la entregó sin chistar ni dejar de mirarlo a los ojos. También era obediente, admitió él.

—Voy a contarte algo, si te cansas de oírme me detienes. ¿De acuerdo?

Miró hacia el frente sin dejar nunca de caminar con lentitud.

—Hace un tiempo estuve en las playas de Italia. ¿Sabes dónde está? Es en el continente...

Por minutos siguió hablando y describiendo ese lugar que a él tanto le había fascinado. Miraba el paisaje mientras hablaba y también hacia ella de vez en cuando para comprobar que no la estaba aburriendo. Muy al contrario, Melanie parecía entretenida e interesada en sus palabras, y no del tipo de interés obligado como le había pasado con muchas mujeres antes. Estaba convencido de que si le preguntaba qué había dicho, ella respondería de forma correcta. No decía nada, pero había algo en su expresión que hacía que Fran no tuviera dudas de que era genuina.

Poco a poco comenzó a ver el río cada vez más cerca y no se detuvo ni dio la vuelta puesto que en sus planes entraba que se sentaran en la orilla y disfrutaran de ese silencio interrumpido por el ruido del correr del agua y las aves que pasaban por el lugar. Estaban a punto de llegar cuando ella se detuvo. Podría haber dicho que clavó los pies en el piso y no habría nada que la obligase a continuar. Melanie se detuvo y le apretó el brazo. Claro que Francis ya había dejado de hablar y ni siquiera recordaba por dónde iba antes de eso, pero aun así se preguntó si esa era la señal para que no soltara una palabra más.

—¿Melanie? ¿Qué sucede?

Estaba dura, los ojos fijos en el paisaje frente a ella y los labios apenas abiertos, por dónde parecía respirar. Si era que lo estaba haciendo.

—¿No te sientes bien? —Insistió preocupado.

Posó una mano sobre la de ella, que tenía las uñas clavadas en su brazo, e intentó que la relajara. No lo hizo. La quitó de ahí y la puso debajo de su barbilla, le acarició el mentón con el pulgar y le dio un suave tirón para lograr que lo mirara. ¿Le tendría miedo al agua? ¿El río tendría algún significado para ella? Todo apuntaba a que sí. Miró hacia todos lados hasta que le pareció encontrar el lugar perfecto para refugiarse y escapar de allí. Ella no lo miraba, así que envolvió su cintura con un brazo y se

encargó de girarla y llevarla lejos. Pensó que quizá la joven volvería la cabeza hacia atrás, pero solo movió las piernas y caminó en la dirección a la que él la estaba guiando.

La muchacha dejó esa mirada perdida que tenía para bajar la vista al suelo y parpadear. También inhaló profundo antes de volver a hacerlo con normalidad y recuperar el aliento.

—Siéntate.

No era muy caballeroso hacerla sentar en el piso, pero no había más remedio. No había ni siquiera un banco o un tronco más cerca. No quitó su brazo y se sentó al mismo tiempo que la joven. Melanie no estaba mirándolo, aunque se le notaba más calma. Le sujetó una mano con el brazo libre para descubrir que estaba temblando y le dio un apretón manifestando su apoyo. No le pidió explicaciones y le dio tiempo para terminar de serenarse. No lloraba, aunque de seguro deseaba hacerlo. ¿Tendría que dejarla sola para que pudiera permitírselo? No, no podía hacer eso. No lo haría. Tampoco se animaba a abrazarla, eso quizá la asustaría más.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —susurró inclinándose en busca de su mirada.

Ella cerró los ojos, los apretó y negó con un movimiento de la cabeza.

—¿Quieres que regresemos a la casa?

Como pudo, intentó ponerse de pie por sí sola antes de que él notara cuál era su intención y la ayudara. Caminaron de vuelta, ahora en completo silencio y un poco más deprisa que antes. Francis se negó a dejarla hasta que no llegaron a su cuarto, sin señales de la señora Hargraves por ningún lado.

—Yo —pronunció la joven y levantó la vista hacia él—... lo lamento.

—¿Por qué? No fue tu culpa —se apresuró a asegurarle—. No sé qué te sucedió, pero nada fue tu culpa. Solo me gustaría saberlo y buscar una forma de ayudarte.

La rubia apretó los labios que se curvaron en lo que pudo haber sido una sonrisa si no se hubiera esfumado tan pronto.

—No podrías —musitó—, ya no. Nadie puede, pero gracias.

Esa amargura con la que estaban cargadas sus palabras, ese dolor que le era tan familiar, no hizo más que aumentar su deseo por auxiliarla. Hacer algo, cualquier cosa por ella, algo. Estaba sufriendo tanto que dolía con solo verla y escucharla.

—No te habría llevado allí si hubiese sabido que no te gustaba.

—Eres bueno. Bueno de verdad y amable.

¿Querría decir eso que conocía otro tipo de personas que no lo eran?

—Trato de ser una mejor persona cada día —dijo serio e hizo un corto silencio antes de volver a hablar—. Espero poder remediar este paseo, ¿podemos repetirlo mañana? Prometo que no iremos a ningún sitio que no te guste. ¿Hay algún otro además del río?

Ella respondió sin pensarlo.

—No, solo el río.

—Bien, muy bien. Está prohibido, entonces. Podemos evitarlo. ¿Me reservas la mañana? Granville estará feliz de saber que podrá dormir como tanto le gusta.

Melanie soltó una risa que, para él, era celestial, y asintió. Francis se despidió, mas ella no abandonó su mente, y supo bien que eso tampoco sucedería pronto.





## CAPÍTULO 9

Lo de pasear por las mañanas había sido todo un acierto. Francis no podía creer lo bien que le había salido ese movimiento y lo mucho que el tiempo lo había acompañado ¡Ni un solo día de lluvia en la última semana! Seis días sin una gota de agua tenían que ser obra divina. A Melanie le gustaba caminar y no se cansaba con facilidad. No se quejaba del sol, pero era lo suficientemente cauta como para usar la sombrilla cuando era necesario.

Cada día que pasaba, Francis se convencía más y más de que casarse con ella era una decisión de lo más sabia. Sería una buena compañía y una buena madre para sus hijos. Cuando lograra ayudarla con su problema, pese a la negativa que le había dado, todo se resolvería. Además, había descubierto que Melanie podía sorprenderlo diciendo alguna que otra palabra de forma espontánea cuando estaba relajada. El día anterior habían llegado los primeros vestidos que él había dejado encargados y le había ordenado que comenzara a usarlos al día siguiente. Lo que en realidad había deseado decirle era que quemara todos los que tenía, aunque no se había atrevido por miedo a lastimar sus sentimientos y provocar un retroceso en su relación. Cuando la convirtiera en su condesa se encargaría de hacerlos desaparecer.

Esa mañana tenía uno color rosa muy claro que iba a la perfección con su cabello dorado, esos hermosos ojos celestes y con su delicada piel de seda. Hacía dos horas que habían partido desde la puerta principal y ahora estaban regresando. No habían caminado todo el tiempo, claro. Después del primer día, Francis había comenzado a llevar una manta para poder sentarse en el suelo debajo de un árbol a descansar o por si ella llegaba a sentirse mal de nuevo. Y esa mañana, habían llegado hasta un gran nogal. Había sido el fin del recorrido de ida y un lugar idóneo para detenerse por un rato.

—Tenemos visita —comentó cuando vio lo que parecía ser un coche de punto. Era extraño ver uno por esos lugares, pero no imposible. Miró a Melanie que había pasado de estar relajada a por completo tensa—. No te gustan los extraños, ¿eh? No temas, yo estoy aquí. —dijo lo último con una sonrisa y le tocó la nariz con un dedo.

Melanie trató de sonreír para él, pero no lo logró.

—Ven, vamos.

El invitado acababa de llegar y estaba hablando con Granville en la puerta del salón blanco. Aún no habían entrado y eso fue lo que hizo que se encontraran apenas ellos dos cruzaron el umbral. Melanie clavó los talones en el piso y Francis disimuló su tropiezo por la fuerza con la que ella lo había retenido. Estaba estática, clavada, ni siquiera parecía respirar y permanecía con firmeza sujeta a su brazo. Al menos tenía ese consuelo: se aferraba a él. *A él.*

—Francis —compuso Granville al verlos llegar—, te presento al señor Brought. Era amigo de Ralph, el anterior vizconde, al parecer no estaba al tanto de su muerte. Señor Brought, el conde de Welltonshire.

—Milord —asintió el hombre a modo de saludo, pero su atención estaba puesta en Melanie—. Lady Melanie —dijo dando un paso adelante.

—¿Conoce a Lady Melanie, señor? —Francis la colocó más cerca de él y trató de mandarla hacia atrás. Ella no se resistió, no a él.

—En efecto, he estado aquí dos veces antes, visitando a mi querido amigo. No puedo creer que haya muerto. He estado en el continente por varios meses y nadie me ha avisado. ¿Qué sucedió?

—No lo sabemos —musitó Granville con rigidez y clara desconfianza. No era propio de él mostrarse tan reacio con alguien, pero había algo en el señor Brought que inspiraba un sentimiento de rechazo—. Como verá, yo llegué dos semanas después de su muerte, cuando me informaron que había heredado el título.

El hombre volvió a mirar a Melanie y antes de que abriera la boca, Francis se adelantó.

—Voy a acompañar a Lady Melanie arriba. Está muy cansada por la caminata.

—Por supuesto —coincidió el Vizconde y se volvió hacia el recién llegado—. Señor Brought, si me acompaña puedo invitarlo a pasar a la sala. Debe estar cansado después de tan largo viaje.

El hombre se mostró de acuerdo, aunque disimular que Melanie era la única cosa que le interesaba no le fue posible y tanto Gran como Francis lo notaron. El Conde lo maldijo en silencio mientras se iban acercando a la habitación. Todos sus progresos con ella se habían anulado; por lo menos esa era la impresión que le daba al verla tan retraída y vacilante de nuevo. Cuando se detuvieron frente a la puerta, Francis quitó la mano que ella tenía apoyada en su brazo solo para tomarla entre las suyas y fue directo al punto.

—Dímelo, ¿él te hizo daño?

Se dio cuenta de que su voz sonó más cortante de lo que había pretendido, pero no pudo evitarlo. Melanie tiró su brazo hacia atrás con la intención de zafarse, cosa que nunca había hecho antes. No se lo permitió, él mismo se obligó a relajarse para ayudar a que ella hiciera lo mismo.

—Hey —susurró acariciándole el dorso de la mano —con el pulgar—. Melanie, solo soy yo. ¿No quieres hablar de eso? Bien, no lo hagas, pero está claro que te alteró, ese... tipo te alteró. Y me gustaría mucho saber por qué.

Se estaba retorciendo el vestido con la mano que le había dejado libre y tenía a un costado del cuerpo. Estaba nerviosa, no lo miraba a los ojos, sino que tenía estos puestos en su pecho.

—Debería matarlo —gruñó—. Si no me lo dices tú, voy a averiguarlo. Y luego...

—No, no —dijo ella por fin—. Él no... Perdón, milord, pero necesito... —volvió a cortarse e intentó alejarse de nuevo.

Fran arrugó la frente. Oh, no, ¿se iba a desmayar otra vez? Estaba pálida, muy pálida. La soltó, aunque no para darle el gusto y dejarla huir, sino para rodearla con un brazo antes de que cayera y se golpeará.

—Te llevaré dentro —musitó abriendo la puerta y cerrándola después de entrar. No era lo más adecuado, pero no necesitaban ojos curiosos.

No la llevó a la cama como pensó en un primer momento, sino que se giró hacia el sofá que habían ocupado la noche de la fiesta. Dejó que se ubicara ahí y fue por una jarra y un vaso de agua que había sobre una mesilla junto a la cama.

Tenía que estar escrito, sí, tenía que ser su destino ocuparse de damas en peligro, o atormentadas en ese caso. Su amigo estaba en lo cierto al decir que era el defensor de los débiles. Y no lo molestaba, no lo veía como una obligación impulsada por el sentido de la caballerosidad o el honor, era algo que salía de lo más profundo de su alma y no se molestaría en intentar apaciguar.

Le extendió el vaso con agua y ella solo le dio un trago antes de devolvérselo.

—Entonces..., ¿él no te lastimó?

Serena, inhaló profundo, cerró los ojos y negó con la cabeza. Se veía sincera, así que tuvo que creerle. Pero el misterio seguía presente.

—Está bien, está bien. No te lastimó, quizá no directamente, pero él no te agrada.

Ella volvió a repetir el gesto.

—Bueno, no sé qué es lo que va a hacer Granville con esta visita. Lo ideal sería invitarlo a quedarse, ya que viene desde lejos y ha viajado por mucho tiempo para enterarse de esta terrible noticia. ¿Qué tan amigo era del Vizconde? No me explico cómo no se ha enterado de su muerte, ha pasado más de un mes, casi dos, ¿cierto?

—No lo sé, milord.

Eso era todo lo que iba a obtener, no tenía sentido seguir presionándola, mucho menos cuando todavía estaba nerviosa y afectada por la repentina aparición. Resignándose, la contempló por unos momentos, observó sus bellas facciones una vez más inundadas de temor y preocupación, antes de ponerse de pie. Ella no lo miraba, sino que como antes, había vuelto a bajar los ojos hacia un punto fijo en su regazo, aun así, en cuanto él se levantó, alzó la mirada y lo imitó.

—Te dejaré descansar, si lo deseas puedo ordenar que te traigan el almuerzo aquí y así no tienes que bajar por el momento.

—No tiene que molestarse —compuso Melanie intentando con una sonrisa débil.

Francis levantó una ceja.

—¿Te escolto hacia el comedor, entonces?

—No, no. Yo... no tengo hambre.

El Conde soltó una risa.

—Tonterías —murmuró, pero luego volvió a ponerse serio—. Haré que te suban algo y espero que te lo comas, hemos andado mucho y no has comido nada desde hace horas. Eres tan pequeña que si dejas de comer también terminarás por desaparecer.

La joven hizo una mueca que a Fran le dio la impresión de que a ella le habría gustado eso.

—Si me necesitas haz que me busquen, no estaré lejos. —Volvio a buscar su mano, cosa que se había vuelto una costumbre; el contacto físico era importante si quería transmitirle un mensaje, que lo comprendiera y lo aceptara. Tenía que transmitirle toda su fuerza y algo de valor. Sumado a eso, estaba el hecho de que le gustaba sentir esas pequeñas y frágiles manos entre las de él, más grandes y ásperas. No olvidaría la noche de la fiesta en la que tuvo que cargarla hasta la cama. Era liviana como una pluma, y acunarla contra su pecho lo había dejado deseoso de más. Por ahora, lo único que podía tocar de ella serian sus manos y tendría que conformarse hasta que tomara la decisión final—. Hablo en serio, Melanie, no lo dudes.

Abandonó el cuarto y cuando la puerta se cerró, se quedó el tiempo suficiente como para oír los ruidos de la llave y la traba que ella le puso a la puerta. Y eso no era por él ni por Gran, no lo había hecho antes, estaba casi seguro. Y ahora tenía menos razones para desconfiar de ellos que no habían sido más que caballeros. Era ese hombre, ese maldito hombre; si no podía averiguar quién era en verdad, lo menos que podía hacer era intentar sacarlo lo antes posible.

\*\*\*

Francis y Granville terminaron almorzando con el señor Brought, a quien el Vizconde no tuvo más remedio que invitar a pasar unos días mientras sus caballos y él mismo descansaban. Habría sido una grosería no hacerlo y mandarlo a una posada, pero ninguno de ellos estaba contento por tenerlo ahí, incluso cuando era amable y educado. Como cuarto hijo de un conde estaba muy lejos de llegar a obtener un título, pero sí disponía de una moderada fortuna como demostraba con cada cosa que contaba, no excesiva pero sí decente. Fran había tomado nota mental de todo, y había recordado conocer al hermano mayor del hombre en la ciudad y en el Parlamento, quien le había parecido un hombre noble. Sin embargo, por más que lo intentara, seguía sin convencerlo del todo. Y lo peor era que el confiado de Granville también se mostraba receloso.

Después de no ver ni rastro de Melanie en todo el día, decidió aparecerse en su puerta media hora antes de bajar a cenar. Golpeó una vez y aguardó paciente hasta que oyó pasos acercarse. La señora Hargraves se asomó y espió por el pequeño espacio que había dejado entre el marco y la puerta y la abrió un poco más al reconocerlo.

—Buenas tardes, señora. Vengo a invitar a Lady Melanie a bajar conmigo a cenar.

—Oh, milord, es usted muy amable, pero...

Antes de que pudiese siquiera inventar una excusa, él la interrumpió.

—¿Puedo ver a Lady Melanie, señora? Me gustaría hablar con ella ahora.

Sin remedio, ella tuvo que obedecer y la joven se materializó frente a él poco más de un minuto después. ¿Había estado acostada? Llegó alisándose el vestido desde el mismo lugar del que él ahora sabía que se hallaba la cama.

—Hey —saludó él con una sonrisa y se acercó un poco más—. Me gustaría que bajaras a cenar con nosotros. No puedes quedarte encerrada, has estado aquí todo el día. Estoy seguro de que hay algún vestido de noche entre los nuevos, puedes usar uno de esos, esta es tu ocasión. Volveré en media hora y yo mismo te escoltaré abajo. Y no te preocupes, estaré a tu lado todo el tiempo. No tienes que decir ni una palabra si no lo deseas. Nadie te presionará.

Le sostuvo la mirada y mantuvo una serena sonrisa en su rostro hasta que ella hizo lo mismo. Fran pensó en lo hermosa que era, siempre se veía preciosa, pero cuando sonreía... El mismísimo rey caería rendido a sus pies. Quizá porque no era algo que hiciera a menudo. Y de nuevo no podía dejar de compararla con Emmeline, pues ella siempre tenía una sonrisa en su rostro y si no era así, entonces había un motivo para preocuparse.

—¿Aceptas entonces? —preguntó haciendo despliegue de su encanto. Ella asintió no muy segura—. Bien, pasaré por ti en media hora. Y recuerda, no te preocupes por nada —finalizó rozando su brazo con el dorso del pulgar antes de retirarse.

Media hora después, cuando ella salió ataviada en su nuevo vestido azul, Francis estaba aguardando de pie fuera del dormitorio. No era un hombre que negara el amor, el romanticismo, pero nunca habría creído que era cierto que uno podía quedarse sin respiración solo por ver a alguien más, al menos no si esa persona estaba vestida. Pero lo hizo, lo sintió, se sintió mareado, abrumado por su esplendor, por esa patente inocencia que ella reflejaba, esa dulce fragilidad. No pudo evitar que lo inundara un fuerte sentimiento de posesión, era suya para cuidarla, para protegerla como la había prometido, como se había jurado a sí mismo que haría.

—Estás... bellísima —musitó tomándola por las dos manos, haciendo que extendiera los brazos, dejando un espacio entre ellos que era el justo para que pudiera apreciarla toda. Sacudió la cabeza; era evidente que estaba encandilado y le estaba costando mucho pensar con claridad. No quería hacer nada que pudiese perjudicar esa confianza que ella estaba adquiriendo en él, lo mejor era bajar con los demás y abandonar la privacidad, por el momento—. Ven, vamos.

Cuando llegaron al comedor, los otros dos caballeros estaban de pie, cada uno con un vaso de vino en la mano y en medio de lo que parecía una entretenida conversación. Los zapatos de la joven delataron su llegada y los hombres detuvieron la charla para girarse hacia ellos y esperarlos. Fue bastante obvia la forma en la que los dos observaron y estudiaron a la única mujer presente, cosa que impulsó a Francis a colocar una mano sobre la de ella, la única forma que tenía de demostrar, más a sí mismo que a los demás, que ella le pertenecía. Olvidó que Granville era su amigo, solo lo vio como una posible amenaza, lo que era del todo irracional, un completo disparate porque él muy bien sabía que Gran se la entregaría encantado, cosa por lo que le había estado suplicando los últimos días.

Al parecer así funcionaba el cerebro de un hombre que estaba... Bueno, no sabía cómo estaba él, además de estar comportándose como un idiota, claro.

—Buenas noches. Qué afortunados somos todos por tenerla entre nosotros, Lady Melanie —dijo el señor Brought paseando la mirada por el cuerpo de la joven.

Ella se tensó, pero no dijo nada ni bajó la mirada. Fran se sintió orgulloso de ella y el pecho se le expandió de satisfacción. Tenía que ser porque él estaba allí, ¿era presuntuoso asumir eso?

—Coincido por completo, está muy bella, Lady Melanie —compuso Gran desde atrás, más concentrado en su amigo que en la joven. A él no se le había escapado que, de alguna manera, el Conde se había asegurado de que todos vieran que ella era suya, aunque en realidad no lo fuese. Aún.

Soltó un suspiro y con una gran sonrisa propuso que tomaran sus lugares porque la cena estaba por servirse. Le señaló un lugar al señor Brought a su izquierda y Francis ocupó el que se encontraba enfrente de este, a la derecha, y ayudó a Melanie a hacerlo a su lado. Los tres hombres mantuvieron una conversación sobre negocios siguiendo el hilo que habían dejado cuando la pareja entró en la habitación. Francis se unió sin problemas y dejó que Mel se relajara sin que nadie le hablara y la invitase a participar de la conversación. Y, como esperaba, eso estuvo bien durante un rato, pero por las miradas que el Señor Brought le daba a la joven de vez en cuando, era patente que no iba a dejar pasar la oportunidad de dirigirse a ella una vez más. Y cuando lo hizo, no fue de forma directa, lo que a Francis lo extrañó.

—Entonces, Beckford —dejó caer el comentario luego de que les sirvieran el postre y las doncellas se retirasen—, imagino que te estarás planteando qué decisión tomar con respecto a Lady Melanie.

La rubia levantó la cabeza, había tenido los ojos clavados en el plato hasta ese momento, pero alzó la vista alarmada al oír su nombre.

Por un segundo, Granville lo contempló en silencio antes de hablar, mostrándose de lo más circunspecto.

—¿En relación a qué, Señor Brought?

—Su futuro, por supuesto. Imagino que van a buscar un esposo para ella, como es su derecho. ¿No le parece, milady? Sin ofender, pero si me permiten un comentario, creo que en Londres su suerte se vería reducida.

—¿Eso cree? —inquirió Gran con las cejas alzadas.

—Bueno, en mi opinión, y sin intención de ser grosero. No me malentienda, Lady Melanie, es usted muy hermosa y admirable.

Gran miró a su protegida y también pensó que era admirable su capacidad de mantenerse impasible ante cualquier cosa. Fran, por su lado, no era tan bueno, aunque ahora estaba intentándolo con todas sus fuerzas.

—Yo creo que Lady Melanie sería todo un éxito en Londres. Es una lástima, más bien una negligencia por parte de su padre y su amigo, señor, no haberle dado esa oportunidad previamente. Todas las jóvenes merecen una temporada en Londres.

—Usted sin dudas tiene razón, milord —aceptó con toda dignidad, pero no se mantuvo en silencio como debería haber hecho, sino que continuó con lo que, por lo visto, era el punto al que quería llegar—. Quizá esa podría ser la tarea de su esposo ahora.

—Quizá —repitió Granville curvando los labios hacia arriba.

Fran no giró la cabeza, pero atisbó con la mirada hacia Melanie que había soltado los cubiertos y bajado las manos a su regazo. ¿Ninguno de los dos notaba lo mucho que estaban mortificándola? Estaban siendo crueles, ella no lo estaba pasando nada bien, ¿qué mujer lo haría cuando se hablaba de ella como si fuera una transacción? Emmeline ya los habría puesto a todos en su lugar, ¡cielos que lo había hecho con él cuando le dijo que tenía un esposo para ella!

—Bueno, esto es muy oportuno —dijo el aristócrata—. Hace un tiempo yo mismo me he planteado esa idea en la cabeza. Un hombre necesita asentarse en algún momento y...

Melanie estaba retorciendo las manos debajo de la mesa y de nuevo tironaba su vestido. Fran percibió la tensión de sus brazos y decidió que era suficiente.

—¡Señor Brought! Lamento interrumpirlo, pero la verdad es que me parece que sé a dónde quiere llegar y es mi deber informarle que eso ya no será posible. Sería una grosería de mi parte dejarlo continuar.

El hombre ladeó la cabeza.

—¿Y por qué es eso?

Fran sonrió y miró a Granville que ya estaba haciendo lo mismo, pero luego se giró hacia Melanie, que lo observaba intrigada.

—Bueno, esto no es cómo lo había planeado, pero parece que no me queda otra salida, ¿verdad?

—Debo reconocer que me encuentro bastante perdido, milord —confesó Brought.

Fran no lo miró en ningún momento, sino que clavó los ojos en la bella mujer que tenía a su lado. Si iba a hacerlo, tenía que asegurarse de no verse como los otros dos idiotas minutos antes.

—Hace unos días le he pedido la mano de Lady Melanie a Lord Beckford.

—¿Qué? ¿Cómo....? Yo no lo entiendo, usted acaba de decir... —El hombre, ofendido, se giró hacia Granville y lo contempló de forma acusadora.

—Bueno, señor, esa decisión no me corresponde a mí, sino a Lady Melanie. Yo solo he dado el visto bueno y el permiso para cortejarla.

Fran no estaba prestando atención a nadie más que a ella, a pesar de que oírlos era inevitable, así como era imposible hacerlos desaparecer. Melanie parpadeó unas veces y abrió la boca como si quisiera decir algo, pero no lo hizo, por supuesto. Y tampoco lo haría, pensó Francis. Esa no era la forma en la que había querido pedírselo, necesitaba más tiempo del que al parecer le había sido concedido por una fuerza mayor. ¿Qué iba a hacer? Sus planes se habían arruinado, ya eran inservibles.

Y ahora... ahora tendría que cambiar de táctica.



## CAPÍTULO 10

Fran se aclaró la garganta y se puso de pie. Ya nadie estaba disfrutando del postre y no tenía sentido seguir pretendiendo que todo estaba bien.

—Lady Melanie, ¿me acompaña a dar un paseo por el jardín? Creo que es necesario tomar un poco de aire después de esta conversación.

Extendió una mano hacia ella, que lo miró dudosa por un segundo, pero terminó aceptando. Aún estaba sorprendida, desconcertada, y era patente en ese rostro que siempre se ingeniaba para mantener impasible.

—Si nos disculpan —murmuró y miró a los demás antes de conducirla fuera del comedor.

Vio que tenía puesto un chal y asumió que no necesitaría más, la noche estaba fresca aunque no helada. Además, no pensaba llevarla muy lejos, solo había deseado sacarla de ese incómodo ambiente.

Caminaron en silencio luego de salir por una de las puertas que daba al jardín trasero de la mansión. Fueron por un camino angosto, enmarcado por piedras, lo suficiente ancho como para que los dos pudiesen desplazarse de forma cómoda. Había puesto el delgado brazo de ella entre el suyo y la mantenía lo más cerca posible, sin llegar a parecer un libertino. La mano libre la utilizaba para cubrir la de Melanie que volvía a estar fría como la primera vez, aunque ahora él sabía que no se debía al clima.

—Sé que debes de estar preguntándote por lo que ocurrió allí dentro —mencionó sin dejar de caminar—. Espero que no te sientas traicionada por lo que dije, pero tenía que hacer algo. Debí contenerme, pero no pude.

Se sentaron en un banco que había debajo de un árbol al final del camino. Ella colocó las manos a los costados de su cuerpo y miró al frente mientras Francis se acomodaba también.

—Ese hombre estaba siendo muy grosero contigo. —La joven ladeó la cabeza para observarlo. Francis continuó—. Pero lo que dije es cierto, le pedí tu mano al Vizconde... Quiero casarme contigo.

Se levantó del banco y se arrodilló frente a ella para tomarla por las dos manos. Los ojos de Mel se abrieron con asombro y Francis notó que hasta contuvo el aliento.

—Debí de haberme dado cuenta antes que esto era perfecto. Yo necesito una esposa y tú un esposo, y no puedes casarte con ninguno de los caballeros de la zona, ellos... no serían buenos para ti. No funcionaría y si hay algo irremediable, eso es el matrimonio. No quiero que seas infeliz, Melanie, aunque no lo creas, yo sé lo que es el dolor, ese que lleva mucho tiempo sanar y a veces sientes que nunca se va a ir. Sé que has sufrido, puedo verlo en tus ojos, lo entiendo, y necesitas a tu lado a un hombre que pueda comprenderte.

Le dio un apretón en las manos como instándola a que dijera algo. Ser honesto siempre era lo mejor, ¿no?

—Nosotros nos entendemos, ¿no te parece?

Fran la vio pestañear por primera vez desde que él se había puesto de rodillas.

—Milord...

—Me gustaría mucho que me llamas por mi nombre —dijo interrumpiéndola, aunque después lo lamentó.

—Yo no puedo, no puedo casarme con usted.

Era algo que veía venir, lo había pensado muchas veces y sabía que se enfrentaría a una posible negativa por su parte. Era por eso que había ideado un plan que requeriría tiempo. Tiempo para ganarse su confianza, para que lo viera como su mejor chance de un futuro feliz.

—Ya te dije que tienes que casarte, no puedes quedarte aquí para siempre. Granville estaba buscándote un esposo e iba a conseguirlo en algún momento, ¿por qué seguir esperando cuando yo te estoy ofreciendo convertirte en mi condesa?

—¿Por qué yo?

—¿Por qué tú? —Sonrió—. Bueno, no lo sé. Desde que alguien puso esa idea en mi cabeza, no puedo imaginar a nadie más.

Se puso de pie sin soltarla y tiró de ella para que hiciera lo mismo. Ahora era Melanie quien tenía que levantar la cabeza para mirarlo.

—Podemos hacerlo, yo sé que sí. Me ocuparé de que nunca te falte nada y siempre estés protegida. Cuando seas mi esposa, no tendrás que temerle a nada, tendrás la seguridad de que todo estará bien a tu alrededor.

—No sabría qué hacer, cómo hacerlo bien. Se arrepentiría...

—No, Melanie —susurró—. Aprenderás, tendrás mucho apoyo. Mi madre estará encantada contigo, te enseñará todo lo que necesites —insistió sin borrarse la sonrisa ni dejar de sostenerle las dos manos en el aire. Ella parecía desear retroceder y salir corriendo.

—No recuerdo a la mía —susurró con la mirada perdida—. Nana dice que es normal, que yo era muy pequeña.

—También tendrás una madre cuando nos casemos. Lo tendrás todo.

Cerró los ojos y los apretó. Bajó la cabeza y el cabello se movió hacia adelante cubriéndole el rostro. Oyó su respiración profunda y alcanzó a vislumbrar que también estaba apretando los labios y enviándolos hacia adentro.

—Usted no quiere casarse conmigo, y yo no sería una buena esposa.

—¿Por qué no dejas que yo decida eso por ti? —cuestionó calmo y la soltó para correr el cabello hacia atrás y envolver el rostro de ella entre sus manos. Nunca antes se había atrevido a tocarla así, pero ya no había podido resistirse—. Yo presiento que serás una buena esposa y una madre mucho mejor.

—Francis...

El pánico que vio en sus ojos al mencionar lo último le pareció hasta gracioso. Ni un soltero empedernido se habría mostrado tan reacio, pero ella estaba asustada de verdad. No entendía por qué todo le causaba terror, pero no podía hacer otra cosa que esperar para enterarse de sus motivos. Tampoco iba a permitirse pensar que era una actuación, nadie podía ser tan convincente.

—Lo serás. Te prometo que lo serás, Melanie, no me rechaces. ¿Qué vas a hacer con tu vida si no me aceptas? Piensa en eso, por favor. Piensa en qué será de tu futuro si me voy de aquí solo, ¿con quién podrías pasar el resto de tus días? Granville no puede tenerte aquí para siempre, no es correcto. Y no creo que eso sea de tu agrado tampoco.

La mandíbula le tembló. Él lo sintió porque todavía tenía las palmas abiertas apoyadas sobre su piel. Utilizó el pulgar para acariciar una de sus mejillas.

—No necesito que me respondas ahora, tómate un tiempo para pensarlo. Sé que es muy brusco, no era mi intención que te enteraras tan pronto. ¿Me prometes que lo considerarás? Quizá puedas preguntárselo a la señora Hargraves, estoy seguro de que ella sabrá darte algún sabio consejo.

Y él rezaría para que fuera en su favor y no en contra.

Ella asintió.

—Muy bien. Si tienes dudas, puedes preguntarme lo que sea cuando quieras.

Se inclinó hacia adelante y la besó en la frente antes de volver a levantarse para regresar. La joven necesitaría espacio para estar sola y pensar en ello; él estaba encantado de dárselo porque significaría que cada vez estaba más cerca de alcanzar su objetivo.

*Emmeline:*

*Tardé en responderte, lo sé. Y siendo honesto, ya no recuerdo cuáles eran tus preguntas y ahora mismo no puedo recordar dónde la dejé. Aunque estoy bastante seguro de que preguntabas sobre la joven dama que habita esta casa. Su nombre es Melanie, ¿te dije eso? Es tan hermosa como misteriosa. No he avanzado mucho en mi investigación desde la última vez que te escribí, pero ya no me importa, ahora tengo toda la vida para descubrirlo y ayudarla con lo que sea que la atormenta. Hay mucho dolor en su mirada, Em, y creo que es por eso por lo que no puedo alejarme de ella. Me resulta imposible, me recuerda a nosotros. Es por eso, y por algunas otras cosas en las que no voy a ahondar en esta carta, que he decidido que voy a casarme con ella. Voy a conseguir una licencia especial y nos casaremos lo antes posible para poder llevarla a nuestra casa, ya convertida en mi esposa. La gran fiesta puede esperar para alguna otra ocasión porque, al fin, no tiene caso aguardar más. Y por lo que he podido ver, a Mel no le agradan las fiestas, no está acostumbrada aún. Es un arreglo perfecto, míres por donde lo mire, ¿no crees?*

*Todos seremos felices, incluso mamá, estoy haciendo lo que ella me ha rogado por años: encontrar a mi condesa.*

*Melanie aún no ha aceptado, pero lo hará. Lograré convencerla de alguna forma.*

*Sin más que decir, me despido.*

*Fran.*

Melanie no bajó a desayunar a la mañana siguiente y Francis lo hizo solo. No estaba seguro de las razones para ello y pensó en eso mientras tomaba el desayuno, aprovechando su soledad. El señor Brought, al parecer, tenía las mismas costumbres holgazanas que Gran y prefería dormir por las mañanas.

Quizá Mel estaba evitándolo por temor a que volviera a presionarla, aunque presentía que ella trataba de alejarse del invitado más que de él. Incluso sabiendo que estaría ahí para protegerla no se había arriesgado. Aunque, claro, Fran aún tenía dudas acerca de que ella confiara en que alguien quisiera y fuese capaz de protegerla.

Soltó un suspiro con la mirada perdida hasta pestañear y fijarla en la ventana. ¿Qué iba a hacer toda la mañana solo? Dejó la mente en blanco mientras se apoyada en el respaldo y lo consideraba. ¿Qué podría hacer para aprovechar esa mañana tan espléndida? No iba a buscar a su futura esposa por más que quisiera. Tenía que resistir el impulso, imponerle su presencia de forma continua sería contraproducente.

Pero todavía había cosas que podía hacer para continuar con sus planes.

—¡Eso es! —exclamó para sí mismo poniéndose de pie con expresión de triunfo. Había algo de lo que podía ocuparse y era un plan perfecto.



El trámite se había prolongado más de lo que había esperado, pero ya estaba en camino. Había movido a los contactos apropiados y se encontraba en marcha luego de pasar la mañana y gran parte de la tarde en el mismo pueblo al que había llevado a Melanie a la modista. Cuando regresó con la intención de comunicarle a Gran sobre sus progresos, se encontró con que no se hallaba en la casa, sino que había acudido con el administrador y algunos empleados a revisar un puente que se había dañado dentro de la propiedad. Lo sorprendió, y se alegró por él. ¡Al fin comenzaba a hacer las cosas como era debido! Era tranquilizador saber que cuando se marchara, lo haría sabiendo que su amigo no tendría mayores problemas.

Ahora sí, se dijo mientras subía las escaleras, iría a ver a Melanie. Le preguntaría cómo estaba, qué había hecho durante el día y la instaría a dar una vuelta con él por el jardín después de cambiarse. No iba a presionarla para cenar junto a ellos, no después de la incómoda noche anterior.

El joven mayordomo le había confirmado que Lady Melanie no había salido de su habitación y que la señora Hargraves hacía más de una hora se había dirigido al pueblo. Algo extraño y conveniente, se dijo el Conde, sin darle más vueltas al asunto. Sin la anciana rondando tendría más libertad para hablar con ella, o intentarlo, dependiendo del humor de la joven. Y esperaba que fuese bueno, de esa manera estarían en sintonía, porque él se sentía de lo más animoso.

Al llegar al piso de arriba se dirigió directo al cuarto de su casi prometida. Siempre que caminaba, fuese a donde fuese, lo hacía distraído, era algo que nunca había podido corregir, y resultaba de lo más peculiar, porque de niño y en su adolescencia se había mantenido alerta a cada sonido y cada paso que daba, temeroso de encontrarse con su padre o decidido a no cruzarse en su camino. Esa tarde fue distinto, él no estaba sumido en sus pensamientos. Toda una suerte, ya que desde antes de detenerse frente a la puerta sintió que algo iba mal. No estuvo seguro de por qué, pero lo confirmó cuando, estando a dos pasos de la puerta, sintió como esta era golpeada. No fue un golpe fuerte, pero sí notorio. Como si alguien se hubiese apoyado ahí con ímpetu o como si una persona hubiese sido empujada contra esta.

Con el ceño fruncido permaneció sin moverse, casi sin respirar, oyendo todo, hasta el mínimo sonido que proviniera del cuarto. La puerta volvió a moverse, y esta vez se sacudió como si el peso hubiese sido retirado. Con los nervios de punta, agudizó más el oído y a los segundos le pareció escuchar un sollozo. Un claro sollozo femenino. Eso lo volvió loco, de inmediato dio un paso adelante y empujó la puerta, que, milagrosamente, no tenía pestillo ni llave. Al entrar, por una milésima de segundo no vio a nadie, pero solo porque estaba dirigiendo la vista hacia el lado equivocado de la habitación. Apenas atisbó hacia su derecha, sorprendió al señor Brought abalanzado sobre Melanie que no podía retroceder con el respaldo del diván detrás de ella. Era obvio lo que estaba intentando, presa del pánico, con los ojos apretados y estirando la espalda hacia atrás.

Fran no pensó en gritarle al hombre y pedirle una explicación, se lanzó sobre él, olvidando las formas y la educación. Arremetió con tanta fuerza que de un puñetazo lo lanzó al piso. La sangre le hervía de rabia, pero una vez que lo alejó de ella tuvo suficiente, no lo golpearía más, a menos que intentara acercarse de nuevo.

—¿Qué rayos crees que estás haciendo?—demandó con un grito, pero priorizó el bienestar de la joven por encima del castigo de ese malnacido, eso podía esperar.

Envolvió a Melanie con sus brazos y le susurró que se tranquilizara, sin embargo, fue tanta la rigidez que notó en su cuerpo que se vio obligado a soltarla y se limitó a tomarla por los brazos e inclinarse para mirarla a los ojos.

—Melanie, ¿estás bien? ¿Qué te ha hecho?

El señor Brought comenzó a ponerse de pie.

—Lord Welltonshire, usted debería saber que... —Francis lo interrumpió con una mirada fulminante.

—Le recomiendo que cierre la boca si no quiere volver al piso. Haga el favor de salir de la habitación.

—Lord Welltonshire —insistió.

Cerrando los ojos e inspirando profundo soltó a la muchacha y se giró hacia él. Regresó a donde había estado antes y enfrentó a quien necesitaba tener lo que merecía después de todo.

—Debería matarlo por esto, no tiene idea de cuántas ganas tengo de hacerlo. —El Conde notó cómo su brazo se levantaba casi sin que él se lo ordenara. Era un instinto contra el que luchaba, que reprimía cada día. Sin embargo, rodeó su cuello con toda la mano y lo empujó hasta darlo contra la pared.

—Lord Welltonshire. —Con esa nueva repetición de su título, los dedos de Francis se cerraron sobre la garganta del que parecía que no era capaz de dejar de hablar, de dejar de cavarse su propia tumba—. ¿Cree usted que esta mujer es adecuada para el puesto que le está ofreciendo? Usted no sabe...

No pudo continuar porque el agarre se hizo tan apretado que hasta le dificultó la respiración.

—¿Qué pretendía con esto? ¿Qué es lo que pensaba hacerle a mi prometida bajo su propio techo? Parece, señor Brought, que usted no tiene apreciación por su vida.

El aludido no podía responder, por supuesto. Y quizá era lo mejor, dado que sus precedentes no eran nada alentadores. Concentrado como estaba en su propia batalla interna, se sobresaltó al sentir una delicada caricia en la mano que tenía libre, que no era nada más ni nada menos que la pequeña mano de Melanie deslizándose sobre la suya.

—Francis, no lo hagas. —La oyó susurrar apenas y giró la cabeza para comprobar que no estaba alucinando.

Y en el trayecto aflojó la fuerza de la garra que estaba realizando, lo que le dio la oportunidad a Brought para soltarse y caer al piso sin remedio.

Contempló a Melanie con los ojos aún llenos de lágrimas y su frágil y pequeña mano dentro de la de él. Le dio un apretón y la levantó hasta sus labios.

—Lo siento —compuso con el corazón latiendo con fuerza—. Lo siento, pero él te... ¿qué te hizo? ¿Te lastimó?

La rubia sacudió la cabeza para negarlo y para sorpresa de Fran, se aferró a su brazo y dio un paso adelante para abrazarse a su pecho. Casi incrédulo, le devolvió el gesto e intentó absorber todo su dolor. Ese llanto que había visto antes, que trataba de contener.

Como si no tuviera demasiadas cosas con las que cargar, ese depravado tenía que abalanzarse sobre ella de esa forma. Se preguntó si no era eso lo que había hecho antes para que ella le tuviese tanta desconfianza, pero luego recordó que le había dicho que no la había lastimado. ¡Cielo Santo! Qué confuso era todo, ni siquiera pensar en dónde estaba parado. ¿Qué había sucedido tan solo unos minutos antes?

—Salga de la habitación de inmediato —ordenó sin mirar a nadie en particular, pero no había necesidad de hacerlo.

—Usted se acordará de mí. Esta mujer no es lo que usted está buscando —masculló acomodándose el saco, mientras salía por la puerta que Francis casi había derribado.

Estaban a dos pasos del diván, él la condujo hasta este sin soltarla y la obligó sentarse. Viéndola así, rígida, con la espalda recta y los ojos abiertos de par en par, Fran no sabía cómo proceder.

—Melanie, necesito que nos tomemos un minuto y me digas qué ha pasado aquí. ¿Cómo es que entró? ¿Qué te hizo? ¿Él te... te tocó, te lastimó? ¿Te dijo qué era lo que quería? Confía en mí, nada de lo que digas va a cambiar mi opinión, no voy a retirar mi proposición, pero necesito que me cuentes.

—Olvidé trabar la puerta cuando Nana se fue, y él entró. Quería... quería que yo... —Separó las manos que hasta ese momento había tenido cruzadas sobre el regazo y quiso moverlas, pero parecía como si el miedo le hubiese quitado todas las fuerzas—. Creí que estaba atrapada —dijo volviendo a mirarlo—, pero llegaste. Llegaste a salvarme.

—Y siempre voy a hacerlo. ¿Entiendes de lo que quiero protegerte? Hay muchos como él sueltos Melanie, y desgraciadamente, siempre vas a toparte con alguno de ellos. Estés aquí o en Londres. ¿Ves como ni siquiera esta casa puede protegerte? Pero yo puedo hacerlo, solo necesito que me brindes la oportunidad.

No era lo más honesto aprovecharse de esa oportunidad, pero tenía que abrirle los ojos de alguna manera y ese era un claro ejemplo de a lo que podría llegar a enfrentarse si no lo aceptaba. Quiso decirle que si no lo aceptaba a él, un hombre como Brought podría llegar a ser su esposo, podría verse arrastrada a una vida llena de tormentos como la de su propia madre. Una vida a la que sus hijos serían conducidos sin opción. Aun así, se guardó sus pensamientos y sus recuerdos; no deseaba ser cruel.

Melanie insistió en mantener su posición.

—Pero no lo sabes todo, si lo supieras, ya no me querrías.

No lo miraba. Conservando su costumbre, retorció la tela de la falda del vestido entre los dedos.

Fran la observó con cariño y colocó un brazo sobre sus hombros. Se sentó unos centímetros más cerca y apretó los labios en contra su coronilla.

—Cuando estés lista, tú misma vas a contármelo. Yo sé que lo harás, pero para eso necesitas tiempo y pienso dártelo mientras seas mi esposa. No puedo quedarme aquí mucho tiempo más, necesito regresar a mi casa, Gran ya no requiere de mi ayuda, pero los míos sí.

—¿Te marchas?

—Pronto, muy pronto, sí. Y quiero que vengas conmigo. —Enderezó la espalda y le brindó una sonrisa—. Eso que temes que haga que deje de quererte como mi esposa no tiene que preocuparte. Todos tenemos secretos, y no es que no me importen los tuyos, porque de hecho sí me interesa mucho lo que te ha ocurrido, pero estoy dispuesto a respetarlos. Si algún día decides que quieres compartirlos conmigo, estaré encantado de oírte porque eso significará que puedo ayudarte a ser feliz y quitarte ese peso con el que cargas.

—No puedes ayudarme.

—¿Por qué no dejas eso en mis manos? Tal vez tú lo creas así y yo encuentre otra manera.

—Nunca conocí a alguien como tú. —La oyó decir y su sonrisa se amplió. Muchas le habían proferido palabras similares, pero que el significado de una frase podía ser por completo diferente cuando salía de dos personas distintas. Y ese era un claro ejemplo—. Si te vas, ¿qué voy a hacer?

—¿Venir conmigo? —Sugirió ladeando la cabeza con gracia—. Tengo una licencia especial, podemos casarnos en tres días si me aceptas. Pasé toda la mañana intentando conseguirla y al fin lo logré.

—¿Tres días?

—Una semana si deseas más tiempo para prepararte. Quizá diez días, pero de verdad tengo que regresar a casa, Mel.

Oh, por Dios. Estaba cerca, tan cerca... El regocijo interno era algo que no podía controlar.

—Piénsalo, una ceremonia pequeña en la iglesia del pueblo. Podemos invitar a los vecinos, o no, si no es lo que deseas, solo necesitamos un par de testigos, Granville, tu nana, mi ayuda de cámara es una opción válida y hasta la cocinera. Lo que tú decidas. Tendrás un vestido de novia, obligaré a la modista a terminarlo a tiempo y...

La puerta se abrió dándole paso a la Señora Hargraves y con eso se esfumaron todas las esperanzas de Francis de obtener su respuesta en ese instante.

—¡Lord Welltonshire! ¿Qué hace aquí? —exclamó escandalizada—. ¿Cómo se atreve a entrar al cuarto de Lady Melanie? ¡Con la puerta cerrada y a solas!

—Esto no es lo que piensa, señora. Usted no tiene ni idea...

La mujer alzó la barbilla con obstinación.

—Debería marcharse ahora mismo, milord.

—Estábamos teniendo una conversación.

—Pueden continuarla luego, esto no es apropiado.

Francis apretó los labios y asintió. No tenía sentido discutir con esa maldita terca mujer. ¿También tendría que llevarse a ella? Iba a ser un suplicio soportarla por

el resto de sus días.

Hizo una reverencia hacia Melanie que se había puesto de pie y se dispuso a marcharse. Estaba cruzando el umbral de la puerta cuando sintió los pasos precipitándose hacia él y se volvió justo cuando ella tocaba su brazo para llamar su atención. Casi en sincronía levantaron la vista y sus ojos se encontraron.

—No quiero que te vayas sin mí —declaró ella—. Quiero... quiero ir contigo.

La sorpresa lo golpeó y no fue capaz de responder por lo que pareció un minuto entero. Ella estaba dándole la respuesta que tanto había esperado y ahora él no podía creerlo, no lograba reaccionar.

—Dilo —le pidió—. Dilo todo, quiero oírte decir aunque sea una vez. Necesito estar seguro de que estoy entendiendo bien.

—Quiero casarme con usted, milord —soltó en un murmullo, avergonzada y sus mejillas se tiñeron de un morado adorable.

Serenándose y ocultando el triunfo que amenaza con desparramarse por todo su rostro, el Conde se colocó una palma abierta en el pecho.

—Me estás concediendo un gran honor, Melanie. No tienes idea.

Se olvidó de que había un par de ojos extras contemplando la escena. La tomó por las mejillas y bajó los labios hasta los de ella para sellar ese acuerdo. Apenas la rozó, un beso casto y efímero, mas era todo lo que necesitaba por el momento.

Cuando se alejó vio la confusión reflejada en la expresión de la mujer que ahora sí sería su esposa con total certeza.

—Serás feliz, lo prometo. No más miedo, no más soledad. Para ninguno de los dos.



## CAPÍTULO 11

El señor Brought se marchó ofuscado y con una prisa inusitada después de despedirse de Granville, quien no terminó de comprender lo que sucedía hasta que Francis pudo explicárselo antes de sentarse a cenar. Fue en esa misma cena que le anunció que Melanie había aceptado su propuesta, y le contó que había conseguido una licencia especial de parte de un obispo muy fácil de estimular, para casarse en seis días. Era un tiempo más que suficiente para hacer los arreglos necesarios, considerando que no sería una gran boda y los festejos serían más que íntimos.

La boda se celebró en la capilla del pueblo, en presencia de un par de testigos. El vestido de la novia, color aguamarina, había sido escogido entre los nuevos que la modista tenía preparados para enviarle a Melanie. Con un par de modificaciones había quedado perfecto, al menos Francis así lo pensó cuando la vio entrar a la capilla.

Ahora, después de varias horas, se dirigía a su cuarto, luego de tomar una copa de coñac con Granville y acordar que él y Melanie emprenderían viaje hacia Welltonshire al día siguiente, a media mañana. Todavía estaba riendo por la mueca de fastidio de su amigo por tener que levantarse temprano para despedirlos cuando se encontró frente a la puerta de su habitación. Había pasado la mayor parte del día pensando en su noche de bodas, cómo sería, aunque por alguna razón, lo había olvidado en la última hora cuando Melanie se retiró para prepararse y dejó a los hombres a solas.

Estuvo parado sin moverse por unos segundos, antes de abrir la puerta y entrar. Había dos velas encendidas además de la chimenea, que otorgaba calidez al ambiente, pero estaban casi en penumbras. Aun así, pudo verla sentada en la cama con los pies colgando fuera. Tenía un largo camisón blanco que fue apreciando más y más a medida que se acercaba; debía ser parte del ajuar de novia por el que había pagado, uno bastante modesto y armado con prisa. Se aseguraría de conseguir un mejor en Londres, más adecuado para su Condesa.

Siguió observando a Melanie, que ahora le devolvía la mirada. Sus brazos estaban descubiertos porque el camisón constaba de unas mangas muy cortas que mostraban hasta parte de sus hombros. Deteniéndose delante de ella, le ofreció una mano para ayudarla a ponerse de pie. Le brindó una sonrisa afectuosa, pero ella no se la devolvió.

—No estés nerviosa, todo estará bien —dijo acariciándole una mejilla con el dorso de un dedo—. Estás muy hermosa, no sé si te lo dije lo suficiente hoy. ¿Sabes? Cuando entraste a la capilla, pensé: *qué afortunado soy*.

Melanie había vuelto al completo silencio, y él no tenía más remedio que *hablar por los dos*. Aunque hablar no era lo que estaba deseando.

—Ya está todo arreglado para nuestra partida mañana, ¿no estás deseosa de conocer tu nueva casa?

—Nerviosa —contestó ella con la vista fija en su pecho—. Nunca he hecho un viaje tan largo.

—Pero no lo harás sola, Mel, estarás bien protegida.

Esta vez sí ganó una sonrisa que, aunque pequeña y dubitativa, era un voto de confianza. Francis aprovechó ese momento para inclinarse y rozarle los labios mientras la sujetaba por la cintura. Solo la había besado dos veces, cuando ella había aceptado su propuesta y horas antes, cuando se había convertido en su esposa. Sabía que tenía que ser lento para no asustarla más de lo que ya estaba, así que decidió que se tomaría su tiempo y disfrutaría cada segundo. Cerró los brazos alrededor de su cuerpo y continuó besándola en la boca, instándola a que siguiera sus movimientos, pero era un trabajo difícil.

—Relájate, esposa, relájate —susurró abandonando sus labios y comenzando a trazar un camino de besos desde la comisura, pasando por el ángulo de la mandíbula, siguiendo hasta la garganta.

Aspiró su perfume, el olor de su piel y probó su sabor. Utilizó las manos para deslizarlas por sus brazos y recorrerlos; los tenía caídos a los costados, inmóviles. En un principio, Francis atribuyó eso a que no tenía ni idea de cómo proceder y pensó en guiarla, aunque deseaba que ella misma fuera tomando iniciativa. Incluso si solo fuera para colocarlas sobre los brazos de él, en el pecho o en la nuca.

Siguió con el rastro de besos más allá de la garganta y se desvió para seguir por la clavícula y los hombros. Con suavidad, la hizo girar para quedar detrás de ella y sin poder resistirlo más, la tomó por las manos e hizo que cruzara los brazos delante de su abdomen, donde los cubrió con los suyos, mucho más musculosos y grandes. Con la nariz, le hizo el largo y brillante cabello a un lado y volvió a tocar su piel, dibujando con los labios por la parte posterior del cuello y el comienzo de la espalda. Cuando la sintió estremecerse sonrió feliz por haber obtenido una respuesta, pero enseguida notó que el tono de su cuerpo había cambiado y no había sido para relajarse, sino para tensarse aún más.

Escondió un suspiro de frustración, la abrazó más contra sí y apoyó la barbilla en su hombro.

—Mel —musitó y aguardó hasta que ella abrió los ojos, que antes apretaba—. ¿Alguien te ha explicado qué se supone que debe suceder esta noche?

—Sí, yo... yo lo sé —compuso vacilante.

—Yo no sé qué es lo que te han dicho para que estés así de asustada, pero puedo asegurarte que no es algo a lo que le debas temer. Y es mucho más fácil si estás relajada, tienes que disfrutarlo, ambos tenemos que hacerlo.

—¿Tú...? —Tragó antes de continuar y Fran pudo observar y sentir hasta el movimiento de su garganta—. ¿Tú no lo estabas disfrutando?

—Solo voy a disfrutar cuando tú lo estés haciendo, y hace un momento parecía todo lo contrario. —La soltó para darle la vuelta, volver a ponerse de frente y ver esos bellísimos ojos. La miró fijo por un minuto mientras le sujetaba las dos manos y terminó por bajar los hombros, abatido—. Mira, podemos esperar un tiempo. Después de todo, apenas nos conocemos y esto ha sido muy apresurado. Podemos esperar, estoy convencido de que cuando me conozcas mejor, y estés segura de que no voy a lastimarte, podrás relajarte, dejar que te haga el amor como tu esposo que soy.

Él podía hacer eso, ¿no? Podía esperar el tiempo que fuera necesario. Claro que se aseguraría de que no pasara demasiado, pero unas semanas más no iban a matarlo. Al fin y al cabo, no se había casado con ella porque la deseara, no era lo que lo había impulsado en primera instancia aunque luego, cuando supo que iba a convertirse en su mujer, fue un pensamiento recurrente en su cabeza.

—¿Hacer el amor? —La oyó preguntar cuando aún estaba perdido en sus cavilaciones.

No pudo hacer otra cosa que sonreír por su expresión confusa.

—Sí, Melanie.

—Eso no fue lo que...

—Oh, no —la interrumpió levantando una mano en el aire—. No quiero saber qué fue lo que te dijeron o qué palabra horrenda utilizaron para describirlo.

¿Cómo no iba a estar asustada de muerte? Si la señora Hargraves, una anciana que parecía una solterona, la había instruido. ¡Diablos, no quería ni imaginarlo!

—Te aseguro no es una experiencia para nada desagradable cuando estás con la persona correcta. Te prometo que nada de lo que hagamos te resultará incómodo o molesto.

Pero ella seguía sin convencerse. Fran no quería preguntas; habría escapado si hubiese sido un poco más cobarde.

—¿Es así como se engendran los bebés? ¿Haciendo el amor?

La pregunta le hizo soltar una pequeña carcajada y terminó abrazándola.

—Sí, es así como se hacen los bebés, y nosotros vamos a tener muchos hijos. ¿Te gustaría tener hijos, Mel?

—No lo sé, no sabría cómo ser una madre.

Oh, de nuevo con ese tema.

—Nadie sabe cómo ser madre o padre, aprenderemos juntos. Ahora, ven, vamos a la cama. —Ella volvió a abrir los ojos como platos y contuvo el aliento. Francis se vio obligado a hacer una aclaración—. No vamos a hacer bebés esta noche, Melanie, tranquila, pero no quiero pasar mi noche de bodas de pie. Si quieres que hablemos, lo que considero un gran honor porque me encanta que me hables, lo haremos arropados y cómodos en la cama.

Corrió las mantas y esperó a que ella se acostara para poder taparla. No le molestaba aquello, no le molestaba cuidarla y hacerla sentir segura. No era una revelación y no tendría que haberlo sorprendido, pero lo hizo. Si alguna vez había imaginado cómo sería estar casado, cómo sería la primera noche que pasaría con su esposa, no había sido esa en absoluto.

Ella era muy distinta a las mujeres con las que había compartido sus noches hasta el momento, pero era muy parecida a las mujeres que en verdad le importaban. Una vez más, se dijo que era obra del destino haberle entregado a esa mujer para pasar el resto de sus días y ser la madre de su heredero y el resto de los hijos que deseaba tener. Porque los tendrían, en definitiva harían bebés, eventualmente.

Dio la vuelta rodeando la cama y se metió dentro, cubriéndose también. Su esposa estaba boca arriba y miraba hacia el techo con las manos juntas sobre su abdomen. Fran se apoyó sobre un codo y se acercó observándola desde arriba.

—Hay una cosa que me gustaría pedirte. —Con la mano que no estaba ayudándolo a mantenerse en su posición, descendió hasta posar un solo dedo estirado sobre su boca—. Es simple, quiero que me des la oportunidad de ganarme tu confianza, que no te cierres, no conmigo. Déjate seducir.

—Yo... confío en ti.

—No lo suficiente, no como me gustaría, aun así lo harás, yo sé que sí. —Con todo el cuerpo y más con la cabeza fue bajando hasta colocarse muy cerca del de ella; no la estaba apresando pero sí sentía que se estaban rozando—. No rechaces mis besos y si lo deseas, puedes besarme cuando tú quieras.

Volvió a tomar sus labios sin prisa, de una manera que no le permitiera tener dudas acerca de sus nobles pero decididas intenciones. Acarició la curvatura de su boca y buscó separar esos rosados y carnosos labios para que aceptara la exquisita seducción que estaba llevando a cabo. Lo consiguió, pues se abrió apenas, pero lo suficiente como para que pudiera deslizar la punta de la lengua por la de ella, haciéndola temblar. Un estremecimiento casi imperceptible, y aun así, Francis lo sintió incluso más que la propia Melanie, por la sola razón que él sabía lo que el deseo podía causar, todo lo que podía vencer. Incluso la razón.

No prolongó el beso; los pequeños pasos solían hacer avances mucho más grandes que las bruscas y agigantadas zancadas. Se alejó unos centímetros y observó que ella había cerrado los ojos, quizá no de forma voluntaria, pero sí inevitable.

Lleno de triunfo y una sonrisa victoriosa que escondió apenas la vio parpadear, transformándola en una más sutil, pasó un brazo por debajo de la cintura de su mujer y se acurrucó junto a ella sin que Melanie se viera en necesidad de moverse. Captó su mirada turbada pero fingió no verla. Recostado de lado, con el otro brazo sobre el abdomen de ella y apoyando la barbilla en el hueco entre su cuello y su hombro, se encontró muy cómodo y decidió que por esa noche no le daría vueltas a ningún otro asunto.

—Duerme un poco, cariño, mañana vamos a comenzar un nuevo viaje, una nueva vida.



Francis y Melanie viajaron a solas en el carruaje hacia Welltonshire. No fue un viaje corto, tardó dos días y hasta tuvieron que detenerse una noche para descansar ellos y también los caballos. Fue la segunda noche que tuvieron que compartir la cama, y no fue mucho mejor que la primera, aunque por supuesto él no intentó nada. Solo hizo que se metiera en la cama y se acostó a su lado, abrazándola como la noche anterior mientras le daba pequeños detalles de cómo sería la casa en la que iban a vivir la mayor parte del año.

Melanie estaba tan nerviosa que se había sentido enferma todo el camino. Fue obvio para el Conde que ella pretendía ocultárselo, pero lo notó de todas formas. Se esforzó por tranquilizarla, la abrazaba y trataba de distraerla con más historias sobre sus viajes. Fue una táctica que surtió efecto para ambos, los dos se mantenían entretenidos, él hablando y observando las reacciones de su esposa y ella oyendo cada palabra con gran atención. Había algo profundamente inocente en ella, comprendió Francis en algún punto del viaje. Y la otra parte, la parte dañada, no era mucho menor. Quererla sería fácil para cualquiera que se tomara el tiempo para conocerla.

Mientras la acunaba en sus brazos, ya dormida, exhausta por el viaje y su malestar, Fran aceptó que le tenía mucho cariño. Casarse con ella era la mejor decisión que había tomado en toda su vida, no tenía ninguna duda. Hasta ese día, no había considerado lo mucho que necesitaba a alguien en su vida, una compañera, un apoyo, alguien con quien compartir sus días, las circunstancias felices y las que no lo eran tanto. Sabía que tenía heridas del pasado que aún no habían sanado, había cosas que no podía borrar solo, y ahora tenía esperanzas de terminar de cerrarlas mientras buscaba curar a su esposa de lo que fuera que la había lastimado y que no la dejaba continuar.

Y luego, serían la familia que él deseaba, que anhelaba.

A Francis le agradó ver la fachada de su casa pasado tanto tiempo. Después de todo, hacía meses que no pisaba el lugar. Primero había estado en Londres, luego había pasado un tiempo con Emmeline y, por último, en la nueva casa de Granville. Nunca había sentido un placer especial al estar ahí, solo había sido su hogar después de heredarlo, a la muerte de su padre, porque en el tiempo anterior a eso, en lo único que había podido pensar había sido en cuánto faltaba para marcharse lejos del Conde y la tortura continua que significaba vivir cerca de él. Claro que cuando lo conseguía, cuando debía de volver al colegio, siempre lo hacía preocupado e intranquilo por dejar a su madre y a su hermana bajo las garras del cruel Lord.

—Bienvenida a casa, cariño, ya llegamos —compuso corriendo la cortina del carruaje para que ella pudiera apreciarlo mientras se acercaban.

Él observó a todos los sirvientes comenzar a salir y ocupar sus lugares fuera del sitio. El día era favorecedor para recibir a la nueva Condesa bajo los tibios rayos del sol. Al parecer, la carta había llegado antes que ellos. Días antes, calculando el tiempo que la correspondencia tardaría y que ellos mismos lo harían, le había escrito a su madre, informándole qué día estaría allí y que consigo llevaría a su esposa. Fran supuso que a Annabeth le habría dado un ataque al saber que se había casado, sin antes avisarle ni siquiera que estaba comprometido y que, para colmo, la llevaría en menos de una semana. Dos días antes de su llegada, si todo había salido bien.

—¿Qué te parece? —preguntó con la esperanza de obtener una respuesta.

Ella siguió observándolo todo, casi sin parpadear, hasta que vio que estaban cada vez más cerca de detenerse y que alguien los viera. Cerró de golpe la cortina volviendo a ponerse derecha en su lugar, junto a él.

—Es muy ... grande.

El Conde rio.

—Eso es porque aún no tienes nada con qué compararlo; es grande, pero las hay más. La del esposo de mi hermana, por ejemplo. Y los padres de este, también. Aunque lo que creo que te sorprende es la forma en la que está cuidada y mantenida, en comparación con la que vivías.

—Sí —susurró—. ¿Por qué están todos afuera?

—Han salido a recibirte, por supuesto. —Justo en ese momento el carruaje se detuvo y ella cerró los ojos conteniendo la respiración. Él buscó su mano para darle un apretón—. Tienes que saber que todas estas personas van a protegerte tanto como yo, aquí no hay nadie de quien tengas que desconfiar. Espero que puedas sentirte segura, Mel.

La joven lo miró y asintió con una débil sonrisa.

—Estoy muy feliz porque seas mi esposo, no creo que haya un mejor hombre que tú.

Sus palabras lo dejaron mudo. Casi sin tiempo a asimilarlo y regocijarse, la puerta se abrió y él descendió primero y miró a todos los reunidos con una sonrisa que le devolvieron en amplitud. Luego se giró y ayudó a bajar a su esposa. Pasó un brazo por su cintura y la llevó a su lado, tan cerca como era posible. La besó en la sien y continuó caminando sin soltarla.

La Condesa viuda estaba de pie aguardando a que llegaran. No tenía un aspecto feliz y era de suponer, aunque esperaba que se descargara cuando estuvieran a solas, lejos de los oídos de Melanie.

—Madre, qué gusto verte —dijo acercándose para besarla en la mejilla.

—Nadie lo diría, considerando el tiempo que has pasado sin visitarme o escribirme.

Oh, estaba enojada y al parecer, no pensaba contenerse.

—Bueno, te escribí hace unos días. Dado el recibimiento, estoy seguro que la recibiste.

Lo único que ganó con el comentario fue una mirada fulminante y una respuesta ácida.

—Siempre creí que eras más responsable que tu hermana, Francis. Has demostrado lo equivocada que estaba.



—Oh, madre, no hice más que escuchar tus deseos y el de todos los que me rodean. ¿No decías que era hora que consiguiera una esposa? Bien, ya lo hice.

Retrocedió y buscó a Melanie, que se había quedado un paso atrás cuando se había acercado a su madre. Le tomó la mano para acercarla y esbozó su mejor sonrisa, aunque por dentro estaba bastante nervioso.

—Madre, te presento a mi esposa, Lady Melanie Laughton. Cariño, esta es mi madre, Lady Annabeth Laughton.

Melanie no lo decepcionó. Por un segundo había imaginado que se quedaría en silencio, encogida a su lado, pero enseguida hizo una pequeña inclinación y saludó de forma cortés.

—Milady, es un placer conocerla —formuló en voz muy baja.

Él se sintió orgulloso, ella incluso sonreía, lo cual era extraordinario. Pero Annabeth no tenía idea del gran esfuerzo que suponía aquello para Melanie y no se mostró ni una décima de lo encantado que estaba el Conde. Le dedicó una mirada fría y calculadora, la examinó sin reparos de pies a cabeza y alzó las cejas.

—Supongo que debo darle la bienvenida —farfulló con sequedad—. Al final, la desconsideración y falta de juicio de mi hijo no es culpa suya.

Sin saber muy bien qué hacer con esa respuesta, ese tono glacial y esa mirada que rozaba lo despreciativa, alzó la vista hacia Francis que tenía todas las facciones endurecidas. Él pareció notar su preocupación, y le rodeó los hombros con un brazo.

—Creo que es momento que presente a Lady Welltonshire a los que sí parecen felices y ansiosos por conocerla.

Le dio la espalda a su madre, y llevó a la rubia para presentarle a todo el servicio. Desde el señor y la señora Dawson, el mayordomo y el ama de llaves, hasta los pajes que trabajaban en los establos. Melanie no dijo nada, pero sí mantuvo una sonrisa calma en su rostro de ángel, haciendo que algunos de los sirvientes más jóvenes suspirasen a su espalda. Les tomó una hora, pero al fin todos se dispersaron y volvieron a sus quehaceres. El Conde y la nueva Condesa, por su parte, entraron a la casa y él decidió llevarla escaleras arriba luego de intercambiar unas palabras con la señora Dawson, pues prefería no hablar con su madre de nuevo hasta que hubiese dejado a Melanie en algún lugar donde no escuchara lo que pronosticaba ser una desagradable discusión.

\*\*\*

Francis ingresó en la antesala que conectaba el dormitorio de la condesa con el del conde y cerró la puerta de dos hojas de esta. Con una mano, señaló la entrada a su derecha.

—Esta de aquí conduce a la habitación de la condesa —indicó y apuntó hacia la otra—. Y esa de ahí, a la mía. En mi carta pedí que prepararan ambas. Me pareció que lo mejor, al menos por ahora, es que duermas allí y te acomodes a tu gusto. ¿Estás de acuerdo?

—No vas a estar muy lejos, ¿no?

—Claro que no. Además, nuestras habitaciones están unidas por una única puerta desde dentro. Mira, entremos.

A Francis no lo sorprendió el increíble trabajo que habían realizado para poner en condiciones ese cuarto que su madre no utilizaba desde hacía años.

—Puedes cambiar el decorado, si quieres. De esta habitación o de cualquier otra de la casa. Mira, esa es la puerta de la que te hablé, nunca tendrá llave. —Se giró para tenerla de frente y posó las manos en su cintura—. Quiero que cuando estés lista, Mel, vengas a mí. Me gustaría mucho que seas tú quien lo haga, cuando te sientas segura.

Melanie levantó las manos hasta apoyarlas en sus brazos.

—Gracias —dijo, y se inclinó hacia él para abrazarlo.

Francis pestañeó y tardó en reaccionar, pero terminó cerrando los brazos alrededor de ella. La besó en la frente, que había quedado justo debajo de su barbilla. Era toda una sorpresa, ella no dejaba de sorprenderlo, lo conmovía de todas las formas posibles. Le gustaba saber que estaba obrando de forma correcta. Cuando se separaron, Melanie volvió a mirarlo a los ojos con expresión preocupada.

—A tu madre no le ha gustado mucho verme, ¿no? ¿Hice algo mal? Nunca había tenido que dirigirme a una condesa antes.

—Tú eres una condesa ahora. Mi condesa —musitó encerrando sus mejillas con las palmas abiertas y le dio un rápido beso en los labios—. Y no te preocupes por mi madre. No está molesta contigo, sino conmigo. Le habría gustado organizarme una gran boda y no le di la oportunidad.

—Pero eso fue mi culpa, fue por mí que...

—Melanie, nuestra boda fue perfecta. El sueño de cualquier hombre, créeme, son las mujeres las que siempre quieren grandes celebraciones. ¿Tú habrías querido una gran fiesta?

—No, no.

Él sonrió.

—Entonces sí fue la boda perfecta de ambos. Yo me encargaré de mi madre, la hemos tomado por sorpresa, pero cuando lo acepte verás que no es mala y van a llevarse muy bien.

Melanie asintió.

—La señora Hargraves no tardará en llegar y con ella viene el carruaje junto con tus baúles. ¿Qué quieres hacer? Puedes descansar o tomar un baño. También podemos recorrer alguna parte de la casa o pedir que nos preparen algo para comer.

—Me gustaría un baño, pero tengo que esperar a la señora Hargraves.

—Oh, no es necesario. Hay dos jóvenes que serán tus doncellas, son muchachas buenas, las conozco desde que eran unas niñas y le pedí a mi madre que les asignara este puesto.

—Pero yo tengo a la señora Hargraves, no tienes que molestarte.

—Bueno, ellas estarán disponibles cuando las necesites. Si por ahora prefieres no disponer de su ayuda, está bien. ¿Qué quieres hacer mientras llega tu nana?

Mel pareció pensarlo un momento y terminó mirando la cama.

—Una siesta, creo.

Francis asintió y decidió que era lo mejor. Ella se quedaría en su cuarto y él bajaría a enfrentar a su madre. Porque pese a lo que le había dicho para tranquilizarla, no creía que fuese así de fácil con Annabeth. Además, tenía que poner en sobre aviso a su madre para que no fuera dura con la nueva Condesa y preparara su paciencia. Ella tenía la costumbre de presionar y presionar hasta que obtenía una respuesta, era un mal hábito que había adquirido con sus dos hijos que siempre buscaban complacerla y hacerla feliz, de compensar todo el daño que el Conde le había hecho en el pasado.

Pero ahora él tenía alguien más por quien velar.

—Esa es una buena idea. ¿Te ayudo con el vestido?

Lo miró sin parpadear, pero enseguida supo que él tenía razón: acostarse a descansar con ese vestido de viaje no sería muy cómodo. Caminó hasta pararse al lado de la cama y se giró hacia él para que aflojara las cintas del vestido. Con agilidad, Francis no tardó en desatarla y la ayudó a sacar los brazos y bajarle toda la prenda; sin que ella se lo pidiera, también desprendió el corsé y lo dejó a un lado. Todavía tenía la camisola, que era casi como verla en camisón. Corrió la sábana y le abrió la cama para que se acostara.

—Cuando regrese la señora Hargraves ordenaré que te suban agua para que tomes un baño. Ahora descansa tranquila, ¿de acuerdo?

Melanie se sentó en la cama y frunció el ceño cuando él la besó en la frente.

—¿Te marchas?

—Te dejaré para que descanses —contestó mirando la mano que Melanie había atrapado.

—Yo no —vaciló—... no quiero molestarte, pero...

—Dime —pidió alentándola a acabar la frase.

—¿No puedes quedarte? No... no quiero quedarme sola.

Francis no necesitaba que se lo preguntara dos veces. No sería él quien le negara su compañía.

—Claro que puedo quedarme, tú eres mi prioridad.

La cubrió con la sábana cuando se acostó y rodeó la cama para subir del otro lado. Se quitó las botas, la chaqueta y el chaleco y se acostó junto a ella, sin taparse. Se quedó con el pantalón y la camisa para no escandalizar a la nana que podría llegar a entrar sin que la escucharan.

—Cierra los ojos —le dijo acariciándole el puente de la nariz con un dedo mientras la contemplaba desde arriba; apoyó un codo en la almohada para sostenerse—. Duérmeme, estaré aquí, junto a ti.

—Si me duermo, no te vayas, por favor. No me dejes sola —pidió con los ojos muy abiertos y él creyó que no solo se refería a ese momento, a esa situación. Tuvo la impresión de que estaba hablando de algo mucho más grande.

Fran se inclinó para abrazar su pequeño cuerpo, deseaba preguntarle a qué le temía, mas sabía que no le daría la verdadera respuesta, no aún.

—Hagamos un trato —compuso con los labios muy cerca de los de ella—. Si tú no me dejas, y yo tampoco te dejaré a ti.

—¿Cómo podría dejarte y o a ti? —preguntó con auténtica confusión.

—Hay muchas formas de abandonar a una persona, puede que ahora no lo sepas pero lo entenderás con el tiempo. Prométeme que tú no vas a dejarme nunca y yo haré lo mismo.

Con la frente arrugada, señal de que no llegaba a comprenderlo del todo, lo observó por unos segundos sin decir nada. Como si estuviera considerando sus palabras.

—Nunca te dejaré, de ninguna forma. Aunque quizá quieras que lo haga si soy una mala condesa.

Él soltó una pequeña risa.

—Ya deja de preocuparte por eso, no permitiré que seas una mala condesa, esa es otra promesa. ¿Te deja más tranquila? —Melanie asintió, dubitativa, y Francis continuó—. Bien, ahora yo también te prometo que nunca voy a abandonarte.

—De ninguna forma —agregó la rubia.

—De ninguna forma, amor —susurró descendiendo hasta su boca.

La recorrió con un roce de labios que ella entendió muy bien, separando los suyos y dejándolo entrar para tomar posesión. Le fascinaba cualquier avance que le permitiera después de haber luchado tanto para sacarle una palabra o para conseguir que lo mirase a los ojos. Con esa idea en la cabeza no fue mucho más allá, poco a poco fue disminuyendo la intensidad del beso, aunque no sin esfuerzo y reticencia. Le gustaba que la besara e iba a aprovechar eso tan a menudo como pudiera, aunque no iba a hacerse ilusiones de ir más allá por el momento.

—Tal vez no lo creas —susurró volviendo a acostarse muy junto y envolviéndola con un brazo por debajo de su espalda y el otro sobre su vientre—, pero yo también te necesito en mi vida.



## CAPÍTULO 13

Respetando su promesa, Francis dejó a su esposa dormida cuando la señora Hargraves llegó una hora después de que se acostaran. Bajó la escalera pensando en que la anciana todavía lo veía con cierto recelo, pese a que había demostrado su interés genuino en Melanie, había declarado sus intenciones y había cumplido con cada una de sus promesas, convirtiéndola en su esposa, en su condesa. Las mujeres, de cualquier clase y edad, eran complicadas. No había otra explicación, tenía que dejar de intentar de comprender sus pensamientos.

Eso lo llevaba al tema que tenía que tratar antes que nada: su madre.

—Milord —saludó el señor Dawson apareciendo ante él—, ¿puedo ayudarlo en algo?

—Mi madre —dijo Francis dejando salir las palabras con cansancio, como pronóstico de lo que vendría cuando la encontrara—. ¿Sabes dónde está?

—En su sala privada, milord.

Después de agradecer y despedirse, el Conde siguió su camino hasta la sala privada de la Condesa. Al paso que iba, no tardó mucho en llegar hasta allí y cuando abrió la puerta, se encontró con su madre sentada junto al fuego, limándose las uñas. Apenas levantó la cabeza al oírlo entrar; Francis caminó de un lado al otro de la salita, era una costumbre que a su madre siempre le había molestado, pero no obtuvo ni la mínima reacción esta vez. Terminó por rendirse y ocupar el sillón frente a ella.

—¿Cómo has estado, madre?

—Ocupada, alguien tenía que controlar todo en tu prolongada ausencia, querido.

Las cejas del Conde se elevaron.

—Quería acompañar a mi única hermana en el nacimiento de su primer hijo.

Por primera vez desde que había ingresado, levantó la vista y la clavó en él.

—¿Has venido a verme por algo en especial?

Él ladeó la cabeza, con ese tono, solo le faltaba decir que estaba interrumpiendo un evento importante.

—¿No quieres oír nada acerca de mi nueva esposa? Hasta hace un tiempo no dejabas de decir que tenía que conseguir una y ahora que por fin la tengo, te muestras molesta sin razón aparente. ¿Había necesidad de ser tan desagradable con ella? No tienes ni idea de lo nerviosa que estaba por conocerte. —Lo que era cierto en parte, aunque el malestar y los nervios de Melanie iban mucho más allá de conocer a Annabeth.

La sola mención de su esposa hizo que por fin Anna dejara de verse tan indiferente. Colocó las manos cruzadas sobre su regazo y suspiró.

—¿Es por ella que has pasado tanto tiempo alejado de tus responsabilidades?

—Por favor —resopló—, mis responsabilidades no han quedado desatendidas en ningún momento.

Ella lo ignoró.

—Si al menos la boda hubiese sido respetable. Pero no. ¿Qué fue lo que hiciste, Francis? ¿La llevaste a Gretna Green? ¿Y de dónde la sacaste?

—¡Madre! —exclamó poniéndose de pie—. No tienes idea de nada, y no debería darte ninguna explicación, soy un hombre adulto.

—Como desees, ya está hecho, no hay nada que pueda hacer para arreglar esta situación.

Francis apoyó las manos en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Estaba planteando su matrimonio como un error irremediable, lo estaba tratando a él como un irresponsable, cuando sabía bien que siempre había procurado ser correcto y mantener una reputación limpia, no hacer nada que pudiera afectarla a ella, al apellido o al título. Cuando los abrió de nuevo, se tomó su tiempo para volver a hablar, y cuando lo hizo, fue en un tono más suave.

—Mamá, ¿no puedes simplemente alegrarte por mí, porque encontré una mujer que parece ser la indicada para compartir mi vida? ¿No es eso lo que siempre nos decías a mí y a Emmie? A ella la apoyaste gustosa.

—Francis, por favor, tu hermana lo hizo bien. Se casó con un marqués que sabíamos era un buen hombre, ¿de dónde ha salido tu esposa? Jamás la he visto en Londres.

—Es porque no había sido presentada en sociedad. Y no fuimos a Gretna Green, nos casamos en la capilla de un pueblo cerca de su casa. Todo muy respetable, madre, te lo aseguro. Es la hija de un vizconde, ¿recuerdas mi carta en la que te expliqué que visitaría a mi amigo que había heredado un título? Granville es el vizconde Beckford ahora, y Melanie era su pupila, por decirlo de alguna forma.

—¿El anterior vizconde era su padre?

—No, su padre falleció hace un año. Luego de él hubo otro, un primo. Parece que él no se ocupó de ella, no la llevó a Londres, no le buscó un esposo, no lo sé, es todo un misterio.

Su madre ahora parecía más interesada.

—¿Y cuál es la versión de ella?

—Melanie no habla de eso. Verás —musitó volviendo a caminar de un lado a otro, un signo de que estaba nervioso e incómodo—. . . Melanie no habla demasiado.

Annabeth lo miró sin comprender. Tenía muchas preguntas para hacerle, pero por lo visto decidió contenerse y se limitó a resumirlo todo en una sola.

—¿Por qué te has casado con ella, Francis?

Esperaba cualquier cosa menos eso; se le dificultó procesarlo y parpadeó mirando hacia ella sin tener una respuesta concreta para darle.

—Bueno, yo necesitaba una esposa y Granville tenía que conseguirle un esposo a ella. Me pareció una buena idea, era una buena opción. A pesar de todo, nos llevamos muy bien. Es cierto que casi no la conozco, pero para eso tendremos toda la vida.

Le dio una sonrisa, porque le gustaba pensar que a Melanie ya nadie la tocaría, nadie iba a lastimarla. Oficialmente era suya, toda de él para protegerla y hacerla feliz. Era cierto lo que le había dicho antes, también la necesitaba y era consciente de eso.

La Condesa viuda apretó los labios en una fina línea, escuchando lo que decía.

—¿Ella también lo pensó de esa forma?

¿Qué clase de pregunta era esa? No estaba seguro de a qué apuntaba su madre, pero no sonaba nada bien.

—No sé qué es lo que quieres decir realmente, madre. Me costó convencerla, pero terminó por entender. Si no era yo, sería algún otro desconocido que no le importaría ella tanto como su dote.

—Oh, bueno, por lo que dices asumo que al menos tiene una buena dote.

La voz de Francis se transformó en un gruñido.

—Más que buena, tierras muy bien ubicadas y productivas. Me gustaría pedirte un gran favor, aunque no estoy seguro de poder confiar en ti, no tengo otra salida. Necesito que la ayudes, madre, que le tengas paciencia. Ella no tiene ni idea, no ha tenido nunca una madre y casi tampoco un padre, se crio con una nana y el resto de los criados. Tú puedes seguir dirigiendo la casa a tu gusto, solo dale un pequeño lugar para que pueda adaptarse. No encontrarás problema con eso, ¿verdad?

Annabeth se puso de pie y se acercó a él.

—Si eso te hace feliz, hijo mío —musitó colocando una mano en su mejilla—, por supuesto.

Y se marchó.

Francis se permitió soltar el aliento que había retenido en espera de su respuesta. Eso había sido mucho más leve de lo que había creído, quizá porque su madre había optado por no decir lo que en verdad pensaba. No tenía claro el porqué, pero sospechaba que lo adivinaría pronto.

\*\*\*

Francis golpeó la puerta de conexión con la habitación de la condesa. Había oído ruidos al otro lado y dedujo que ella ya estaba despierta, preparándose para bajar a desayunar. Esperó hasta que abrió, con una sonrisa y ataviada con un vestido verde agua que no había utilizado. Ya hacía dos semanas que estaban en la casa y unos días antes habían llegado los últimos vestidos por los que había pagado a la modista cuando todavía estaban en la casa de Lord Beckford. Además, la había llevado a la que su madre frecuentaba y a otras tiendas para comprar zapatos, guantes y hasta sombreros. No era algo que él disfrutara, pero no había nadie más en quien pudiera confiar para que la acompañara. Su madre, en todo ese tiempo, no se había mostrado más amigable que el primer día. Lo había intentado, pero a modo de interrogatorio la primera noche había provocado que Melanie se cerrara aún más. Y no la culpaba, Annabeth podía ser bastante intensa cuando quería, sobre todo volviendo locos a sus hijos con sus demandas; pese a lo mucho que los quería y cuidaba, también era bastante exigente.

Con Emmeline no había tenido mucha suerte, nunca había podido domar ese espíritu libre que ella tenía, ni su carácter impredecible. Y con la nueva Condesa no iba a tener mucha más suerte, al menos no con sus métodos. Había creído que una figura maternal la ayudaría, pero se había equivocado al pensar que su madre podría serlo, Annabeth había borrado de su memoria y muy probablemente de su corazón, todo lo que le había ocurrido antes. Todo por lo que habían pasado. No sabía si era una forma de protegerse o qué, pero su sensibilidad se había visto muy afectada luego de eso. Tendría que haber reparado en eso antes de decirle a Melanie que ella sería su nueva madre.

—He organizado para tomar nuestro desayuno al aire libre, ¿estás lista para bajar?

Conservando su sonrisa, Melanie asintió.

—¿Debería usar un sombrero?

—Solo si tú quieres.

Ella lo consideró, negó con la cabeza y aceptó la mano que él le ofrecía. Salieron por la puerta de la habitación y la condujo en silencio hasta las caballerizas.

En las dos semanas anteriores, habían pasado mucho tiempo juntos, y él se había dedicado a organizar actividades para tener la oportunidad de estar a solas de una forma que le recordara que era su esposo. Le había mostrado la casa entera, la había ayudado a elegir cuál sería su salita privada como condesa, una distinta a la que tenía la Condesa viuda, y hasta habían retomado sus caminatas por esas tierras que para él eran tan familiares, pero para ella toda una novedad, un nuevo mundo.

Sin soltarse de ella, dejó a un lado la pequeña canasta que había llevado.

—Sabes, anoche estaba pensando que nunca salimos a cabalgar, nunca te invité. Entonces, pensé que podríamos ir a dar un pequeño paseo hoy en el mío, cuando volvamos puedes ver el resto de los caballos y elegir uno. Si no lo encuentras aquí, te compraré otro.

Melanie posó una mano en su brazo, tratando de detener su discurso, pero él no lo hizo hasta que acabó con una sonrisa satisfecha.

—Francis yo no sé montar, nunca me subí a un caballo sola.

—Oh —parpadeó sorprendido. Debía de haberlo imaginado, pero no se le había cruzado por la cabeza en ningún momento—. Bueno, puedo enseñarte, no es difícil —agregó enseguida, tomándole una mano entre las suyas.

—Ah, no... no. Jamás me subí a uno y me dan miedo. Ya sé que está mal, pero...

—No, no —intervino, rodeándola con un brazo—. Está bien, no eres la única. Creí que te gustaría, pero si no es así, no es ninguna obligación. Aunque aún puedo llevarte conmigo hoy.

Los ojos de la rubia se abrieron de par en par e intentó retroceder pero él la tenía sujeta y no se lo permitió.

—¿No podemos caminar?

Francis soltó una risa.

—Vamos cariño, no tengas miedo. Yo te sostendré e iremos despacio —pronunció las últimas palabras inclinándose y apoyando la frente en la suya, con los brazos rodeándole la cintura. Melanie tenía sus pequeños brazos apoyados en su pecho, pero no con la intención de alejarlo, ni mucho menos.

—Está bien —terminó susurrando y se dejó abrazar.

Feliz por conseguirlo, Francis volvió a tomar la canasta y la condujo hasta su montura que ya aguardaba ensillada con un mozo de cuadra que se había encargado de tenerla lista. Melanie se alarmó cuando él la sujetó por la cintura y la alzó hasta sentarla en el caballo.

—Tranquila, tranquila —murmuró y antes de que se diera cuenta, tan concentrada como estaba en buscar de dónde agarrarse para no caerse, él ya estaba detrás, asiéndola contra su cuerpo y colocándole la canasta en su regazo para que la cargara—. ¿Ves? Ya te tengo, no pasa nada.

—Estoy un poco mareada —dijo apenas, y el Conde sintió todo su cuerpo tenso.

—Melanie. —Con un brazo continuó sosteniéndola y sujetando las riendas enroscadas en su mano, y con el otro le hizo girar la cabeza hacia él, tomándola con un dedo doblado por el mentón—. Mírame.

Ella levantó la vista y sus miradas se entrelazaron por un segundo. Mel supo enseguida lo que pretendía, y sus ojos se deslizaron sin pensarlo a los labios de su esposo. Francis descendió y acarició los de ella, robándole un suspiro. Era un sonido que le provocaba una calidez abrasadora en el pecho, una sensación de satisfacción y placer que debía de controlar. Ansiaba el día en el que no tuviera que controlarse, reprimir todo lo que ella le provocaba. El día en el que los dos pudieran disfrutar de aquello, y Francis tenía plena confianza en que ese día llegaría.

Se coló entre sus labios y acarició los recovecos de su cavidad con lentitud. No le importaba si alguien los estaba mirando, y para ser honesto, ni siquiera pensaba en nadie más. Ella le respondió de la misma forma, dejándose llevar por un instinto que no comprendía. Francis deslizó los dedos por su mejilla mientras volvía a besarla antes de alejarse y darlo por finalizado. No debían de olvidar también, que estaban sobre un caballo que comenzaba a impacientarse por no recibir la orden para andar.

—¿Por qué haces eso? —preguntó Melanie, y parpadeó para aclararse la vista que se le había nublado.

—¿Hacer qué? ¿Besarte? —Ella asintió apenas con las mejillas muy sonrosadas—. Porque me gusta besarte, porque a ti te gusta que lo haga, ¿necesito alguna otra razón?

—No lo sé —compuso más obnubilada aún por la respuesta.

—Bueno, cariño. Estamos casados, podemos hacer lo que queramos. A mí no me molestaría si tú me besaras más a menudo. —Instó al caballo para que empezara a moverse con lentitud y apoyó los labios en la sien de su esposa, quien con una mano agarraba la canasta, y con la otra, se sujetaba de él como si tuviera garras. No fue difícil cubrirla y arrimarla a su pecho, dejando que reposara una mejilla contra él—. Esperaré ansioso el día que lo hagas.

—¿Hacer qué? —preguntó con su voz amortiguada por la chaqueta Francis.

—Que te animes a besarme. Qué deseos hacerlo antes que yo —respondió mirando hacia el horizonte y sintió que ella se movía para contemplar su rostro.

Él siempre tendría ganas de besarla, de devorarla, pero ese no era el punto de la conversación.

—¿Por qué?

—Porque entonces sabré que estás lista.

—¿Para qué? —insistió abrumada por la confusión. Fran dedujo que no pretendía ser molesta con todas las preguntas, y que casi ni notaba lo mucho que estaba hablando y expresándose.

—Para muchas cosas, Mel, pero en especial, para ser libre. El día que ocurra lo entenderás, lo sentirás. Yo sé que ahora no lo entiendes, hay muchas cosas que tú no sabes y hay muchas que yo tampoco sé. —Bajó la mirada hacia ella, que tenía toda su atención puesta en él—. Pero lo que sí sé, es que te elegí a ti para compartir mi vida, y eso significa mucho para mí. Es importante para los dos, ¿no lo crees?

—Nunca lo había pensado —dijo volviéndose a apoyar cerca de donde podía escuchar el latir de su corazón—. Pero si siempre será así, creo que será una vida muy linda.





## CAPÍTULO 14

Melanie había pasado la tarde bordando en su salita privada y ahora estaba de regreso en su cuarto para comenzar a prepararse para bajar a cenar. Francis le había dicho que no necesitaba arreglarse, pero mientras la Condesa viuda estuviera allí, estudiando cada paso que daba, ella no podría relajarse. La señora Hargraves le quitó el vestido para reemplazarlo por otro, pero Melanie la detuvo antes de que se lo colocara.

—No, no, espera, tengo que sacarme esto —dijo tironeando el corsé—. No puedo soportarlo más.

La nana miró el reloj.

—Bueno, supongo que tenemos un rato.

—Sí, quítalo todo.

La mujer cumplió y la dejó en camisola. Melanie se dirigió hasta el sofá para sentarse y relajar la espalda. Su nana la contempló con cierta pena al verla tan cansada, con ese cuerpo pequeño resistiendo tantas cosas. Se giró y la dejó reposar mientras ordenaba la ropa que se pondría y la que se había quitado.

—Nana, ¿cuándo va a terminar todo esto? Dijiste que se solucionaría, ya han pasado dos meses desde que estoy aquí.

—Lo sé, niña, pero nada está dando resultado. Y en este lugar tengo que ir con más cuidado, no puedo pedir ayuda a nadie ni levantar sospechas.

Con dificultad, Melanie se puso de pie y caminó por el cuarto.

—Pero tiene que terminar, Nana, no puedo seguir mintiéndole a Francis. Debería contarle todo, no se merece esto, es tan bueno y cariñoso. —Volvió a sentarse, ahora en la cama, y se miró la alianza—. Él podría entenderlo, dijo que no cambiaría en nada nuestro matrimonio.

—Porque él no sabe de qué se trata Melanie. Ningún hombre podría pasar por alto algo como esto. —La señaló con un movimiento de mano—. Todo ese cariño que te tiene se va convertir en algo más; no quisiera verte pasar por algo así.

—Pero, Nana —balbuceó, con los ojos llenos de lágrimas—... ya no puedo, no lo soporto. Esto duele tanto como... como...

Soltó el aire retenido en sus pulmones y dejó de hacer fuerza para no llorar. Elaina, la señora Hargraves, se sentó a su lado en la cama y la rodeó con sus brazos para consolarla.

—Lo sé, cariño, encontraremos la forma de solucionarlo.

—¿Cuándo?

—Pronto, cariño.

Aunque no estaba segura de cómo lograría cumplirle.

\*\*\*

Francis caminó con una inmensa sonrisa a través de los pasillos de la segunda planta en dirección a la habitación de su esposa. Tenía en sus manos una bolsa de terciopelo en la que se encontraba el collar que quería regalarle. Había sido idea de su madre, luego de que le comunicara que Emmeline le había enviado una carta aceptando la invitación que le había hecho para visitarlos cuando las condiciones climáticas les permitieran viajar con el bebé. Pero Emmeline y Joseph no llegarían solos, también la duquesa y el duque se les unirían en el camino. Todos deseaban conocer a la nueva condesa y darle la bienvenida a la familia.

La duquesa de Harsburn, madrastra de Joseph, era al fin, la prima de Annabeth. Y esta estaba ansiosa porque la nueva Condesa comenzara a comportarse como tal y no los dejara supuestamente avergonzados ante la familia, aunque Fran no lo creía.

¿Se arrepentiría su madre de haberlo presionado tanto para casarse? Era como si en realidad lo hubiese planeado todo para molestarla y hacerle pagar por tanto tiempo de insistencia, pero no era así, claro que no. Desde un primer momento algo en Melanie lo había cautivado. Quizá se había sentido identificado, el dolor en sus ojos lo desarmaba por completo, había tanto sufrimiento, tanto miedo, que sentía una irrefrenable necesidad de protegerla. Todavía no sabía exactamente hacia qué o quién se dirigía ese miedo, no parecía confiar lo suficiente en él como para contarle qué era lo que tanto le afectaba, qué la perseguía y la torturaba. Aun así, también se reía con él, le gustaba escucharlo y a veces hasta podían tener una conversación entretenida.

Su mente estaba ocupada dándole vueltas a esos asuntos, de nuevo distraído, así que cuando llegó al cuarto de su esposa, en lugar de tocar la puerta directamente la abrió. Se quedó congelado en el umbral cuando se dio cuenta de lo que había hecho, y estaba a punto de abrir la boca para pedir disculpas por interrumpir de esa manera, cuando alzó la vista y la imagen que se presentó frente a él lo dejó de piedra. Su esposa, su bellísima mujer, tenía el pelo suelto y su larga cabellera rubia le caía por la espalda y por el pecho. Tan solo llevaba puesta una larga camisa con unas mangas muy finas que la mantenían colgando de sus hombros, ajustada justo por debajo del pecho, dejando el resto libre hasta sus tobillos. Otro dato importante: era casi transparente. Si se lo hubiese propuesto, Francis habría visto partes de su cuerpo que aún le eran desconocidas.

Pero nada de eso cruzó por su mente. Lo que le heló la sangre fue ver a la señora Hargraves con esa venda en las manos, dando una vuelta alrededor del vientre de Melanie. Ese vientre abultado, que podía verse con claridad a través de la muselina.

—Aléjese de ella —fue lo primero que dijo con voz grave y profunda, poniendo un pie dentro del cuarto. La apuntó con un dedo y volvió a repetir—: aléjese de mi esposa. Ahora.

Melanie abrió los ojos de par en par sintiendo cómo su corazón dejaba de latir. La mirada de Francis era asesina, mortal. No estaba mirándola a ella, sino a su nana, quién sabía, era capaz de dar su vida para protegerla si tenía la oportunidad, pero eso no podría permitirlo bajo ninguna circunstancia.

—Quiero que salga de aquí en este mismo momento —siseó como si estuviera conteniendo emociones más fuertes. La señora Hargraves no se movió ni un ápice—. ¡Fuera de aquí!

Mel observó el pecho de su esposo distenderse, notándose incluso por debajo de la camisa y el chaleco que llevaba puesto. Su nana era muy terca y demostraba no temerle o asustarse por su demanda. Él dio otro paso y esta vez sí temió que fuese a pegarle o algo peor, y jadeó al borde de la desesperación y el llanto. Eso por fin llamó la atención de Francis, que cerró los ojos e inspiró profundo para intentar al menos, respirar con normalidad y dejar de gritar, reprimir esas ganas de retorcerle el cuello a alguien. A la señora Hargraves, de preferencia.

—Le acabo de pedir algo, señora —musitó—. Déjeme a solas con mi esposa.

—Lo siento, no puedo complacerlo, milord.

—¿No va a salir de la habitación? —inquirió incrédulo.

—No, milord.

—Bien —soltó, y se acercó a su esposa apoyando una mano en su espalda y con la otra cubriendo todo su brazo desde atrás—. Ven conmigo. Vamos, camina —pidió apretando los dientes—, no me temas, no voy a lastimarte, Melanie, te lo prometí. Pero, por el amor de Dios, haz lo que te digo de una maldita vez.

Con su docilidad de siempre, ella lo siguió mirando hacia abajo, hasta la puerta que comunicaba con la habitación de él. Francis miró a la nana con una expresión de triunfo cuando abrió la puerta e introdujo a la joven. Una vez dentro, y solo por las dudas de que osara entrar e interrumpirlos, le dio una vuelta de llave y se dirigió hacia la puerta principal para hacer lo mismo.

—Te sugiero que empieces a hablar, Melanie. Necesito una explicación, la verdad, si eres tan amable.

Habló pegando la frente a la pared para evitar mirarla. No podía, las emociones lo invadían y no eran sentimientos agradables. Temía no poder controlarse, estaba más que furioso, se sentía herido, traicionado, engañado. Incluso cuando había asumido que lo que le había ocurrido a Melanie había sido horrible, no había pensado en algo semejante. En su cabeza habían pasado montones de ideas, pero eso... No supo cuánto tiempo pasó concentrado solo en su respiración, en normalizarla, en serenarse, pero ella no habló en ningún momento y terminó volviéndose para enfrentarla. Tendría que confesarle todo, era hora de acabar con el silencio.

Cuando se giró hacia Melanie, estaba en el mismo lugar en que la había dejado. Tenía los brazos estirados delante de su cuerpo como si intentase cubrirse, y en cuanto se acercó, la sintió temblar. Dios, no podía soportarlo. A pesar de todo, no podía consentir que una persona que dependía de él, alguien a quien quería, sufriera, y menos por su culpa. Era como cuando su hermana lo había acusado, cubierta de lágrimas, sumida en un ataque de nervios, de ser igual a su padre. Le había partido el corazón y de una forma similar se sentía en ese instante.

Con el dedo índice la instó a levantar la barbilla y mirarlo a los ojos.

—Quiero que me mires, Melanie. Sí, así, mírame —susurró acariciando su mejilla—, no tengas miedo. Un día te prometí que conmigo nadie iba a lastimarte, ni siquiera yo. Estoy furioso, sí, pero jamás te lastimaré.

Ella no dijo nada, pero dejó de temblar. Todavía estaba tiesa y le pasó las manos por los brazos desnudos, frotándola para darle calor.

—Habla conmigo, creo que merezco saber la verdad.

Fue bajando con sus manos hasta llegar a su abdomen a través de la tela. Posó la palma abierta sobre ella y bajó sus ojos hasta ese mismo lugar. Melanie contuvo el aliento. Sabía que no la golpearía, pero la sensación de que iba a ocurrir siempre estaba allí. Siempre. Y dudaba que algún día desapareciera.

—¿Qué pensabas hacer con él? —balbuceó el Conde—. ¿Por qué... por qué lo escondías? No lo entiendo, Melanie. ¿Por qué lastimarlo de esa forma? O ella, podría ser una niña. Y esa mujer, esa maldita mujer... —siseó lo último pensando en la dama de compañía de su esposa. Una mujer grande, ¿qué clase de corazón tenía para ayudarla con algo así?

¡Por todos los santos! Su cabeza era incapaz de concentrarse en una sola cosa. No podía mantener la respiración regular, y menos mientras la tocaba.

—Estás embarazada —dijo aún con la vista en su vientre—, vas a tener un bebé. Mi esposa va a tener un bebé.

*Que no es mío*, pensó, pero no lo dijo en voz alta. Aunque eso no significó que un torbellino helado invadiera sus venas. *Un hijo de otro hombre*, dijo una vocecilla malintencionada en su cabeza.

—Ten piedad, Melanie, y habla conmigo antes de que me vuelva loco —rogó.

—Nana dijo que las vendas eran para ocultarlo hasta que pudiera encontrar la forma de... —se detuvo sin saber cómo terminar la frase. ¿La forma de matarlo? ¿De deshacerse de él? ¿De arrancarlo de su cuerpo?

Francis primero la contempló asombrado por oírla hablar, lo que le ocurría casi siempre. Pero luego, el golpe más duro fue entender sus palabras. Despacio, levantó el rostro para encontrarse con sus ojos. Su labio temblaba y unas lágrimas mojaban sus mejillas. No podía comprenderla, de ninguna manera, le resultaba imposible.

—¿Eso era la que tú querías? —preguntó sin dejar de tocarla—. ¿Es lo que tú quieres?

—No podía hacer otra cosa —murmuró apenas.

—No podías hacer otra cosa —repitió con una inhalación profunda—; no puedes hacer otra cosa que matar a tu hijo.

La oyó soltar el llanto que había retenido durante todo ese tiempo.

—Por favor, no... no digas eso.

El Conde la rodeó con sus brazos y le acarició el cabello. Estaba enojado y no sabía con quién; con la señora Hargraves, con Melanie, con sí mismo. Y al mismo tiempo, haría lo imposible por hacer que dejase de llorar, para consolarla.

La sobresaltó cuando se separó un poco, solo lo necesario para tomarla y levantarla sujetándola por detrás de las rodillas y la espalda para llevarla a la cama y sentarse con ella sobre él.

—No, no, quédate aquí —insistió reteniéndola cuando quiso moverse—. Vamos a hablar tú y yo. Quiero que me cuentes todo, no te guardes nada.

Ella bajó la cabeza y sorbió por la nariz.

—No quería mentirte, pero... ¿qué... qué iba a hacer? No podía decirte...

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Nana lo sospechaba antes de la boda. Y después de que llegamos aquí ella dijo que ya no tenía dudas.

Y de eso hacía más que un par de semanas. Hacía meses y la prueba la tenía justo entre sus manos.

Melanie continuó al ver que él no tenía planeado hablar.

—Me dio un brebaje para beber, con unas hierbas que ella tenía, pero —sacudió la cabeza a ambos lados—... lo tomé y me dieron náuseas enseguida. No tuvo el efecto que se suponía.

—Gracias a Dios —soltó sin pensarlo—. Eso es una prueba de que sí existe, Melanie, no dejó que lastimaras a tu hijo.

—Dejó que lo concibiera —articuló tragando en seco.

—¿Por qué lo dices así?

—Porque es la verdad —replicó—. Porque no me ayudó cuando lo necesité, nadie lo hizo. Mi nana siempre lo intentó y aun así no pudo evitar nada. Y parece que nunca va acabar.

—Melanie...

—Yo no puedo vivir así, estoy tan... cansada.

Para su sorpresa, ella apoyó la cabeza en su hombro y rompió a llorar. ¿Cuántos secretos le escondía su esposa? Allí había mucho más de lo que podría haber llegado a imaginar. La dejó desahogarse, la sostuvo y susurró palabras cariñosas que por momentos la hacían estremecerse en medio del llanto. No podía aceptarlas, asumió, ¿o sería que le recordaban al padre de su hijo? Se moría por preguntarle, interrogarla, saber qué era de ese hombre, dónde estaba, ¿por qué no estaba casada con él? Pero más importante: ¿ella lo amaba? ¿Sufiría por estar lejos de él, casada con otro? Apretó un puño sin dejar de abrazarla, formó varias inhalaciones y volvió a relajarse abriendo la mano y apoyando la palma en su vientre. Cerró los ojos e imaginó que todo estaba bien, que acababa de enterarse que su esposa estaba embarazada, que ese era su hijo, que ella lloraba de felicidad. Esa técnica solía funcionar cuando era un niño, y debía hacerlo ahora también, pero no lo hizo.

Ya no era un niño, ya no podía esconderse detrás de su imaginación, tenía que afrontar los problemas como el hombre que creía que era. Un hombre muy diferente a su padre.



## CAPÍTULO 15

Francis no supo si pasaron horas o solo unos minutos, pero Melanie dejó de llorar y tan solo reposó sobre su hombro empapado. Creyendo que estaba dormida, se puso de pie para dejarla sobre su cama. Todavía no era la hora de la cena, pero se sentía agotado e imaginaba que ella también. Podría dormir con él esa noche, quería consolarla si se despertaba por la madrugada, o en su defecto, si despertaba en la mañana. Él estaría presente y bajo ningún concepto iba a permitir que siguiera lastimando a esa criatura indefensa que llevaba dentro, ni que siguiera lastimándose a sí misma. No sabía qué harían, pero ningún otro bebé iba a morir en esa casa. Ya habían existido demasiados casos en las épocas de su padre. Los hermanos que nunca nacieron, legítimos o bastardos, el Conde no había permitido que ningún embarazo provocado por él llegase a término después del nacimiento de Emmeline.

Ese hombre era una aberración para la humanidad, ninguno de sus actos debía de ser imitado, no si él podía evitarlo.

La sintió tensarse cuando la depositó en la cama y observó que abría los ojos.

—Tranquila —susurró sentándose a su lado—. Creí que estabas dormida.

En lo que pareció un regreso a sus antiguos hábitos, ella apenas sacudió la cabeza en una negación. Aunque no tardó mucho en hablar con una voz suave como la brisa en una noche de verano.

—No terminé de contarte. —Eso lo sobresaltó, pero se obligó a calmarse.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—Tú... Tú mereces saberlo. Lo dijiste antes.

—No quiero lastimarte. Dijiste que estabas cansada, puedes dormir, Mel. Pero esta noche me gustaría que te quedaras conmigo, no quiero darle la oportunidad a esa mujer para que te ponga ninguna maldita idea más en la cabeza.

La rubia arrugó la frente.

—Ella es buena, no pienses lo contrario.

—Ella estaba. —Señaló con una mano hacia la puerta que conectaba los cuartos—. Estaba poniéndote esas cosas...

—Para protegerme —insistió.

—Vaya forma de hacerlo —replicó.

Melanie se apoyó sobre sus codos, se sentó sobre la cama y reposó en la almohada que Francis se apresuró a acomodar. Él era tan dulce, ¿por qué la vida no había dejado que lo conociera antes? Tal vez lo habría encontrado primero si hubiese tenido la presentación en sociedad que tanto había ansiado años atrás. Todo podría haber sido muy distinto.

—Tengo que contarte —volvió a decir—, pero tengo miedo.

—Oh, no, no, no. No hay nada de lo que debas temer. —El Conde tomó su mano y se la llevó a los labios—. Confía en mí, no soy de los que juzgan, Melanie.

—Te vas a sentir tan avergonzado de haberte casado conmigo... y no voy a culparte. Creí que si me casaba contigo podría volver a empezar, olvidar todo de a poco, dejarlo atrás. Pero. —Miró hacia su abdomen—. Pero parece que eso no era lo que estaba escrito en mi destino.

Sus palabras, de alguna forma, lo calmaron. Ella no anhelaba nada de lo que había dejado atrás, o al menos, eso era lo que había entendido.

—Cuéntame. Sin miedo a nada —dijo para darle coraje.

Melanie cerró los ojos por un instante en el que juntó valentía para recordar lo que habría deseado borrar por siempre.

—Desde que él llegó siempre me hizo sentir incómoda con su mirada —comenzó, con la vista fija en algún punto de la habitación—. Había algo extraño, aunque al mismo tiempo era muy amigable, y yo estaba desolada después de la muerte de mi padre, pues ya no tenía a nadie. Nana me dijo que me mantuviese alejada, no lo entendía, pero sus palabras son todo para mí y lo intenté. Le hice caso y traté de mantenerme lejos, evitaba estar cerca de él. Comía en mi habitación con ella, fingía dormir hasta el mediodía. —¿Quién? ¿Quién era él?—. Pero él no parecía estar de acuerdo con eso. Por unas semanas todo estuvo bien, calmo. No sé qué fue lo que lo mantuvo así de contenido o qué lo desató después. Siempre pensé y todavía creo que fue algo que hice mal. Seguía siendo el mismo con todos, pero conmigo. —Cerró los ojos y un temblor la recorrió de pies a cabeza—. Una noche entró a mi habitación.

Francis tragó en seco con la última frase, no muy convencido de querer seguir oyendo; aun así, lo hizo por ella, porque estaba siendo fuerte y no podía devolverle menos que eso. Melanie ignoraba todo, presa de sus propios recuerdos y el terror que volvía a flotar a su alrededor.

—No puedo —dijo buscando calmar su respiración y no volver a llorar hasta finalizar lo que quería decirle—... No puedo olvidar todo lo que hizo. Fue tan... horrible. Lo recuerdo todo, todavía puedo sentirlo. El dolor, en especial. Dolía tanto que no podía soportarlo, y se lo dije, ¡le grité que se detuviera! ¡Grité pidiendo ayuda, pero nadie vino! No podían oírme; no sé si imaginaba que estaba gritando y no lo hacía o él me lo impedía. La ayuda nunca llegó. Ni esa noche, ni ninguna otra.

—Melanie...

—Nana lo supo al día siguiente y por la tarde toda la casa estaba enterada. Las doncellas vieron... lo vieron a él saliendo de la habitación y luego la... sangre. La sangre en las sábanas. ¿Pero qué podían hacer? Ya no había nada que hacer, todo estaba hecho. Ese día entendí a lo que Nana le temía. —Por primera vez desde que había comenzado su relato ella lo miró, estaba agitada y respirando con la boca abierta, era la única forma que encontraba para hacerlo—. Estaba desorientada, no comprendía por qué. ¿Por qué a mí? ¿Qué había hecho yo? Todas esas cosas horribles que me hizo, y parecía disfrutarlo tanto. Mi desesperación y mi lucha no hacían

más que complacerlo.

—Basta, por favor, solo detente —rogó Francis sintiendo que se ahogaba.

La Condesa se encogió viendo cómo lo que había predicho se volvía realidad.

—Te lo dije —susurró—. Es horrible, yo soy horrible y tú te casaste conmigo. Te advertí que no debías hacerlo, que no era buena para ti. Debí de ser más fuerte y negarme, pero tú... eres tan bueno y deseaba tanto tener a alguien que se preocupara por mí, alguien que no me viera con lástima o asco.

—¿Qué? —Levantando la cabeza de golpe, Francis vio el error en el que se encontraba—. No ¡No! No es eso, Melanie, tú... Nada es tu culpa. —Melanie volteó la cabeza hacia un lado para no tener que ver esa expresión en su rostro. No quería verlo decepcionado de ella, ya tenía suficiente con el odio que sentía por sí misma, por su cuerpo.

El Conde se acercó sin animarse a tocarla.

—¿Puedo abrazarte? ¿Me dejas abrazarte, Mel?

—No quiero que sientas lástima. Todos sentían lástima por mí, todos esos empleados con los que crecí siempre, los que consideraba mi familia. Pero ellos no hicieron nada por mí. Doscientos cuarenta días, Francis. Los conté, desde que empezó hasta que... él...

—¿Qué pasó con él? —inquirió siguiéndole la corriente. Además, quería saberlo. Necesitaba saberlo. Lo buscaría y lo mataría. Lo mataría, pero antes le haría pagar por todo. *Doscientos cuarenta días*. No podía imaginar cómo se habría sentido una niña indefensa, a qué extremo había llegado ese cerdo para que contara los días de tortura, si es que era la palabra correcta para referirse a lo que le había hecho.

—Lo maté —soltó volviendo su rostro hacia él, apenas podía oírlo y entender sus palabras—. Una tarde, en el río. Estaba sentada, leyendo, tratando de distraerme de los dolores con los que me había despertado. Necesitaba olvidar por un rato, mis ojos siempre estaban hinchados y el aire de la tarde me hacía bien. Era un pequeño minuto de paz. Y entonces lo oí acercarse, trató de tomarme allí mismo. No me dio tiempo a pararme para huir, se lanzó sobre mí como siempre lo hacía... Yo... no sé cómo lo hice. Todo lo que recuerdo es que tenía esa piedra en mi mano y lo golpeé con ella en la cabeza... Quería detenerlo, solo quería que me dejase en paz, Francis.

Sin volver a pedirle permiso, la atrajo hacia su pecho dispuesto a no dejarla ir. Su garganta se apretaba en un nudo que cada segundo se hacía más ajustado. Melanie no protestó, se dejó envolver por él y por su calor.

—Yo... tomé mi libro y corrí. Nadie me había visto. No pensé que pudiese estar muerto, no se me cruzó por la cabeza jamás. Me encerré en mi habitación y esperé, sabía que vendría por mí y me castigaría por haberlo golpeado. Le gustaba castigarme, todo lo que hacía era un castigo y siempre me lo recordaba. Pero nunca regresó. Esa noche no apareció y al día siguiente encontraron algo de su ropa río abajo. No sé qué sucedió, cómo lo arrastró, pero nunca encontraron el cuerpo. La ropa tenía sangre y declararon que estaba muerto después de dos días de búsqueda. —Su voz se fue difuminando hasta que solo oyó el sonido de su respiración.

—Melanie, ¿quién era él?

—Ralph, mi primo, el heredero de mi padre —murmuró removiéndose para poder verlo a la cara—. Tu amigo, Granville, heredó luego. Todo fue muy rápido, no pasó ni una semana y ya estaba allí. Todavía estaba abrumada por lo último que había sucedido, estaba intentando aceptar que él no volvería y ya habían puesto un reemplazo. Cuando lo vi llegar, presentarse así de golpe...

—Creíste que todo iba a comenzar de nuevo —terminó por ella, esperando una respuesta similar.

Melanie asintió.

—Ni siquiera podía hablar con él, tenía miedo de provocarlo.

Francis se acomodó mejor, hundiendo un poco más el colchón y estirando una mano hacia ella que estaba de nuevo apoyada sobre los almohadones. Se sentía exhausta y no era para menos.

—No sé qué decirte, Mel. Esto es tan...

—Lo sé.

—No puedo esperar que me creas cuando te digo que todo va a estar bien, pero espero que lo intentes. Nadie, y escúchame bien —recalcó—, nadie volverá a lastimarte mientras yo esté aquí para velar por ti. Y no pienso irme a ningún sitio pronto. Mi lugar es junto a ti, esposa mía.

Los ojos de la joven brillaron por las lágrimas que los empañaban. Eran un tipo diferente de lágrimas a las que había derramado con anterioridad.

—¿Todavía me quieres como esposa? ¿No vas a repudiarme? Porque puedes anular el matrimonio, sabes que puedes y estarías en todo tu derecho.

¿Cómo diablos sabía ella eso? Estaba seguro de que eran datos aportados por esa maldita mujer para obligarla a esas cosas terribles que habían estado haciendo para esconder el bebé.

—Esa es una idea que jamás consideré ni consideraría, ¿qué clase de hombre sería, Melanie? No vuelvas a pensar en eso, nunca. Te lo prohíbo —masculló, volviendo a acariciar sus brazos para calentarla.

Tocarla de nuevo trajo a su mente el detonante de esa situación. Una vez más, bajó las manos para tocar el pequeño bulto en el centro del cuerpo de su esposa.

—Tú no has tenido la culpa de nada, Mel, pero, ¿sabes quién es más inocente que tú en todo esto? —Levantó el mentón para encontrar sus ojos—. Este pequeño aquí. No se merece sufrir, amor. Él o ella está indefenso por completo, solo te tiene a ti. Tú puedes cuidarlo como nadie lo hizo contigo en su momento, cuando más lo necesitabas.

—Su sangre...

Al presentir el camino que iba a tomar, la detuvo antes de empezar.

—No. La sangre no tiene importancia, Melanie, no somos nuestros padres.

—Yo no lo entiendo, no te entiendo, no sé lo que quieres decir. No puedo tener este bebé si estoy casada contigo, Francis. Nana dijo que si nace mientras estamos casados, sería tu hijo. Por ley, sería tuyo. —Y otra vez con «Nana dijo», Francis no quería oír ni una palabra más de «Nana».

—Sí, lo sería —coincidió pensando en eso mismo. No había considerado el tema, pero en el fondo esa era la solución a todo.

—Pero no lo es, no es tu hijo.

Su corazón latió con más prisa cuando volvió a hablar. La idea era extraña, un poco ajena, pero se sorprendió con lo mucho que su interior la apoyó.

—Podría serlo —ofreció al fin—. Melanie, no puedo dejar que hagas algo que te destruiría para siempre. A ambos, simplemente no puedo dejar que te deshagas del bebé.

—¿Por qué harías algo así?

—¿Por qué no? —Sonrió—. Yo no soy nadie para negarle la vida a una persona. —Hizo una pausa esperando alguna reacción de ella, pero todavía lo miraba con desconfianza. No podía culparla por eso, podía parecer un poco irreal después de tantas cosas terribles que le habían sucedido en manos de otro hombre—. No me digas nada, ni siquiera lo pienses, esto te ha alterado mucho, mejor descansa.

—No puedo dormir ahora. Es muy temprano y tu madre nos espera para cenar, dijo que quería discutir algo conmigo, creo que es sobre los arreglos para recibir a los duques.

Francis suspiró y miró hacia el techo.

—No tiene importancia, y tú no vas a preocuparte por nada de eso.

—¿No es mi responsabilidad?

—Supongo que sí, pero ella lo hace muy bien. Ya tendrás tiempo en el futuro para hacer todas esas cosas aburridas, acabamos de casarnos y ahora tú tienes la excusa perfecta para hacer lo que quieras.

—¿No va a molestarse? —insistió.

—Mi madre siempre se molesta por todo. Para que te quedes tranquila, voy a avisarle que no bajaremos. Diré que no te sientes bien, ¿qué te parece? Y buscaré algo de comida —agregó frunciendo el entrecejo—. ¿No tienes hambre? Cuando mi hermana estuvo embarazada siempre tenía hambre, ¿no te pasa lo mismo? Nunca comes demasiado.

La joven apretó los labios.

—Realmente ahora tampoco tengo hambre.

—Pero tienes que comer. Voy a buscarnos algo y podemos cenar aquí, juntos y solos.

—Mi nana debe estar preocupada, tengo que ir a verla y decirle que todo está bien.

No era de su agrado pensar en esa mujer, pero si no podía evitarlo, tendría que soportarlo. Era una parte importante de la vida de su esposa, lo único que parecía darle calma y no podría quitarle aquello.

—Bien, le diré que te haga compañía un rato y pueden hablar mientras estoy abajo, pero me gustaría que te quedases conmigo esta noche.

—¿Aquí? —Señaló con los ojos la cama—. ¿Contigo?

—Solo vamos a dormir, Melanie, no voy a lastimarte. Nos haremos compañía mutua, eres mi esposa, ya hicimos esto antes. En la noche de bodas, ¿lo recuerdas? No fue en absoluto lo que esperaba de una noche de bodas, pero no estuvo mal. Y también lo hicimos la noche en la posada. —Suspiró—. ¿Me concedes ese deseo?

—Sí, pero quiero hablar con la señora Hargraves primero. No me gusta que se preocupe.

Resignado, el Conde aceptó y se inclinó hacia ella para depositar un suave beso en sus labios antes de levantarse y salir del cuarto. Sabía que Melanie no tenía problemas con aquello, es más, estaba seguro que le gustaba. Tenía que aprender cómo tratarla a partir de lo que sabía ahora. Tendría que cambiar algunas cosas si quería curarle las heridas que la habían dejado marcada.

Y quizá en el proceso, él también podría sanarse.





## CAPÍTULO 16

Francis regresó a su habitación pensando en que la tan querida nana de su esposa se habría marchado ya. Había tenido que explicarle a su madre que Melanie no se sentía bien como para bajar a cenar e iba a quedarse en la habitación y él la acompañaría. Luego había tenido que explicarle que no era tan grave como para que se preocupara, pero que tenía que dejarla en paz.

Con ella por detrás, acosándolo con preguntas, se había dirigido a la cocina a buscar una bandeja de comida para cenar los dos en el cuarto, y tuvo que luchar con la cocinera para que le diera algo más que sopa, argumentando que el malestar de su esposa nada tenía que ver con la comida o cualquier cosa relacionada.

—No lo entiendo, hijo, ¿entonces qué le sucede? ¿Y no te parece que esa comida es demasiada? —Había insistido Annabeth observando la bandeja que cargaba con dos cuencos de sopa de exquisito aroma y varias cosas más que encontró en el camino. Pan, un poco de queso, unos trozos de jamón y algo de carne, además de dos porciones de torta de cacao para el postre—. Ella apenas come.

—Bueno, pero intento cambiarle ese hábito, mamá.

—Tiene una linda figura, no veo por qué deberías incitarla a comer más si no lo desea.

—Es demasiado débil, tiene que ponerse un poco más fuerte. —Con la bandeja llena, salió de la cocina despidiéndose con su natural simpatía de todos los que trabajaban allí y buscó a Dawson mientras caminaba hacia su cuarto, todavía con la Condesa viuda pisándole los talones—. Oh, aquí estás, necesito que mañana envíes a alguien por el médico.

—Por supuesto, señor, ¿se encuentra usted bien?

—Sí, necesito que vea a mi esposa, y no, no es nada grave —se adelantó a decir para ambos.

Dawson asintió, pero Annabeth no iba a dejarse vencer.

—¿Por qué no me dejas verla? Yo tengo más años de experiencia que tú y podría ser de ayuda.

—No es urgente, mamá, no te preocupes. Ahora voy a llevarle la comida antes de que se enfríe. Buenas noches.

Se giró y subió la escalera con toda la prisa que pudo, pero cuando abrió la puerta, sin tocar, allí estaba esa mujer de nuevo. Dejó la bandeja sobre la mesa sin dejar de observar a ambas. Estaban de pie junto a la cama. Mel ya no tenía esa camisa tan hermosa y casi transparente que le había encantado y tenía intención de estudiar un poco más sin que su esposa se diera cuenta cuando estuviesen relajados, ahora tenía un largo camisón, blanco, cerrado por todos lados, y hasta con mangas.

—¿Qué le pasó al otro? Era mucho más lindo —dijo sonriendo y acercándose a ella.

—Pero no era un camisón, milord —contestó la señora Hargraves. ¿Por qué no dejaba que Melanie hablase por sí sola?

—¿Y qué? Estamos solos, nadie va a ver si va bien vestida para dormir, o no.

La anciana resopló.

—No es para dormir, no puede llevarlo. Si tiene camisones no hay necesidad de que lleve otra cosa.

Él hizo una mueca en forma de burla cuando ella se giró para buscar algo que había dejado en el tocador y Mel rio al verlo. Francis le sonrió en respuesta y le guiñó un ojo.

La nana miró a la joven y luego a él sin poder creérselo. ¿Se había reído con él? No sabía la razón, pero le pareció sorprendente que Francis consiguiera sacarle una risa después de los horrores que había tenido que recordar en voz alta.

—Siéntate aquí, cariño. Voy a cepillarte el cabello y estarás lista. —Melanie se acercó y obedeció como tenía por costumbre.

—¡Oh, no! —exclamó el Conde—. No es momento de eso ahora, no hay tiempo.

La señora Hargraves inhaló profundo y se giró para enfrentarlo sin miedo.

—¿Pero cuál es el problema con eso, milord? ¿Cómo quiere que le quede el cabello si no lo cepilla?

—No, no —contestó con cansancio—. No digo que no lo haga, sino que no es el momento. Traje la comida y va a enfriarse —explicó con calma.

—Muy bien. Volveré luego, cuando hayan acabado.

—No, señora Hargraves. No será necesario, y yo puedo hacerlo —compuso con una sonrisa tensa.

La mujer soltó una risa, incrédula.

—Permitame dudarle, Lord Welltonshire.

Mel jadeó.

—¡Nana! —susurró.

—Pero de verdad puedo hacerlo —comentó caminando hacia ellas—. Solía cepillarle el cabello a mi hermana cuando vivía aquí, éramos muy unidos, y si ella quería

algo, no había forma de escapar. Aprendí muchas cosas, créanme.

Pasando al lado de la mujer, se colocó detrás de la silla de la Condesa y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Le contaste a tu nana sobre lo que decidimos, amor?

Ella asintió, ¿de nuevo iba a dejar de hablar?

Se dirigió a la mujer mayor.

—¿Ha entendido, señora, lo que hemos decidido? El bebé es mi hijo, como bien usted le ha explicado a mi esposa. Nadie más que nosotros tiene que saber el resto de los detalles.

—Si me permite, señor, puede que muchos no lleguen a comprender por qué el parto se adelantará tanto.

Él se encogió de hombros.

—Los partos se adelantan ¿no?

—A veces, pero no más de dos meses. Esos niños pocas veces logran sobrevivir, o tienen muchos problemas, y las madres también. Si mis cálculos están acertados, el niño ya debe tener cuatro meses, nacerá en cinco. Será muy difícil de explicar.

Francis cerró los ojos e hizo silencio por unos instantes.

¡Dios Santo! ¡Cuánta paciencia tenía que tener para tratar con todas esas mujeres que lo volvían loco! ¿Por qué no podía chasquear y desaparecerlas por un rato? Su madre, la cocinera, y ahora *la nana*.

—Bueno, esto será un milagro —masculló.

—Las personas hablarán. Los sirvientes, sé muy bien lo rápido que un chisme como ese se extiende.

—En esta casa —dijo casi siseando—, las cosas son diferentes. Y si a alguien le molesta, no es mi problema. Soy el conde de Welltonshire, y si eso no me da un poco de libertad para hacer lo que tenga ganas, no imagino qué podría hacerlo.

—¿Qué hay de su madre? —continuó sin mostrarse enterada de lo molesto que él se estaba poniendo. Melanie se levantó de la silla y se paró al lado de su esposo, con los ojos abiertos como platos, rogando que se callara pronto—. Ella va tener dudas y a hacer preguntas. No me gustaría que mi señora se encontrase en una situación incómoda.

—Tú señora estará bien, me tiene a mí para defenderla. ¡Diremos que consumamos el matrimonio un poco antes, no lo sé! No seremos los primeros ni los últimos.

—Aun así...

—¡Basta! —La cortó—. Basta. Retírese, por favor. No voy a soportar un minuto más de esta discusión sin sentido.

La señora hizo una reverencia como si nada y salió del cuarto, no sin antes darle un vistazo a Melanie. Fran soltó un gran suspiro de cansancio y alivio cuando estuvieron solos.

—Ella me odia, no encuentro otra explicación para que me torture de esa forma.

—No te odia —aseguró Melanie, dejándose guiar por él hasta la mesa en donde había depositado la bandeja.

Fran movió una silla junto a la otra y acomodó la bandeja de forma que quedara en el medio de los dos lugares. Al igual que a su hermana, le gustaba violar las reglas un poco, pero la diferencia era que él se limitaba a hacerlo en una forma que no molestara o escandalizara a nadie. Y con su esposa como perfecta compañía, podrían hacerlo siempre que quisieran, a puertas cerradas, claro.

—Ven, vamos a comer. El caldo ya debe estar tibio.

Mel se sentó donde le indicó y miró la cantidad de comida que había allí. Al menos dos más podrían comer tranquila y abundantemente. Francis la observó cuando tomó asiento y observó su expresión al ver la comida.

—Tienes que comer más —le apuntó—. ¿No es que las mujeres embarazadas comen por dos? Tienes que cuidarte, ya ha pasado mucho tiempo y no he visto que te alimentes bien. Menos para que sea suficiente para ambos.

Puso el cuenco con caldo frente la joven y pinchó carne que ya había cortado en la cocina para facilitarle las cosas. No esperó a que ella lo tomara, lo llevó a su boca, como si estuviese alimentando a una niña. Mel giró la cabeza hacia él y lo miró interrogante. El Conde puso la silla de costado, mirando hacia ella, dispuesto a dedicarse a ese trabajo.

—Vamos, amor, come un poco.

—Yo... Yo puedo comer sola —dijo apenas. No podía dejar de pensar que no era la primera vez que la llamaba amor esa noche.

Lo hacía a menudo, pero después de la confesión que le había hecho, sentía como si algo hubiese cambiado entre ellos. Y el hecho de que hubiese decidido quedarse con el bebé, como si fuese propio, decía mucho sobre la clase de hombre con el que se había casado. Y no tenía idea de cómo debía de sentirse al respecto.

—Lo sé, pero quiero atenderte, Mel, déjame mimarte.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacerlo, porque toda mujer lo necesita en algún momento y este es el tuyo, y yo soy el hombre que va a tener el placer de hacerlo. —Le mostró esa sonrisa característica que dejaría a cualquier muchacha temblando después de recibirla—. Ahora come. Y mira, hasta he traído postre.

Él no dejó de comer en ningún momento tampoco y así estuvieron por lo menos una hora. A Francis le gustaba hablar y hacía lo posible para obtener más que una o dos palabras; tenía que hacer que Melanie cambiara, deseaba hacerlo lo antes posible, pero, para su disgusto, era algo que no iba a lograr de la noche a la mañana.

Cuando terminaron de comer, volvió a llevarla al tocador, frente al espejo.

—Debería llamar a tu nana y enseñarle cómo se hace —comentó tomando el cepillo.

Mel lo miró a través del espejo.

—No tienes que molestarte, yo puedo hacerlo sola.

—¿Qué te dije hace un rato? —preguntó ladeando la cabeza—. Quiero hacer todas estas cosas por ti, por mí, y no se discute más —declaró señalándola con la punta del cepillo hacia el espejo.

*Primero las puntas y luego desde arriba*, repitió en su cabeza cuando empezó a pasarlo por todo el pelo largo, dorado y sedoso. Emmie le había enseñado, pero habían pasado muchos años desde entonces. Le resultó grato saber que podía hacerlo sin problemas y no había presumido en vano.

—¿Cómo voy? —indagó viéndola por el reflejo. Ella no quitaba sus ojos de él, no sabía si era por desconfianza, sorpresa o cualquier otra cosa.

—Bien —musitó curvando los labios.

Conforme, siguió con su trabajo, paciente y concentrado. No supo cuánto tiempo transcurrió, se dejó llevar y notó cómo su esposa se fue relajando poco a poco, hasta que cuando volvió a mirar su rostro, vio que tenía los ojos cerrados. Sintió placer, una sensación que lo llenó por dentro. Siguió un rato y luego soltó el cepillo colocándolo en la mesita. Cuando lo hizo, vio la bolsita de terciopelo que había quedado olvidada ahí.

Por encima del tocador, arrastró la bolsita hasta el centro.

—Para ti —dijo dándole una mirada—. Eso era lo que iba a hacer cuando entré en tu habitación sin llamar como un burdo sin modales. Debería disculparme por eso, pero no voy a hacerlo, no lo lamento. Ahora, ábrelo, es algo así como un regalo.

—¿Para mí?

—Por supuesto, ¿para quién más?

Bajo su atenta mirada, Mel estiró un brazo y la abrió aflojando la pequeña cuerda. Sacó el collar y lo sostuvo con las dos manos delante de sus ojos. A las mujeres les encantaban esas cosas y a los hombres les parecía interesante evaluarlos y dilucidar qué tan costoso era. Y esa, en particular, era asombrosa. La parte frontal estaba compuesta por nueve gotas de esmeraldas, siendo la central un poco más baja y grande que las demás, todas colgando de un complicado diseño de diamantes. El broche trasero era muy similar y llamativo por tener otra esmeralda al final. Era una de las mejores joyas que tenían pertenecientes al título.

—¿Te gusta? —preguntó después de darle un tiempo para apreciarlo.

—Es... hermoso.

—Se verá mucho más deslumbrante en tu precioso cuello —pronunció inclinándose para hablar cerca de su oído.

—¿Por qué me das un regalo?

—Como dije antes, no es del todo un regalo, básicamente son tuyas. Te mostraré dónde están todas luego, puedes usarlas cuando lo desees, pero quería darte este yo mismo. Además —agregó con pesar—, mi madre insiste en que quiere que te veas casi inmaculada frente a las visitas que recibiremos.

Ella tomó una bocanada de aire.

—¿Qué voy a hacer yo con gente tan... importante?

—¿Quién dijo que eran *tan importantes*?

—¿No son duques? Y el esposo de tu hermana es un marqués —replicó nerviosa—. Y si tu madre quiere que me vea así de... perfecta, tienen que ser muy importantes.

Fran sonrió con cariño.

—Bueno, sí, lo son, el duque y la duquesa en especial, pero son familia. Mi madre siempre exagera con todo. Además, no tenemos muchas visitas aquí, así que también está nerviosa por eso, y porque va a presentar a mi esposa.

—Francis —gimió hundiéndose en la silla—. Yo no... no puedo...

—Tu padre era un vizconde, Mel, pero era muy poderoso. Quizá no fue un duque, pero seguro que has estado con gente muy poderosa e intimidante antes.

Ella sacudió la cabeza.

—No, mi padre casi no estaba en la casa donde siempre viví. Nunca llevó a nadie allí, pasaba mucho tiempo en Londres o en sus otras propiedades.

—¿Nunca te presentó a nadie? ¿Algún amigo?

Mel lo negó sin palabras. ¿Ni una sola vez? ¿Es que el viejo y difunto vizconde Beckford querían ocultarle al mundo que tenía una hija? Tan bien educada, pero sin nunca enfrentarse al mundo real.

Dejó los pensamientos atrás y volvió a focalizarse en ella.

—Bueno, eso no tiene importancia ahora, lo harás muy bien, a pesar de todo. Tu educación es perfecta, solo tienes que confiar en ti, yo estaré a tu lado y...

—Todo estará bien —finalizó por él, dejándolo con la boca abierta.

Sonrió ampliamente y asintió dándole un beso en la frente. Después de todo, no había forma de que pudiese hacerlo peor que Emmeline.



Melanie miró hacia arriba y atisbó hacia su esposo justo a su lado. Estaba incómoda, como la primera vez, aunque ya no era miedo lo que la hacía sentir así, sino el no saber qué hacer con alguien a su lado. ¿Se molestaría Francis si se giraba hacia el otro extremo de la cama? ¿Se sentiría rechazado de alguna forma? Él había sido tan bueno esa noche que no quería decepcionarlo, pero intentar dormir boca arriba no iba a dar resultado. Un suspiro se escapó de sus labios sin notarlo; él sí lo hizo.

—¿Qué sucede? —cuestionó recostado de lado, mirándola.

Mel giró la cabeza para verlo.

—Nada.

—¿Te resulta incómodo el colchón? Acabas de suspirar, parece que algo te molesta.

—Oh, no, estoy bien.

Fran la dejó estar y cerró los ojos sintiendo todos sus movimientos por mínimos que fuesen. Estaba incómoda, sin dudas. Sonrió y levantó los párpados moviendo su cuerpo para estar más cerca de ella. Melanie dio un respingo.

—Hagamos algo —propuso para sorpresa de su esposa—. Date la vuelta, puede que estés más cómoda de costado.

Se volteó y Francis se acercó hasta pegar su cuerpo al de ella, amoldándose los dos, y la rodeó con un brazo por encima.

—¿Qué te parece así? —preguntó susurrándole al oído que tenía muy cerca de su boca—. Me parece una linda forma de dormir.

No mencionó que le gustaría mucho más si estuviesen desnudos, si pudiese tocar su piel, sentirla. Y se obligó a no pensar en eso, no iba a ser tan idiota de asustarla con una inconveniente erección cuando su prioridad tenía que ser hacerla sentir cómoda con él en cualquier ámbito, dando pequeños pasos de bebé. Uno a uno. El sexo no tenía que estar en sus planes más próximos, no con todo lo que ella había pasado.

—¿Y tú no estás incómodo?

—Yo estoy perfecto —pronunció bajando la mano, y buscó su pequeña pancita—. ¿Lo estás tú? ¿El bebé está cómodo?

—Creo que sí —susurró con una sonrisa.

El Conde sintió que Mel bajaba también su palma y la ponía junto a la de él. Se preguntó cuáles serían sus verdaderos sentimientos hacia el bebé, ¿lo quería o solo era un recordatorio de las cosas horribles que ese hombre le había hecho? ¿Estaría haciendo mal en obligarla a quedárselo?

Él solo quería lo mejor para ambos. Deshacerse de un niño no era algo permitido. Una criatura inocente de la que nadie tenía derecho de decidir si tenía que vivir o no, ningún humano por lo menos. La cubrió con la de él y luego entrelazó sus dedos.

—Buenas noches —musitó de nuevo, rozándole la oreja con los labios—. Duerme bien, esposa.

—Tú también —contestó enseguida—. Y gracias.

No preguntó por qué; no lo necesitó.

\*\*\*

Melanie se movió en la madrugada un poco desorientada. No sentía el calor de Francis con el que se había dormido, y era extraño. Tampoco sabía por qué se había despertado a esa hora, desde que había llegado a esa casa había recuperado su sueño normal y dormía toda la noche sin miedo a que alguien la molestara para hacerle todas esas cosas horribles, las que mientras vivía con Ralph ocurrían cada noche. Se giró hacia el otro lado en busca de Francis y lo encontró con los ojos cerrados, acostado boca arriba, respirando con dificultad. Algo no andaba bien con él.

Arrugó la frente y se apoyó sobre un codo para levantar la mirada. Una fina capa de sudor le cubría la frente y gotitas caían perdiéndose en su cuello.

—Francis —lo llamó posando una mano en su pecho; notó cómo subía y bajaba, agitado—. Francis —repitió en voz más alta, pero la respuesta que obtuvo estuvo lejos de ser la esperada.

Él gritó. Gritó fuerte haciéndola sobresaltar y estremecerse. Era como si estuviese sintiendo mucho dolor. Su cuerpo se retorció moviéndose hacia arriba y volvió a caer rebotando en el colchón. No tenía idea de qué hacer, parecía estar sufriendo, pero ¿estaría mal despertarlo? De cualquier forma, no podía dejarlo así. Volvió a tocarlo y repitió su nombre, inclinándose y acercando la boca al rostro del Conde; tuvo que alejarse cuando él volvió a moverse y gritar.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y el cuarto estuvo iluminado por la luz de la farola que llevaba la Condesa viuda en sus manos, además de la luz de la luna que entraba por la ventana.

—¿Qué está pasando? —preguntó casi corriendo hacia su hijo y deteniéndose junto a la cama.

Melanie la ignoró y siguió concentrada en su esposo. No sabía qué hacer con aquella situación sola, pero en definitiva no le agradaba que su suegra estuviese dentro de la habitación demandando respuestas y mirándola a ella como si fuese la culpable.

—Francis, despierta —volvió a decir acariciando su bello rostro, tenso, con mucho dolor en sus facciones—. Por favor, despierta.

Él temblaba y no sabía cómo calmarlo. Atisbó hacia Annabeth, pero ella estaba en el mismo lugar y la misma posición que antes. Si no iba a ayudar, ¿por qué no se iba? Se estaba poniendo muy nerviosa, además, porque no quería moverse y colocarse en una posición que le permitiera a la mujer ver algún signo de su embarazo. Si el camisón se estiraba un poco por pisarlo con la rodilla o cualquier otra parte de su cuerpo, podía llegar a notársele el vientre hinchado. No sabía si Annabeth estaría al pendiente de eso, pero no iba a arriesgarse.

Con sumo cuidado, volvió a acercar su rostro al de él y lo besó en una mejilla acariciándole la otra.

—Tranquilo, todo está bien. Estoy aquí contigo —susurró repitiendo las palabras de su marido.

Frotó sus brazos que también estaban cubiertos por la tela de la camisola que se había dejado puesta para dormir. Quería que la sintiera, quería traerlo de regreso a la realidad, aun así, nada daba resultado, él seguía igual, jadeando como si sintiera dolor, como si alguien lo estuviese lastimando de una forma que no podía soportar.

Alzó la cabeza hasta Annabeth en busca de ayuda.

—¿Cómo lo ayudo? —preguntó con voz vacilante.

—Es una pesadilla, tiene que despertar solo.

—Pero, mírelo, ¿qué le sucede?

Annabeth suspiró.

—Su hermana también sufría pesadillas todas las noches, pero despertaba sola, no importaba lo que hiciéramos.

Melanie dudaba que alguien pudiera sobrevivir a algo como eso todas las noches.

—Está sufriendo —siseó y dejó de mirarla. ¿Cómo podía no hacer nada?

Ahora enfadada, siguió friccionando sus brazos. En un momento, él tomó su muñeca y la apretó con fuerza. Pensó que había despertado, pero el dolor que le provocó le dijo que no era cierto.

—Francis, me lastimas. —El agarre no se aflojó ni un poco—. ¡Francis!

La que terminó por gritar fue ella y eso al fin hizo que abriese los ojos. La soltó de inmediato, antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, y Mel volvió a respirar, aliviada.

—¿Qué... qué sucede? —inquirió él mirándola a ella y luego su madre.

—Tenías una pesadilla —se adelantó Annabeth estirando un brazo para tocar el de él—. Gritaste, te oí desde mi cuarto —compuso—. Tenías a tu esposa muy preocupada —agregó esto último levantando las cejas y con un toque de asombro en la voz.

Había muchas cosas que la habían sorprendido al entrar al cuarto además del estado en el que se encontraba su hijo. Primero, verla a ella en la misma cama. Luego, escucharla hablar con tanta decisión. Pero lo que más, había sido el interés que mostraba en él, la delicadeza con la que lo trataba.

—Ahora que estás bien, los vuelvo a dejar. —Y se dirigió a la más joven—. Trata de calmarte, ¿lo ves? Está bien. —Le dedicó una corta sonrisa y se giró para marcharse.

Melanie se la quedó viendo hasta que cerró la puerta detrás de ella y los dejó solos de nuevo. La luz volvió a ser solo la que aportaba la luna llena desde afuera, pero todavía podían verse.

Francis se sentó y se apoyó contra el respaldar.

—Lo siento. ¿Te asusté mucho? ¿Te hice daño? Si hubiese sabido que esto iba a suceder jamás te habría pedido que te quedaras aquí.

—Estoy bien, me asusté por ti, no por mí.

—Fue una pesadilla, una muy mala.

—¿Lo recuerdas?

—Ojalá pudiese olvidarlo —dijo mirando hacia el techo y volvió colocar sus ojos sobre ella—. ¿Puedes acercarte a mí?

Ella obedeció y el Conde la tuvo enseguida contra su pecho. Melanie se relajó en sus brazos y pensó que quizá era su forma de consolarse. Él lo había hecho por ella antes, y ahora quería devolverle el favor.

—¿Quieres... contarme?

—Es mejor que no, preferiría olvidarlo.

—Gritaste muy fuerte, y te movías, estabas sudando cuando me desperté. Quería ayudarte, pero no podía hacer que reaccionaras.



La besó en la frente. No le gustaba verla angustiada, pero el saber que se preocupaba por él lo llenaba por dentro, le encantaba. Habían logrado una conexión tan profunda esa tarde, esa noche... Tenía que ser producto de algo especial, el destino tal vez, pero era frágil, todavía era repentino.

—Volvamos a dormir —propuso—. Déjame tomar un vaso de agua y estaré contigo de nuevo, aunque, si lo prefieres, puedes ir a dormir a tu cama.

Ella se levantó antes que él; Fran se sintió un poco decepcionado, ¿ya estaba huyendo? ¿Ante la primera oportunidad que se presentaba salía corriendo? Pero Mel no fue hacia la puerta que conectaba ambos cuartos.

—Quédate ahí —musitó llenando un vaso con agua y entregándoselo.

Luego volvió a caminar hacia la vasija con agua que había junto a la jarra que había tomado antes, y agarró uno de los paños que había. Estaban limpios, aunque no sabía para qué eran, no tenía idea de qué hacían los hombres o cuáles eran sus hábitos de aseo. Mojó uno de ellos, lo escurrió y regresó a la cama.

Esta vez, se sentó junto a él, pero de su lado.

—¿Qué haces?

—Estás todo mojado y caliente, no vas a poder dormir así. ¿Puedo limpiarte?

La sonrisa que esbozó en ese momento fue deslumbrante. Lo estaba atendiendo, cuidando y él no lo había pedido. Asintió y ella comenzó a pasar el paño por su rostro y hasta el cuello.

—Eres tan bella, soy tan afortunado —comentó observando todos sus movimientos. Ella curvó los labios, aunque no dejó de moverse ni tampoco lo miró a los ojos—. Mis amigos no van a poder burlarse porque finalmente me atraparon, desearán estar ellos en mi lugar.

—¿Yo te atrapé? —cuestionó alzando una ceja.

—No voluntariamente, de eso estoy seguro, pero de alguna forma lo hiciste.

Melanie se puso de pie y dejó la tela en su sitio para regresar a su lado. Se sentó en la cama y se cubrió con las sábanas, sin acostarse.

—Quiero quedarme por si vuelve a sucederte, no me gustaría que estuvieras solo.

—No va a volver a ocurrir. Fue muy extraño, la verdad, no me sucedía algo así desde hace años, pero me gusta que estés aquí. Dormir acompañado siempre es mucho más lindo.

—Depende la compañía —murmuró apoyando la cabeza sobre la almohada.

—Sí, sí —coincidió poniéndose a la altura de su esposa en la cama—. La de esta noche es muy buena, ¿no te parece? —Sonrió y colocó una mano en su abdomen aprovechando la posición en la que ella se encontraba.

—¿Por qué sigues haciendo eso?

—¿Hacer qué?

Posó una mano sobre la de él para contestar a su pregunta, siempre buscando la forma de utilizar menos palabras. Algunas costumbres eran difíciles de arrancar.

—Me gusta sentir que está aquí dentro, que hay vida dentro de ti. No lo sé, me gusta cómo se siente. Emmie me dejaba sentir las patadas de su hijo Jacob, se movía un montón en las últimas semanas.

—¿Estuviste con ella todo el tiempo?

—Para pesar de Thornehill, sí. Es más, cuando te conocí a ti, venía de la casa de ellos. Emmie decidió que era hora de que me marchara. No me di cuenta de que era un estorbo, me gustaba estar allí, asegurándome de que Joseph los trataba bien a ambos, de que los protegía.

—¿Por qué? ¿Él es... malo?

—No, para nada, solo que nunca hemos sido amigos. —Bufó—. La quiere, tengo que reconocerle eso, nunca había visto a mi hermana más feliz en toda su vida —sacudió la cabeza para dejar el tema, pero pensó en cómo se pondría ella al enterarse de que, además de casarse sin avisarle, iba a ser padre en cinco meses—. En fin, no sé cuándo podremos empezar a sentir que se mueve. ¿Tú lo sientes ya?

—No siento nada —articuló apenas.

—Le preguntaremos al médico mañana. He ordenado que vayan a buscarlo para que venga a verte y comprobar que todo está bien.

Mel asintió.

—Y le preguntaremos a mi madre, quizá recuerde, o a alguna de las criadas que tienen hijos.

—¿Vas a contarle a tu madre sobre esto?

—Por supuesto, apenas el médico me diga que ustedes dos están bien, lo anunciaremos a todos lo antes posible, amor. Ya ha pasado demasiado tiempo. No te asustes, nos aseguraremos de que no tengan dudas de nada. Mi madre desde luego que no las tendrá después de vernos esta noche. Ha sido muy conveniente que nos encontrara a los dos en la misma cama.

—¿Por qué?

—Porque no estaba segura de cómo manejábamos nuestro matrimonio.

—Puede que no estuviese muy equivocada.

Francis soltó una risa no pudiendo estar más de acuerdo.

—Ven aquí, vamos a dormir. —Abrió los brazos e hizo un mohín—. ¿Me abrazas? Tal vez puedas evitarme otro mal sueño.

—¿Cómo vamos a dormir abrazados?

Oh, ella era tan ingenua.

—Tienes que usar mi pecho como tu almohada.

—¿Y tú vas a poder dormir? ¿Cómo respiras?

—Yo voy a estar perfecto.

Melanie se movió y él la ayudó a acomodarse tal y como quería.

—¿No te hago daño?

—Al contrario, ¿y tú?

—No sé si consiga dormirme así, pero estoy bien.

Hizo que lo rodeara con un brazo y él apoyó la barbilla sobre su cabeza. Mel no lo notó, pero en cuanto cerró los ojos, no tardó mucho en dormirse por completo. Una vez que se aseguró de eso, Francis hizo lo mismo.



## CAPÍTULO 18

Francis se despertó a la mañana siguiente y descubrió que su esposa ya no estaba en la cama. Tanteó a ambos lados antes de abrir los ojos sin encontrar a nadie, ¿cómo era posible que despertara incluso antes que él? Se levantó y comprobó que no estaba en la habitación. Se acercó a la puerta que unía con la habitación de la condesa y decidió que sería mejor tocar antes de entrar sin llamar. No creía que dejara que la bruja anciana le colocara las espantosas vendas de nuevo.

Enseguida le abrieron y ante él apareció a quien menos le apetecía ver.

—Señora Hargraves —dijo suspirando con hastío—, ¿dónde está mi esposa?

—La señora ha tomado un baño y he hecho que vuelva a acostarse. Abajo todos creen que no se sentía bien anoche y están esperando al doctor. Creí que lo más correcto era seguir con ese cuento.

Él dio un paso dentro del cuarto.

—Muy bien, ¿han traído el desayuno?

—Aún no.

—Bueno, puede ir a abajo y pedir que nos suban a ambos en esta habitación —dijo con una sonrisa.

Pasó a su lado para acercarse a la cama donde su esposa estaba sentada, cubierta con una manta fina. En el cuarto no hacía ni una pizca de frío, la chimenea estaba bien cargada. Francis sintió algo de sofoco, pero para ella era lo mejor. Ahora que sabía que estaba embarazada tendrían que preocuparse por cada detalle.

Se subió a la cama y se sentó alejando todo lo que se le venía a la cabeza. Cada vez que pensaba en ciertas implicancias de ese embarazo, le hervía la sangre y tenía que ocultarlo. Después de todo, no podía culparla por el miedo que sentía, ¿cómo no iba a temerle después de lo que le había pasado? A fin de cuentas, ella se había negado a casarse en primer lugar, había sido él quien había insistido. No lo había engatusado ni forzado a hacer nada, ni siquiera le había pedido conservar al bebé después de que la descubriera; había demostrado que aceptaría cualquier decisión que él tomara con respecto al tema. Pero Francis no iba a deshacerse del bebé. Fuese niña o niño y tuviera que reconocerlo como su heredero, el próximo conde de Welltonshire, no lo abandonaría ni mucho menos le prohibiría nacer.

Melanie no parecía estar asustada, es más, le sonrió cuando estuvo a su lado y dejó que la besara, ofreciéndole sus labios apenas se acercó a su boca.

—Buenos días —murmuró casi sin alejarse y volvió a besarla colocando una mano detrás de su cabeza, enredando los dedos en su sedoso cabello dorado—. ¿Por qué te levantaste tan temprano?

—Ya no podía dormir y no quería despertarte. ¿Estás enojado? Nana dijo que hice mal, que no debo de salir de la cama antes que tú.

Habría despedido a la bendita nana de no ser porque tenía razón.

—Eso sería lo correcto, sí, pero no estoy molesto, no te preocupes.

Era una nimiedad en comparación con todo lo demás.

—¿Cómo dormiste?

Melanie sonrió bajando la cabeza.

—Muy bien —susurró y alzó la vista de nuevo.

Francis bajó la manta que la cubría y se acostó en la cama hasta colocar una oreja sobre su vientre.

—Déjame ver si puedo escucharlo.

—¿Escuchar qué?

—Su corazón. Mi hermana dijo que el doctor escuchaba el corazón del bebé de esta forma, así sabe que está bien.

Se quedó en silencio y contuvo el aliento mientras trataba de oír algo, pero fue en vano. Arrugó la frente, lo intentó una vez más y nada.

Mel observó su expresión cuando volvió a sentarse en la cama y colocó una mano en donde antes había estado su oreja.

—¿Oyes algo?

—No, no —dijo él restándole importancia—. Pero no te preocupes, es que todavía es muy pequeño o que yo no sé hacerlo bien. Es lo más seguro.

La respuesta no pareció convencerla del todo. Y eso tenía que ser porque se sentía mal por lo que había hecho y temía haber provocado un daño irreparable.

Cuando el médico llegó justo después de que desayunaran encerrados en el dormitorio, Melanie no permitió que su esposo abandonara la habitación para que el doctor pudiera examinarla. No iba a quedarse sola con un hombre, intuyó Francis apenas vio la mirada de sufrimiento en sus ojos cuando el médico, un anciano que lo había visto nacer, pidió que lo dejara para que pudiera evaluar a la Condesa. Ella no le soltó la mano hasta que le prometió que se sentaría en una silla cerca de la cama,

llamando la atención de quien estaba ahí para examinarla. Lo observó con las cejas alzadas, pero no hizo ningún comentario y le permitió quedarse.

—Parece que todo está normal —dijo después de una lenta revisión. Francis había tenido que agarrar la punta de cada apoyabrazos para no empezar a dar vueltas en el cuarto mientras aguardaba.

Y cuando el médico habló ya no aguantó más y se puso de pie.

—¿De verdad?

—Sí, milord, ¿por qué lo duda? —preguntó viendo su expresión.

—¿Por qué no puede sentirlo moverse?

El hombre le brindó una sonrisa amable.

—Es su primer hijo, milady. Cuesta más al principio distinguir los movimientos, todavía son muy suaves, pero con el paso de los meses no pasaran desapercibidos.

—¿Está bien seguro, doctor?

Francis volvió a insistir haciendo que el hombre, con las manos detrás de la espalda, dejara escapar un suspiro de cansancio y cierto fastidio. El Conde no se daba cuenta que con tanta persistencia estaba poniendo en duda sus conocimientos.

—Por supuesto, aunque tengo entendido que se han casado hace dos meses.

Fran asintió con precaución.

—Sí, eso es cierto.

—Este bebé tiene más de dos meses —dijo sin rodeos, alternando la vista entre el Conde y su esposa.

Fran se había esperado eso. Al médico no podrían engañarlo con respecto a la fecha.

—Sí, eso ya lo imaginábamos, ¿verdad, querida? —Le sonrió y enseguida se volvió hacia el anciano—. Pero sin dudas, doctor, usted podría omitir ese detalle ante cualquier persona. No quisiera que juzguen a mi esposa por adelantarnos a la boda. Al final, no es algo extraño, ¿cierto? E íbamos a casarnos.

—Por supuesto, milord, puede contar con mi discreción.

—Sabría que lo haría.

Cuando se marchó, Francis suspiró aliviado al cerrar la puerta y se giró hacia Melanie que seguía en la cama. No estaba mirándolo a él, sino que, por primera vez, la veía acercar una mano a su vientre y tocarlo con delicadeza, como si tuviese miedo a causar algún daño. Lo que ella no sabía era que para el bebé no habría nada más valioso que el amor de su madre, esperaba que para cuando naciera, Melanie tuviera un poco más de confianza en sí misma y pudiera ofrecérselo.

\*\*\*

Una semana después, Francis ya había anunciado la llegada de su futuro hijo con una cena especial para todos los habitantes de la casa. No habían hecho mención al tiempo de embarazo de la Condesa; la última moda dictaba unos vestidos tan voluminosos que con el cuerpo menudo de Melanie, se hacía mucho más fácil disimular la evidencia sin necesidad de apretar con nada. Y aunque la ropa no lo ocultara, no iba a dejar que se utilizaran más vendas adicionales. Tampoco le permitía a la señora Hargraves que ajustara tanto los vestidos o el corsé. Ya la había llevado de nuevo a la modista y encargado prendas que se ajustaran a su cambiante cuerpo.

También estaba contento con la reacción de su madre, que si bien seguía teniendo dudas acerca de Melanie y su carácter poco apropiado para una condesa, se había ofrecido a encargarse de la preparación de la habitación infantil. Francis sabía que su satisfacción era genuina, así como la preocupación por su bienestar.

Ahora se encontraban en el jardín delantero de la casa esperando la llegada de su hermana y la familia de su esposo. Habría sido mucho más cómodo si solo fueran ella y el Marqués, pero Emmeline había insistido en que la acompañaran también sus suegros, a quienes visitarían una semana antes y desde Harsburn, que quedaba mucho más cerca de Welltonshire que Thornehill.

Era un día precioso para fortuna de todos, el sol brillaba y no había ni una nube en el cielo para cubrirlo. Annabeth todavía estaba dentro controlando los últimos detalles en el arreglo de las habitaciones, de la comida, de cada centímetro de la propiedad y de su propio aspecto. Melanie, por su lado, estaba con él disfrutando del día y caminando debajo del sol con la sombrilla abierta. No sabían a qué hora llegarían los invitados, pero lo más seguro era que no estuviesen muy alejados.

—Francis, ese hombre... —comenzó ella mirando a lo lejos.

Un hombre que destacaba entre el resto de los criados con los que se encontraba, mejor vestido y con mejor porte que la mayoría, pero que trabajaba con ellos, era el que llamaba su atención.

—¿Alec Ayrton? ¿Qué hay con él? —preguntó deteniéndose.

—Es que... está en todos lados.

Francis atisbó hacia el sujeto del que hablaban y volvió a concentrarse en su mujer.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo has visto? —susurró como si el señor Ayrton pudiera escucharla—. Siempre está dando vueltas en la casa, una vez lo vi en los pasillos de la segunda planta. A Nana tampoco le agrada.

Ayrton no tenía ninguna razón para andar en los pasillos del segundo piso, pero quizá había sido una sola vez por algún motivo en especial. Tal vez hasta lo estaba buscando a él, era uno de los hombres de más confianza que tenía, casi habían crecido juntos. Alec era un año mayor que él y el hijo de la dama de compañía que había tenido su madre tiempo atrás. Una mujer cuya muerte sospechaba había sido a causa del antiguo conde.

—Cariño, Alec no es un mal hombre, no le temas. Es mi amigo, crecimos juntos.

—Me da miedo cómo me mira, Francis. No te pido que lo despidas, ni siquiera que hables con él, pero quería decírtelo.

Él asintió y la besó en la frente. Tendría que controlar la conducta de Alec aunque no creyera que él tuviera malas intenciones con su esposa. Era probable que le hubiese llamado la atención como al resto de las personas que vivían en la casa y no hubiese sabido disimularlo en su momento. Ella además era muy hermosa, lo que no pasaba desapercibido para ningún hombre de ninguna clase. Melanie tendía a desconfiar de todos los hombres y mínimas acciones por parte de estos podían ponerla en alerta al instante. Francis sabía que tardaría años en deshacerse de esas sensaciones, pero al menos podía conformarse con que junto a él se sintiera segura y cómoda. Que le comentara sus inquietudes era todo un avance.

—Voy a vigilarlo más de cerca, Mel, aunque hay mucha gente en esta casa, nunca estás sola. Nadie podría atacarte sin que alguien más lo notara.

—Había muchos criados en mi casa, pero ellos no pudieron hacer nada —insistió clavando los dedos en su brazo y mirándolo directo a los ojos—. Tú eres el único en quien confío.

Por más halagado que se sintiera con esas palabras, que no habían tenido esa intención ni ninguna otra más que ser una mera exposición de hechos, Francis no pudo evitar sentir el terror que parecía no querer marcharse de la cabeza de su esposa, ese que no tenía idea de cómo combatir. Solo podía consolarla y prometerle que siempre sería así, que nadie le haría más daño, y asegurarse de cumplir, de que la promesa tuviera valor.

—Aquí todo es distinto, Mel —pronunció envolviéndola con los brazos cuando ella bajó la sombrilla y la dejó a un lado. Colocó la barbilla sobre su cabeza y sintió que ella cerraba los brazos a su alrededor.

—Porque tú estás aquí —contestó con la voz amortiguada contra su chaqueta.

—Porque yo estoy aquí —coincidió—, y porque tú eres la señora de la casa, la condesa. Te respetan y saben que es su deber protegerte, mucho más ahora que me vas a dar un hijo.

No hubo respuesta, solo siguió abrazándolo hasta que uno de los hijos de la cocinera, que no tendría más de doce años, apareció montado en un caballo gritando:

—¡Milord, milord! ¡Sus invitados están llegando!



## CAPÍTULO 19

Primero llegaron los duques de Harsburn porque su carruaje venía más adelantado que el de los Marqueses. Así que tuvieron tiempo para saludarse y hacer las presentaciones. Mientras lo hacían, Francis deseó que su madre hubiese sido un poco más como la Duquesa cuando conoció a Melanie.

Lady Harsburn era una persona dulce por naturaleza que agradaba al instante, además de ser el aliciente perfecto para su hosco pero educado esposo. El Duque era un hombre muy interesante, y más fácil de tratar una vez que decidía eras digno de su tiempo. Annabeth enseguida los hizo pasar y los acompañó adentro, mientras Francis dijo que esperaría a su hermana junto con Melanie, afuera.

No tardaron en llegar, no venían lejos; cuando los Duques estaban entrando a la casa, el otro carruaje ya estaba acercándose. Francis acompañó a Mel a bajar las escaleras sin poder contener la expectación y aguardar sobre las escalinatas. Un lacayo abrió la portezuela y Joseph se bajó primero, y sin percatarse de su presencia, enseguida se inclinó dentro del carruaje para sostener a su hijo con un brazo y con la otra mano ayudar a Emmeline a bajar.

—¡Fran! —exclamó Emmie cuando aún no había puesto un pie en el suelo y estuvo abrazándolo antes de que cualquiera pudiese parpadear—. ¡Tenía tantas ganas de verte!

Enseguida se giró para mirar a Melanie con una sonrisa inmensa. El Conde no tuvo tiempo para advertirle que fuera con cuidado porque de inmediato le dio un abrazo a ella también. Tan efusiva como solo su hermana podría ser.

—Estoy muy feliz de conocerte, Melanie —dijo soltándola despacio, pero no del todo. La sujetaba por ambos brazos mientras clavaba sus ojos en ella para verla por primera vez. Fran dudaba que antes se hubiese tomado el tiempo para observarla—. Nunca nadie había llamado tanto la atención de mi hermano como para que quisiera casarse por decisión propia, estoy segura que eres muy buena, porque de lo contrario él no te habría escogido.

—Emmie —rogó Francis en voz baja, aunque pasó desapercibido.

Entonces, el Marqués se apiadó, más de ella que de él, e intervino.

—Emmeline, creo que Lady Welltonshire no sabe cómo interpretar eso, y tampoco nosotros, amor.

Em se giró hacia él y ladeó la cabeza.

—Por supuesto que era un elogio.

—No lo parecía —retrucó Francis rodeando los hombros de su esposa con un brazo—. Deja que te presente al marqués de Thornehill, Mel. Joseph es el esposo de mi hermana, como habrás notado. Y como dije antes, a Emmie no le gustan las formalidades y puede ser un poco intensa, pero es buena.

—Estamos en familia, Fran, no necesitamos formalidades.

Él soltó una risa seca.

—Dile eso a madre.

La joven hizo una mueca de disgusto.

—Por Dios.

Joseph dio un paso adelante antes de que Emmeline volviera a taparlo con su cháchara, y tomó una mano de Melanie para besarle los nudillos.

—Es un placer conocerla, Lady Welltonshire. Le aseguro que asustarla no es la intención de mi esposa, pero para algunos ese es el efecto que puede causar. —Emmie mostró una expresión indignada y abrió la boca para decir algo, pero él se apresuró a continuar—. Y este es mi hijo Jacob.

Melanie había estado observando al bebé desde que se habían acercado, Francis también lo miró con otros ojos. Jacob tendría ya casi cinco meses, y parecía mentira que hubiese crecido y cambiado tanto en tan poco tiempo. Lo que más llamaba su atención era que le recordaba que dentro de poco él también tendría uno: un hijo o hija.

El niño era tan rubio como él mismo, distinto a su padre y a su madre por completo. Estrechó la mano de su cuñado, con quien se llevaba decentemente mejor que antes, y estiró los brazos hacia el niño que enseguida soltó una risa y solo festejó cuando lo aupó.

—Qué grande estás —le dijo sosteniéndolo frente a él antes de colocarlo cómodo, sentado sobre un brazo doblado junto a su cuerpo.

—Crece muy rápido, los bebés son tan lindos que siempre tendrían que quedarse así —dijo Emmeline sonriendo y apoyando la cabeza en el hombro de su marido.

—No lo sé, Em, hace unos meses solo dormía, lloraba y se alimentaba. Mira qué lindo y receptivo está ahora. Y luego cuando camine será mucho mejor. Y siempre puedes tener otro hijo o hija si quieres un bebé.

Soltó el último comentario con el solo propósito de ver cómo la cara de su cuñado se descomponía antes de fruncir el ceño y fulminarlo con la mirada. Emmie soltó una risa y sacudió una mano en el aire.

—Ese es un tema para el que no hay discusión —murmuró enderezándose y besando a Joseph en la mejilla—. Estás muy callada, Melanie. Me disculpo si te parezco un poco bulliciosa, no lo puedo evitar. Además, estoy muy feliz de ver a mi hermano tan contento gracias a ti.

—¿A mí? —preguntó.

Era lo primero que la oía decir desde que había llegado, pensó Emmie. Aunque era su culpa por no haberle dado lugar, no todos conseguían meterse cuando ella



estaba hablando y lo reconocía. Sin embargo, lo que le extrañó fue la pregunta. Alzó la vista hasta su hermano que dejó de hablarle a Jacob para poner su atención en ellas.

—Por supuesto que a ti —compuso con una sonrisa—, ¿por qué lo...?

Francis la interrumpió antes de que hiciera otra interrogante incómoda. Tomó la mano de Melanie con la que él tenía libre.

—Y ahora tengo más razones para estar feliz. —Miró a Mel y comentó—: Creo que tenemos que contárselo antes de que mamá lo haga.

Melanie asintió dándole permiso para decirlo.

—¿Contarnos qué? —inquirió Emmie impaciente.

—Que nosotros también vamos a ser padres —confesó y observó a su esposa.

Em abrió los ojos de par en par hasta que terminó de reaccionar, soltó una risa de pura dicha y los abrazó a los dos juntos.

—No puedo creerlo, qué rápido lo lograron. Es una noticia maravillosa, ¿no crees, Joseph?

El Marqués asintió para no ofender a Melanie, que no tenía idea acerca de su opinión sobre los peligros que implicaba un embarazo para una mujer, en especial las que eran tan delgadas como ella. Pero no podía negar toda la felicidad que traía un hijo a sus padres.

—Felicitaciones a los dos —compuso con una sonrisa que dejó a Emmie más que contenta por su actitud.

—Mira, mira —dijo la Marquesa, sacándole el bebé a su hermano y sosteniéndolo frente a Mel—. Ya puedes ir acostumbrándote, Jacob es muy simpático, ¿verdad, mi cielo? Ve con la tía Melanie.

—Yo... no puedo.

—Claro que puedes, no es difícil. —Colocó el bebé contra ella, y le hizo doblar los brazos para enseñarle a hacerlo de forma correcta—. Ves, sostenlo bien y no hay peligro, es un poco inquieto, pero es buenito. Mira, te está sonriendo.

Melanie jamás había tenido a un bebé en sus brazos, esa pequeña criaturita que la miraba con una sonrisa llena de confianza y movía sus manitos para tocarla y tratar de atrapar cualquier cosa a su alcance. Lo contempló y le acarició una mejilla regordeta con un solo dedo.

—Deberíamos entrar —propuso Francis para distraerse de las emociones que le producía verla a ella con el niño.

Se hizo a un lado para dejar pasar a sus invitados adelante, pero Emmeline, que recién había notado dónde estaba parada, clavó los talones en el piso y arrugó la frente mirando hacia sus alrededores.

—Nunca pensé que volvería a este lugar —comentó para sí misma.

Joseph le cubrió una mano y se la llevó a los labios.

—No pasa nada, cariño.

Ella sonrió de medio lado y le devolvió un apretón en la mano.

—Sí, lo sé. Es mejor que entremos, tengo muchas ganas de sacarme este vestido, darme un baño, comer. ¡Estoy tan cansada! ¡Y mira a Jacob! Está radiante y tan lleno de energías.

Aunque nadie nunca habría sospechado que estaba cansada. Mel quiso regresarle al bebé cuando se disponían a entrar.

—Oh, no, no es necesario, está contento contigo. ¿No se ve linda con un bebé, Fran? Ya puedes ir imaginándotela.

Y no era necesario que ella lo dijera, Francis había pensado en eso desde antes. Emmeline y Joseph entraron y él se quedó con su esposa y el bebé afuera. Mel levantó la vista hacia él y le sonrió. Ya no tenía la expresión de terror del principio, y ahora se animaba a moverlo y que él tuviese más libertad para hacerlo también. El miedo del comienzo había pasado y todo gracias a Emmie. Cada día que pasaba reforzaba la idea de que su hermana ejercía alguna clase de magia en las personas, esperaba que ayudara a Melanie como lo había hecho con el Marqués al conquistar su corazón.

\*\*\*

El almuerzo que compartieron fue ameno; Emmeline habló más que todos ellos juntos, feliz porque su madre no tuviera la oportunidad de quejarse, ya que tanto su esposo como los padres de este la adoraban. Francis, que esta vez no había podido oponerse al arreglo formal que había hecho su madre y que dejaba a su esposa en la otra punta de la mesa, pasó casi todo su tiempo pendiente de Melanie. Emmeline estaba ubicada cerca de ella y no había podido escuchar casi nada de lo que le había dicho, pero sí había observado que Melanie había contestado en varias ocasiones y hasta había sonreído. Emmie casi se la había apropiado, reconocía su carácter retraído y buscaba descubrir hasta sus más profundos secretos. Eso era lo que a Em le gustaba hacer, pero dudaba que lo lograra con Melanie. No sabía cuál de las dos sería más perseverante, si Mel que guardaba su secreto tan encarecidamente o Emmie que luchaba por saberlo todo.

Por la tarde, aprovechando el hermoso día y que su hijo era tan vital como ella, y no podía quejarse de que no quisiera dormir cuando ella estaba exhausta, Emmie le

propuso a su cuñada que la acompañara al jardín a tomar aire y relajarse lejos de los oídos de su madre a quien no le costaba nada hartarla con tantas demandas y consejos que no necesitaba.

—Adoro a mi madre —dijo mientras caminaba con el bebé en sus brazos—, pero vas a tener que decirle a Francis que la envíe a algún sitio cuando nazca tu hijo. Te va a volver loca, a los dos. Yo le voy a dar la idea a mi hermano antes de marcharme y ver si puedo ayudarte un poco.

—¿Por qué enviarla lejos? Yo no sé nada sobre niños, tal vez ella pueda ayudarme.

Emmie se detuvo y suspiró.

—Eres tan diferente a mí, tan... calma. ¿De verdad no te exaspera mi madre? ¿No te vuelve loca?

Mel soltó una risa.

—No he podido tratarla mucho, pero no creo que sea mala.

Las cejas de Emmie se alzaron.

—¿No has podido tratarla mucho, dices? Pero si vives con ella. No me digas que no opina sobre cada cambio que quieres hacer en la casa, apuesto a que opina sobre todo y la dejas ganar porque no he notado muchos cambios en la casa.

—Es que yo no he hecho nada.

—¿Por qué?

—Porque Francis dijo que no tenía que preocuparme por eso, y a mí me gusta la casa. ¿Crees que hago mal?

—No, no —compuso frustrada por no poder entenderla del todo—, pero no dejes que mi madre domine todo, *tú* eres la condesa ahora. *Tú* tienes el poder para decidir qué se hace y qué no en esta casa y en todas las propiedades de mi hermano.

Con Jacob inquieto, estiraron una manta que habían llevado para sentarse en el suelo y dejar que el pequeño noble se cansara un poco rodando sobre sí, una nueva habilidad que había adquirido hacia poco tiempo. Se entretuvieron observándolo hasta que Emmie decidió que le apetecía tomar té con galletas y se puso de pie para ir a pedirlo ella misma, negándose al ofrecimiento de Melanie de ir en su lugar.

Quería hacer lo posible para que Francis se sintiera orgulloso de ella, no quería ser solo una carga y un problema, y viendo lo mucho que adoraba a su hermana menor, pensó que tenía que hacerla sentir cómoda y feliz en esa visita. Y con Emmeline no era difícil, era la persona más dulce y amigable que ella hubiese conocido en su vida.

Emmie se marchó y la dejó a cargo de Jacob que seguía moviéndose sobre la manta. En un momento, lo agarró antes de que tocara el pasto con sus manitas y las llevara a la boca, lo tomó entre sus brazos para atraerlo hacia el medio, pero terminó quedándose cuando vio que también estaba cómodo con ella. Mel había descubierto que tenerlo junto a su pecho la hacía sentir muy bien. Era una sensación bonita que se parecía mucho a lo que sentía cuando su esposo la abrazaba.

Estaba disfrutando de esa emoción que la inundaba cuando una sombra la cubrió y le robó el calor del sol. Sabía que no era Emmeline porque no había sentido su voz ni el frú frú de la tela del vestido celeste que llevaba ese día, pero nunca habría esperado ver a quien había creído fuera de su vida para siempre. El horror y la sorpresa invadieron su cuerpo dejándola inmóvil por un segundo. No había sonrisa más cruel en el mundo que esa que estaba viendo, y Melanie sabía lo que implicaba. Su respiración se volvió superficial, pero instintivamente apretó el agarré del bebé para mantenerlo pegado a su cuerpo, como si de esa forma pudiera protegerlo contra el demonio que se había hecho presente.

El hombre se puso en cuclillas.

—¿Qué pasa, preciosa? Parece que has visto un fantasma.

Cuando habló, Melanie supo que no estaba equivocada, que no lo estaba confundiendo con nadie más. Esa voz era algo que nunca iba a desaparecer de su cabeza; solo había una cosa a lo que ella le temía más y era a su tacto.

—Lo has hecho bien, ¿eh? Te has ido lejos, me llevó un tiempo encontrarte, pero mira, aquí estoy. ¿Creeías que podías escapar? ¿Creeías que habías acabado conmigo? —Estiró un brazo y le tomó el mentón para que no dejara de mirarlo.

Mel no se movió, su cuerpo no estaba respondiendo. Quizá porque en el pasado había descubierto que si no ponía resistencia todo terminaba más rápido, que si dejaba de luchar él terminaba por aburrirse y la abandonaba.

—Y no te pienses que no lo sé, ¿estás ensayando con este? —continuó y tocó un bracito del bebé con un dedo. Enseguida se lo quitó, Mel pasó una mano por ahí como si quisiera borrar cualquier marca que pudiera dejarle, cualquier cosa que ese hombre pudiera causarle a la criatura—. Dime algo, Melanie, ¿sabe el imbécil con el que te has casado que ese hijo que esperas es mío?

Cuando hizo mención a su hijo, un gemido se escapó por los labios de la joven y abrazó aún más a Jacob que soltó una carcajada como si ella estuviera jugando, ajeno a todo el peligro, el mal que lo rodeaba.

—Voy a estar cerca, muy cerca, y cuando nazca voy a venir por él. No importa lo que hagas, no podrás evitarlo, es mío y voy a llevármelo lejos de ti. Y ese va a ser solo el comienzo de mi venganza. Tú y solo tú eres la responsable de que haya perdido las tierras, el dinero y mi buen nombre. Espérame, porque voy a regresar.

Soltó una risa seca y se dio media vuelta. Melanie lo vio alejarse todavía sin poder moverse. Se subió a un caballo al que ella no había visto antes y salió al galope.

Emmeline llegó luego, pero podrían haber pasado horas, minutos o solo segundos que a Melanie le habría dado igual, no tuvo conciencia del tiempo que transcurrió

entre que él se fuera y que ella llegara.

—¿Melanie? —la llamó aproximándose con una bandeja de galletas en la mano, junto a una doncella que llevaba la bandeja del té. Tenía una sonrisa que se borró con solo verla de perfil. Repitió su nombre una vez más y recién ahí ella pareció notarla.

Giró la cabeza apenas y Emmie supo que algo no andaba bien.



## CAPÍTULO 20

Encontrando fuerza para hacerlo y el balance justo mientras sujetaba al niño con una mano y utilizaba la otra para ayudarse a ponerse de pie, Mel se levantó y se apresuró a llegar al lado de su cuñada que había dejado la bandeja de galletas en el suelo, preocupada por ambos. Notando su palidez, Emmie abrió mucho los ojos y tomó a su hijo cuando la rubia lo depositó en sus brazos y la instó a caminar de regreso a la casa, a la puerta más cercana que los llevara dentro. Con pasos cortos por el molesto vestido que no le permitía moverse con más velocidad, Emmeline la siguió sin pasar por alto que ella parecía intentar protegerla de algo.

—Estás muy pálida, Mel. Tienes que detenerte, tengo miedo a que te desmayes y te lastimes, ¿qué sucede?

—No, no. No te detengas.

—Pero, mira, estás temblando.

Ella lo sabía, lo sentía, pero si se detenía solo iba a empeorar, el corazón le latía muy fuerte pero estaba helada por dentro y sentía un silbido continuo en los oídos que no se contenía y cada vez era más agudo y ruidoso.

—¿Dónde está Francis? —preguntó recorriendo el pasillo con Emmie por detrás.

—En la sala principal, milady —aportó la doncella que venía atrás de Emmeline, y Melanie caminó en esa dirección casi a ciegas.

La Condesa viuda y la Duquesa estaban sentadas en un rincón tomando el té de la tarde junto a la ventana que daba a la entrada de la casa, mientras que los hombres hablaban de las próximas sesiones del Parlamento. Casi al mismo tiempo, todos se pusieron de pie al ver aparecer a las damas por el pasillo. Francis no tuvo tiempo a pensar en nada porque Melanie llegó a él antes de que pudiera hacer otra cosa. Lo abrazó y se agarró con fuerza de su chaqueta. El Conde la sintió temblar y luego le pareció que estaba llorando, pero era tan silenciosa que si no la veía era difícil decirlo.

—Mel —compuso—, ¿qué sucede? ¿Qué ocurre? Cálmate.

—Él está aquí —susurró de manera que solo Francis pudo escucharla—. Estaba aquí y se me acercó.

—¿Quién estaba aquí, Melanie? —preguntó con cuidado.

Ella lo soltó, dejó de apretarse contra su pecho y lo miró a los ojos.

—Él... —repetió como si fuera lo más obvio del mundo. Intentó pronunciar su nombre para que lo entendiera mejor, pero cuando abrió la boca lo único que salieron fueron unos vergonzosos sollozos.

Francis volvió a abrazarla para evitar que se desplomara ahí mismo. No entendía mucho, pero sí había captado que había alguien que la había alterado, y se necesitaba mucho para que ella perdiera los estribos.

Mel hizo un intento más para hablar, que él entendiera que eso era grave y dejara de susurrarle que se calmara, que todo estaría bien.

—¡Dijo que se llevaría al bebé cuando naciera! —exclamó; esta vez todos alrededor la oyeron—. ¡Que iba a quitármelo y llevárselo lejos, Francis!

Las damas soltaron un jadeo de horror y Joseph, a pesar de no tener la más remota idea sobre quién hablaban, dio un paso al frente.

—Organizaré un rastreo de cualquier hombre extraño en la propiedad y las tierras linderas, ¿eso te parece bien? Es un hombre, ¿no? No puede estar muy lejos

Francis asintió sorprendido por su ofrecimiento.

—Lo acompañaré. —Se unió el Duque.

—Tenía un caballo, no lo alcanzarán —dijo Melanie alzando la voz para que Joseph, que estaba a punto de salir, la oyera.

—Lo intentaremos —respondió el Marqués apresurándose a salir, dando órdenes al mayordomo y a la doncella que se hallaba presente para que lo ayudaran a conseguir un grupo de hombres lo más rápido posible.

Emmeline contempló a su esposo que se alejaba y se acercó a ellos. Colocó su mano libre en la espalda de Mel, que seguía agarrada de Francis, sin planes de soltarlo pronto. La otra joven se sobresaltó al sentir su contacto, pero no se giró. Eso no podía ser bueno para el bebé, tenía que calmarse, pero después de haber escuchado lo que, quien fuese que la había aterrado, le había dicho, ella también habría estado fuera de sí. Y su hermano no estaba mucho mejor.

—Lo siento, Fran. La dejé un momento con Jacob en el jardín y fui a pedir el té. Cuando regresé estaba así, tenía a Jacob y era como si quisiera... protegerlo. Ahora lo entiendo.

—No fue tu culpa. Se supone que aquí está segura, ¿cómo es que un hombre desconocido entró en mi propiedad y nadie lo vio? Y con un caballo —masculló indignado. Era inaudito que eso ocurriera, y justo a ella. Todo lo que había logrado, lo feliz que la había hecho esa semana que había pasado, se había esfumado en un segundo. No era justo, no podía verla sufrir así. Ella no lo merecía, iba a destruirla por completo si no dejaban de torturarla.

—Voy a pedir que le preparen un té con hierbas. La ayudará a relajarse.

La Duquesa se acercó, preocupada y tan maternal como Francis deseaba que fuese su propia madre.

—¿Quieres que la acompañe a su cuarto?

Él sonrió agradecido, aun así, no iba a soltarla.

—Gracias milady, pero yo la llevaré.

Ella le devolvió la sonrisa, mucho más conforme con esa respuesta y se alejó para sentarse junto a Annabeth que los miraba sentada en el sofá donde antes habían estado los hombres. No iba a tomarse ni un segundo para molestarse por lo que estaba haciendo. No valía la pena.

\*\*\*

La llevó hasta la habitación de la condesa, donde ella había vuelto a dormir por las noches. Fran había hecho bien al no ilusionarse con que quisiera dormir con él y no le había insistido por miedo a que aceptara por obligación, sintiéndose comprometida a hacerlo.

Cerró la puerta detrás de él, pero no le colocó cerrojo, ya que Emmie aparecería pronto con el té que había prometido. Quizá lo llevaría una doncella, pero Emmeline estaría también, era seguro.

—¿Por qué no te acuestas un rato? —preguntó sentándose junto a ella y pasando un brazo por detrás de su espalda. Con la otra mano buscó el lugar donde podía sentir al hijo que esperaba y la colocó para sentirse un poco más cerca de los dos.

Melanie todavía tenía dificultad para respirar, pero se fue calmando con el paso de los segundos desde que se sentaron. Francis quería decir algo, quería preguntarle si estaba segura y no sabía cómo tocar el tema. No deseaba que pensara que no le creía, que no la tomaba en serio, porque lo hacía, sabía que algo le había pasado, ella no inventaría algo así.

—Francis —compuso posando una mano abierta sobre la de él—. Era él, era Ralph, no está muerto. No lo entiendo, ¿cómo es que está vivo? ¿Cómo me encontré?

—Cariño...

Alzó sus enormes ojos hacia él, con una mirada cargada de pánico y angustia.

—Creí que me llevaría en ese momento, cuando lo vi... Nunca me había sentido tan asustada, no podía moverme... solo podía pensar en que no quería irme de aquí, no quería que me llevara lejos de ti.

Conmovido, con una mezcla de amor y dolor revoloteando en su pecho, inhaló profundo, pues comenzaba a formarse un nudo en la garganta y no quería sentirse débil.

—Nadie va a llevarte a ningún lado, no voy a permitir que te alejen de mí, te lo prometo.

Ella negó con la cabeza, moviéndola apenas.

—No quiero que te haga daño, no por mi culpa. No quería que le hiciera daño a Jacob, pero si hubiera querido hacerlo, yo sé que no habría podido evitarlo. Es muy fuerte y es tan... malvado —pronunció la última palabra con la voz ahogada, llena de lágrimas de nuevo.

A Francis le estaba costando comprender lo que estaba ocurriendo, ¿de verdad ese hombre estaba vivo y había vuelto por ella? ¿Por qué rayos no había investigado más a fondo? Había creído que habían comprobado que él estaba muerto y pensado que remover el tema despertaría dudas que no le vendrían a nadie. A Melanie no le habría hecho nada bien que él fuese y contara lo que le había sucedido a un agente de Bow Street o a uno del Metropolitan. No la expondría de esa forma, las noticias no tardarían en llegar a toda la sociedad, y sería su perdición, sin importar el apoyo que tuviera y las influencias de la familia, ese tipo de cosas eran las que llevaban a una mujer a la ruina para siempre.

—Él no va a llevarte a ningún lado, y tampoco al bebé. Lo de hoy no va a suceder de nuevo, Melanie. Voy a encontrar a alguien que me ayude, alguien de confianza, que haga esto discreto, pero que lo atrape.

—Pero si no lo encuentras...

—Lo haré —terminó interrumpiéndola. Aún no sabía cómo, pero lo haría, lo encontraría y le haría pagar por todo lo que le había hecho—. Cuando te calmes me gustaría que habláramos y me dieras más detalles. Sé que es difícil, Mel, pero necesito información, algo con lo que empezar.

—Es que yo no sé, Francis, no sé nada; pasaba la mayor parte del tiempo tratando de esconderme, de que no me oyera ni me viera.

Como si ese día no estuviese lo suficientemente sensibilizado, la desesperación en la voz de su esposa y sus palabras lo tocaron tan profundo que se sintió abrumado. Él conocía muy bien todo lo que ella describía, entendía incluso hasta la forma en que lo hacía. Una criatura indefensa que trataba de sobrevivir, de escapar del abuso de otra más fuerte, de alguien que se suponía debía protegerla, hacerla sentir segura.

—Está bien, está bien —compuso tomándola por debajo de las rodillas y por detrás de la espalda para subirla a su regazo y poder consolarla—. No importa, olvídate de eso, no pienses más.

—¿Pero qué vas a hacer?

—Conseguiré la información. —Tal vez empezando por la nana, pensó—. Yo me ocuparé de todo, no quiero que pienses más en ese hombre. Desearía poder borrarlo de tu mente.

La joven apoyó la cabeza en su hombro.

—También yo —suspiró.

Se quedaron así, sin decir nada, sumidos en sus propios pensamientos pero juntos. Francis estableció un ritmo acariciando su cabello casi por inercia, mientras en su mente lo asaltaban una serie de imágenes que buscaban ir más allá, contra las que luchaba para mantenerlas encerradas en esos recónditos lugares de su cabeza. Y, por otro lado, se debatía sobre qué haría a continuación.

El problema no se marcharía pronto, era muy posible que se convirtiera en una pesadilla. Tenía que alertar a Granville, quizá él también estuviese en peligro, no lo sabía. Francis debía enfrentarse a un enemigo del cual no sabía nada, además de que no estaba muerto como creía, pero quien sí parecía estar muy informado acerca de él y su familia; eso nunca era bueno. Él no tenía enemigos, todos los que alguna vez se había ganado su padre sabían que él no era la misma basura, y con su carácter, nunca había hecho enemigos tan acérrimos como para que organizaran una estratagema en su contra, era ridículo. ¿Pero, cómo? ¿Cómo un muerto había obtenido tanta información? Podría tener contactos y localizarlo, sí, eso no era tarea difícil, era de público conocimiento la localización de la casa solariega y residencia casi permanente del conde de Welltonshire, así como la de cualquier otro noble. Sin embargo, ¿cómo había sabido del embarazo de Melanie? Hacía tan solo una semana que lo habían anunciado, no eran muchas las personas que poseían esa información; su madre, los criados, algunos en el pueblo tal vez, la modista y sus ayudantes, que podrían haber extendido el chisme. El pueblo no era muy grande y no había pasado mucho tiempo para que llegara siquiera a los sitios vecinos. Además, estaba el cómo había ingresado a la propiedad sin ser detectado, eso sí que seguía pareciéndole ridículo. ¡Y a caballo!

\*\*\*

Emmeline llegó junto a una preocupada señora Hargraves que traía consigo una bandeja con una taza.

—¿Qué es eso? —demandó saber. No iba a confiar en nada de lo que le diera esa mujer.

—Es el té que te dije, Fran —respondió Emmeline, ubicándose junto a Melanie que se había quedado sentada sola en la cama mientras él abría la puerta.

—¿Han regresado ya?

Emmie sacudió la cabeza a ambos lados.

—No, no han llegado —respondió sin mirarlo y concentrada en su cuñada. Francis se apoyó en uno de los postes de la cama, y dejó que Emmie hiciera su magia—. Tomate esto, al bebé no le hará nada.

Tenía una forma tan especial de tratar a las personas que se había ganado a Melanie muy rápido, a pesar de lo mucho que la había abrumado al conocerla. Ahora, mientras miraba cómo le hablaba sin parar, pero con un tono de voz suave, como si estuviera hablándole a su hijo, Fran pensó en que ella habría sido de mucha ayuda al comienzo de esa relación.

—Iré a ver si encuentro a Thornehill. ¿Te quedas un rato, Emmie?

—Planeaba hacerlo, ve tranquilo. Señora Hargraves, ¿puede ir a buscar a mi hijo? Nos mantendrá entretenidas y distraídas, créeme —le dijo a Mel con una sonrisa radiante. Al ver que la nana no se movía volvió a clavar sus ojos en ella.

Fran disfrutó mucho al ver la expresión de la mentada, se notaba que no quería marcharse, pero decirle que no a la Marquesa no sería apropiado, y menos cuando te estaba mirando de esa forma. Hizo una venia y salió del cuarto sin rechistar. Él se acercó a las dos damas y besó en la frente a su esposa.

—Emmie se quedará contigo, no tardaré.

Melanie asintió, pero no dijo nada. Emmeline sí lo hizo.

—Descuida, querida, si ocurre algo mientras él no está, no tengo ningún problema en gritar bien fuerte, conmigo estás a salvo.

Cuando Francis bajó, el señor Dawson le dijo que el Duque y el Marqués lo estaban esperando en su despacho. Se apresuró a llegar, pero cuando entró y vio sus rostros enseguida dedujo la respuesta.

—¿Nada?

—Huellas de caballo, las seguimos desde el jardín hasta perderlas en un camino que lleva al pueblo —explicó Joseph—. ¿Crees que puede estar allí?

Francis suspiró y se pasó una mano por la frente.

—Tal vez, no lo sé, tampoco sé cómo logró entrar aquí.

—Hemos hablado con muchos, nadie lo vio. Es muy extraño.

—Yo diría que tuvo ayuda —agregó el Duque—. Es la única forma de entrar a una propiedad como esta y no ser visto. ¿Y a caballo? ¿Qué nadie lo oiga? —Formó una mueca y movió la cabeza a ambos lados—. Imposible.

—Lo sé, pensé lo mismo, pero ¿quién lo ayudaría? Tendría que pensar que hay un traidor en el servicio.

—Siempre ocurre.

No en esa casa. Los conocía a todos, no podía imaginar a uno de ellos actuando en su contra; sin embargo, no había otra explicación.

—Voy a tener que recurrir a las autoridades, esto es más grave de lo que creía.

—¿Sabe tu esposa de quién se trata?

Francis asintió sin revelar mucho.

—Sí, una persona que ella creía que estaba muerta.

Llamando la atención de los otros dos aún más, padre e hijo levantaron las cejas al mismo tiempo.

—Bueno —dijo el Duque intuyendo que el joven conde no daría más detalles—. Yo tengo un buen contacto en la policía que se especializa en casos que deben ser tratados con suma confidencialidad. Te pondré en contacto con él lo antes posible.

Francis asintió de nuevo y le agradeció, mientras su mente estudiaba las opciones que tenía en el futuro. Quedarse ahí, después de todo, sería un gran riesgo.





## CAPÍTULO 21

Melanie se despertó de golpe en medio de la noche, agitada y aterrada. Se llevó las manos al cuello y abrió la boca respirando profundo. Había tenido una pesadilla —más un recuerdo que otra cosa—, pero había sido tan real que aún sentía la mano de Ralph alrededor de su cuello apretando para mantenerla indefensa, como había hecho muchas veces antes. Incluso cuando no luchaba contra él porque estaba atemorizada o porque había descubierto que eso solo parecía animarlo a ser más violento y cruel.

Se había quedado dormida por la tarde junto con el bebé de Emmeline, a quien su madre había acostado a su lado mientras le cantaba. Ella también había apoyado la cabeza en la almohada para oírlo, y se había puesto de costado para observar al pequeño cerrar los ojos de a poco. No recordaba haberlo visto dormido por completo, así que debió haberse dormido antes que él. Su nana apareció en algún momento para ayudarla a cambiarse y ofrecerle una cena, pero había estado somnolienta en el momento y se había negado a comer.

Tenía que ser de madrugada porque no oía el usual bullicio de los sirvientes que estaban más activos que nunca con las visitas en la casa. El cielo estaba cubierto de nubes, de fuera solo venía oscuridad, pero en su dormitorio se encontraba la chimenea bien cargada y eso le daba un poco de luz, además del calor que era bienvenido, en especial por la noche.

Se sentó en la cama y se apoyó en el respaldar. Aunque había dormido muchas horas más de las que estaba acostumbrada, se sentía cansada. Los latidos galopantes de su corazón se estaban calmando poco a poco, pero todavía lo sentía retumbar en su pecho. Y no quería cerrar los ojos, pues sabía lo que vería: su rostro. Tampoco quería llorar, ya lo había hecho durante la tarde y estaba segura de que tenía la cara hinchada, al menos así la sentía. Además, llorar le provocaba un dolor punzante en el pecho que no quería volver a experimentar.

No tuvo que pensarlo mucho, sabía a dónde tenía que ir para sentirse mejor. Salió de la cama y caminó hasta la puerta de conexión con el cuarto de al lado. Colocó la mano en el picaporte, pero vaciló unos segundos entre abrirla o no. No tenía miedo, no a él, pero la inseguridad siempre estaba ahí, así como dudaba antes de hablar, a pesar de saber que su esposo no le pegaría. Cuando la abrió, se encontró con que el otro cuarto, a pesar de tener el hogar encendido, estaba más oscuro. El fuego era tenue y no había ninguna vela extra encendida. Tampoco le costó llegar a la cama, donde su marido dormía boca arriba. Se acercó y se sentó en un borde, del lado en el que él estaba. Llevó una mano hasta su rostro y se detuvo antes de tocarlo, solo lo contempló y esperó unos instantes hasta que se animó a bajar y rozar su frente con la yema de los dedos. Ahora estaba relajado, parecía dormir en paz, muy distinto al día en que había tenido esa pesadilla. ¿Con qué habría soñado? ¿Habría sido un recuerdo tan horrible como el que ella había tenido esa noche?

Melanie lo creía tan fuerte y la hacía sentir tan protegida que dudaba que alguien alguna vez pudiera lastimarlo como a ella, pero también sabía que existían muchas cuestiones en la vida de las que no tenía idea. Deslizó los dedos por sus ojos, por su nariz y por las mejillas. Tocó sus labios y los recorrió de comisura a comisura. Quería quedarse con él, mas no quería despertarlo; tampoco estaba segura de si podría acostarse a su lado sin su permiso. Era el hombre el que podía hacerlo cuando quisiera, no la esposa.

Se levantó lista para regresar a su cuarto e intentar dormir de nuevo. Quizá si dejaba la puerta abierta no sentiría que estaba sola, además, estaba empezando a tener frío en ese cuarto... Lo que no era más que una excusa, era una cobarde que no podía vencer el miedo que sentía. Y no era culpa de Francis, él hacía todo lo posible para ayudarla, pero había algo muy dentro de ella de lo que no podía deshacerse.

Antes de que tuviese oportunidad para alejarse, su muñeca quedó atrapada y tiró de ella hacia atrás. Se giró para ver que era él quien estaba sujetándola y tenía los ojos apenas abiertos.

—¿Mel? ¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido y la voz ronca. Como ella no contestó al instante, le dio tiempo para despejarse y despertar. Sonrió al darse cuenta de lo que podría estar sucediendo—. ¿Ya no puedes dormir más?

Le soltó la muñeca solo para tomarle la mano en un contacto suave, apenas tocándola.

—No quería despertarte, lo siento.

¿Se habría dado cuenta de que lo había tocado? ¿Lo habría despertado con eso?

—No te disculpes, puedes despertarme cuando quieras, cuando lo necesites. —Se sentó en la cama y se corrió hacia el otro lado—. Ven, siéntate.

Lo pensó mejor y abrió las frazadas para que se metiera debajo. Solo estaba usando un largo camisón, con mangas largas, pero no tenía nada más que eso, y sabía que la tela era muy fina. Melanie se sentó en la cama, primero dándole la espalda y apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo. No la presionó, solo esperó a que ella tomase su propia decisión... y no lo decepcionó. Se subió a la cama y estiró las piernas dejándolo que la arropara con los cobertores. Pero todavía no estaba acostada, sino que prefirió sentarse y apoyarse en el respaldar como él.

—Tuve una pesadilla y me desperté —dijo mirando hacia el frente—. Fue como un recuerdo muy... muy real.

Lo sorprendió cuando giró la cabeza y lo miró directo.

—¿Así fue la tuya?

Francis tardó en entender a qué se refería. Era sobre la noche que habían pasado juntos una semana atrás.

—Algo así. —Aunque esperaba que ella no lo hubiese sentido tanto. Odiaba ese tipo de pesadillas, parecían doler más que el hecho en concreto.

Su mujer hizo silencio y pensó en la respuesta.

—¿Y quién fue? —preguntó luego.

Francis no quería hablar de eso, no después del día que habían tenido, aun así, si lo preguntaba, si ella quería saber, no podía negarse.

—Mi padre. Era un hombre muy exigente, cruel; jamás te habría traído aquí si él estuviese vivo.

—¿Qué... Qué te hacía?

—¿De verdad quieres saberlo, Mel? Podemos hablar de cosas más agradables.

Melanie giró el cuerpo apoyándose en el colchón con una mano y levantó la otra para volver a acariciar su rostro.

—Quiero conocerte. Quiero saberlo.

Francis sonrió porque le gustó su respuesta.

—El Conde nunca fue un buen padre, un buen esposo o una buena persona. Tenía a la casa aterrorizada, era cruel, disfrutaba con el sufrimiento de los que estaban bajo su cuidado o sus órdenes. No recuerdo una sola vez en la que una palabra que yo dijera fuese de su agrado. Había un castigo para todo, ninguno era suave.

Dejó de hablar porque recordar era una tortura, intentaba mostrarse frío cuando lo mencionaban, pero pensar en su padre siempre le provocaba un dolor punzante en el pecho. Melanie le dio un apretón en la mano mientras seguía mirándolo con los ojos bien abiertos. Fran le rodeó los hombros con un brazo para que se apoyara a un costado de su pecho. No se resistió, solo se recostó en él y tiró de las mantas para quedar tapada hasta el cuello. Ella confiaba en él, tenía que pensar en eso. Por la tarde, había sido al primero que había buscado y lo había abrazado como si fuese el único que podría protegerla del monstruo que la había alcanzado.

—¿Él te pegaba? —cuestionó volviendo a buscar su mano y la sujetó entre las de ella.

—En parte. No voy a darte detalles, Mel, solo tendrías más pesadillas.

—¿También le pegaba a tu hermana?

Fran suspiró.

—Sí, Emmeline era tan pequeña... Trataba de protegerla, muchas veces terminaba recibiendo su castigo, pero no pude evitarlos a todos.

—¿Lo habrías hecho? Soportar todos sus castigos, quiero decir.

El Conde la besó en la frente.

—Sin dudar, daría mi vida y mataría por ella. Y por ti, también lo haría por ti.

Tal vez tendría que hacerlo algún día, pensó. Si ese tipo se cruzaba en su camino lo mataría sin dudar, llevaba deseándolo desde que se había enterado de lo que había hecho. Había creído que ya no tendría la oportunidad porque el destino se le había adelantado; sin embargo, al parecer el destino lo había dejado en sus manos, después de todo.

—Esta es una fea historia para dormir —dijo al ver que ella no sabía qué responder—, hablemos de algo más.

Melanie alzó la cabeza para ver su rostro. Tenía una pequeña sonrisa en esos labios que deseaba besar.

—Deberíamos dormir, es muy tarde, debes estar cansado.

—Dormiré cuando tú lo hagas. ¿Te quedas conmigo esta noche? La cama es mucho más cómoda cuando estás aquí. —Dejó de resistir la tentación y descendió para rozar sus labios—. ¿Te quedarás?

—Me quedaré —susurró esperando que volviera a besarla. No lo hizo, más bien pareció recordar algo que le hizo fruncir el ceño y se alejarse de repente.

—Tú, mi querida esposa, no has cenado ni comido nada desde el mediodía —anunció picándole la nariz con un dedo—. Iré a la cocina a buscarte algo.

—No tengo hambre, Francis.

—Pero tienes que comer.

—Mañana, ahora no.

—Tienes que alimentarte, Melanie, tenemos que cuidar al bebé.

Ella asintió varias veces y se llevó una mano al abdomen.

—Lo sé —dijo sonriendo—. Nunca había tenido a un bebé en mis brazos, pero tener a Jacob fue tan... lindo. Creo que puedo hacerlo, cuidar a mi hijo. Podría hacerlo.

—Por supuesto que sí —coincidió posando una mano sobre la de ella.

Melanie se acomodó junto a él y recostó la cabeza del lado derecho de su pecho dejando que la abrazara para volver a dormir. Francis no supo cuál de los dos se durmió primero, pero lo que sí supo fue que esa noche no hubo pesadillas, para ninguno de los dos.

\*\*\*

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Joseph a su cuñado.

Estaban los dos solos, en el despacho del Conde, bebiendo una copa de Oporto. Alec había sido enviado al pueblo para hacer averiguaciones sobre el intruso del día anterior, pero no había traído ninguna buena noticia. En realidad, no había traído noticias en absoluto, no había hallado nada sospechoso ni nadie que supiera algo sobre un extraño en los alrededores, lo cual era problema, porque los dejaba sin rastro que seguir.

—Escribirle al contacto del Duque, supongo. No sé qué más podría hacer.

—No sé si escribirle sea la idea más acertada —comentó sin mala intención, aunque hizo a Francis soltar un gruñido.

—¿Y cuál es, según tú, la idea más conveniente?

El Marqués levantó las manos en el aire.

—No intento molestarte, solo quiero ayudar. Estoy hablando en serio, sé que es grave, también estaría volviéndome loco si alguien quisiera dañar a mi esposa y a mi hijo.

Francis se terminó de un solo trago todo el contenido del vaso y se sirvió más.

—No puedo hacer otra cosa.

No podía refutar las palabras de Thornehill porque estaba hablando de su hermana y él había comprobado lo mucho que le importaba. Y tenía que estarle muy agradecido por haberla sacado de esa casa, por ser todo lo que ella necesitaba.

—Deberías hablar personalmente con el investigador de la policía. Si mantienes correspondencia con él, pasará mucho tiempo hasta que pueda recoger todos los datos e iniciar la investigación. Además, corres el riesgo de que la mensajería sea intervenida.

Era algo que ya había pensado.

—No puedo ir a Londres, no puedo dejarla aquí sola y tampoco puedo llevarla.

—¿Por qué? Si no quieres llevarla a tu residencia de soltero puedes usar mi casa. No hay nadie viviendo allí de momento y nosotros no tenemos pensado ir a la ciudad. Es mucho más fácil que alquilar una casa con tan poco tiempo.

—No, no es eso. Ella no puede ir a Londres, necesito que esté tranquila lo que resta del embarazo, ya ha pasado por mucho.

—No creo estar entendiendo.

—No importa, el punto es que no puedo ir a Londres ahora.

Joseph terminó de beber y apoyó el vasito en la mesa que tenía junto al sillón en el que estaba sentado. Permaneció sin decir nada pensando en una forma de ayudar. Emmeline había sido muy clara en que quería que él ayudara a su hermano, que no dormiría tranquila sabiendo que había un loco suelto tratando de hacerle daño a Francis o al resto de su familia. Y por algún motivo se había declarado protectora de Melanie y ya nada iba a hacerle cambiar de opinión ni rendirse en su misión.

—Yo puedo hacerlo —terminó diciendo—, puedo ir a Londres y contactar al investigador por ti. Si me das todos los detalles que necesita saber, no tendría que haber ningún problema.

Francis clavó sus ojos en él y alzó las cejas.

—¿Por qué tú harías algo como eso? No tienes ningún interés en esto.

El Marqués se puso de pie.

—Te equivocas. Tengo uno y es uno muy fuerte: tu hermana. Emmeline sufriría mucho si algo te ocurriese y le prometí hacerla feliz, no puedo fallarle.

—Aun así, no tienes por qué hacerlo.

Joseph se encogió de hombros.

—Supongo que no, pero puedo hacerlo. Sé que no es fácil confiar en alguien más para algo como esto, pero piensa en tu esposa, tienes que actuar rápido, mientras esta persona esté dando vueltas por los alrededores, no estará a salvo ni en su propia casa. Ya viste que no quiere volver a salir al jardín, no puede vivir encerrada aquí, se va a enfermar.

Cansado de oír tantas verdades juntas, Francis se puso de pie. Joseph tenía esa habilidad de hacerlo enojar aunque no hacía más que recitar sus propios pensamientos en voz alta; era cierto que pegaban más cuando uno los oía en otros labios. Caminó hacia la ventana y miró hacia afuera, donde notó otro resplandeciente día soleado.

—No sé qué es peor, si la mentira o la verdad. La mentira pone en riesgo su vida, pero la verdad su reputación y su futuro.

Joseph lo observó interesado; no habría creído que hubiese algo oscuro en la vida de la tímida Melanie.

—Es tu esposa, la Condesa de Welltonshire. Es un nombre lo suficiente importante como para tapar cualquier cosa.

Francis soltó una risa amarga.

—No esto.

—¿Tan malo es?

—Peor de lo que imaginas —sentenció de forma tajante.

Joseph captó que hablar del tema no sería una opción... de momento.

Asintió, más para sí mismo que para el Conde, y se dispuso a salir y dejarlo solo pensando en sus opciones.

—La oferta sigue en pie, Francis, piénsalo. Creo que, a pesar de todo, sabes que puedes confiar en mí.



## CAPÍTULO 22

Después de cenar, Melanie se hallaba sentada con Jacob casi dormido en sus brazos. Disfrutaba solo viéndolo acurrucado contra su cuerpo; era tan pequeño y dulce, sin una pizca de maldad. Emmeline había pedido que le bajaran una silla mecedora a la salita blanca para pasar la tarde ahí, pero había ido a buscar a su esposo y la había dejado sola, encargada de Jacob. Al parecer, a Emmie no le preocupaba que pudiese hacer algo mal con el bebé.

Mel se estaba meciendo cuando la puerta se abrió y la Condesa viuda entró sin decir nada. No sabía por qué no le agradaba, tal vez porque a la mujer le gustaba que todo fuese perfecto y ella no estaba a la altura. Lo único que la había alegrado había sido saber que sería abuela. Consideró que era mejor que Francis no le hubiera contado la verdad, porque estaba segura de que ella sí la habría obligado a deshacerse del bebé. O, como mínimo, se habría ocupado de que el matrimonio se anulara.

—¿Dónde está Emmeline? —preguntó mirando hacia todos lados—. ¿Te ha dejado sola con el niño después de lo que ocurrió ayer?

Melanie entendió que no confiaba en ella para hacerse cargo de su nieto; no podría haber sido más clara. La sonrisa que tenía en el rostro por observar a su sobrino desapareció, aunque continuó mirándolo, era mucho mejor que ver la expresión de desaprobación de la Condesa viuda.

—Lady Emmeline está buscando al Marqués, y la Duquesa ya se ha retirado.

—¿Y te han dejado sola? Es muy irresponsable por parte de mi hija después del revuelo que armaste ayer.

Melanie no dijo nada, siguió meciéndose y mirando hacia donde fuera que no estuviese esa mujer.

—Y esa costumbre que tienes de no hablar, eso es muy grosero. Parece que hay más cosas de las que no tienes conocimiento de lo que imaginaba. Deberías al menos, esforzarte por ser una esposa decente para mi hijo.

—Lo hago —musitó deteniendo la silla y poniéndose de pie. La voz de Annabeth aumentaba su volumen cada vez más y Jacob, que había estado a punto de dormirse, ahora estaba despabilado.

—No lo parece, lo de ayer fue una vergüenza. ¡Delante de los Duques, nada menos!

—Estaba asustada, le dije a Francis que lo siento mucho y también pedí disculpas a los Duques por haber armado tal revuelo —dijo con una voz susurrante, a diferencia de la otra mujer que se rio todavía más de ella.

Con una mueca despectiva, la observó de pies a cabeza.

—Una disculpa no arregla un escándalo, deberías saberlo.

Melanie frunció el ceño; lo que en realidad estaba haciendo era tratar de calmar la horrible sensación que estaba invadiéndola por dentro.

—Soy consciente de que hay muchas cosas que desconozco, milady.

Por supuesto que fue ignorada, lo que le dolió aún más. Francis rara vez se equivocaba en lo que decía, pero lo había hecho: esa mujer nunca sería una madre para ella. Desde el primer día había demostrado que no estaba conforme con la elección de su hijo, y por lo visto, ya no podía retener sus pensamientos acerca de lo inapropiada que era. Y quizá tuviese razón, Francis era mucho para una mujer dañada como ella.

—Mi pobre hijo siempre usando más el corazón que la cabeza. Debió pensar que si no fuiste presentada en sociedad, era por algún motivo. Parece que la lástima que te tenía fue mucho más fuerte.

—¡Madre! —El grito de Emmeline hizo sobresaltar al niño, pero Annabeth ni se inmutó.

Emmie entró a la sala con Joseph por detrás, el cual deseaba mucho esconderse o escapar. Nadie quería estar en el camino cuando Emmeline estaba enojada de verdad, y eso sin dudas lo había hecho. ¿Cómo podía ser tan cruel después de todo lo que había pasado en la vida? No le habría sorprendido tanto si él no conociera la historia de esa familia. Se notaba de lejos que Melanie era casi una niña perdida, dañada. Lo había visto desde el comienzo, su silencio, la desconfianza en sus ojos eran señales claras de que algo no andaba bien.

—¿Cómo te atreves a hablarle así? —chilló la Marquesa y se acercó a su cuñada. Le sacó al bebé de los brazos y con el que le quedó libre le dio un abrazo—. No la escuches, no tiene ni idea de lo que dice, solo está celosa porque es obvio que mi hermano te quiere más que a nadie.

—Tienes que quitarte esa horrible costumbre de meterte en todos lados, Emmeline, esto no te incumbe.

—Por supuesto que lo hace, madre. Nunca creí que fueses capaz de ser tan mala, no entiendo cómo Francis no te ha enviado bien lejos. Si de mí dependiera, con esa horrible actitud, te habría enviado a América. O a Australia con los salvajes.

Annabeth se llevó una mano al pecho y retrocedió, horrorizada.

—Cuida tus palabras —le advirtió.

—¿Por qué debería? Tú no lo haces.

Melanie inhaló profundo llenándose los pulmones lo justo para poder hablar sin soltar ninguna lágrima. Lo último que quería era que la Condesa viuda disfrutara con verla romperse como pretendía.

—Tengo que ir a mi habitación —le dijo a Emmie y trató de sonreírle, pero fue claro que falló.

—Oh, no estés triste por esto, no le hagas caso. Yo aprendí que si no la escucho, soy mucho más feliz.

La miró a los ojos sin responderle nada y la expresión de Emmeline se tornó más preocupada. Melanie era tan diferente a ella que esos consejos no servían de nada.

—Te acompañaré a tu cuarto —compuso entonces, cambiando de táctica.

—No, no, estoy bien, gracias —respondió retrocediendo un paso y dando la vuelta para marcharse de esa habitación donde el aire comenzaba a volverse pesado.

—Al menos permítame que la acompañe por las escaleras —pidió Joseph de una forma a la que no podía negarse.

Emmeline le regaló una sonrisa, orgullosa de que su esposo fuese tan extraordinario.

\*\*\*

Cuando llegó a su habitación, se sentó en la cama y apoyó las manos a ambos lados. La señora Hargraves todavía no había llegado, pero no tardaría en hacerlo para ayudarla a prepararse para dormir. No quería llorar y dejar que su nana se preocupara por verla así; siempre encontraba la forma de culpar a Francis por todo, y él era la última persona que le haría daño. Se concentró en respirar y disipar el nudo en la garganta. Emmeline tenía razón, no podía dejar que Annabeth la afectara, desafortunadamente, ella no era tan fuerte. Se había desilusionado mucho con esa mujer, casi de la misma manera en que la Condesa viuda lo había hecho con ella.

Se recostó en la cama y soltó un suspiro de alivio cuando su espalda tocó el colchón y este se amoldó a su cuerpo. Si bien la ropa era mucho más acorde a su estado, cada día que pasaba se sentía más cansada, y mantener el ritmo de una casa con visitas tan importantes era extenuante. Sobre todo porque para ella no era natural relacionarse con nadie, hablar requería el doble de esfuerzo que para cualquier otra persona.

Cuando la señora Hargraves entró, estaba tan cómoda y relajada que habría preferido quedarse así como estaba.

—¿Te sientes bien? —preguntó la nana ayudándola a ponerse de pie—. Estás un poco pálida.

—Estoy muy cansada.

—Lady Thornehill no te ha dado respiro, tendrías que haber tomado una siesta.

Mel sonrió y disfrutó de la comodidad que iba aumentando a medida que le desprendía el corsé.

—Me agrada Emmeline, dice que somos hermanas. Siempre quise tener una hermana, ¿recuerdas?

—Sí, ha sido muy amable contigo. Es una lástima que viva tan lejos —comentó terminando de liberarla y dejó el corsé a un lado.

Le quitó el resto de la ropa con la delicadeza de siempre y le colocó el camisón lo más rápido que pudo para que no pasara frío. Cuando acabó, Melanie volvió a sentarse en la cama.

—Deberías acostarte, no te ves nada bien —insistió levantando las mantas, pero Melanie no se movió de donde estaba, en los pies de la cama.

—No, Nana, voy a esperar a mi esposo. Tengo miedo a tener pesadillas de nuevo, son muy feas, anoche fue horrible.

La señora Hargraves frunció el ceño.

—Yo puedo quedarme contigo si tienes miedo.

Mel sonrió.

—Gracias, pero no es necesario, Francis dijo que puedo ir con él cuando quiera.

—Por supuesto que dijo eso.

—¡Nana! —Melanie soltó una risa y se puso de pie—. No seas tan dura con él, es muy bueno, ya ves todo lo que ha hecho por mí.

—Sí, eso lo veo, pero deberías dejar que todo siga como hasta ahora. ¿No lo entiendes, Mel? Él podría interpretar el que vayas a su cuarto como una insinuación. Anoche estuvo bien, estabas sola, pero ahora puedes ahorrarte eso.

La rubia sacudió la cabeza.

—La verdad es que no entiendo, Nana, ¿qué insinuación? Francis sabe por qué fui a su cuarto. Y si vuelvo a hacerlo, es porque acepté su propuesta, me gusta dormir con él.

—Melanie —compuso con un suspiro de cansancio—... los hombres tienen necesidades. Deja que él siga satisfaciendo las suyas en otra parte, con otras mujeres. Algún día va a reclamarte, pero quizá para eso falte tiempo. Y más ahora que estás embarazada, no creo que te haga pasar por eso en este momento.

Las palabras de su nana fueron como un golpe, casi ni escuchó lo último, se quedó atascada en la primera parte. Había entendido al fin a lo que se refería, pero habría preferido no hacerlo.

—¿Otras mujeres? —Jadeó y volvió a sentarse, esta vez en el diván—. No, Nana, estás equivocada, mi esposo no tiene otra mujer.

Se hundió y sintió que el nudo en la garganta que se había disipado minutos antes volvía a aparecer, aunque incluso peor. Le dolía el pecho y un poco más abajo también. La señora Hargraves no le mentiría, pero tenía que estar equivocada. Muy equivocada. No quería imaginar a Francis besando a otra mujer, abrazando a otra



mujer.

La nana sonrió con cariño.

—No sería una novedad, es muy común, niña.

—Pero...

La anciana le puso una mano en el hombro.

—Tienes que estar agradecida, Melanie, es un bien para ti.

Melanie cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No.

Quería borrar todo lo que aparecía en su cabeza, pero las preguntas estaban asaltándola sin permiso. ¿Les diría tantas cosas bonitas a otras mujeres? ¿Habría alguna en especial? ¿Las abrazaría como a ella? ¿Las besaría como a ella? ¿Se sentiría mucho más a gusto con ellas? Al fin y al cabo, las otras le estaban dando algo que ella no.

—Melanie, no te pongas así —susurró la nana—, no lo dije para molestarte.

—¿Y entonces por qué lo hiciste? —replicó mordiéndose el labio inferior para no llorar, aunque las lágrimas ya le mojaban las mejillas.

¿Por qué tenía que contarle eso? Podría haber sido feliz en su ignorancia.

—Para que recapacites, no es buena idea que te expongas. Has pasado por tanto, no quiero verte sufrir más, Mel. Los hombres son así y no puedes hacer nada. Tienes que estar agradecida porque él...

—¡Basta! —gritó levantándose—. No quiero escucharte más, vete. Déjame sola, quiero estar sola.

La mujer la tomó por un brazo, asustada y sorprendida por tal reacción. No era común, Melanie nunca gritaba y nunca se enojaba, menos con ella. Tampoco entendía su obstinación, no estaba diciéndole nada malo.

—Niña...

—¡Vete, Nana! Eres mala, ¿por qué tenías que decirme estas cosas? No quiero escucharte más. Parece que todos piensan que Francis solo me tiene lástima. De la Condesa podía esperarlo, pero ¿de ti? —Más le dolió asumir eso, y las lágrimas aumentaron. Quiso secárselas con el dorso de la mano, pero fue inútil.

—¿Eso te dijo esa mujer? No creo que sea cierto, en todo caso, fue una buena acción que te haya tomado por esposa. El Conde es un hombre noble.

—¿Una buena acción? —La voz se le quebró, tuvo que apoyarse en el colchón y volver a sentarse—. Ay, Nana, déjame sola. Ya no quiero escuchar nada, me duele mucho.

—Mel...

—¡Ahora, vete ahora! —gritó más fuerte que la ocasión anterior.

Francis subió la escalera hecho una furia después de que Emmie le hubiese contado lo que había ocurrido con Annabeth. Estaba enojado con su madre, por supuesto, no con su esposa, por ella estaba preocupado. Y cuando llegó a la antesala que unía su cuarto con el de ella y oyó el grito de su mujer, casi corrió hasta abrir la puerta sin saber con qué o quién se encontraría. Frenó en seco al ver que no había ningún peligro, solo estaban ella y la Señora Hargraves, pero Mel no se veía bien. Estaba llorando, con la cabeza gacha y sujetándose del colchón a los costados de su cuerpo. Podría haberlo entendido de no ser porque parecía que estaba discutiendo con su nana a la que tanto quería.

—¿Melanie?

No lo miró, siguió sollozando ignorando lo que la mujer mayor le decía y también su llamado. La anciana se dio por vencida y se giró para salir del cuarto. A Francis le daba igual lo que hiciera y ni se fijó en que estaba tan triste que se olvidó de hacer una venia al pasar por su lado al retirarse. Cuando se quedaron solos, se acercó con precaución y se sentó en la cama junto a ella.

—Cariño —dijo acariciándole el cabello que aún no se había soltado—, ¿qué sucede? ¿Qué eran esos gritos?

Estaba inclinada hacia adelante y se había cubierto el rostro con las manos. Y lloraba, era un llanto silente, discreto, mas él podía sentir su dolor. Tratava de ocultarlo, pero no tenía que verlo como algo personal, por lo menos no lo había echado como a su nana.

—Mel, ya no llores. Dime qué sucede, cómo puedo ayudarte.

Le envolvió los hombros con un brazo y le fue quitando la mano despacio para dejarle el rostro descubierto. Cuando lo logró, le tomó la barbilla con un dedo e hizo que lo mirara. No iba a ponerse a pensar en quién le había provocado eso, porque sabía que era su madre, aunque tenía la sensación de que había algo más.

—Emmie me dijo lo que ocurrió con mi madre. Lo siento, Mel, te juro que no se volverá a repetir, no llores, amor.

—La señora Hargraves también lo cree —compuso entre hipidos.

—¿Qué es lo que cree?

—Que te casaste conmigo por lástima.

Eso era lo que Emmie había oído, lo único que había llegado a escuchar antes de rescatarla. Nunca se había enfadado con su madre como en ese momento; el ver que había provocado que su esposa derramase más lágrimas, cosa que había prometido no volvería a suceder, solo lo empeoró.

—Pero eso no es cierto, mi madre no sabe nada sobre nosotros, y parece que tampoco sabe nada sobre mí.

La rubia alzó una mano y la posó sobre su mejilla. Francis la cubrió con su palma e inclinó la cabeza hacia un lado para recibir la caricia.

—Dijo que tienes un buen corazón y eso es cierto.

—Mmm.

El Conde sonrió y bajó hasta sus labios que todavía estaban húmedos y temblaban. Más suaves que de costumbre y más tiernos también. Aun así, apenas la tocó, ella se alejó y volvió a bajar la cabeza.

—Amor...

—No me digas así, yo no soy tu amor.

Pasmado, fue su turno de hacer una pausa y parpadear, completamente confundido. Con la boca abierta y la visión un poco nublada, no fue capaz de responder y Melanie volvió a hablar.

—Yo sé que no tengo derecho a preguntar, no debería, pero...

—Por favor, hazlo —la urgíó.

—¿Tú... Tú tienes otras mujeres? Otras mujeres que te —sin saber cuál palabra sería la correcta, decidió utilizar la que su nana había usado—... satisfagan.

—¿Mi madre te ha dicho eso?

Era inconcebible, no podía pensar en que la Condesa viuda de Welltonshire tocara ese tema. Era de muy mal gusto, incluso cuando solo parecía que había buscado hacerle daño a Melanie, no sería tan vulgar.

—No.

—¿Quién fue, entonces? ¿Quién se atrevió a hablarte así, a decirte tal cosa?

Melanieladeó la cabeza y se mordió el labio inferior obligándolo a que dejara de temblar.

—No te enojés, Francis, eso no importa.

—Claro que importa —replicó con un tono más duro de lo que había pensado, por lo que soltó un suspiro y se refregó los ojos con el comienzo de la palma. Más controlado, volvió a hablar tomándole las dos manos y mirándola directo a los ojos—. No estoy enojado contigo, pero no voy a mentir, estoy más que enfadado. No pueden tratarte así, si no fue mi madre, ya dos personas te han faltado el respeto hoy. ¿Entiendes que no puedo permitirlo, Melanie? Es como si me insultaran a mí, pero peor. Y tengo que hacer algo.

¿Quién se habría atrevido? Pensó mientras ella dudaba entre decirle o no. Y no fue difícil adivinarlo, ató los cabos muy rápido, ¿por qué Melanie había sacado a la nana del cuarto? Tendría que haber sido algo muy fuerte, ¿y qué peor que eso?

—¡Esa mujer! —gruñó—. Esa maldita mujer, ¿es que no puede hacer nada bien? Si no fuera tan anciana ya la habría hecho largar de aquí, bien lejos de ti. No hace más que lastimarte, ¿es que no lo ve? ¿No se supone que quiere protegerte?

—Es que yo sé que no quería hacerme daño, pero...

—Lo hizo, claro que lo hizo —refunfuñó.

—¿Entonces es cierto? —preguntó ella con la voz queda.

Francis comprendió que, para ella, eso era lo único que importaba. Y era normal, era su esposa después de todo. A muchas no les importaría, varias lo preferirían, pero a Melanie no le daba igual, incluso cuando no acababa de comprenderlo del todo, le había entristecido la idea de que él tuviera una amante. O varias, al parecer. Eso último le provocó risa y la atrajo hacia él para abrazarla.

—No, claro que no es cierto. Nada de lo que te dijo esa horrible mujer es cierto, no hay nadie más que tú desde que nos casamos, te lo juro.

La soltó para poder verla a la cara; todavía un poco desconfiada, ella huyó de su mirada.

—¿Y no...? ¿No lo deseas?

—¿A otra mujer? No. Te tengo a ti, ¿cómo podría mirar a otra? ¿No te has visto en el espejo? Eres preciosa, la mujer más bella que he conocido.

Eso la hizo sonreír entre el mar de lágrimas.

—Pero además del exterior, hay muchas otras cosas de ti que me encantan.

No dijo qué y ella no se animó a preguntar por más que ansiaba saberlo. De todos modos, no dejó de sonreír. Su nana había estado equivocada, ella lo había sabido. ¿Por qué había dudado de él? Le había prometido que esperaría a que estuviese lista para consumir el matrimonio y cumpliría, como en todo lo demás. Si confiaba en él, tendría que ser en todo.

—Perdón, no quería desconfiar de ti. Le dije que estaba equivocada, pero parecía tan segura que creí que...

—Ya lo sé, confías mucho en ella también y lo entiendo. Yo confiaba en mi madre.

Melanie no tenía nada que decir sobre esa señora, así que apretó los labios y guardó silencio.

—He estado pensando en algo durante la tarde y creo que he decidido que es lo más correcto. Te lo voy a contar mientras sacamos todo esto —dijo comenzando a quitarle los pasadores del cabello.

Melanie movió la cabeza para facilitarle el trabajo y cerró los ojos disfrutando de sus masajes y de la sensación de liberación que le provocaba eso mismo.

—Tengo varias propiedades, una de ellas es cerca de Kemble, al Sur. Es un lugar muy tranquilo, y la casa es mucho más pequeña que esta. He pensado que podemos ir allí por un tiempo, quizá hasta que nazca el bebé. No le diremos a nadie a dónde vamos, solo viajaremos tú y yo y cambiaremos de coche varias veces para despistar a cualquiera que pueda estar siguiéndonos.

—¿Es por Ralph?

—Por él y por quien sea que lo esté ayudando; no puedo confiar en nadie. Sé que esconderse no sería la opción que más recomendaría y en tu estado todo esto es más peligroso, pero aquí no estás cómoda y yo tampoco. Voy a ponerme en contacto con las autoridades, ellos van a encontrar a ese desgraciado.

—¿Pero cómo lo harás si estamos lejos?

—Por eso no te preocupes, yo me encargaré de todo —musitó quitando el último pasador y la besó en el pelo—. No lo haré todo yo solo, parece que tengo más ayuda de la que imaginaba, una ayuda bastante confiable. ¿Qué dices? ¿Te parece que nos fuguemos juntos?

Melanie soltó una risita y asintió.

—Sí, me parece bien.

—Sin tu nana —aclaró por si acaso no había quedado claro.

—Está bien, aunque me preocupa que quiera hacerle daño a ella.

Francis lo veía bastante difícil por un lado, y por el otro, más que probable. Pero manifestarle esa preocupación no lo ayudaría.

—Aquí la cuidarán bien —le aseguró poniéndose de pie con una mano extendida hacia ella—. Ahora vamos a la cama, ya no vas a dejarme solo ¿no?

Melanie miró su mano y pensó en todo lo que le había dicho la señora Hargraves. Luego borró esas ideas y aceptó su ayuda.

—No, ya no.

Francis sonrió victorioso. Con pequeños pasos, siempre se llegaba a destino.



—No puede viajar sola.

La señora Hargraves estaba indignada, pero él no cedería. Era la primera persona a la que pretendía alejar de Melanie, desde luego que no la llevaría con ellos.

—No irá sola, irá conmigo, su esposo. ¿Le parece eso poco, Señora Hargraves? —cuestionó con tranquilidad desde su sillón detrás del escritorio.

Melanie los miraba desde el sofá que había ocupado, sin aportar nada para ayudar a ninguno de los dos. Su nana la miró sin poder creer que no le afectara lo que el Conde estaba informando.

—Necesita una dama, mucho más ahora que está en estado.

—Conseguiremos una allí. Entienda, señora Hargraves, es lo mejor para todos, sobre todo para Melanie. Necesito alejarla de aquí mientras contacto con el investigador de la policía y comienzan a hacer su trabajo.

—Sigue siendo muy imprudente que no lleve acompañante.

—Conseguiré una.

—¿Y si no regresan al momento del parto?

—No regresaremos para el momento del parto —aclaró—. Y no se preocupe por eso, conseguiré un médico y toda la ayuda que sea necesaria. Mi esposa y mi hijo van a estar bien.

La mujer volvió a mirar a Melanie, pero ella bajó la cabeza en una clara señal de que no iba a apoyarla en eso. Francis pensó que se rendiría viendo a su protegida rechazar su protección, pero no lo hizo.

—Debo insistir.

—Nana, por favor —intervino Melanie por fin—, ya basta, voy a estar bien.

—¿Y quién va a atenderte?

A Mel también le preocupaba eso, había muchas cosas que no podía hacer sola y no se imaginaba a su esposo ayudándola, por ejemplo, para bañarse o colocarse un vestido, y tampoco le agradaba la idea de tener a un desconocido para ese trabajo, pero tendría que aceptarlo, era lo que necesitaban hacer para alejarse del peligro que los amenazaba.

Miró al Conde, que también la observaba a ella, y se volvió hacia su nana de nuevo.

—Francis dijo que se ocupará.

A la anciana no le quedó otra que resignarse y aceptarlo, no tenía sentido seguir discutiendo si ninguno de los dos pensaba ceder. Terminó por despedirse y marcharse. Melanie todavía no se había recuperado de la discusión de la noche anterior y estaba mucho más fría que de costumbre, casi ni la miró cuando salió por la puerta, y eso también le llamó la atención a Francis. Por más que él prefiriese que su esposa se independizara de su nana, sabía lo mucho que la quería y lo importante que era para ella. Si se mostraba así, era porque estaba dolida.

El Conde salió desde detrás del escritorio y se plantó delante de ella, estirando las dos manos hacia su mujer para ayudarla a ponerse de pie.

—Nos irá muy bien —dijo para animarla—, piensa en que es nuestro viaje de bodas y no otra cosa. Es lo mejor para todos, lo sabes. Vas a estar muy tranquila, te lo prometo.

Melanie le apretó las manos.

—Quiero creerte, de verdad, pero no puedo quitarme esta sensación tan horrible del pecho.

—Es por eso que quiero llevarte lejos, para que intentes olvidarlo. Yo sé que puedes lograrlo, confío en ti, en nosotros.

Melanie lo sorprendió con una sonrisa, le soltó las manos y se metió entre sus brazos apoyando la cabeza en su pecho. Ella jamás lo habría hecho semanas atrás; era placentero sentir cómo la confianza y el cariño entre los dos crecía cada día. Había deseado una familia y ahora la tenía, con ella, la única persona que no se iría de su lado por el resto de su vida. No dejaría que ningún malnacido se atreviera a poner eso en peligro.

Cuando dejó de abrazarlo, alzó lentamente la cabeza y colocó las manos en sus hombros, apoyándose ahí cuando se puso de puntillas y lo besó. Apenas un beso, una suave caricia de labios, pero Francis no perdió el tiempo y la sujetó por la cintura; un regalo así no podía ser desperdiciado. Estaba punto de tomar un poco más cuando sonó un golpe en la puerta. Fran retuvo una maldición, era el peor momento para una interrupción.

Las mejillas de Melanie se sonrosaron cuando tuvieron que separarse y él sonrió con picardía.

—Esto no va a suceder cuando estemos solos —dijo señalando la puerta—. A veces siento que hay demasiada gente en esta casa.

Joseph estaba al otro lado de la puerta cuando abrió, pero no podía poner mala cara porque él mismo le había pedido que se reunieran para aceptar su ayuda y discutir cómo se manejarían en el futuro.

—Los dejo para que hablen —murmuró Melanie después de saludar al Marqués.

Francis la acompañó hasta la puerta del despacho y cuando llegaron ahí le tomó a de la mano, reacio a dejarla marchar, con la cabeza todavía puesta en ese beso que le había dado. Le acarició el dorso con el pulgar y terminó por soltarla.

—Te busco cuando me desocupe. Voy a darle la noticia de nuestra próxima partida a mi madre yo solo, prefiero ahorrarte el mal momento.

Mel asintió.

—Está bien.

Se miraron fijo, con cierta complicidad en los ojos, hasta que ella terminó por despedirse con un asentimiento y se giró para marcharse. Francis se dio la vuelta para encontrar a su cuñado con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó ofuscado por haber tenido testigos.

Joseph soltó una risa y negó con la cabeza volviendo a adoptar su expresión seria de siempre. Decir algo con respecto a esa escena habría rozado la hipocresía, bien sabía que él tampoco era capaz de controlar sus sentimientos por su esposa, aunque al menos, de los dos, era quien podía dominarlo más cuando era necesario, en cambio, en el caso del Conde, parecía ser todo lo contrario.

\*\*\*

Melanie caminó por los pasillos de la planta baja sin saber muy bien qué hacer. Tenía ganas de caminar por el jardín, le encantaba hacerlo ahí, donde no había malos recuerdos, pero no se atrevía a salir sola, ya no. Se acercó a la cocina para pedir que le prepararan algo para comer, porque, curiosamente, esa última semana su apetito había comenzado a aumentar. Podría tocar la campana desde alguna de las salitas y llamar al mayordomo, pero todavía se sentía extraña haciéndolo y repartiendo órdenes. En su casa los criados habían sido su familia antes de la llegada de Ralph, cuando todo había cambiado, cuando ella había cambiado. A pesar de que su institutriz la había educado bien y sabía cuál era su lugar con respecto a los demás, los sirvientes eran las únicas personas a las que había tenido la oportunidad de acercarse y con las que había podido hablar y compartir cosas.

La señora Dawson se puso de pie al verla, también la cocinera y sus ayudantes dejaron de moverse e hicieron una venia hacia ella. Melanie sonrió avergonzada por toda la atención, no había esperado ver a tanta gente a esa hora, había olvidado que era obvio que estarían preparando el almuerzo.

—Buenos días —murmuró procurando hablar un poco más alto para que todas la oyeran—. No se detengan por mí, por favor.

El ama de llaves se acercó a ella moviendo la mano para que las demás volvieran a dispersarse.

—¿Puedo ayudarla en algo, milady?

Melanie miró a su alrededor.

—¿Está mal que le pida que me prepare algo para comer a esta hora? Quizá podría tomar algo de té con galletas —sugirió.

—Por supuesto que puede, milady —contestó la mujer enseguida—, todo lo que usted desee. Empezaba a preocuparme que comiera tan poco en su estado, no es sano. Tiene que alimentarse mejor, si me permite el atrevimiento.

—Lo sé —coincidió Mel—, usted tiene toda la razón, le prometo que haré lo posible por hacerlo mejor.

La señora Dawson sonrió complacida e inclinó la cabeza.

—¿A dónde quiere que se lo lleve?

Por lo visto, esperararlo ahí no era una opción.

—A mi cuarto, por favor. Y señora Dawson, ¿puedo pedirle un favor muy especial?

—Por supuesto, milady.

—Cuando mi esposo y yo no estemos, ¿puede cuidar a mi nana?

El ama de llaves parpadeó confundida.

—¿Piensa irse pronto, milady?

—Sí, cuando nuestros invitados se marchen. La señora Hargraves se quedará aquí, ¿cree usted que puede ayudarla si necesita algo? Es que cree que puede hacer todo como hace diez años, pero ya está un poco débil. Es la única persona que nunca me ha abandonado y no estaría tranquila sabiendo que está sola.

Todavía confundida, la señora aceptó sin hacer más preguntas.

—Por supuesto, no se preocupe. La señora Hargraves estará muy bien aquí.

—Gracias —pronunció Melanie con un nudo en la garganta. Aún estaba molesta, pero no podía dejar pasar la oportunidad de asegurarse de que tendría algo de ayuda si la necesitaba. Era lo más parecido a una madre o una abuela que conocía y le debía mucho.

Se giró para salir por el mismo pasillo por el que había llegado cuando se topó con el señor Ayrton. ¿Desde cuándo estaba allí? No lo había oído, pero ahí estaba, ocupando todo el ancho del angosto pasillo que ella tenía que cruzar. Con su cabello rubio y sus facciones bien definidas, tenía locas a las muchachas del servicio que no dejaban de hablar de él y aseguraban que les temblaban las piernas cuando estaba cerca. Melanie había oído muchas conversaciones de ese tipo desde que se había mudado, a ella no le parecía para nada correcto, todo sobre él le causaba repulsión, pero en especial la forma en que la miraba, justo como en ese momento. Alec la había visto, y se había inclinado en una educada reverencia, pero sus ojos se habían paseado por todo su cuerpo y no se hacía a un lado para permitirle pasar. Los hombres como él la ponían más que nerviosa y hacían que la invadiera una horrible y conocida sensación de pánico.

Apretó los puños y trató de mantener la respiración calma. Quería hablar para pedirle que se corriera, sin embargo, las palabras no salían de su boca. Mantuvo la expresión rígida hasta que él esbozó una pequeña sonrisa para nada agradable y se hizo a un lado.

—Lady Welltonshire, ¿necesita algo? —preguntó con cortesía. Una falsa afabilidad que no hacía otra cosa que generar más desconfianza—. ¿Puedo servirle de ayuda?

—No, gracias —contestó y se apresuró a pasar un lado y alejarse de él. ¿Cómo era que Francis no notaba que había algo extraño en ese hombre? ¿O sería que se comportaba así solo con ella? Y sabía que no estaba imaginando nada, no era producto de su temor.

Gracias al cielo que se iban a marchar de allí, lejos de ese hombre, de la Condesa viuda y de Ralph. Estaba ansiosa por saber dónde vivirían, en esos últimos meses había viajado más que en toda su vida, ¿sería una casa pequeña? ¿O tan grande como esa? Deseaba que fuese pequeña para que no hubiesen tantos sirvientes dando vueltas. Pero su esposo era un conde, y tendría que acostumbrarse a que siempre habría muchas personas a su alrededor.

Subió al piso de arriba para esperar el té como le había dicho a la señora Dawson, y encontró a Emmeline y Jacob caminando de una punta a la otra del pasillo. Se suponía que ella lo estaba haciendo dormir, pero el bebé estaba despabilado y con más ganas de jugar que nunca.

Emmie sonrió apenas la vio aproximarse.

—¡Melanie! ¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

—Sí, estoy bien, gracias.

—Yo me encargué de mi madre anoche, no te preocupes. Y estoy segura que Francis hará su parte. No puedo creer que haya sido tan grosera, ¿le contaste a mi hermano? Tienes que hacerlo, no tengas miedo. Tiene que saberlo todo.

—Lo hice.

—¿Y? ¿Qué te dijo?

—Que iba a encargarse y que vamos a irnos por un tiempo.

Emmeline se sorprendió, no supo qué decir por un momento.

—¿Irse? ¿A dónde? —preguntó confundida.

—No lo sé, lejos. Y solos.

—Bueno. —Parpadeó—. Eso está muy bien, supongo. ¿Y tú qué piensas sobre eso? ¿Estás de acuerdo?

—Creo que es lo mejor.

Emmie soltó un suspiro y colocó la mejilla del bebé contra la suya sin dejar de mirar a su cuñada.

—Deberías decirle que envíe a mi madre lejos y ustedes se queden aquí.

—No —se apresuró a agregar la rubia—, prefiero que nos vayamos, no es solo por tu madre.

—También es por ese... hombre, ¿verdad? ¿Quién es, Melanie? ¿Por qué no me cuentas? Puedes confiar en mí, te juro que no diré nada a nadie si no quieres, ni siquiera a mi hermano.

—No te molestes, prefiero no hablar de eso —compuso sintiéndose un poco mareada. Que alguien pudiese descubrir su secreto era uno de sus mayores temores, mucho peor si era alguien del entorno de Francis, no soportaría que volvieran a mirarla con lástima o algo peor. Y justo por eso jamás podría contarle a Emmeline la verdad, sin importar todas las buenas intenciones de la joven.

—Sé que puede ser difícil —insistió—, pero hablar te hace sentir más limpia, créeme, sé lo que te digo.

Melanie retrocedió.

—No, no puedo hablar de eso, Emmeline. Disculpa, me voy a mi cuarto, no me siento bien.

Y huyó.

Emmie se quedó mirándola y se preguntó qué tan malo podría ser; Francis tendría mucho más trabajo con su esposa del que ella había tenido con Joseph.

—Ay, bebé —le dijo a Jacob que movía las piernitas como impulsándola a hacer lo mismo—, ¿por qué todo tiene que ser tan difícil?

Francis miró a Joseph estirando la espalda y apoyándola en el respaldar de su sillón detrás del escritorio.

—¿Por qué lo haces? —preguntó—. No tienes ninguna obligación.

—Somos familia —respondió el Marqués con simpleza—, ¿no es nuestro deber ayudarnos?

—No, no lo es, pero te lo agradezco, sería mucho más difícil sin ayuda. A estas alturas no puedo confiar en nadie. ¿Crees que a Emmeline le molestará pasar una temporada en Londres?

A su esposa no le molestaba estar en Londres, al contrario, le encantaba la casa de la ciudad, lo que sí odiaba eran los compromisos que surgían cuando estaban allí. Pero por su hermano soportaría cualquier cosa, él lo sabía, así que contestó con una verdad a medias.

—Si es por ti, no lo creo. Además es el plan perfecto, si todos respetamos lo acordado, no tendría por qué salir mal. Solo debes comunicarte conmigo en mi dirección en Londres, sería mucho más difícil que alguien logre interferir en el correo que parte desde la ciudad.

—Lo sé, pero sigo pensando que hay un punto débil en todo esto. Podemos estar lejos de todos, sin dar pistas de dónde estamos, aunque eso no garantiza que la policía logre dar con él. Si Melanie no está aquí y lo sabe, es más probable que empiece a buscar en otro lado.

—La policía sabrá qué hacer, además, no puede estar trabajando solo, alguien debe de haberlo ayudado. ¿Has hablado con tu esposa? Si sabe algo podría...

—No —lo cortó—, eso no es una opción, además, ya dijo que no sabe mucho, no voy a insistirle.

Joseph se atrevió a presionarlo.

—Sería de mucha ayuda. Contrataremos un investigador privado para hacer una investigación paralela a la de la policía.

—Hay que empezar por el tal Brought, sabe muchas cosas.

Joseph asintió y aceptó el cambio de tema.

—Lo haré y te mantendré informado.

Seguía pensando que necesitarían mucha suerte e incluso un milagro para salir limpios de todo eso.





## CAPÍTULO 24

El viaje se había hecho eterno. Habían tardado cuatro días en llegar a destino, haciendo varias paradas para descansar ellos y los caballos, así que Melanie estuvo feliz cuando avistaron la casa en la que pasarían los próximos meses. No era tan grande como la residencia principal de Welltonshire, aunque pensó que seguían siendo necesarios varios criados para mantenerla. No estarían tan solos como creía, aunque debía estar agradecida, al menos estaban lejos del peligro.

Miró por la ventanilla y admiró el verde de los campos que había visto desde millas atrás. Era mágico, muy hermoso y enseguida supo que podría acostumbrarse a una vida ahí.

—¿Quiénes son? —preguntó viendo a las personas que se reunían fuera de la casa para recibirlos.

Francis se acercó a ella, pasó un brazo alrededor de su cuerpo y apoyó el pecho sobre la espalda de su esposa para mirar por la misma ventanilla.

—El señor y la señora Frobs se ocupan de cuidar la casa, serán nuestro mayordomo y ama de llaves mientras estemos aquí. Aunque no pienso exigir mucho, no están entrenados para eso. Los demás supongo que un grupo de criados que los ayudan.

—¿Por qué nunca vienes aquí? Me parece un lugar precioso. —Melanie corrió la cortina y centró su atención en él. Giró la cabeza pero mantuvo su cuerpo próximo al de su esposo.

—Queda muy lejos de Londres y del Condado. Nunca supe por qué mi padre compró esta propiedad, no estoy seguro de que haya venido aquí más de una vez. Supongo que solo se necesitaba la oportunidad adecuada para utilizarla, como esta.

Melanie no dijo nada más, sonrió cerrando los ojos y dejándose cubrir con los fuertes brazos de su marido. Ya no estaba tan nerviosa porque confiaba en él, sabía que todo estaría bien si él se encargaba, si estaba cerca.

El señor y la señora Frobs eran muy amables, y además de presentar al resto de los criados, hasta el último de ellos, como ya le había ocurrido en la casa principal, también le introdujeron a su hija, una bonita joven que Melanie asumió tendría su misma edad y quien sería su nueva doncella. Mel no quería una doncella, estaba acostumbrada a su nana, que la había atendido siempre, y era reacia a que alguien más se le acercara o la tocara. Sumado a eso, la joven no le había agradado nada, apenas la había mirado y hecho una rigurosa reverencia, pero no había quitado los ojos del Conde en ningún momento.

Melanie no habría puesto atención en eso de no ser porque todavía tenía en su mente las palabras que la señora Hargraves le había dicho casi dos semanas atrás. Francis lo había negado todo, y le creía, pero ¿si una mujer se ofrecía de esa forma, los hombres no se sentirían tentados?

—¿Estás bien? —cuestionó Francis cuando acabó de hacerle preguntas al señor Frobs. Ella había permanecido retraída, sin prestar atención a la conversación, todavía pensando en esa mujer que ya se había retirado. Ahora caminaban hacia la habitación que se encontraba en el piso de arriba—. ¿Qué te parece la casa? Tendrás tiempo para hacer todos los cambios que desees, aquí nadie va a opinar sobre eso más que tú.

La casa era bonita, todo estaba muy cuidado, limpio y bien mantenido, aun así, Melanie no tenía cabeza para pensar en la decoración en esos momentos.

—Es muy linda, pero estoy muy cansada —respondió cuando abrieron la puerta del cuarto.

Los lacayos habían subido solo algunos de los baúles que habían llevado consigo, esperaba que fueran los que tenían sus vestidos más sueltos porque sentía una gran necesidad de cambiarse.

—Bueno —dijo Francis inspeccionándolo todo. La cama tenía cuatro postes y unas cortinas moradas atadas con cintas negras a cada uno de ellos. Las cortinas de las ventanas eran del mismo tono, así como la mullida alfombra bajo sus pies y el acolchado de la cama—, es un buen cuarto, no es tan grande pero estaremos cómodos.

—Muy cómodos —rectificó ella.

No le importaba si tenía candelabros de oro o de hierro, solamente que hubiese una cama y que pudiera tener la seguridad de que por la ventana no entraría nadie para arrancarle al bebé. Algo de paz era todo lo que necesitaba.

Se desprendió el abrigo y comenzó a quitárselo antes de que él se percatara.

—Cuidado, cuidado.

Francis notó el cambio en ella. Había algo que no andaba bien, había estado mucho más animada en el viaje, más contenta y deseosa de conocer la casa, pero luego había vuelto a encerrarse en sí misma al llegar; era difícil seguirle el ritmo cuando le costaba tanto expresarse y decir lo que sentía.

La ayudó a terminar de quitarse el abrigo y lo dejó sobre un diván en un costado de la habitación. Melanie ya se había sentado en la cama, demostrando una vez más lo cansada que estaba. Era una de las consecuencias de su estado, aunque tenía que estar agradecido porque ahora hubiese comenzado a alimentarse mejor.

—¿Por qué no te acuestas un rato?

—¿Te quedas conmigo? —cuestionó en respuesta y aceptó la mano que él le ofrecía para ayudarla a ponerse de pie.

—Si lo deseas —murmuró rodeándola para desatarle las cintas del vestido. Se lo bajó y lo primero que quedó al descubierto fueron sus blancos y delgados hombros. Depositó un beso en uno de ellos y luego en el otro. La acarició mientras deslizaba las mangas del vestido, y la ayudó a salir de él cuando logró bajarlo por completo y dejarlo en el piso.

—Vamos a quitarte todo esto —musitó desprendiéndole también el corsé.

Cuando acabó, la giró para tenerla de frente y cerró las manos alrededor de su angosta cintura. Melanie le regaló una pequeña sonrisa y apoyó la cabeza en su pecho cerrando la distancia que los separaba. Sentir su cariño era como una bendición, nunca se había enamorado, pero se preguntó si podría llegar a sucederle pasando tanto

tiempo dedicándose a ella, prácticamente aislados del mundo. Cuando Melanie lo soltó, él no perdió tiempo y le tomó la barbilla con una mano y la levantó; con la otra, ahuecó su mejilla y la acarició utilizando la yema de los dedos, pero solo fue el preludio antes de inclinarse y besarla.

Siempre comenzaba de esa forma, paciente, suave...

Melanie ya no tenía que pensar antes de responderle, no era capaz de controlar lo que la hacía sentir; casi por cuenta propia sus labios se abrieron esperando lo que seguía. Francis entrelazó su lengua con la de ella y la recorrió por completo, sin dejar un milímetro descuidado, casi suplicando que se entregara a él un poco más. Mel sabía que se lo merecía y deseaba con todas sus fuerzas poder hacerlo, y no solo por Francis, sino también por sí misma. A veces pensaba que sería la única forma de quitarse todas las manchas que tenía tan arraigadas.

Los dedos que Francis había colocado en su barbilla comenzaron a moverse, bajando hasta su hombro desnudo, y con la otra mano la sujetó por la cintura atrayéndola más hacia él, pero sin presionar. No sabía nada acerca de cómo cuidar al bebé, quizá ni se enteraría, pero la cautela era preferible a las malas consecuencias. Más allá de eso, no dejó de acariciarle el hombro y, luego, introdujo un par de dedos por debajo de la manga de la camisola para bajarla de un lado y rozar la delicada piel alrededor de la clavícula. Nunca había llegado a hacer eso y no quería detenerse, Melanie estaba embelesada con el beso, tan distraída que su cuerpo no se había tensado ni un ápice, cosa de la que estaba muy alerta. Temía que no quisiera detenerlo por miedo a molestarlo, así que sabía que debía interpretar las señales de su cuerpo, y hasta el momento todas eran positivas. Ella mantenía las manos apoyadas en sus hombros y se estaba entregando por completo a ese beso cautivador.

La tomó con ambos brazos y con las palmas abiertas le recorrió la espalda solo cubierta con la fina tela de la camisola, la sujetó para no perder todo el contacto cuando se obligó a abandonar su boca. Mel levantó la mirada con un brillo nuevo en los ojos, uno que el Conde estaba seguro de también poseer.

—Podría besarte todo el día —pronunció sin aliento—, y acariciarte cada centímetro. Pero ahora tienes que descansar, estás exhausta.

Mel creyó que tal vez decía eso por la forma en la que sus piernas se habían aflojado, aunque estaba segura de que el cansancio no era el culpable, sino más bien sus besos y su tacto. Cada vez lo sentía mejor, se acostumbraba y al mismo tiempo se sorprendía por cómo hacía latir de rápido su corazón y estremecerle el cuerpo.

—Quédate conmigo. —Esta vez lo pidió, no lo preguntó.

Francis sonrió satisfecho y le dio un último beso antes de aproximarse a la cama y abrirla.

—¿A dónde más podría ir si tú estás aquí?

\*\*\*

Cuando Melanie se despertó horas más tarde, el sol ya había caído y estaba sola en la cama, aunque no tardó en localizar a Francis sentado en la pequeña mesa que había en el cuarto, con varias hojas y un frasco de tinta junto a él. Estaba concentrado escribiendo y no se percató de que ella se había despertado, Mel aprovechó ese tiempo para contemplarlo sin que lo notara. Se sentó en la cama y tiró de la cobija para cubrirse hasta arriba y mantener el calor. Estudió su expresión seria, los movimientos de sus ojos mientras seguía lo que iba escribiendo, cuando cerraba un sobre y lo sellaba, y la forma que tomaban sus labios cuando soplaban para secar el lacre. Podría haber pasado horas solo viéndolo y no se aburriría, pero él la descubrió cuando pensaba qué escribir en la tercera carta que comenzaba.

—Hey —dijo—. ¿Cuánto hace que estás despierta? No te oí.

—Lo sé. —Sonrió—. Te estaba observando, estabas muy enfocado.

Fran dejó las hojas a un lado y se levantó de la silla para volver a la cama con ella. Solo tenía las calzas y la camisa suelta, se había desprendido de todos los abrigos y el pañuelo antes de acostarse, y así de cómodo se había quedado dormido sin proponérselo. A Melanie le parecía extraño que nunca atinase a quitarse la camisa para dormir, y que tampoco se cambiara ante sus ojos. No lo había visto sin camisa ni una sola vez, y no le habría preocupado de no ser porque desde que Annabeth y la señora Hargraves habían sembrado la semilla de la duda y la culpa en su mente, no podía dejar de sentirse insegura con respecto a la relación con su marido.

Lo peor de todo era que tenían razón. Ella no era una esposa de verdad, no hacía nada por mantenerlo a su lado, solo daba problemas y más problemas. Francis era demasiado bueno si consideraba la situación en la que lo tenía constantemente.

—Estaba escribiendo las cartas que debo mandar a Joseph para que él las envíe desde Londres hacia los diferentes destinos. Es una forma de que no puedan rastrear nuestra dirección.

—Has pensado en todo.

—Por supuesto. —Se esforzó por cambiar el tema y hacerla olvidar la verdadera razón por la que estaba haciendo todo eso—. También pensé que hoy deberíamos cenar más temprano y aquí, los dos solos. Pedí la comida, debe estar por llegar.

Melanie volvió a enderezarse y sentarse más erguida. Extendió una mano hacia él, para posarla sobre su mejilla.

—Me parece perfecto —compuso mirándolo con una intensidad que Francis no supo cómo interpretar. Ella se arrimó a sus labios, sin dejar de mirarlo a los ojos y terminó por besarlos, con un toque sutil y exquisito. Demasiado corto para el gusto de Fran, pero no pudo dejarlo más satisfecho.

—¿De qué iba eso?

La rubia soltó una risa y se reclinó volviendo a apoyarse en el cabezal de la cama.

—Solo quería hacerlo, ¿estuvo mal?

—No, no —se apresuró a aclarar—, puedes hacerlo cada vez que lo desees. Tus besos son más que bienvenidos, siempre.

Francis se movió para quedar casi pegado a su cuerpo y colocó el rostro a centímetros del de su esposa. Sus narices incluso llegaban a rozarse.

—¿Y los míos? —inquirió—. ¿Mis besos son bienvenidos?

Melanie permaneció en silencio por un momento, como si estuviese considerándolo, aunque en realidad no había nada que pensar, tenía la respuesta bien clara.

—Siempre —dijo dejando los labios entreabiertos, con un permiso implícito para que él volviese a tomarlos.



Cuando Melanie se despertó al día siguiente, Francis todavía estaba dormido a pesar de que el sol estaba en lo alto del cielo e iluminaba toda la habitación. El viaje debía de haberlos dejado muy cansados, porque la tarde anterior también habían dormido por horas.

Acurrucada junto a él y cubierta por uno de sus brazos, Melanie no vio necesidad de moverse. Estaba cómoda como nunca y también muy relajada. En paz. Se sentía tan bien que incluso el calor del sol en su rostro le producía felicidad, y todo gracias a ese maravilloso hombre que tenía junto a ella. Levantó una mano y la apoyó en su pecho cubierto por la fina tela de la camisa. Lo recorrió con los dedos, dibujando sobre él y ascendiendo en dirección a su cuello. Lo que le extrañó fue que, al alcanzar la altura de su hombro, sintió una irregularidad en la superficie de su piel. ¿Qué era eso? ¿Tendría alguna cicatriz? Era larga, extensa para ser solo una cortadura sin importancia.

Francis había despertado mientras ella lo acariciaba, pero había fingido seguir durmiendo solo para que no se detuviera. Cuando se entretuvo en una de las tantas horribles marcas que él odiaba, como si quisiera dilucidar de qué era, no pudo aguantar más, abrió los ojos y colocó una mano sobre la de ella.

—Buenos días —dijo, y la besó en la frente. Mel dio un respingo por la sorpresa, pero se recuperó enseguida y movió la cabeza para poder ver su rostro. Francis aprovechó la oportunidad y le robó un beso fugaz—. ¿Hace mucho que estás despierta?

—No. Es muy tarde, no sé cómo pude dormir tanto.

—Estábamos muy cansados por el viaje, fue largo y estábamos tensos. ¿Cómo te sientes ahora?

—Yo me siento muy bien, no quisiera levantarme —contestó volviendo a cerrar los ojos y abrigándose junto a él.

Francis hizo lo mismo y se giró sobre un lado para poder estar aún más cerca si era posible. Estuvieron frente a frente, con la cabeza apoyada en la almohada. Mel abrió los ojos y sonrió acariciándole la mejilla, no se había olvidado de lo que había sentido antes sobre su piel y volvió a descender para tantear el mismo lugar.

—¿Qué te sucedió aquí?

Francis no debería de haber dado por sentado que lo olvidaría, pocas veces las mujeres olvidaban algo, su esposa no sería la excepción. Él siempre había tenido mucho cuidado para que ella no viera nada de eso, odiaba sus marcas y no quería impresionarla con una visión tan horrible mientras estuviese en sus manos evitarlo. Pero cuando preguntó, no tuvo más remedio que contestarle, tampoco iba a ocultárselo por siempre.

—Es una cicatriz muy vieja —comenzó diciendo. Si pudiera evitar la explicación...

—Es muy grande, debió de haber dolido.

—Me caí por la escalera, el brazo roto dolió más de lo que me provocó la cicatriz.

La joven arrugó la frente.

—¿Fue todo al mismo tiempo? No lo entiendo.

El Conde no podía hablar de eso sin alterarse, aunque solo fueran unas palabras. No podía ganar esa batalla, los recuerdos de su padre y su infancia eran un dolor de cabeza, una astilla en su corazón que se quedaría atascada para siempre.

Se sentó en la cama y apoyó la espalda en el cabezal, Melanie se extrañó por el cambio de actitud, pero siguió sus movimientos y se sentó también, aunque prefirió sostenerse apoyando un brazo en el colchón para poder ver a su marido mientras hablaba.

—No tienes que decírmelo si no lo deseas, no quiero molestarte o entrometerme.

Francis abrió los brazos hacia ella pidiéndole que se acercara.

—Lo sé, no es tu culpa, aunque ya sabes la mitad de la historia, te hablé sobre mi padre.

Mel lo obedeció gustosa y volvió a dejarse envolver con sus brazos.

—Dijiste que era cruel y malo, ¿él te hizo esa cicatriz?

—Practicábamos esgrima, se suponía que el conde de Welltonshire tenía que ser perfecto en todo. Yo tenía doce años, me faltaba algo de práctica porque no tenía tiempo para cumplir con todas sus demandas y él obviamente me sacaba una gran ventaja. Era tres o cuatro veces más grande que yo, más alto, más fuerte. Ese día decidí que teníamos que practicar en el piso de arriba, y lo estábamos haciendo cuando terminó por acorralarme en la orilla de la escalera.

—¿Resbalaste?

Fran soltó una risa seca.

—No, mi madre nos vio y se horrorizó. Mi padre la vio y la oyó cuando suplicó que termináramos, él odiaba lo mucho que mi madre me protegía, decía que solo me hacía más débil de lo que ya era. Entonces, decidió darle una lección; a ella, no a mí.

Mel abrió los ojos de par en par al presagiar lo que vendría a continuación.

—Levantó el sable, porque odiaba los floretes y tampoco le gustaba usar ningún tipo de protección, y lo movió hacia mí con fuerza y velocidad. Traté de esquivar el golpe, pero no había más piso para retroceder. Terminó por cortarme el hombro y tampoco pude evitar rodar por las escaleras.

—Solo eras un niño, ¿por qué era tan malo? Tu propio padre.

—No lo sé, algunas personas solo nacen así. Era muy bueno engañando a los demás y pretendiendo que todo estaba bien, que éramos la familia perfecta. Los que sabían la verdad estaban demasiado aterrorizados como para contrariarlo.

Mel lo entendía muy bien, no había necesidad de hacer más preguntas respecto a eso ni seguir recordándole el monstruo que era el anterior conde.

—¿Es por eso que no te quitas la camisa delante de mí?

—No es la única, hay más.

—No me importa.

—No quiero que las veas y te impresiones, me gustar tenerte cerca, no quiero que sientas asco.

—¿De ti? —musitó ladeando la cabeza—. ¿Sabes cuantas veces sentí asco de mí misma? Odiaba mi cuerpo, odiaba verme al espejo cuando estaba en Beckford y cuando supe que estaba esperando un hijo de ese... hombre. Pero de ti, Francis, jamás podría sentirme asqueada. Eres lo mejor que me ha sucedido, no sé cómo explicarte lo que siento por ti, no me importa cómo se vean tus marcas, pero me pone muy triste que sientas que tienes que esconderlas de mí cuando yo no puedo esconder esto.

Miró hacia la obvia prueba de su embarazo y no se atrevió a volver a mirarlo de regreso. Fran colocó una palma abierta en ese mismo lugar.

—Esto es hermoso, creí que ya lo pensabas así.

—Solo cuando imagino que es tu hijo.

—Es mío, ya lo hablamos, Mel. No te agobies con eso, cuando nazca será diferente, lo sé. Estarás tan ocupada en amarlo que no podrás tener malos pensamientos. Seremos una familia, los tres.

Mel tragó para intentar liberarse del nudo que se le había formado en la garganta y no derramar ninguna lágrima. Era una mezcla de tristeza y emoción por oírlo hablar de esa forma. Su bondad era un recordatorio de que ella no lo merecía, ¿qué había hecho para ganárselo? Él era tan bueno que le aterraba la idea de perderlo, la cual parecía demasiado factible.

—Espero poder hacerte feliz. No sé cómo agradecerte por todo esto, Nana dijo que no muchos hombres habrían hecho lo mismo.

—Voy a hacer que cosan la boca de tu nana para que deje de decirte tonterías. Y no tienes nada que agradecerme, míranos, ahora mismo soy muy feliz.

Aunque no estaba totalmente convencida, Mel asintió y esbozó una pequeña sonrisa.

—Ahora que me has contado todo, ¿vas a sacarte la camisa? No quiero que te cubras así, no por mí, debe ser incómodo.

—No tanto, solo es cuestión de acostumbrarse.

—Pero te la quitas cuando duermes solo.

Fran suspiró, pero antes de hablar una nueva idea le surgió.

—Si quieres que lo haga, entonces ayúdame: quítala tú.

Fue divertido ver su expresión de asombro y sorpresa cuando lo oyó.

—¿Yo? —preguntó con las mejillas sonrosadas.

De todas formas, fue valiente y se arrojó a un costado a su costado. Francis tuvo que sentarse mejor y esperó el primer movimiento. Mel buscó los bordes libres de la camisa y la agarró de ahí, levantándola; él alzó los brazos para dejar que terminara su trabajo, cuando llegó a cierto punto, los bajó, y con eso terminó por deshacerse de la prenda.

Francis no pudo hacer otra cosa más que contemplar el rostro de su esposa. No estaba mirando la cicatriz, sino a todo él. Y estaba nerviosa, claro que sí. Estiró un brazo para tocarlo, pero lo detuvo a medio camino.

—Hazlo —la instó ansiando su toque.

—No sé qué debería hacer.

La voz le temblaba, se estaba esforzando mucho por no echarse para atrás, Francis no tenía ni idea de lo que estaba pasando por la cabeza de Melanie. Era difícil escoger entre no decir nada y dejar que ella decidiera, o darle un empujoncito para que no terminara arrepintiéndose y permitiera que la invadieran sus miedos.

—Puedes hacer lo que quieras.

—¿Y qué vas a hacer tú?

Francis quería ver pasión en esos ojos, no temor como en ese momento. Ansiaba poder tocarla y hacerla temblar de deseo. Ahogó un suspiro y con un rápido movimiento se puso de rodillas, en la misma posición que ella, por lo que quedaron frente a frente, aunque él era más grande y más alto. Melanie levantó la cabeza y lo miró a los ojos respirando con los labios entreabiertos, carnosos y rosados. La luz del sol le permitía ver a través de la camisola que tenía puesta. Con el cabello suelto, levemente enmarañado y las mejillas encendidas parecía hecha para seducir, era la tentación personificada.

—Estás aterrada —compuso con pesar—. No quiero que me temas.

—No tengo miedo de ti, sino de... esto.

Francis alzó las manos y le cogió la cara.

—Nunca te lastimaría, lo sabes. Un beso no es un problema ¿no? —Melanie sacudió la cabeza y él posó sus labios en los de ella—. Entonces empezemos por ahí.

Le dio un beso tierno que se transformó en algo mucho más grande cuando la joven le respondió. Tomó su boca y le quitó el aliento; Melanie no se alejó ni hizo intento de resistirse. La rodeó con un brazo y dejó que ella se sujetara de sus brazos desnudos, hundió la otra mano en su cabello y enredó los dedos como tanto lo deseaba.

Las sensaciones del plano físico eran tan fuertes que penetraban muy profundo, aturdiéndola, haciéndole perder la razón. Ya no tenía control de su cuerpo, de sus extremidades, sus brazos se movieron solos y se encontró tocándolo al fin (después de lo que a Francis le pareció una eternidad). Lo recorrió con sus manos suaves y delicadas, palpó su pecho y alcanzó sus hombros que parecían mucho más fuertes y anchos ahora que podía apreciarlos sin nada encima.

Con una reacción instintiva, la acercó más a él e ingresó con menos inhibición a su boca. Recorrió cada centímetro de su húmeda cavidad y disfrutó poder poseerla, saber que era suya, que le pertenecía a él y no a ningún otro hombre. Ella estaba respondiendo, con algo de duda, pero de buena gana. Fue su turno de tomarla por los hombros y deslizar las manos sintiendo su tersa piel debajo de sus dedos. Corrió los tirantes de la camisola hacia abajo y continuó su exploración. Estaba absorto en su tarea, la conciencia se les estaba escapando a ambos, sumidos en una nube de frenesí. La tela de la prenda interior comenzó a caer dejando al descubierto mucho más de lo que Francis había esperado ver o sentir. No la estaba mirando, no quería dejar de besarla, pero a tientas la acariciaba sin dejar de deleitarse.

¡Santo cielo, cómo le gustaba! Cada día la deseaba más, la abstinencia era una tortura cuando dormían juntos por las noches. Extrañamente no lo molestaba, no sentía resentimiento hacia ella por todas las emociones que le provocaba, porque al igual que crecía el deseo, crecía el cariño. No distinguía cuál era la causa y cuál la consecuencia, y tampoco le importaba.

Francis se dio cuenta de que los impulsos lo dominaban cuando pasó las manos por su espalda desde abajo y llegó hasta el contorno de sus pechos desnudos; los acarició y Melanie se estremeció. Pudo haber sido de placer, pero la devolvió a la realidad y él enseguida notó el cambio. A regañadientes, se obligó a hacer lo mismo. Habían llegado muy lejos sin siquiera planearlo, lo cual le decía que al menos algo estaba haciendo bien. Con las manos apoyadas alrededor de su cintura, se alejó de su boca para mirar su rostro. Si hubiese actuado como el caballero que se consideraba, no habría ni atisbado a mirar sus senos y le habría subido la camisola para resguardarla, pero no lo hizo, en cambio, aún con la vista clavada en los ojos de su esposa que estaban comenzando a volver de ese viaje desconocido, se inclinó hacia adelante y depositó un tibio beso cerca del lóbulo de su oreja.

—Solo más besos —le susurró deteniéndose al pasar por su oído.

Colocó otro besito en la curvatura de su cuello y aspiró el perfume de su piel.

—Solo más besos —volvió a decir.

—Los besos están bien —contestó Melanie volviendo a cerrar los ojos.

Francis sonrió y colocó los labios en el surco entre sus dos pechos. La rozó con ellos, y utilizó solo dos dedos para recorrerle la espalda desnuda, causándole un escalofrío que la atravesara de pies a cabeza. Luego, regresó a su cuello, porque quería explorar cada rincón con lujo de detalles. Esta vez mantuvo el pleno control de sus actos y la promesa de solo besarla aunque las manos le ardían por acariciarla. Mel lo abrazó; con sus dedos delgados presionó en la espalda de su marido como respuesta a sus tácticas de seducción. Era un momento perfecto, pero era hora de hacer el mayor esfuerzo y detenerse. Lo siguiente sería tumbarla en la cama, mas no sabía cómo reaccionaría ella si la instaba a hacerlo. Todavía no, no quería arruinar ese recuerdo para ninguno de los dos ni hacer que se sintiera mal después de lo que habían vivido.

—Pasaría todo el día así —pronunció notando por primera vez que su propia respiración estaba alterada. Antes solo se había concentrado en ella sin percatarse de nada más.

No dejó de abrazarla, pero sí de besarla. Un paso a la vez también se aplicaba a la hora de separarse.

Melanie sonrió, cada segundo más feliz de estar ahí.

—Me encantan tus besos —musitó tocándole los labios.

—Y a mí me encantas tú.

—Esto me pone muy nerviosa.

—Lo sé —coincidió levantando la camisa para volver a cubrirla, pasándole los brazos hasta dejarla en su lugar. También tiró de la sábana y la tapó por la espalda para mantener el calor, aunque todavía estuviesen de rodillas—. Pero lo hemos hecho muy bien hasta ahora, no tenemos que apresurarnos.

Mel conservó su sonrisa pero con los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias —articuló apretando los labios, secándose las gotitas saladas que habían terminado por escaparse.

—Amor... —dijo arrugando la frente y delineándole el ángulo de la mandíbula con el pulgar.

Mel lo abrazó y apretó la mejilla contra su pecho.

—No es tristeza, es solo que —dijo sorbiendo por la nariz y limpiándose los ojos con el dorso de la mano—... estoy muy agradecida contigo, eres tan bueno. No sé qué hice para merecer a alguien como tú, me aterra la idea de perderte, porque no soy lo suficientemente buena.

El Conde ya estaba negando con la cabeza antes de que ella terminara.



—¿Por qué piensas eso? Haberme casado contigo es la mejor decisión que tomé en mi vida. No vuelvas a repetirlo, te lo prohíbo. —La contempló relajando el entrecejo y curvando los labios—. Quizá solo tenga que recordártelo más a menudo, ¿es eso?

—No, solo ayúdame a ser mejor para ti y para el bebé, no quiero fallarles, pero no sé qué hacer. Nunca sé qué hacer ni qué decir. Estoy cansada, me siento tan... frustrada.

—Ten paciencia, ahora podemos empezar de cero. Aquí todo será distinto.

Melanie no lo dudaba, le creía, pero había otras cosas de las que no estaba tan segura.



## CAPÍTULO 26

Melanie se sentó en la cama y suspiró por el cansancio. Caminar la agotaba más cada día, sin embargo, los momentos tan hermosos la impulsaban a salir y abandonar el encierro al que se había acostumbrado en su otra casa.

Hacia más de tres semanas que estaban viviendo ahí y su mundo se había llenado de luz; había paz y tranquilidad, nunca se había sentido mejor... Excepto cuando necesitaba la ayuda de su doncella, esa joven tenía algo que no le agradaba y el paso del tiempo solo empeoraba las cosas. Desde el principio, la muchacha se había encaprichado con el Conde, y había resultado bastante obvio, al menos para Mel. Jocelyn era una muchacha bonita, de cabello castaño y ojos marrones, una joven de lo más común de no ser por sus exuberantes curvas. Melanie había observado que le encantaba mostrarlas con sus vestidos sencillos, como el del resto de los criados. Escandalizarse no era tarea difícil cada vez que la veía, y podría ordenarle que se cambiara, pero no sabía cómo hacerlo, no quería causar problemas en su nuevo mundo de armonía. Su esposo se había aislado solo por ella, no iba a pagarle llevándole más quejas. Deshacerse de Jocelyn podría llegar a causarle problemas con el señor y la señora Frobs.

La muchacha entró al cuarto cargando toallas limpias que dejó sobre un estante y se volvió hacia Mel, que estaba sentada en la cama con las piernas colgando.

—¿Necesita ayuda para cambiarse, milady? —preguntó sin ánimos. Nunca tenía ánimos para atenderla a ella si no estaba Francis alrededor. Cuando él estaba cerca era pura sonrisas y cordialidad.

Por suerte, Francis no parecía prestarle atención.

—No —murmuró distraída, media adormilada.

—¿No? —repitió alzando las cejas en una mueca de impaciencia.

Melanie movió la cabeza desde su lugar para darle una mirada fría e indiferente.

—No. Quiero cenar aquí, estoy cansada para bajar.

Igual necesitaría ayuda para quitarse el vestido y colocarse el camisón, pero si Francis le soltaba las cintas, ella podría hacer el resto sola. Mientras menos requiriera de los servicios de esa mujer, mejor estaría. No confiaba en ella ni en sus cuidados, temía que pudiese causarle daño al bebé de alguna forma.

—Entonces, ordenaré que...

Se interrumpió cuando la puerta del dormitorio se abrió y Francis entró con una flor en la mano. Estaba sonriendo hasta que vio a su esposa en la cama y su rostro se transformó, dominado por la preocupación.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede?

—Solo cansada —dijo para tranquilizarlo—. Creo que voy a acostarme ahora.

—Por supuesto —se apresuró a decir y se percató de la presencia de la doncella—. Las dejaré para que puedas cambiarte.

Él nunca perdía la paciencia, no dejaba de ser atento. Le tenía una paciencia inmensa, pero Mel vivía cada día con el temor de que se le acabase y recurriese a otra mujer, por ejemplo, a la misma que estaba presente en esa habitación.

—Si no estás muy ocupado, me gustaría que me ayudaras tú. Jocelyn bajará a avisar que suban mi cena aquí.

Entre sorprendido y complacido, el Conde asintió y se acercó para ayudarla a ponerse de pie.

—Puedes retirarte.

La joven hizo una venia a la Condesa y se giró hacia Francis, aunque no tenía por qué, no estaba para servirlo a él. Con ese gesto, además, estaba desobedeciendo una orden directa.

—¿Usted cenará en el comedor, milord?

Francis la miró distraído.

—No, también lo haré aquí con mi esposa.

Jocelyn abandonó el cuarto bajo la atenta mirada de la Condesa. Francis observó hacia la puerta ya cerrada y se volvió de nuevo hacia su mujer. Estaba extraña y le preocupaba, ¿dónde estaba su sonrisa? En las últimas semanas había logrado que volviese a estar tranquila, sonreía más, hablaba más, lo besaba más, y eso era perfecto.

Apoyando un codo en el colchón, se recostó de lado y observó los ojos cerrados de su esposa. Delineó con un dedo el contorno de su rostro, los ojos, la nariz, y cuando llegó a su boca, Melanie le dio un pequeño beso.

—¿Qué sucede? ¿Estás molesta?

Lo estaba, pero no con él, así que lo negó todo.

—No, ¿por qué debería?

—Porque estuve encerrado todo el día, casi ni nos vimos.

—Me conformo con saber que estás cerca, no pretendo que... —se interrumpió de golpe llevando una mano a su vientre que cada día estaba más redondo.

Francis abrió los ojos de par en par, aterrado.

—¿Qué... Qué sucede? Aún no es tiempo, es demasiado pronto.

Melanie lo miró con una sonrisa pero no dijo nada. Movi6 los ojos hacia todos lados, concentrada en algo que 6l no podía entender. ¿Por qué no estaba preocupada? Si el bebé venía...

—Santo cielo, Melanie, ¿qué hago? ¿Hago que llamen al doctor? ¿Qué sientes?

Se puso de pie, listo para correr a buscar ayuda.

Lejos de estar asustada, Melanie soltó una risita.

—No, Francis, siéntate. Creo que lo siento, se está moviendo.

El alivio que lo inundó fue tan súbito que hasta le aflojó las piernas y sentarse fue algo que no pudo evitar. Primero tuvo que recuperar fuerzas y recién luego de eso llevó una mano junto a la de Melanie. Esperó en silencio, pero no pudo sentir nada.

—¿Lo sientes? —susurró ella, como si hablar fuerte pudiese provocar que el bebé se detuviera.

—No —respondió 6l, un poco decepcionado—. Parece que llegué tarde.

La rubia negó con la cabeza.

—No se ha detenido.

Francis seguía con resultados negativos.

—No siento nada —comentó decepcionado y se acostó junto a ella.

Melanie dejó de prestarle atención, fascinada con lo que le estaba sucediendo. Tenía los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de emoción, de felicidad. ¡Estaba vivo! Nunca antes había estado segura de eso, aunque por los cambios en su cuerpo el bebé parecía crecer y crecer. Pero no era lo mismo que sentirlo de esa forma, moviéndose, casi diciéndole a gritos que estaba bien.

Fran le besó los labios mojados, cubiertos de gotitas saladas.

—No llores, amor.

—Estoy feliz, por eso lloro. ¿Es una tontería que me emocione así? Ni siquiera había imaginado cómo se sentiría, no puedo explicarlo.

—No, no lo es, mientras sea de felicidad puedes emocionarte todo lo que quieras —compuso relajándose a su lado y apoyando la cabeza junto a la de ella.

—Hoy estuve pensando —dijo y volvió el rostro hacia 6l—; pensé en qué nombre vamos a ponerle.

—¿De verdad? —inquirió animado—. Cuéntame.

—No sé si vas a estar de acuerdo —balbuceó—, tal vez no sea correcto.

Eso lo intrigó más, pero le pareció maravilloso que hubiese pensado en ello.

—Dime.

Melanie lo contempló sin decir nada por un segundo, con los labios apretados, nerviosa, pero todavía feliz.

—Si es niño —comenzó— me gustaría que se llamara como tú, Francis, quizá así se parezca a ti. Y si es niña, bueno, tal vez, ¿Francesca?

El Conde pestañeó, sorprendido.

—¿Segura? ¿Estás... segura?

Mel no supo cómo interpretar eso, ¿le había gustado o no? Fue por eso que le costó encontrar la voz para responderle.

—¿No te agrada?

—¿Que si me agrada? Sería un... gran honor.

—De todas formas, espero que sea una niña. Tu heredero debería tener tu sangre.

Eso era algo de lo que estaba convencida, quería darle al menos ese placer, 6l se lo merecía. Pero Francesca estaba bien ¿no? Sonaba lindo y hasta podía imaginársela: una pequeña niña rubia, sería perfecta.

—Será lo que deba ser —compuso sin contrariarla, porque sabía que sería inútil. A 6l le daba igual mientras los dos salieran bien del parto y pudiese tenerlos a su lado por mucho tiempo más.

Un mes después, Melanie seguía fascinada con los movimientos del bebé que cada día eran más notorios. Francis estaba con el nuevo encargado de los establos que había contratado al adquirir una nueva caballada. A ella no le hacía mucha gracia acercarse a los caballos, así que había preferido quedarse adentro y que él se encargara tranquilo de todos esos asuntos que tanto le gustaban.

Bajó las escaleras con cuidado en cada paso. No le gustaba hacerlo sola, los escalones de esa casa eran altos y angostos, y aunque los vestidos que utilizaba estando ahí eran mucho más sencillos, seguían impidiéndole la visión. Tenía que prestar mucha atención, cuidar al bebé era su prioridad, y había cometido tantos errores que no podía fallar en eso.

Llegó a la puerta de una pequeña salita adjunta al gran salón, desde donde sabía que podía verse el jardín, y estuvo a punto de entrar cuando las voces provenientes de adentro la hicieron detenerse. Reconoció la voz de Jocelyn enseguida, acompañada por la de otra joven que tendría que ser la ayudante de cocina que muchas veces había encontrado con la cabeza pegada a la de su doncella, cuchicheando. Se quedó quieta y aprovechó que la puerta estaba entreabierta para oír lo que decían; después de todo, ellas no podían estar ahí, no era su lugar.

—He oído a mis padres decir que parece que no van a irse pronto —decía Jocelyn—. Aún tengo tiempo, sé que voy a conseguirlo.

La otra joven tenía una voz mucho menos altanera y sonaba preocupada.

—No creo que esté bien, está casado, te arruinaría para siempre si alguien se enterara.

—¿Y eso a quién le importa? Como su amante, podría llevarme a Londres y sacarme de este maldito pueblo. ¿No te imaginas? Joyas, nuevos vestidos, ¿has visto los que tiene la Condesa? Deben valer una fortuna. Además, zapatos y abrigos, pero, por sobre todas las cosas, él, tenerlo a él para calentar la cama por la noche.

—¡Jocelyn! —exclamó la criada, escandalizada, y Melanie apretó la mandíbula desde el lugar en el que se encontraba—. ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¿Ser la amante de alguien? ¿Eso es lo que quieres ser? Nunca tendrás una familia propia, las amantes no se casan, ningún hombre respetable te tomaría por esposa.

Soltando una risa seca, la otra respondió sin demora.

—¿Un hombre respetable? ¿Dónde lo encontrarías en medio del campo? Lo más cerca que hay por aquí es el hijo del párroco ¿y lo has visto? No me casaría con él ni aunque estuviera desesperada. Esta es mi oportunidad, no puedo dejarla ir.

Melanie apoyó una mano en la pared para sostenerse. Estaba muy decidida a conquistarlo, y no le molestaba ser solo la amante. ¿No sería eso lo que un hombre buscaba? Francis era un gran hombre, pero su nana siempre decía que todos podían caer en la tentación aunque fuese solo una vez. Y también porque era muy noble, luego podría sentirse obligado a asumir su responsabilidad.

Terminó por sacudir la cabeza. No quería pensar en eso, no debía hacerlo, tenía que confiar en su esposo, él no lo haría, no la traicionaría. Tenía que creerlo o se volvería loca.

—El Conde quiere a su esposa —oyó decir cuando volvió a concentrarse en ellas—, ¿has visto como la mira, como la trata?

—¿Y tú la has visto a ella? ¿Crees que lo satisface? Un hombre como él necesita una mujer de verdad, no una mojegata delicada y exquisita como ella. ¿Te has fijado que casi ni habla?

—Yo creo que es muy amable, trata a todos muy bien. Las de su clase no son tan buenas.

Jocelyn no dijo nada más, y Mel agradeció no poder ver su expresión en ese momento, no valía la pena amargarse más por esa mujer. Sintió otra patadita de su hijo que no dejaba de moverse dentro de ella y volvió a centrarse en lo que era importante. Inhaló profundo, alzó la barbilla y abrió la puerta de la salita entrando como si no las hubiese visto ni oído antes. Las dos muchachas se giraron asustadas y sorprendidas. Mel imitó el gesto de su cuñada y levantó una ceja pretendiendo que no las había visto hasta ese momento.

—Buenas tardes —dijo dándoles un vistazo a ambas, que no tuvieron más opción que hacerse a un lado cuando ella siguió avanzando hasta sentarse en un sillón junto a la ventana.

Miró a través de esta y se encontró con lo que había esperado. Francis y un par de hombres más se veían a la perfección desde allí.

—Qué gran vista —murmuró, y giró el rostro hacia las dos criadas que todavía estaban estupefactas, seguro debatiendo si las había oído o no.

Y con ese comentario no hizo mucho por ayudarlas a comprender. Terminó con una sonrisa y volvió a mirar a su marido.

—¿Necesita algo, milady? —preguntó Jocelyn, y Mel tuvo que apretar los puños por lo repulsiva que le resultaba su voz, más después de haberla escuchado hablar de esa forma de ella y de su esposo.

—No —contestó sin mirarla.

Se hizo una pausa en la que no se produjo ningún movimiento o sonido, hasta que la doncella volvió a hablar con obvio fastidio.

—¿Puedo retirarme entonces, milady?

Mel deseaba darle una contestación que expresara lo que estaba sintiendo por ella, pero enseguida recordó que todavía seguía siendo su doncella, la hija del ama de llaves y el mayordomo que también habían cuidado esa casa por años. ¿De verdad quería ser la que causara un problema entre el Conde y ellos? La respuesta fue un rotundo no. Por Francis podía contenerse y aguantar a esa mujer de tan poca moralidad y decencia.

—Puedes irte —dijo al fin y se sintió conforme con ella misma. Esa era la actitud que debería de tener una Condesa, al menos a su ver.

¿Su suegra pensaría lo mismo?



—¡Es una niña! —exclamó el médico al mismo tiempo en que Melanie se hundía en el colchón, exhausta.

Cerró los ojos, pues tenerlos abiertos requería mucho esfuerzo, y el llanto de su hija se oyó lejano. Pero estaba viva y estaba bien, Melanie no necesitaba saber nada más que eso para estar en paz. Ahora necesitaba dormir. Dormir y dormir. Intentaba mantenerse despierta porque quería ver a la niña, quería abrazarla y darle calor, pero su mundo se estaba volviendo cada vez más negro y silencioso.

Francis había estado junto a ella en todo momento. No la había dejado sola desde que había comenzado con el trabajo de parto doce horas atrás; había aguantado sus nervios, sus ganas de gritar por ver con todo lo que ella estaba lidiando y padeciendo sin poder evitarlo ni reducir el dolor. El médico y las mujeres que estaban ahí para asistir el parto le habían ordenado que se marchara en reiteradas ocasiones, pero se había negado. No podía dejarla, ella lo necesitaba, le daba igual lo indecoroso que fuese, ellos no entendían que Melanie se habría puesto mucho más nerviosa de lo que estaba si la dejaba sola. Sabía que había odiado que la tocara el médico que habían conseguido en las cercanías del pueblo, un hombre mucho más joven que el anciano de Welltonshire que la había atendido en un primer momento, y no quería ni pensar en lo mucho que habría sufrido si se marchaba y la dejaba con él. Ese habría sido un momento en que la señora Hargraves podría haber ayudado bastante. Melanie necesitaba una mujer de confianza a su lado y, por una razón que él no llegaba a comprender, su doncella no lo era.

La comadrona y sus ayudantes se llevaron a la bebé para limpiarla sin siquiera acercarla. Francis se moría por ir y quitárselas, ¿por qué tenían que hacer todo eso primero? Dejó la indignación a un lado y se giró hacia su esposa a quien todavía no le había soltado la mano. Tenía los ojos cerrados, estaba pálida y cansada.

—Lo has hecho tan bien —compuso besándola en la frente y pasándole un paño húmedo y fresco por todo el rostro—. Ya ha terminado todo, ahora descansa. Yo estoy aquí.

—¿Está bien? —logró oírla decir.

—Creo que sí, ¿la oíste?

Melanie asintió apenas y a él se le encogió el corazón. Buscó al doctor con la mirada, pero este ya estaba preparando todo para marcharse.

—¿A dónde va? Tiene que ver a mi esposa, tiene que hacer algo.

El hombre apenas se volvió hacia ella para verla.

—¿Qué sucede con ella?

Usando la mano libre, Francis abarcó todo el cuerpo de su mujer.

—¿Está usted ciego? Mírela.

—Veo una mujer que acaba de dar a luz, milord. Tiene que descansar, ha sido un parto muy largo.

Fran apretó los dientes.

—¿Solo cansada? ¿Usted dice que volverá a estar bien cuando descanse?

—Como todas las mujeres. ¿Eso es todo, Lord Welltonshire?

No, no lo era. ¿No iba a tomarse el tiempo para revisarla por las dudas? Si ese era el trato que todas recibían luego del parto, no le extrañaba que muchas de ellas fallecieran.

—Si algo le sucede a mi esposa —le apuntó—, le juro que lo buscaré hasta por debajo de las rocas y lo mataré, ¿ha comprendido?

El médico alzó una ceja.

—Lo ha dejado bastante claro, milord —murmuró con monotonía e hizo una venia antes de retirarse.

Francis bufó y resistió las ganas de golpear algo volviendo a sentarse en la cama junto a su esposa. No estaba del todo dormida, se veía que luchaba por mantenerse despierta y lúcida, pero le estaba costando mucho. Una de las señoras se acercó con la bebé envuelta en las mantas que habían preparado para esa primera vez, y él casi se la arrancó de los brazos para tomarla entre los suyos.

—Una hermosa niña, milord, felicitaciones —dijo la señora.

—Gracias —respondió con la voz entrecortada.

Tuvo que respirar profundo para contener la emoción que le llenaba el pecho. Explicar lo que sentía era imposible, había tenido a su sobrino en brazos apenas nacido, pero no había sido lo mismo, ni de cerca. Esa era su hija. Le besó la punta de la diminuta nariz y dejó el rostro muy cerca para no dejar de sentirla. Ya no lloraba, ahora estaba tranquila y parecía dormida.

Con cuidado, se sentó en la cama e intentó que Melanie se despertara un poco, sabía que era eso lo que ella estaba esperando para poder descansar por un rato como tanto necesitaba.

—Está aquí —susurró—, la tengo conmigo, ¿quieres verla?

Entonces sí abrió los ojos sacando energía de donde no tenía, y los enfocó parpadeando. Con una sonrisa llena de lágrimas aceptó que él la fuese colocando más cerca y se movió con una mueca de dolor para colocarse apenas de costado. Dobló un brazo y Francis depositó el cuerpecito dentro de este y encima del colchón. Melanie



le tocó las manitas, su carita y le acarició con dulzura las mejillas y la frente. Hasta que dejó de sonreír.

—Tiene el cabello oscuro —dijo como si acabara de notarlo.

Fran sonrió.

—Sí, es preciosa.

Al Conde poco le importaba el color de su cabello, podría haberlo tenido verde que le habría dado igual, para él era la niña más hermosa y perfecta que hubiese visto en toda su vida.

—Pero Francis, lo sabrán... —insistió alterada, pero con una voz apenas audible porque había personas todavía dando vueltas, llevándose todo y terminando de limpiar.

—No, Mel, este no es el momento para recordar eso, es un día feliz, no le des vueltas a esas cosas. Disfrútala, disfruta que estamos juntos y bien.

La Condesa acercó el rostro a la bebida y se la arrimó más a su cuerpo para darle calor. Francis supo que la quería, la amaba tanto como él, pero el miedo no se marchaba, siempre había algo a lo que temerle. No podía vivir así, no era justo.

Se subió a la cama y apoyó un codo en el colchón para sostenerse. Melanie seguía tocando el cabello de su hija y derramando más lágrimas, ahora no de alegría, sino todo lo contrario.

—Mel —volvió a decir—, ya no le des más vueltas, es mi hija, nuestra hija, nadie va a dudarle, te lo prometo.

—Pero es distinta, ¿y si es igual a él?

—Nadie lo sabrá, nadie lo conoce. Y su cabello no dice nada, mi hermana tiene el cabello oscuro, ¿no podría parecerse a ella? Emmie se pondrá eufórica cuando se lo diga.

Con las esperanzas renovadas, aunque todavía algo dudosa, ella asintió y volvió a contemplar a su hijita.

—Francesca —compuso llamándola por su nombre por primera vez.

—Frannie —musitó él, y Melanie sonrió y alzó los ojos para mirarlo.

—Gracias.

—¿Por qué me agradeces? —preguntó estirando un brazo y rozándole una mejilla con el dorso de los dedos—. Soy yo el que tiene que darte las gracias por este regalo tan hermoso.

Mel sacudió la cabeza a ambos lados rechazando sus palabras. Entre el llanto silencioso, el dolor que sentía en todo el cuerpo y el cansancio que la invadía, hablar era cada vez más difícil e incluso la lengua le pesaba.

—Nunca lo habría logrado sin ti —pudo decir—. Ella te debe su vida, y creo que yo también.

—Lo hicimos juntos —contestó con dulzura.

No decía más que la verdad, ella creía que solo él la ayudaba, pero no tenía ni idea de todo lo que estaba haciendo por él sin siquiera darse cuenta. *Te amo*, quiso agregar. Las palabras llegaron desde su mente y su corazón hasta su garganta, pero no lo dijo. No le salieron y no porque no fuese cierto, sino porque él necesitaba asumirlo por completo antes de confesárselo. Estaba dominado por las emociones y no creía poder manejar otra más, no con tal magnitud.

Volvió a la realidad cuando su esposa bostezó.

—Estoy tan cansada... —murmuró cerrando los ojos.

—Duerme tranquila, yo cuidaré de las dos, no voy a moverme de aquí.

—No dejes que se la lleven, que nadie la toque.

—No lo harán —prometió—, nadie va a alejarla de nosotros.

\*\*\*

Cuando Melanie se despertó, lo primero a lo que atinó fue a buscar a su hijita a su lado. Se había dormido con ella y no sabía cuánto tiempo había pasado desde entonces, pero la niña ya no estaba ahí y tampoco su esposo. Se movió en la cama para acomodarse y tener una mejor visión de lo que la rodeaba, decidió que sentarse no era una opción, estaba muy dolorida y eso solo lo empeoraría, así que apoyó los codos en el colchón y se sostuvo con estos.

Primero miró hacia la ventana y notó que estaba oscureciendo, así que solo podrían haber pasado unas pocas horas, dos o tres, no más. Luego, oyendo unas voces que parecían cercanas pero tenues, se giró hacia donde le parecía que provenían y vio algo que le heló la sangre. Francis seguía ahí y no estaba solo. Jocelyn tenía a la bebé en brazos, acunándola, mientras le hablaba al Conde y le sonreía, seductora, ladeando la cabeza e inclinándose cada vez más.

—Francis —articuló con dureza, sin ocultar el disgusto que le había generado.

Los dos voltearon hacia ella al mismo tiempo, pero con una expresión muy distinta. Francis sonrió al verla despierta, ajeno a lo que estaba sintiendo e imaginando su esposa, pero Jocelyn sí lo vio. Era la clase de cosa que una mujer podía reconocer, mucho más cuando sabía lo que buscaba provocar.

El Conde dio un paso hacia ella, para acercarse y evitar que se moviera demasiado, pero, por primera vez, Melanie fue más rápida y se lo impidió.

—Quiero a mi hija, ¿puedes dármele, por favor?

A Fran lo alertó el tono que empleó, nada propio de ella, aunque después de lo que había pasado ese día, creía que era normal que no se sintiera recuperada. Jocelyn le devolvió a la niña sin mediar palabra, y él se apresuró a llevársela. Estaba dormida, pero se había negado a dejarla en la cuna de la habitación que le tenían preparada. Era muy pronto para dejarla ahí, era pequeña para una cuna tan grande.

—Retírate —le ordenó Melanie a la doncella.

El Conde echó de ver que volvió a usar ese tono cortante. La joven era amable y dulce, aunque parecía costarle un poco saber qué lugar ocupaba y qué cosas no debía hacer. De no haber sabido que era la hija del señor y la señora Frobs, los cuales de seguro le habían dado una educación bastante estricta, siendo ellos las excelentes personas que conocía, Fran habría creído que intentaba seducirlo. ¿A Mel le habría parecido eso también? Lo dudaba, acababa de despertarse, no creía que hubiese llegado a escuchar algo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó sentándose a su lado para pasarle a su hijita.

Melanie no contestó enseguida, hizo un esfuerzo para sentarse y obvió las molestias y el dolor que se presentó. Se ocupó de tomarla con cuidado y acercarla a su pecho. Le acomodó las mantas con las que estaba cubierta, luego de inspeccionar la ropa que le habían colocado, y sonrió contemplando sus facciones. Acarició su cabecita y su cabello castaño, quererla menos porque hubiese heredado algo del hombre que la había engendrado no sería justo. La amaba y sabía que haría cualquier cosa por ella; se prometió que nunca sufriría como lo había hecho ella, que nadie la lastimaría jamás.

—Mel —insistió él sentándose más cerca.

—Estoy bien.

No, no lo estaba. ¿Por qué se mostraba tan fría?

—¿Necesitas algo? Voy a ordenar que te suban algo de cenar.

Ni siquiera lo miró o asintió, y Francis se quedó observándola, extrañado. ¿Por qué el silencio? ¿No debería estar rebotante de alegría por haber terminado con el embarazo y el parto? Ya había pasado por todo eso, ahora estaba lo mejor.

—Melanie, ¿qué sucede?

—Me prometiste que no dejarías que nadie la tocara —murmuró con expresión pétrea.

Lo dejó sin palabras, ¿estaba enojada porque había visto a Jocelyn cargar a su hija? ¿Era por ella?

—¿Tu doncella? ¿Estás molesta porque dejé que la cargara? Me estaba enseñando cómo ponerla en una mejor posición.

—No tenías que hacerlo, no quiero que toque a mi hija.

—¿Por qué? ¿Has tenido algún problema que no me has contado? Melanie creí que...

—No —lo interrumpió—. No directamente.

Eso no aclaraba nada, sino que empeoraba su curiosidad y su preocupación aún más.

—Dime —insistió.

—No pasó nada —respondió mirándolo al fin—. No quiero que nadie la toque.

—Vas a necesitar ayuda, contrataremos una niñera, tenemos que hacerlo, no puedes cuidarla sola. Y una nodriza, tengo que decirle a la señora Frobs si sabe de alguien.

Melanie lo miró como si estuviera loco.

—No podemos hacer eso, Francis, ¿y si Ralph nos encuentra? No quiero a ningún extraño cerca de ella.

—Lo sé, Mel, pero es improbable que llegue hasta aquí, estamos muy lejos y bien ocultos. Pero si no quieres contratar a alguien más, deja que Jocelyn te ayude. Hace un rato se ofreció a...

—¡No! —exclamó alzando la voz—. Francesca es mía y yo voy a cuidarla, ¿por qué no lo entiendes?

—Está bien, está bien —musitó Francis, rodeándola con un brazo para calmarla y consolarla. Por fortuna y para alivio de él, ella no se resistió y se dejó abrazar—. Vamos a hacerlo juntos, tú la cuidas a ella y yo las cuido a las dos.

Melanie sonrió y dejó que la besara, pero no estaba segura de cuánto tiempo él aguantaría esa vida sin aburrirse y mirar hacia otro lado. Y cuando lo hiciera, tendría a otra persona muy próxima y más que dispuesta a entretenerlo.

Francis se sentó más cerca, la rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en su hombro. Mel pensó en que ese era el lugar donde quería estar, entre sus brazos, lejos de

cualquier mal. Él hacía que todo lo malo desapareciera, se esfumara, pero para continuar de esa forma tenía que conservarlo junto a ella, hacer todo lo posible para que no deseara mirar hacia otro lado ni buscar otra compañía, otra mujer a la que abrazar.



## CAPÍTULO 28

Melanie entró al despacho de su esposo y encontró a su doncella. Cada día se ponía más intolerable, y ella misma se habría vuelto loca de no ser porque cuidar a su hija la mantenía muy ocupada. Había subido al cuarto infantil para buscar una manta extra para Frannie y la había dejado acostada en el sofá mientras Francis leía una carta que su cuñado le había enviado. ¿Cuánto tiempo podría haber tardado? ¿Cinco minutos? Jocelyn debía de haber estado a la espera de que ella se descuidara para aparecerse frente al Conde.

Sin cerrar la puerta, la miro con las cejas alzadas y la barbilla en alto.

—¿Qué haces aquí? No te he solicitado.

La joven sonrió encantadora. Solo lo hacía delante de Francis, cuando estaban solas y tenía que atenderla a ella, nunca estaba contenta. Jamás.

—Vi que usted se marchó, milady, y quería saber si podía ayudar a Lord Welltonshire con la bebé.

—Ese no es tu trabajo —dijo caminando hacia el sofá donde estaba Frannie.

Tranquila y alegre cuando no tenía hambre ni sueño, su hija era un angelito de tres semanas de vida. Le gustaba aprovecharla cuando estaba despierta y ver lo receptiva que una criatura de tan corta edad podía ser. Y cuando se dormía, tenía que pasar horas viéndola y asegurándose de que estaba bien. Temía por su seguridad, por hacer algo mal ella como madre; se preguntaba todo el tiempo si lo que hacía estaba bien, cada cosa por mínima que fuera.

—Lo siento, milady, creí que podía ser de ayuda.

—Te dije muchas veces que no quiero que toques a mi hija, nadie más que el Conde o yo misma tiene permiso para hacerlo.

—No pretendía hacerlo, milady —respondió con voz fastidiada.

—¿Y entonces cómo ibas a ayudar?

La doncella abrió la boca para decir algo, pero Francis se adelantó e intervino, intrigado por la reacción de su esposa.

—Se lo agradezco, señorita Frob, retírese por favor.

La joven hizo una venia y salió. No pareció importarle nada de lo que la Condesa dijo, otra doncella se habría puesto más que nerviosa.

—¿Hay algún problema con la muchacha? —le preguntó a Melanie, que estaba de rodillas frente al sofá colocándole otra manta a Frannie.

Su esposa giró la cabeza para mirarlo.

—¿No te das cuenta? Es muy desobediente. Nadie la llamó, ¿por qué tenía que venir aquí si me vio salir?

—Dijo que...

Ella lo cortó.

—¿Y le crees? Solo le interesa la niña cuando tú estás cerca, o mejor aún, cuando estás solo.

Francis soltó una risa, y se puso de pie para ayudarla a hacer lo mismo mientras ella mantenía a la bebé en brazos.

—Cariño, ¿estás celosa?

—No celosa —contestó con el ceño fruncido—, más bien preocupada y molesta. No me siento cómoda con ella.

—¿Quieres que busquemos un reemplazo?

—No, no quiero ofender a la señora Frob, es su hija.

—Podemos cambiarla de puesto, no tenemos que despedirla.

Eso no ayudaría en nada, pensó Mel, todavía estaría dando vueltas en la casa, rondando a su marido.

—No lo sé —murmuró cambiando de tema, no quería seguir con lo mismo—. ¿Qué dice la carta? ¿Lord Thornehill tiene noticias?

Él apretó los labios y Melanie enseguida supo que si había noticias, no eran nada buenas.

—No lo encontraron, ¿verdad? —compuso desanimada—. Te dije que no lo hallarían, me está esperando, no va a dejarme en paz.

—Pero lo harán, Joseph y el investigador que contrató están indagando y buscan una forma para hacer que Brought coopere.

—¿Qué coopere para ayudarnos? Francis...

El Conde sacudió la cabeza y la rodeó con un brazo.

—No para ayudarnos a nosotros, Mel, para ayudarse a sí mismo. Un hombre como él debe tener varios trapos sucios guardados en el ropero que no desea que nadie

vea, es nuestro trabajo hallar uno de ellos y luego utilizarlo a nuestro favor.

—¿Y si él no sabe nada?

—Encontraremos otra forma, amor, siempre hay una solución. Pero vamos a confiar en que Brought nos dé lo que necesitamos.

Ella asintió, poco convencida. Se quedó mirando a su hija que estaba dormitando en sus brazos y el temor creció. Era tan indefensa, ¿cómo iba a protegerla si no estaba segura de poder protegerse a sí misma? ¿Qué tan fuerte tenía que volverse?

—Te dejaré para que puedas escribirle una respuesta, nosotras vamos a caminar bajo el sol por el jardín.

—¿No deberías descansar? Anoche casi no dormiste. Quizá la señora Frops puede cuidarla un rato para que tú puedas tomar una siesta.

Francis la contempló con los ojos llenos de inquietud. Comenzaba a comprender por qué las damas de sociedad contrataban niñeras y nodrizas para el cuidado y la alimentación de sus hijos. En Londres o incluso en sus residencias solariegas les sería imposible asistir a todos los compromisos, veladas y fiestas que surgían cada día. Los bebés demandaban cuidados todo el tiempo; la pequeña Frannie solo dormía unas horas por la noche y se despertaba sin importar si Mel estaba cansada o no, y durante el día era lo mismo. Él intentaba ayudar, pero no podía hacer más que cargarla o hacerla dormir, lo único que lo había enorgullecido había sido poder sostenerla dentro de la tina mientras Melanie la bañaba. Además, ella se negaba a aceptar ayuda de nadie, desconfiaba de todos y eso no era sano. Francis a veces pensaba que debería de haber llevado a la señora Hargraves, pero luego lo consideraba un poco más y festejaba su decisión, esa mujer solo le habría dado más dolores de cabeza. Mel lo hacía bien, ese trabajo, por más agotador que fuese, la estaba ayudando a forjar una confianza en sí misma que antes no poseía.

—Estoy bien —contestó ella con una sonrisa como cada vez que él le ofrecía una alternativa. La señora Frops podría hacerlo bien—, me gusta cuidarla, no me importa si no puedo dormir, si ella está bien, yo lo estoy.

Francis le devolvió la sonrisa y le dio un beso a ella y uno en la frente a la niña antes de despedirlas. Tenía trabajo por delante, responder las cartas de Joseph, de Emmie y de los arrendatarios que las enviaban a Londres, desde donde su cuñado las recibía y volvía a reenviárselas a él, era un trabajo largo y tedioso. Excepto cuando tenía que escribirle a Emmeline, a quién recién iba a poder anunciarle el nacimiento de su hija, eso le provocaba placer y sería lo primero que haría antes de comenzar lo demás.

\*\*\*

Melanie había dejado a la niña durmiendo en la habitación infantil mientras ella se dedicaba a escribir una carta en respuesta a la que Emmie le había mandado con montones de preguntas acerca de su embarazo. Lo bueno de la habitación que había elegido para la bebé era que estaba pegada a la propia y podía oír la llorar sin ninguna dificultad, ya fuese durante el día o por la noche, cuando estaba en la cama.

Cuando lo hizo esa tarde, se apresuró a llegar para encontrarse de nuevo con Jocelyn dentro, quien tenía a Frannie en brazos. Melanie se quedó congelada con el pomo de la puerta en la mano antes de reaccionar y soltarla provocando un estruendo cuando esta se cerró.

—¿Qué estás haciendo? —articuló apretando los dientes y apresurándose a llegar hasta ella para quitarle a la niña—. Te dije que no te acercaras a mi hija.

Jocelyn sonrió sin poner resistencia y habló con una voz inocente que a Mel le provocó más desconfianza.

—Pasé y la oí llorar, como nadie venía decidí que tenía que entrar.

—Eres una mentirosa, no estaba llorando hasta ahora, ¿qué le hiciste?

—Nada, milady, solo atenderla.

—Estás mintiendo —repitió sin mirarla. El miedo que la había atezado al entrar le comenzaba a afectar ahora que ya la tenía con ella, sintió que se le aflojaban las piernas y buscó el sillón más cercano para sentarse. Calmó a Francesca meciéndola y acariciándola, mientras esa mujer la contemplaba con una extraña y gran sonrisa en el rostro—. ¡Vete! No quiero verte cerca de mi hija ni de mí.

A Jocelyn no pareció importarle su comentario, salió del cuarto sin siquiera mirarla. Melanie la observó hasta que la puerta se cerró detrás de ella y pensó en que esa mujer era mucho más peligrosa de lo que creía. Ya no podía tenerla cerca, si no le importaba ser despedida ¿entonces qué podría asustarla?

Francis apareció una hora después, cuando terminaba de cambiar a Frannie. Concentrada como estaba en que todo quedara bien, no lo miró cuando llegó, pero sintió sus pasos aproximarse. Había intentado calmarse antes de ponerse de pie o hacer algo más, por suerte lo había logrado y ambas estaban recuperadas.

—¿Estás bien? —preguntó él al no obtener ni una mirada.

—Ahora lo estamos —respondió Melanie atisbando hacia él.

—Acabo de tener una conversación con la señora Frops, entró a mi despacho muy afectada. Parece que su hija estaba desconsolada porque quiso ayudarte con Frannie y la trataste muy mal. ¿Me puedes decir qué sucedió?

Mel alzó las cejas, sorprendida. ¿Qué Jocelyn estaba inconsolable? No sabía si reír o llorar por lo absurdo de la situación.

—¿Eso dijo la señora Frops? —inquirió todavía sin poder creerse lo que oía—. No me pareció que a Jocelyn le hubiese molestado cuando le dije que la quería lejos de mí y de mi hija.

Francis dejó caer los hombros, ¿qué era lo que estaba sucediendo que él no se enteraba? ¿Por qué Mel estaba siendo tan fría?

—¿Otra vez? Cariño, tal vez vio que no podías hacerlo sola e intentó ayudarte. No tienes que...

—Eso no fue lo que sucedió, tú no lo entiendes. Ya no la quiero trabajando aquí, Francis, has que se vaya.

—¿Pero por qué reaccionas así? No todo el mundo es peligroso, Melanie.

Ella se giró hacia él abrazando a Frannie contra su pecho.

—No estoy imaginando nada, esa mujer no obedece mis órdenes. La encontré aquí, con Francesca llorando. Mi bebé estaba dormida, ella le hizo algo para despertarla.

—O tal vez... —intentó decir él.

—¡No! ¿Por qué quieres excusarla?

Dios Santo... Esa era una parte de su esposa que no conocía, le parecía bien que defendiera a su hija con uñas y dientes, pero ¿por qué lo estaba atacando a él?

—No quiero excusar a nadie, solo quiero comprender lo que sucedió.

—Ya te lo dije, ¿por qué dudas de mí? —dijo ahora con su voz suave de siempre y hasta un poco vacilante y trémula—. Solo quiero protegerla.

Francis lo entendía, de verdad lo hacía. Ser madre con el pasado que tenía y la amenaza que se erguía sobre ellos no debía ser fácil, y menos si tenía en cuenta que en los primeros meses de embarazo había tratado de deshacerse de ella. Sin embargo, él, como su esposo, tenía el deber de no dejar que se ahogara en sus propios miedos, existentes o imaginarios, y Jocelyn podía haberla desobedecido, quizá por su juventud no comprendía las consecuencias que podría llegar a tener el desobedecer a la Condesa, pero no creía que fuese peligrosa para su hija.

Quiso abrazarla y reconfortarla, pero ella no se dejó y prefirió alejarse.

—Cariño...

—No me crees —lo acusó—. No me crees.

—Claro que te creo, y o sé que quieres proteger a nuestra hija como yo quiero hacerlo con ambas, pero tienes que controlarte y pensar con claridad.

Ella se quedó quieta a un metro de donde él se encontraba y lo contempló con una mirada cargada de decepción. Francis estiró un brazo en un nuevo intento de llegar hasta ella sin que lo rechazara, pero Melanie volvió a retroceder.

—No quiero que ella se acerque a nosotras —dijo de nuevo ignorando todo lo que Francis había dicho antes—. Ya no me importa quién se moleste.

—Está bien, así será. Ahora, amor mío, por favor...

Para asombro de Francis, Melanie lo interrumpió y fingió no oírlo por enésima vez en tan solo un rato.

—Voy a estar en nuestro cuarto, terminaré la carta para Emmeline cuando Frannie vuelva a dormirse y te la entregaré en cuanto lo haga. ¿Eso está bien o necesitas que termine ahora?

Resignado, él le dedicó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Hazlo cuando puedas, no tengo prisa.

¿Qué iba a hacer ahora? Los problemas parecían perseguirlos, nunca los abandonaban.





## CAPÍTULO 29

Francis bajó a la cocina en busca de una porción de postre para compartir con su esposa y buscar la forma de alegrarla un poco. No había visto a Melanie en toda la tarde, había terminado la carta para Emmie, pero se la había enviado con una criada. Tampoco cenaron juntos porque la niña estaba despierta en ese momento y ella no la dejaría sola o con alguien más. Ahora sabía que su esposa estaba en el cuarto infantil haciendo dormir a Frannie; la había espiado por un minuto sin que ella lo notara. Le había parecido más calma que por la tarde, pero no podía estar seguro, con su hija siempre estaba calma y no tenía idea de lo que le esperaba cuando estuvieran a solas.

Los candelabros de la cocina estaban apagados con excepción de un farol que tenía una mujer en la mano. No le costó reconocerla, y estuvo a punto de girar para marcharse y volver luego. No tenía ganas de oír ninguna acusación en contra de su mujer, pero al mismo tiempo, sabía que tenía que escuchar ambas versiones antes de tomar alguna decisión con respecto al destino de la muchacha. Tenía que alejarla de Mel para su tranquilidad, eso estaba claro, pero todavía tenía que decidir entre solo moverla de puesto o despedirla por completo.

Con su propio farol en mano, se acercó y entró a la cocina.

—Buenas noches, señorita Frobs —dijo haciéndose notar ante ella que no se había percatado aún de su presencia.

La joven se giró, sorprendida pero no asustada. Hizo una perfecta venia y le sonrió.

—Milord, disculpe, no lo oí llegar. ¿Puedo servirle en algo?

—Vengo por una porción del postre que preparó la cocinera para esta noche, ¿ha quedado?

—Por supuesto, milord —respondió ella y con eficiencia y rapidez le extendió un plato con una porción y un tenedor.

Francis lo tomó pero volvió a depositarlo en la mesa. La observó por un segundo antes de hablar, y vio que ella también lo contemplaba atenta. Demasiado atenta.

—¿Puedo preguntarle qué sucedió esta tarde con la Condesa, señorita Frobs?

—Creí que mi madre le había contado —susurró ella—, ¿no lo hizo?

—Sí, lo hizo, y también mi esposa; ambas con una historia bastante diferente.

Jocelyn bajó la cabeza.

—Por supuesto, milord.

Lo último que Fran quería era tener a una doncella llorando desconsolada frente a él en medio de la cocina, a medianoche. Y estando a solas, si alguien los descubría tendría mucho más a lo que enfrentarse. Así que intentó terminar con la conversación lo antes posible.

—Mi esposa acaba de tener a su primer hijo, está muy sensible —compuso— y creo que fue un error de su parte desobedecerla, por más que lo haya hecho con la sola intención de ayudarla.

—Tiene usted toda la razón, milord —dijo ella, dócil y aún cabizbaja—. Mi madre dijo que es posible que me corra de la casa.

La pregunta lo agarró desprevenido, no había planeado tomar esa decisión en el momento.

La miró y enseguida supo que no debía haberlo hecho. Si le decía que tendría que correrla para tranquilidad de Melanie, se pondría a llorar ahí mismo y él no podría soportarlo. No quiso arriesgarse a decirle que tenía que pensarlo. ¿Por qué siempre le tocaba lidiar con mujeres frágiles? Era su maldición.

—No, no, pero no podrá seguir siendo la doncella de mi esposa, me temo.

Antes de que acabase con su frase, la joven inhaló profundamente y alzó su rostro hacia él. Ya no lucía triste, sino más bien todo lo contrario. A Fran le asombró lo rápido que podía cambiar su ánimo, aunque ¿no eran así todas las mujeres?

Jocelyn se llevó una mano a la boca para cubrir su inmensa sonrisa y también ahogó una risa.

—¿De verdad? —preguntó en medio de un suspiro, dando un paso hacia adelante.

—Sí, sí, tranquila.

—Gracias, milord, es usted muy amable y comprensivo, no sé qué haría sin mi trabajo, de verdad que lo necesito, mi familia lo necesita, ¿qué sería de mí si no pudiese vivir aquí con mis padres? ¿A dónde iría a parar?

—No tiene que pensar en eso ahora, señorita —musitó él con educación dando un paso atrás.

—Pero, milord, usted no tiene idea de lo afligida que estuve esta tarde, tenía mucho miedo de que me despidiera. Es usted tan generoso y tiene un corazón tan noble, nunca había conocido a nadie igual.

Francis sonrió y quiso aclararle que no tenía nada que agradecerle, aunque solo por cortesía, porque de ser por Melanie ya estaría muy lejos de ahí; aun así, con ese incesable parloteo, ella no se lo permitió. También quiso señalarle que no debería acercarse más, se estaba volviendo muy impropio.

—¿Cómo podría agradecerse lo?

Las cejas del Conde se alzaron y ella amplió más su sonrisa. Si él no hubiese tenido una hermana como Emmeline, y no hubiese sabido que las jóvenes inocentes muchas veces no tenían idea de que lo que decían podía ser interpretado de una forma que las pondría en un gran aprieto, y quizá hasta en peligro, Francis habría creído que la doncella lo estaba seduciendo.

—Señorita Frobs... —comenzó diciendo, y fue entonces cuando oyó el ruido.

\*\*\*

Melanie dejó a Frannie durmiendo plácidamente y se dirigió a su cuarto con la esperanza de que Francis estuviese allí. Tenía que pedirle perdón por cómo lo había tratado esa tarde. No había sido su culpa, ella había perdido los nervios y no debía de haberle hablado como lo hizo, bien sabía que su esposo solo quería lo mejor para las dos. Cuando no lo encontró en la habitación, decidió bajar y buscarlo en su despacho, pero tampoco estaba.

Alumbrando con el farol en medio de la oscuridad de la casa, deambuló por los pasillos y algunas salas en las que creyó posible encontrarlo. Todos estaban durmiendo a esa hora, acostumbrados a los horarios del campo, como ella siempre lo había estado. Por eso mismo fue que creyó encontrarlo cuando vio luz en la cocina al cruzar un pasillo muy cercano a la puerta del lugar. Le pareció oír voces a medida que se aproximaba, y lo hizo con más sigilo para intentar distinguir algo. ¿Era ese su esposo? ¿Con quién podía estar hablando a esas horas? No pudo escuchar nada con claridad hasta que estuvo bien cerca de la puerta y los vio.

«¿Cómo puedo agradecérselo?» preguntaba Jocelyn muy, muy cerca de Francis. ¿Agradecerle qué? Mel no tenía ni idea, pero la imagen que se presentó frente a sus ojos la dejó de piedra. Un rayo helado la atravesó y por un segundo se le aflojaron las extremidades, lo cual provocó que el farol que tenía en la mano casi terminara estrellado en el piso. No se le cayó, pero si se golpeó en la mano y el farol dio contra la pared, lo que causó un ruido lo suficiente fuerte como para llamar la atención de los dos que se encontraban en la cocina.

Francis fue el primero en notarla y la descubrió cuando apuntó con su propia luz hacia donde se encontraba ella.

—Melanie —compuso sorprendido y caminó hacia ella olvidando a la otra mujer.

Pero la cabeza de la Condesa no estaba captando nada de lo que él decía, solo podía pensar en que su pesadilla se había vuelto realidad. Francis intentó tocarla pero ella retrocedió.

—Melanie...

—Lamento interrumpir —logró decir antes de comenzar a retroceder.

Una voz de alarma lo asaltó. Sus palabras, su tono, la forma en la que miraba fijo más allá de su hombro y retrocedía para que no la tocara.

—Melanie, no hagas esto, sabes que nada de lo que estás imaginando es cierto.

La Condesa se giró y volvió por el mismo pasillo por el que había llegado. Caminó con paso rápido buscando alejarse de él. Francis la miró incrédulo unos segundos, pero no aguantó más y la siguió hasta darle alcance al pie de la escalera. Llegó a tomarla de una muñeca, no quiso darle un tirón, mas fue inevitable.

—¿Qué diablos pasa contigo? ¿Por qué huyes de mí? ¡Melanie, por Dios! Ya reacciona. ¿Cuándo te he dado una razón para que desconfíes? ¡Dime! ¿Cuándo?

No pretendía gritarle, pero no estaba pensando, estaba furioso, con él, con ella, con todos. Los problemas lo superaban, si uno se iba, otro nuevo aparecía.

Recién se percató de lo fuerte que la estaba agarrando cuando vio el terror en sus ojos abiertos de par en par. Enseguida la soltó, pero dejó el brazo extendido hacia ella.

—Lo siento, lo siento, amor... —le suplicó.

—No me llames así —farfulló ella con la voz ronca por las lágrimas que trataba de retener y la angustia que se arremolinaba en su pecho y garganta.

—¿Por qué no? —interrogó—. ¿Por qué diablos no? Melanie, dime, ¿por qué no puedo llamarte amor? ¿Es que no entiendes que te amo? ¿No entiendes cuánto te amo?

Recién entonces la Condesa dejó escapar un sollozo, conmocionada. Era lo que menos había esperado oír de sus labios.

—¿Cómo puedes amarme? —gritó como pudo—. ¿Es que no ves que soy un desastre? Estoy marcada, arruinada para siempre.

—No, no, escúchame bien —dijo más sereno y la sujetó con delicadeza por ambos brazos—. No eres ningún desastre, ni ninguna de las otras cosas que estás diciendo. Eres *mi* esposa, *mi* amor. La mujer más bella que se ha cruzado en mi camino, la madre de mi hija. Te amo, Melanie.

—Yo... Yo —titubeó—. Yo no sé cómo amarte, no sé cómo responderte, no puedo hacer nada por ti, no puedo darte lo que quieres.

—¿Lo que yo quiero? ¿O lo que crees que quiero?

A Melanie le habría gustado creer que era cierto, que ella estaba equivocada, pero en el fondo sabía la verdad y nadie podría refutársela.

—Solo dices eso para no lastimarme, pero yo lo sé, Francis, sé que no soy buena para ti, que no soy suficiente.

—¿Por qué no dejas que yo decida eso? No tengo ni quiero ninguna amante, quiero todo lo que tú desees darme, nada más, nada menos.

Melanie lo contempló sin decir ni una palabra, las lágrimas todavía resbalaban por sus mejillas y el corazón le latía muy rápido. Le había dicho que la amaba, a

ella... él la amaba a ella. ¿Por qué? ¿Cómo podía saberlo? ¿Por qué ella no lo sabía? ¿Qué significaba en verdad? Lo único que sabía sobre el amor era lo que aparecía en las novelas que solía leer, aun así, nada de lo que ocurría allí era cierto; tal vez Francis podía ser uno de los tantos héroes que aparecían, sin embargo, ella —le daba risa de solo pensarlo—, ella jamás sería como la protagonista de los libros. Jóvenes que llegaban virtuosas y castas al matrimonio —o por lo menos al hombre que amaban—, que no temblaban de miedo cuando uno les pasaba al lado, las miraba o les hablaba, al contrario, siempre sabían qué decir y cómo defenderse. Esas mujeres eran valientes, ella no.

Por el rabillo del ojo percibió un movimiento y atisbó hacia Jocelyn que se había quedado en la puerta de la cocina, seguramente disfrutando del show, pensó Mel, y le hirvió la sangre. ¿Se podía aborrecer tanto a alguien solo por sentirse amenazada? ¿Tendría eso que ver con lo que sentía por su marido? Cuando los había visto junto a su capacidad de raciocinio había desaparecido, las emociones la habían dominado, unos impulsos que ni ella sabía que tenía.

Francis siguió la dirección de su mirada y suspiró. Le tomó el mentón e hizo que volviera a mirarlo a él y solo a él.

—Entiende algo, ella no es mi amante, ella no me ha tocado nunca —susurró viéndola a los ojos—. Lo juro por nuestra hija. Ni siquiera he sentido una mínima tentación por tocarla o dejar que lo haga. Lo que viste antes fue un malentendido, creo que ella no se dio cuenta de lo que podría haber llegado a parecer su insinuación.

—¿Por qué no lo ves? ¿Por qué no ves la verdad? No es inocente, te quiere alejar de mí —susurró con una mezcla de cansancio y frustración.

—Soy un hombre casado, Mel. Si fuese soltero sería más factible, pero ya no puede darme caza, alguien se le ha adelantado.

La broma no fue bien recibida, Fran supo que no le había hecho ni la mínima gracia, porque su expresión no cambió en absoluto. Dios Santo, le acababa de confesar que la amaba, ¿no tendría que estar saltando de felicidad? ¿No era lo que todas las mujeres esperaban oír? Y mucho más cuando era la pura verdad. Pero una vez más, tuvo que recordar que no se había casado con una mujer cualquiera, ella era especial en muchos sentidos.

—A Jocelyn no le importa —dijo en voz queda—. No quiere que te cases con ella, quiere que la conviertas en tu amante y que la lleves a Londres, le compras regalos caros y...

No. Se negó a decir lo último. No saldrían de su boca semejantes palabras.

—¿De dónde has sacado eso?

—La oí hablar con otra criada cuando te estaban espionando por una ventana hace meses.

¿Acaso era eso lo que había hecho que Mel no tolerase a Jocelyn ni un poco? No era que dudara de ella, pero bien podría haber malinterpretado alguna conversación y sentirse amenazada. La expresión de súplica y desesperación en su rostro le dolía en el alma, quería verla feliz y relajada, ese había sido su propósito al llevarla ahí y ahora ya no lo conseguiría, no mientras esa otra mujer estuviese cerca. Porque cierto o no, para Melanie no había otra verdad.

—No lo logrará, confía en mí, si eso que crees es cierto, no va a suceder.

Melanie asintió y posó una mano sobre la de él que todavía descansaba sobre su brazo.

—¿Podemos ir a la habitación? No quiero que escuche nada más, ni que nos esté viendo.

—Por supuesto. Primero déjame ir por el postre. Bajé a eso, a buscar una porción de postre para ti. De nuevo te has saltado la cena, te vas a enfermar.

—No tengo hambre, no es necesario.

—No interesa si tienes hambre o no, tienes que alimentarte para mantenerte fuerte para Frannie, ella te necesita. Eres lo único que tiene, depende de ti en todo. Yo la quiero, la adoro, pero eso es todo lo que puedo darle, amor y protección. En cambio tú, tú le has dado la vida y sigues haciéndolo.

—Está bien, comeré lo que me des —coincidió resignada.

—Ve subiendo tranquila, tomaré el postre que tenía preparado y buscaré un vaso de leche, ¿te parece bien si está fría? Me temo que no tengo idea de cómo manejar la cocina.

Mel pensó en que Jocelyn no tendría ningún problema en enseñarle cómo hacerlo si se lo pedía. Prefería mil veces tomar leche fría a dejar que esa horrible mujer se acercara a Francis otra vez.

—Fría es perfecta —dijo al final, y se puso de puntillas para besarle en los labios. No sabía si aún tenían público, pero esperaba que viera eso, aunque también lo hizo porque lo deseó, necesitaba tocarlo y esa era una forma muy dulce de hacerlo—. ¿Puedo esperarte arriba? No me gusta estar lejos si Frannie se despierta. No me gusta que lllore tanto.

—Los bebés lloran, amor mío —respondió divertido robándole otro beso—. Pero ve, si estás más tranquila así. No tardaré.

Ella asintió y comenzó a subir los escalones, siempre cuidando de pisar bien. Odiaba esa escalera tan incómoda y angosta, y con la poca luz del farol, el trabajo era el doble de complicado. Ya había subido más de la mitad de la escalera, con Francis mirándola atento sin moverse del lugar donde habían estado previamente, cuando escuchó la molesta voz de Jocelyn y no pudo evitar distraerse.

—¿Está todo bien, milord? Le juro que no quería causar ningún problema con la Condesa. Lamento mucho que hayan discutido por mi culpa, no pretendía...

Eso fue todo lo que Melanie oyó. Con tan solo escuchar su voz, y entender que había esperado a que él estuviese solo para volver a abordarlo, perdió la cuenta de los escalones. Algún lugar de su mente le dijo que había llegado al piso superior y podía girarse para comprobar que no lo estuviese tocando, pero su cálculo había sido incorrecto. Se giró apenas, lo suficiente como para que un pequeño y descuidado movimiento con su pie hiciera que se golpeará con el escalón de arriba, el dolor y el reflejo le hicieron mover el pie contrario provocando que perdiera el equilibrio y terminase por resbalar. En la desesperación se agarró del barandal, mas no con la fuerza suficiente para evitar la caída.



Francis se había girado hacia Jocelyn, pero el sonido de un golpe en medio del silencio que dominaba la casa, llamó su atención y alcanzó a ver a su esposa rodar por la escalera.

—¡Melanie! —gritó y corrió hacia ella demasiado tarde.

Alcanzarla era una misión imposible, tendría que haberlo sabido. Ella llegó hasta él, su cabeza golpeó contra el frío y duro suelo y provocó un ruido que hizo que la sangre de Francis se congelara. Le temblaron las manos cuando la tocó y acunó la parte superior de su cuerpo entre sus brazos. Con el corazón latiendo desenfrenado y las manos temblando como el resto de su cuerpo, buscó alguna parte que estuviese sangrando, pero no la encontró, sus dedos quedaron limpios después de la rápida y tosca recorrida.

—¡Despierte a su padre, que ordene que busquen al médico de inmediato! —le gritó a la joven que miraba la escena cubriéndose los labios con las manos.

—¿Ahora, milord? No creo que...

—¡Por supuesto que ahora! Un buen jinete que saque al médico de la cama y lo traiga del pueblo en este mismo momento. —No percibió ningún movimiento y se giró para encontrársela en el mismo lugar—. ¡Por el amor de Dios! Muévase, señorita Frobs, no podemos perder tiempo.

Recién entonces comenzó a correr y alejarse. El Conde no sabía qué hacer, no conseguía enfriarse, de haber sido otra persona habría reaccionado de otra forma, pero ella... Buscó el lugar donde debería latirle el pulso y por fortuna lo halló. Estaba viva, su corazón latía, eso lo hizo soltar un suspiro y agachó la cabeza hasta tocar su frente.

—Melanie, ¿puedes oírme?

No obtuvo respuesta alguna, ni un movimiento, un parpadeo, nada.

—No puedes dejarme, no puedes dejar a Frannie. Te necesitamos, amor mío.

Eso no podía estar ocurriéndoles, no a ellos, no a su esposa. Buscó serenarse para controlar sus brazos y recuperar algo de fuerza. No podía tenerla ahí, dejarla tomar frío solo lo empeoraría, o eso sospechaba, él ya comenzaba a sentirlo solo por estar de rodillas.

Cuando se sintió seguro, dejó un brazo debajo de su espalda, le acomodó la cabeza contra su pecho y pasó el otro brazo por debajo de sus rodillas. Se puso de pie y comenzó a subir las escaleras, atento con cada paso. Lo último que necesitaba era rodar él también por descuidado. Le dio una patada a la puerta que se abrió sin llegar a golpear con la pared de atrás. Se aproximó a la cama y la depositó con suma precaución.

—¡Lord Welltonshire! —exclamó la señora Frobs desde la puerta—. ¿Qué ha sucedido? ¿Está bien la señora?

—No lo sé —dijo él, sentado en la cama sin quitar los ojos de su mujer—. ¿Han ido por el médico?

—En efecto, señor. ¿Qué más puedo hacer? ¿Tiene sangrado? ¿Necesita que atienda alguna herida? No soy una experta, pero...

—No he hallado nada. Solo... no despierta.

Se puso de pie y con las manos en la cadera comenzó a pasearse por el cuarto como solía hacer cuando estaba nervioso, se sentía frustrado o impotente, como en ese momento. Miró por la ventana y se preguntó cuánto tiempo tardaría en llegar el médico. Esperaba que no se demorara demasiado, iba a volverse loco.

—Tiene que buscar a alguien para que cuide de mi hija si despierta, y una nodriza —dijo arrugando la frente—, necesitamos una nodriza. ¿Puede ocuparse de eso, señora Frobs? No puedo dejar a Frannie sin alimentarse.

—La señora Condesa despertará, señor, estará bien.

—¿Y mientras tanto? Necesita encontrar a alguien, señora Frobs, puede despertar en cualquier momento, es muy pequeña.

—La hermana de mi ayudante de cocina tiene un bebé de cinco meses, podría preguntarle...

—Hágalo por favor, le pagaremos lo que sea.

La señora asintió, obediente.

—Y le diré a mi hija que se ocupe de la niña por el momento. Sé que ha tenido un enfrentamiento con Lady Welltonshire hoy, pero no le importará hacerlo.

—No, no, tiene que encontrar a alguien más. —Quizá a Jocelyn no le molestaría, pero a Melanie sí. No podía traicionarla de esa forma, había sido muy expresa al decirle que no quería a su antigua doncella cerca de su hija, no podía fallarle. Incluso si ahora no tenía forma de saberlo, él no lo haría.

Le dio la espalda a la mujer olvidando hasta su presencia. Tomó la mano de Melanie en la que tenía el anillo que le había dado cuando se casaron y que nunca había querido sustituir por uno más valioso, la llevó hasta sus labios y la besó manteniéndola en esa posición mientras contemplaba su bello rostro con expresión serena. A simple vista, ella estaba dormida, nadie habría sospechado que podría existir el riesgo de que no volviera a despertar.

—Gracias al cielo que está dormida —compuso el Conde con expresión de horror y dolor al ver cómo el médico le acomodaba de un tirón el tobillo dislocado a su esposa. Eso tenía que doler como mil demonios, el solo hecho de oír los huesos volviendo a sus posiciones originales le había producido un escalofrío. Elevó una plegaria para que ella no lo hubiese sentido.

—Ahora los paños fríos.

La señora Frobs escurrió dos paños que había sacado de un cuenco con agua fría y se los entregó. El doctor los dobló y los colocó sobre el tobillo de la mujer con cuidado.

—Deben ser cambiados cada hora, de esta forma aliviará la hinchazón así como el golpe en la cabeza.

Con esa estúpida arrogancia tan propia de los médicos, se puso de pie listo para marcharse. Francis dio un respingo al comprender lo que pretendía hacer; dio un paso adelante, decidido a detenerlo.

—¡Buen hombre! —exclamó— ¿A dónde rayos cree que va? ¿No va a hacer nada por ella?

El hombre lo miró con cansancio. Había pasado la última hora oyendo las demandas del Conde luego de que un lacayo lo levantara de su cama en la fría noche y lo sacara casi a rastras porque no se daba la prisa suficiente. Casi ni lo había dejado proceder mirando siempre por sobre su hombro, haciendo preguntas y comentarios que habían crispado y acrecentado su malhumor.

—Lord Welltonshire, entiendo su preocupación, pero no hay nada más que pueda hacer por ella. Como bien ha podido ver, no tiene ninguna otra herida que yo pueda tratar. Solo tiene que esperar a que despierte, si lo hace...

Francis lo cortó con un grito.

—¡Si lo hace! ¿Qué quiere decir? Usted es el médico, señor, ¿no tiene que saberlo?

Ofendido, el aludido apretó la mandíbula, pero insultar al Conde no era recomendable.

—Los golpes en la cabeza son muy inciertos, no hay forma de saber si su esposa despertará en unas horas, días, meses o años. Puede que no lo haga nunca, milord.

El médico retrocedió cuando Francis apretó un puño y se llevó la otra mano a los ojos.

—¡Largo! —gritó—. Si no puede hacer nada, lárguese de aquí.

—Milord... —la señora Frobs quiso intervenir, pero la mirada que le dedicó Francis la hizo pensárselo dos veces.

El médico, por su parte, no se acobardó y mantuvo cierta calma. Pasando por alto los reproches del noble se acomodó el saco, y al mismo tiempo que lo abrochaba señaló con la cabeza un frasco que había dejado sobre la mesilla junto al cabezal de la cama.

—Es láudano, si despierta puede ayudarle con el dolor, pero no más de media cucharada, sería contraproducente para su lesión en la cabeza. Si despierta, deberían hacerla permanecer de esa forma por el mayor tiempo posible.

El Conde no estaba escuchándolo. Postrado de rodillas se dedicó a contemplar a Melanie con sus ojos cerrados, la posibilidad de que no volviera abrirlos le aterraba más de lo que alguna vez pudiese haber llegado a imaginar. Vagamente oyó a la señora Frobs ofreciéndose a acompañar al médico hasta la puerta y luego sus pasos alejándose. No supo cuánto tiempo transcurrió sin que pasara absolutamente nada. La estudió con atención y hasta percibió que su pecho apenas se movía, tenía una respiración tan superficial que de no haber estado prestando tanta atención, no la habría notado.

Se levantó y se acercó al escritorio que solía usar ella más que él. El frasco de tinta que Mel había usado por la tarde, aunque cerrado, todavía estaba ahí. También una pila de papel blanco y algunos sobres armados. Ya le había escrito una carta a su hermana, pero atrapado como se sentía, necesitaba de su apoyo incondicional, podría no estar allí, pero sabía que ella lo comprendería cuando lo leyera. Era la única que podía hacerlo. Se conformaba con su respaldo a distancia.

Tomó la pluma y la sumergió en la negra tinta.

*Emmeline,*

*No sé qué sucedió, cómo ocurrió. Ni siquiera sé qué decirte, Emmie. ¿Cómo puede ser la vida tan injusta? ¿Qué es lo que ha hecho ella para que todo le resulte tan difícil?*

*Sé que debes estar odiándome por el suspenso, imagino tu expresión y eso es lo único que puede sacarme una sonrisa en este momento. Melanie ha sufrido un accidente en la escalera luego de que discutiéramos. No ha despertado aún y el médico no ha dado ningún pronóstico. Podría no despertar nunca y eso me aterra, me asusta incluso más de lo que lo hacía padre luego de pasar el día encerrado con su botella de Brandy. Sé que no tiene comparación, pero el dolor es el mismo, no tengo ningún tipo de defensa contra lo que siento.*

*Eres la única persona a la que puedo contárselo, la única en la que confío y que sé que podrá entenderme. ¿Cómo puedes pasar de los mejores momentos de tu vida a un desastre tan grande? Deberíamos estar llenos de felicidad con la llegada de Francesca, no rezando para que mi esposa vuelva a ver la luz del sol.*

No debería, pensó Francis al poner el punto final a la última frase, y terminó por hacer un bollo con el papel. Emmeline no tenía que sufrir con la incertidumbre, estaba demasiado lejos, tenía un bebé por quien ser fuerte, la angustia no le haría bien a ninguno de ellos. Ella y Joseph seguían en Londres por él, solo para ayudarlo, para que pudiera mantenerse oculto con Melanie. Si había malas noticias que dar, lo haría personalmente. Y si tenían suerte, entonces no necesitaba enterarse.

Francis abrió los ojos con pesadez y se encontró en la exacta posición en la que se había dormido. Parecía que hasta dormido estaba pendiente de la comodidad de su esposa. Llevaba diez días al pendiente de ella, casi ni se movía de su lado con excepción de cuando iba a otro cuarto para tomar un baño, afeitarse o cuando buscaba a su hija en la habitación adyacente. Todo lo demás había decidido que podía hacerlo ahí: comer, leer las cartas que le enviaban, responderlas, y hasta podía reunirse en la puerta del dormitorio con quien lo necesitara.

Solo había salido afuera en dos ocasiones para supervisar el trabajo de quienes estaban haciendo mejoras y ampliaciones en el establo para guardar y mantener segura a la caballada que había adquirido meses atrás. La construcción estaba en sus fases finales y luego de eso comenzarían con la casa. Le había gustado tanto el lugar, por su tranquilidad y paisaje, que había decidido que esa podría ser su segunda residencia solariega, pero para eso necesitaba invertir mucho trabajo en ella. Al menos cuatro habitaciones más, para empezar, luego irían viendo con el tiempo. Tenía la ilusión de que Emmie y Melanie pudieran pasar un tiempo juntas bajo el sol de Kemble. Para los niños sería ideal, y para las damas también. La compañía de su hermana sería muy favorable para Mel, necesitaba una amiga con la animosidad y determinación de Emmeline.

Si despertaba.

Acostado sobre un lado como estaba, con una mano sobre el abdomen de su esposa, se quedó contemplándola como era una costumbre.

—Despierta —le dijo luego de besarle los labios—. Te necesito, no me dejes. Piensa en Frannie, ¿qué voy a hacer con ella yo solo? Necesita un hermanito, me prometiste que le daríamos uno, tienes que cumplir con tu promesa, amor.

Había hecho eso montones de veces antes. No sabía si ella podía oírlo o solo iba a convertirse en un loco que hablaba solo, pero necesitaba hacer algo; pensar que hacía algo por ayudarla lo ayudaba a él a mantenerse estable en cierta forma, conservar la calma.

—Abre tus preciosos ojos, quiero verlos, estoy cansado de solo soñar con ellos, Melanie. Quiero verlos, necesito ver tu sonrisa, oír tu voz.

Su padre debía estar revolviéndose en la tumba. Si suplicarle a una mujer inconsciente no había sido suficiente, las lágrimas que le picaban en los ojos podrían haber sido la causa de la muerte del antiguo Conde. Defunción por vergüenza y deshonra producida por su heredero, sí, sin lugar a dudas el conde de Welltonshire se habría quitado la vida él mismo de tener que presenciar semejante humillación.

En ese momento a Francis le daban igual todas las enseñanzas que le habían impuesto de joven. Si el temor a perder a la mujer que amaba y adoraba, que había jurado proteger con su vida y hacer feliz borrando el sufrimiento y las atrocidades que los dos habían tenido que soportar antes de conocerse, no era suficiente, ¿qué otra cosa podía hacer derramar una lágrima a un hombre?





Melanie comenzó a oír ruidos a su alrededor. Al comienzo parecían muy lejanos, luego se volvieron más potentes; hasta le pareció reconocer cuando alguien se movía o hablaba cerca de ella. Lo que no comprendía era por qué no podía verlos, ¿por qué abrir los ojos era tan difícil? Tampoco podía moverse, se sentía presa de una somnolencia profunda. No podía concentrarse en nada y su mente estaba invadida por una nube densa que volvía todo difuso, le costaba luchar con el sueño que parecía arrastrarla hacia él y retenerla allí.

Esa vez fue diferente, ese día había oído y diferenciado muchas cosas. Francis y Frannie, ellos habían estado allí, lo tenía claro. Había ansiado con todas sus fuerzas poder verlos, hablarles, tocarlos, pero había tenido que conformarse con escucharlos y sentir su tacto. Había puesto a Francesca contra su pecho y Mel había estado tan feliz que habría llorado si su cuerpo le respondiera. Francis también la había besado en los labios antes de marcharse y no había vuelto a sentirlo. ¿Había vuelto a dormirse? No tenía idea. Ahora de nuevo podía sentir a alguien moviéndose por la habitación, ¿sería él? ¿Por qué no se acercaba?

Jocelyn entró en el cuarto de la Condesa con sumo sigilo y atenta a que no hubiese nadie adentro, además de la obvia presencia que no se había movido de ahí en casi dos semanas. El Conde estaba en los establos revisando la construcción y suponía que no regresaría en un buen rato, lo que le brindaba una excelente oportunidad para poder llevar a cabo sus planes. Había pensado mucho en eso, era su momento, las cosas habían ocurrido por una razón y no podía pasarla por alto. El destino estaba actuando a su favor, ahora solo estaba en ella aprovecharlo, y no iba a desperdiciar algo tan grande.

Tomó un almohadón del costado contrario al que se encontraba la Condesa y lo levantó contra su pecho mientras caminaba hacia el lado de la cama en que descansaba la mujer. No estaba haciendo nada malo, se dijo, solo agilizaba lo que sería inevitable. Melanie no podría despertar después de tantos días, de esa forma acortaba el sufrimiento de todos y los días en vela; el Conde sufriría, sí, pero entonces ella podría consolarlo, era sabido por todos que los hombres en pena eran mucho más fáciles de manejar. Y no solo podría aspirar a ser su amante, con la esposa fuera del mapa, lo convencería de que Francesca necesitaría una madre para atenderla, cuidarla y darle cariño, y en un chasquido estaría convertida en la nueva condesa, una mujer que consolaría la pérdida de la otra y hasta hiciera que la olvidase. Era perfecto, y lo mejor, nadie jamás podría dudar que Lady Welltonshire había muerto por causas naturales, un desafortunado accidente que no había tenido solución.

Le temblaban las manos por la fuerza con la que estaba sosteniendo la almohada. Cerró el espacio que la separaba de su objetivo y estuvo a punto de hacerlo cuando un movimiento la desconcentró. Miró la mano de la Condesa con atención para descubrir que se estaba moviendo.

—Imposible —siseó.

Pero sus ojos le demostraron que estaba equivocada, los dedos de la mujer que estaba en la cama sí se movían. Congelada en su lugar, siguió temblando sin soltar el cojín. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Melanie estaba reviviendo? ¿Cómo era posible? Si Francis se percataba de eso ya no habría más oportunidades para ella.

Sacudió la cabeza a ambos lados.

—No vas a arruinarme esto. Su tiempo ya pasó, ahora es mi turno, señora Condesa.

Colocó la almohada en su cabeza y cerró los ojos mientras apretaba. No sabía cuánto tiempo tenía que pasar hasta que diera resultado, nunca lo había hecho antes ni tampoco lo había visto, solo había leído sobre eso en un libro que había robado de la biblioteca.

—¡Jocelyn! —Oyó decir a alguien detrás de ella y se giró apenas para ver a la tonta de Mary, que de ayudante de cocina había pasado a ocupar su antiguo lugar como doncella de la señora de la casa. Mientras esta permanecía en la cama, también se había convertido en la niñera de Francesca.

—Ya vete, Mary.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó asombrada abriendo los ojos de par en par.

Ah, la idiota de Mary no tenía idea de nada. Tuvo que soltar el cojín para prestarle atención y eso le quitó muchísimo tiempo y aumentó sus nervios.

—Nada, solo vete. Déjame sola.

—¿Pero qué estás haciendo? ¿Por qué tenías...? —No terminó la frase pero señaló sus manos.

—Solo la ponía cómoda, ¿puedes marcharte y dejarme hacer mi trabajo?

—Pero no es tu trabajo.

Jocelyn apretó los dientes, molesta.

—Mi madre está ocupada y me pidió que me encargue, ¿no es esa la niña que está llorando?

—No oigo nada. Jocelyn, creo que no es adecuado que estés aquí.

La criada suspiró y señaló la puerta.

—No seas tan metiche y vete antes de que te acuse de descuidar a la hija de Lord Welltonshire. Me pareció que estabas mucho más cómoda cuidando a la niña que limpiando la cocina, no querrás regresar.

La conocía desde siempre y desde muy pequeña había aprendido a manejarla. Era por eso que eran amigas, la tonta de Mary era fácil de manipular y creía cualquier cosa que le decían, así que terminó por irse, con los hombros caídos y bastante confundida. Jocelyn no perdió tiempo y se volvió hacia la dama durmiente, su intento anterior no había dado resultado y hasta parecía haberlo empeorado todo, o por lo menos si lo veía desde su lado. Le pareció que ahora sus párpados se sacudían, como si estuviese haciendo un gran esfuerzo por abrir los ojos. ¡No, no y no! Invadida por la desesperación volvió a poner la almohada en el rostro de la mujer y presionó con fuerza, esta vez no fallaría.

\*\*\*

Francis le dio una rápida inspección a los establos y regresó a su cuarto. Buscaría algo de ropa antes de tomar el baño que había ordenado que prepararan en una habitación que en el pasado había estado desocupada y que ahora utilizaba para no desordenar en la que Melanie se encontraba. Lo mejor era que todo permaneciera limpio a su alrededor para evitar que pescara alguna infección o cualquier cosa que pusiese perjudicar lo que debía de ser su recuperación, además, tampoco quería oler a caballo y heno mientras estuviese a su lado y dejar todo igual de impregnado.

Subió las escaleras a trote y siguió derecho hasta su cuarto cruzándose con la señorita Mary, quien había sido designada como la niñera temporal de Frannie mientras su hermana era la nodriza. Le sonrió al pasar a su lado y la joven inclinó la cabeza, nerviosa, pero no le dio mucha importancia, pues esa sí era una pobre jovencita inocente que se ponía nerviosa cada vez que él entraba a ver a su hija, y tartamudeaba cuando le hacía alguna pregunta. Siguió hasta llegar a la puerta de su cuarto y le extrañó, primero que nada, ver que la puerta no estaba cerrada como él la había dejado, sino entreabierta. Con un mal presentimiento casi se abalanzó sobre esta y la abrió de par en par, topándose con una imagen que le heló la sangre y lo hizo perder la cordura, no así su capacidad de moverse y su fuerza. Nunca, jamás, le había pegado a una mujer, y tampoco lo hizo con Jocelyn, pero el empujón que le dio podría haber contado como su primera vez. Ella terminó en el piso, pero él no se detuvo a mirarla.

—¿Qué rayos estabas haciendo? —le gritó.

Tomó a Melanie entre sus brazos y la acunó, le temblaba todo el cuerpo y él no sabía qué hacer. Tiró con fuerza de la campanilla para llamar al servicio en busca de ayuda sin tener claro cómo podrían auxiliarlo. Siendo un poco tosco acercó una oreja al pecho de Melanie y se concentró en oír su corazón. Todavía latía, estaba viva. Tomó una inhalación de alivio y volvió a abrazarla y besarla.

—Gracias a Dios estás bien —le susurró—. Todo está bien, amor.

Se sintieron unos pasos apresurados y la señora Frobs llegó seguida de la inocente Mary que no era tan inocente como había creído. ¿Era por eso que había estado más extraña de lo normal cuando se cruzó con ella antes?

—¡Milord! —exclamó la señora Frobs deteniéndose agitada debajo del umbral de la puerta.

Depositó a Mel con cuidado sobre el colchón y se puso de pie buscando a Jocelyn que aún estaba tirada en el piso, sin salir del asombro de ser pescada *infraganti*. Sin preámbulos, la asió por el brazo y la obligó a ponerse de pie. Ignoró su suave quejido de dolor y no aflojó para nada su agarre, estaba furioso como para poner atención a los lamentos de la que podría haber llegado a ser la asesina de la mujer que amaba.

—¿Sabes cuál es la pena por actuar en contra de un noble? ¿Por intentar matarlo? La muerte si lo logra, un intento no debe estar muy lejos —respondió a su pregunta.

La criada Mary ahogó una exclamación de horror y la señora Frobs abrió los ojos de par en par.

—Lord Welltonshire, ¿qué es lo que sucede con mi niña?

—Lo que sucede, señora Frobs —masculló él—, es que encontré a su niña colocándole un almohadón en el rostro a mi esposa, ¿qué habría sucedido si no llegaba a tiempo, si llegaba un minuto más tarde?

El cuerpo se le estremeció por completo de tan solo pensarlo y borró esa idea de su cabeza al instante. No le dio tiempo al ama de llaves de decir nada y señaló con la cabeza a Mary.

—Tú, necesito que bajes a los establos y traigas a cuatro de los constructores aquí, ahora, y date prisa, muchacha.

Aterrada, asintió varias veces y salió a trompicones por el pasillo desandando el camino que había hecho antes.

—¿Cómo es posible? ¡Jocelyn! Con el debido respeto, milord, no creo a mi hija capaz de tal atrocidad.

—¿Está poniendo en duda mi palabra? —preguntó arrastrando a la joven hasta una silla y la hizo sentar por la fuerza—. Acabo de decirle lo que he visto.

—Pero, milord, Jocelyn jamás haría algo así, explícale, querida...

—¡No me interesan las explicaciones! ¡Sé muy bien lo que vi!

Después de eso, todos permanecieron callados hasta que una tropilla de hombres llegó detrás de la doncella e intentaron entrar todos juntos al cuarto chocando entre ellos, ansiosos por obedecer las órdenes del Conde. En ese minuto que había transcurrido, Francis se había dedicado a serenarse mínimamente y contemplar a su esposa. Eso le daba paz, saber que estaba viva, todavía era de él, todavía tenía tiempo para amarla; sin embargo, el crimen no podía quedar impune, no podía ignorar el asunto y conformarse con que ella estaba respirando. Esa mujer estaba loca, Melanie había tenido mucha razón al dudar de ella y desear tenerla lejos de Frannie, ¿cómo él no se había dado cuenta antes? ¿En qué había estado pensando? Hasta se habría atrevido a decir que Mel se había quedado corta con sus suposiciones.

Pero no era tiempo de reproches y reprimendas a sí mismo, era tiempo de actuar.

—Señores, les agradezco que estén aquí, tengo un trabajo extra para ustedes que será bien recompensado.

—Lord Welltonshire —suplicó la señora Frobs, probablemente pensando lo peor, y los aludidos lo contemplaron intrigados.

—Necesito que uno de ustedes vaya al pueblo y se encargue de hallar al magistrado.

—El magistrado vive a tres horas de viaje, milord —compuso un hombre.

Francis alzó las cejas.

—Dije que serán muy bien recompensados por cumplir con lo que pido, señores.

Otro alzó una mano y habló con su tono rudimentario de hombre de campo.

—Yo lo haré, Lord Welltonshire, algo extra nunca viene mal en la casa de uno. ¿Tengo que traer al magistrado aquí, milord?

—En lo posible, dígame quién soy yo y que es un asunto importante, urgente. Utilice mis caballos y tome lo que necesite para su viaje.

Cuando el hombre partió bastante más animado de lo que se habría esperado, Fran miró a los otros tres.

—Si están dispuestos, tengo otra asignación para ustedes. Cuidarán que esta mujer no escape, la llevarán a donde yo indique y allí deberá permanecer sin visita alguna hasta nuevo aviso, ¿entendido?

Le llevó un buen rato dar órdenes y alguna que otra explicación a los muy confundidos hombres para que obedecieran y se llevaran a Jocelyn a un pequeño cuarto en el piso inferior. Se había dejado convencer por ellos que lo mejor era atarla a una silla para que no intentase escapar aunque estuviera bajo vigilancia estricta, y a pesar de que le parecía una técnica un poco burda, había aceptado ya sin fuerzas para pensar en qué era lo más acertado. Como tampoco se fiaba de Mary, le pidió que le llevara a Frannie con él y la acostó junto a su madre. Tuvo que darle una vuelta de llave a la puerta para poder deshacerse de la indignada y apenada señora Frobs y su confuso marido.

Había llegado el punto en el que no deseaba oír más a nadie. Estaba tan aturrido que hasta le había parecido ver a Melanie moverse y parpadear. Una locura.

Miró la bañera que dos doncellas habían trasladado en medio del embrollo y pensó que el agua debía estar casi fría. Las había visto por casualidad llevando el agua al cuarto que tenía pensado utilizar en un principio y había logrado detenerlas, pidiéndoles que movieran todo a esa habitación. No dejaría a Melanie sola en ese momento, pero tenía que adecentarse para recibir al magistrado cuando este llegase. Si quería intimidarlo para que obrase a su favor, tenía que verse como el Conde que era, le gustara o no, así que terminó por enjuagarse un poco en el agua casi fría utilizando algo de jabón para quitarse el maldito olor a heno y se colocó ropa limpia dejando a un lado todo lo demás.

Cuando por fin estuvo listo, más calmo por el efecto del agua, se acercó a la cama del lado de su esposa y se inclinó para besarle los labios. Apoyó la frente sobre la de ella y así permaneció por un rato en absoluto silencio. Todo ruido proveniente desde afuera de esa habitación desapareció de su mente, no oyó nada ni a nadie. Estaba así de sumergido en su nebulosa de paz cuando sintió un cosquilleo en los párpados. La primera vez lo ignoró creyendo que estaba soñando, pero cuando se repitió ya no pudo hacerlo más. Se alejó y quedó de piedra por segunda vez en un mismo día. No había estado alucinando antes, no había imaginado nada.

—Melanie —dijo posando una mano sobre su mejilla—, ¿estás despierta? ¿Me oyes?

Sus labios lograron un movimiento pequeño, imperceptible si uno no estaba prestando atención.

Una risa de felicidad se le escapó y su pecho, que antes había estado dominado por el miedo, el dolor y la ira, se llenó de dicha.

—Tranquila, tranquila, estoy aquí a tu lado con Frannie, ella también está aquí. Te vas a poner bien, amor, te vas a poner bien.

Le dio repetidos besos por todo el rostro y le tomó las manos detectando que sus dedos también querían reaccionar, se las llevó a los labios y las retuvo contra su pecho.

Estaba aclarando, después de la tormenta siempre salía el sol, y parecía que sus días estaban despejándose al fin.



No tenían ama de llaves ni mayordomo ni nadie con experiencia que se ocupara de cuidar la casa y ordenarla como era debido, aunque tampoco había ninguna mujer indecente y loca a sus alrededores de la que tuvieran que preocuparse y eso equiparaba muy bien la balanza.

El señor y la señora Frobs habían renunciado, muy apenados y avergonzados por la actitud de su única hija que había quedado deshonrada para siempre, pero a quien no abandonarían a su suerte. El magistrado, un hombre entrado en años que no había tenido un caso tan importante con el que tratar en lo que podría haber sido una década, se la había llevado a los calabozos que tenía en el sótano de su casa, los únicos que había en millas a la redonda, hasta que pudiera establecer las conexiones adecuadas que le ordenaran cómo proceder en ese caso. A Francis había dejado de importarle, lo único que de verdad le interesaba era que esa mujer estuviese lejos de ellos.

Cinco días después del ataque, Mel seguía débil en la cama, pero lúcida y despierta. No sentía dolor en el tobillo, había mejorado considerablemente en las dos semanas que había permanecido dormida, y mientras no se levantara ni lo apoyase con mucha fuerza, se curaría sin dejar molestias de por vida. O eso era lo que había dicho el médico que tan poca confianza inspiraba.

—Ahora que estás mejor, quiero contarte algo —le dijo con un codo apoyado en el colchón y el cuerpo de lado, mirándola.

No habían hablado sobre nada importante en esos últimos días, su discusión antes del accidente, o sobre la información que había recibido mientras ella estaba inconsciente.

Mel sonrió y estiró una mano para tomar la de él, mientras con la otra sostenía a Frannie que dormía sobre su pecho.

—Dime.

—Hace unos días —comenzó dubitativo, pues no sabía muy bien cómo abordar ese tema— recibí una de las tantas cartas de Joseph, solo que esta vez tenía verdaderas noticias.

—¿Buenas noticias o malas noticias? —inquirió apretando su mano. Si eran malas preferiría no saberlas, pero no lo dijo, no importaba lo que ella quisiera, no en eso. Siempre era mejor estar informada; ya no más ignorancia.

—Bueno, creo que para nosotros son buenas. Joseph y el investigador encontraron la forma de hacer hablar a Brought, esto fue lo que decía una carta que recibí antes de poder responder a la que nos habían enviado antes, ¿recuerdas?

—Recuerdo que escribí una para Emmeline antes de *esa noche*.

—Sí, al día siguiente recibí otra, Joseph debe de haberlas mandado con un día o incluso horas de diferencia. La última parecía haber sido escrita muy rápido, no decía demasiado, solo que habían encontrado algo grande con lo que presionar a Brought y me mantendría informado sobre sus progresos.

—¿Y consiguieron algo? —lo apresuró, impaciente por saber.

—Días después me contó que había cantado como un pajarito. Que no sabía que estaba muerto hasta que se encontró con el nuevo Lord Beckford, y que el desgraciado de Ralph lo contactó poco después de que regresara a su residencia en Londres.

Le daba escalofríos el solo oír su nombre, esa horrible sensación nunca la abandonaría y lo odiaba aún más por eso. Esa marca que le había dejado, esos recuerdos tan arraigados que tenía.

—¿Dijo...? ¿Dijo cómo había logrado sobrevivir?

—No lo sé, Mel, Joseph no escribió sobre eso. Supongo que era demasiada información para ponerla en una carta, era bastante extensa por si sola como para agregar más. Dado que todos los bienes propios que poseía fueron confiscados cuando se declaró muerto, obligó a Brought a financiar su nueva vida. Tienen un pez gordo detrás de ellos, negocios sucios, los detalles no son importantes, lo que nos sirve saber es que le conviene más estar muerto que vivo. Siempre me pregunté cómo fue que dejó toda su vida social y se internó en el campo cuando heredó. Estaba oculto, Brought era su conexión con Londres, aunque nadie lo sabía.

A Mel no le importaba el pasado.

—¿Y ahora? ¿Qué sabe de él ahora?

—Cariño, déjame terminar —pidió con voz suave, acercándose un poco más a ella—. Hace tres días recibí otra carta. Encontraron un cuerpo en uno de los barrios más bajos de la ciudad, por lo que pudieron distinguir, coincidía con las características que recolectamos de Ralph, y luego Brought lo reconoció... —dijo las últimas palabras con lentitud y sin apartar la mirada de ella.

Melanie comprendió enseguida lo que él estaba diciendo, no necesitó que dijera más. Sus facciones se fueron relajando y así también sus hombros.

—¿Está muerto? ¿Dijeron que está muerto?

—Eso parece —murmuró acariciando a Frannie, pero con toda la atención en la reacción de su esposa.

Nunca lograría comprender la cabeza de su mujer, eso era un hecho. Melanie sacudió la cabeza.

—No tiene sentido, es demasiado fácil, ¿cómo sabemos que no está mintiendo?

—Thornehill no haría eso, Mel, es un...

—No, no Thornehill, Francis, Brought. No se puede confiar en él.

—Ya lo sé, amor, ¿pero por qué diría que está muerto cuando no lo está? No le convendría mentirle a Joseph, terminaría por descubrirse la mentira y él sería el más perjudicado. Cualquier caballero conoce a Joseph y a su padre, es un hombre muy importante, Brought no es estúpido, dudo que quiera enfrentarse a ellos.

Melanie no sabía si creérselo y aceptar que todo había terminado o seguir con esa idea de que todo era una mentira más de ese hombre que no era menos vil que el supuestamente muerto. No quería que él creyera que no confiaba en nada de lo que decía, ya se había equivocado bastante. Había aprendido que tenía que decirle todo y no guardarse nada, de otra forma, su relación no funcionaría, siempre estaría en peligro, siempre al borde.

—Me cuesta creerlo, quizás me equivoque, pero tengo este presentimiento...

—Lo sé, me gustaría que tuviéramos una forma de asegurarlo. Conformarnos con la palabra de Brought no nos da mucha seguridad, pero incluso si estuviera dispuesto a hacerte pasar por la horrible experiencia de reconocer a una persona muerta, para cuando lográsemos llegar a Londres es posible que el cuerpo estuviera irreconocible. Es mucho tiempo de viaje.

Mel hizo una mueca arrugando la nariz y abrazó a Frannie con ambos brazos.

—Si eso me diera la certeza de que ese loco no va a amenazar a mi hija nunca más, lo haría.

Francis sonrió. Pasó un brazo por encima de las dos y pegó su cuerpo al de ella.

—Lo sé, eres una mamá increíble. Lo estás haciendo tan bien, amor. Estoy muy orgulloso de ti, has cambiado muchísimo.

—No solo por ella, también por ti. Tú me haces fuerte.

El Conde la besó en la mejilla y hundió la nariz en su cuello aspirando su perfume a mujer con un suave toque de jazmín por el jabón que utilizaba para bañarse.

—No tienes idea cuánto miedo tuve todo este tiempo. Temía tanto que no despertaras, pasaba el día mirándote, esperando que abrieras los ojos y en la noche te abrazaba para no sentirme tan solo.

—Fue mi culpa lo que sucedió, no quise hacerte sufrir.

—Claro que no, sé que no te tiraste de la escalera adrede, fue un accidente.

—No habría ocurrido si no hubiera desconfiado de ti, fui tan tonta —compuso pegando su frente a la de él y cerrando los ojos—. Esa noche bajé para pedirte perdón por cómo te había tratado por la tarde, y luego volví a reaccionar mal. Debí confiar en ti, tenías razón, nunca me has dado ningún motivo para creer lo contrario. Perdón.

—No hay nada que perdonar, yo tampoco vi la realidad por mí mismo. O no quise verla, no lo sé.

—Pero eso ya no importa, ¿no? —susurró cerrando los ojos y disfrutando de tener a las dos personas que más quería en el mundo junto a ella.

\*\*\*

Era un día precioso, ya habían pasado dos semanas desde que Melanie había despertado y estaba bastante recuperada. Para Francis nunca estaría del todo bien, después del susto que había pasado, no se despegaba de ella ni un segundo. Las escaleras eran una zona prohibida si él no estaba para acompañarla.

Esa tarde habían salido los dos al jardín mientras Frannie dormía vigilada por una de las criadas. Melanie había terminado por aceptar que un poco de ayuda de vez en cuando no le hacía mal ni a ella ni a Frannie. Tampoco le había quedado otra salida, los primeros días que pasó en la cama, tan débil como estaba, sin comer por tanto tiempo, no había podido ni amamantarla.

Francis colocó una manta en el piso, debajo de un árbol que les diera algo de sombra, y la ayudó a sentarse sobre esta una vez que dejó el canasto con el picnic que la cocinera les había preparado. Él se sentó luego y la llevó hasta sus brazos dejando que apoyara la espalda en su pecho. Se dedicó a mirar al horizonte y Melanie prefirió cerrar los ojos, dejándose abrigar por el calor de su cariño.

—Francis —dijo sin abrirlos.

—¿Sí? —contestó besándola detrás de la oreja.

—Ahora que parece que todo está bien, ¿no crees que deberíamos volver a casa? ¿A Welltonshire?

—¿Tú crees? ¿Eso es lo que deseas?

—No lo sé, pero parece lo correcto.

No le hacía mucha gracia la idea de volver a la casa con la Condesa viuda, pero se sentía con la fuerza suficiente como para enfrentarla si era necesario. Además, ya no estaba cómoda ahí tampoco. No se sentía a gusto y pensaba que era hora de que Francis recuperase su vida, o al menos una parte de ella. Emmeline y el Marqués habían hecho más que suficiente por ellos, y no sabía cómo podría agradecerseles algún día.

—Deberíamos volver y enviar a mi madre aquí.

Esa sería una buena idea, pero Mel apretó los labios y no dijo nada. Tenía la firme convicción de no intervenir en la relación de su esposo y su suegra.

—Mañana empezaré con los planes para regresar, presiento que el viaje será incluso más arduo que cuando vinimos. No tengo idea acerca de cómo viajar con una bebé de un mes y medio.

Mel suponía que no sería nada cómodo, pero confiaba en ellos dos estando juntos.

—Lo resolveremos.

Francis colocó un beso en la nuca de su esposa y murmuró un: «Sí, lo haremos», sin dejar de besarla y provocándole un pequeño cosquilleo. Se desvió hacia un costado siguiendo por el cuello, y la sorprendió tomándola por la cintura para acomodarla mejor sobre sus piernas y poder dirigirse así hasta su boca. Melanie entreabrió los labios y, después de una sonrisa lobuna, Francis se inclinó y los besó. Eran suaves como los pétalos de una rosa, y tan dulces como su postre favorito. Con una paciencia y autocontrol que había perfeccionado después de casarse, aguardó a que ella, con vacilación e inseguridad, lo dejara entrar para así recorrerla más a profundidad.

Francis solía preguntarse qué sentiría el día que la tuviese desnuda en sus brazos. Si un beso podía provocarle esa sensación de ebriedad y delirio, ¿cuál sería su reacción cuando llegara más lejos por ese mismo camino? Se moría por averiguarlo, y algo le decía que cada vez estaba más cerca; la forma en la que ella reaccionaba cuando la tocaba, cuando la besaba o acariciaba nada tenía que ver con aquella primera vez, con su fatídica noche de bodas. Le encantaba la manera en la que ella se abandonaba en sus brazos y le daba libertad para poder estrecharla o acunarla como estaba haciendo en ese instante.

Sin despegar la boca de la de Melanie, fue acomodándose para dejarla recostada sobre la manta y él hizo lo mismo. No se puso encima de ella ni la aplastó, quedó sobre un lado cubriéndola por la mitad, y sin querer, con mucho más espacio para recorrerle el cuerpo con las manos. Deseó tener más privacidad, ahí nunca podrían saber quién estaba observándolos. Estaban alejados de la casa y de espaldas a esta, pero el árbol no era tan grande o ancho como para cubrirlos por completo. Comenzó a apartarse para darle fin al beso y se sorprendió cuando ella tomó las solapas de su chaqueta y volvió a atraerlo hacia abajo.

—Aún no —pidió tan cerca que sus respiraciones se entrelazaron.

No sería él quien se negara, así que no contestó con palabras pero sí con hechos. Deslizó una mano por el contorno de su cuerpo e inició una exploración concienzuda, lo hizo con lentitud y delicadeza, y utilizó la yema del pulgar para delinearla de una forma minuciosa y provocativa. Tuvo el efecto deseado, le robó un suspiro que él absorbió y, sin notarlo, la intensidad de ese suave beso aumentó. Fue como un chispazo que avivó el fuego entre ambos, lo que estaban haciendo adquirió otro matiz y se volvió más íntimo y ardiente.

Sí, sin duda la temperatura aumentó y necesitaba bajarla para poder pensar y no dejar que lo dominasen los instintos. Si pensaba en lo mucho que le importaba ella como para arruinarlo, no era tarea difícil. Una parte de él le decía que la tomara entre sus brazos y la llevara de regreso a la casa, a su cuarto. A puertas cerradas, en una habitación cálida, con un cómodo colchón debajo y con esas ansias que los llenaban a ambos podría haber obtenido una respuesta a las preguntas que se había hecho antes, pero no podía abusar de lo bien que ella se veía, y sin dudas se estaba sintiendo. Si había esperado tanto, podría continuar así hasta que se recuperara por completo y no corriera el peligro de que un ataque de pasión le hiciera daño.

—Amor —logró articular abandonando sus labios a duras penas y abriendo los ojos mientras tomaba una profunda inspiración—, me encanta perder la razón contigo, pero creo que este no es el lugar.

Todavía aturdida, Melanie pestañeó y miró a su alrededor como si comenzara a recordar dónde estaban. Sus mejillas no tardaron en colorearse y él soltó una risa antes de besárselas.

—Tienes el mismo efecto en mí, no hay nada de lo que avergonzarse —dijo rodando hacia el lado contrario en busca de la canasta.

Si no podía cubrir un apetito, tendría que conformarse con saciar el otro.





## CAPÍTULO 33

Su llegada sorprendió a todos, nadie los esperaba y justo esa había sido la idea: sorprender. Ingresando a la propiedad casi a la hora de la cena, había pocas posibilidades de que alguien los viera antes de que llegaran a la puerta de la casa y pusiera en alerta a los demás. También estaba el hecho de que no habían avisado a nadie, excepto a Joseph y Emmeline, quienes seguían en Londres.

El señor Dawson abrió la puerta con su elegancia de siempre y por un momento perdió ese magnífico control al verlos.

—¡Milord! —exclamó casi sin tiempo para hacerse a un lado y dejarlos pasar sin dejar de contemplarlos con los ojos abiertos de par en par—. ¡Lady Welltonshire!

—Buenas tardes, Dawson, qué agradable volver a verte.

—Lo mismo digo, milord. Le ruego que me disculpe, no sabía que usted y la señora regresarían hoy. ¡Y con su hijo! —exclamó mirando el bulto cubierto de mantas que Melanie tenía con ella.

—Hija, es una niña —aclaró la Condesa sonriendo.

—Oh, vaya, mis felicitaciones —continuó sin salir de su asombro.

Francis rio y apoyó una mano en su hombro.

—Dawson —dijo, y solo siguió cuando el mayordomo adoptó su posición erguida y seria de siempre.

—¿Señor?

—Era una sorpresa, no se suponía que debías saberlo.

—¿Una sorpresa, señor? Si me lo permite, su madre estará espantada por no haber tenido tiempo para preparar todo.

—¿Dawson, quién ha llegado?

La Condesa viuda apareció bajando la escalera y se detuvo a mitad de camino. Se quedó observándolos sin decir nada, como si creyera que era producto de su imaginación y luego se recuperó volviendo a bajar con una pose altiva acorde a su estatus.

—¿Ahora ni siquiera consideras avisarme que regresas? —preguntó solo mirándolo a él—. ¿Qué le ha pasado a mi hijo que se ha vuelto tan desconsiderado?

¿Ya iba a empezar?

—Madre, por favor. —Compuso su mejor sonrisa porque después de un viaje tan largo no tenía ganas de discutir—. ¿No estás feliz de verme? Ha pasado mucho tiempo.

Annabeth suspiró y se acercó a su hijo para darle un corto pero maternal abrazo y un beso en la mejilla.

—Ni cuando estabas en Eton pasaba tantos meses sin verte.

—Bueno, estoy aquí ahora. Los tres estamos aquí.

Se giró y estiró un brazo para llamar a Melanie, y la rodeó con el mismo cuando su esposa se acercó.

—Lady Welltonshire —saludó mirándola a los ojos por un segundo, abandonándolos para destapar a Frannie que estaba empezando a despertarse y a moverse.

Los ojos de Annabeth se iluminaron al ver al bebé, después de todo, pensó Mel, ella creía que era su nieta. No parecía tener dudas de eso y el recelo que le guardaba a ella como esposa de su hijo no se extendía a Frannie, lo que era un alivio.

—Oh, es una niña —exclamó sonriente—. Pero qué bebé tan preciosa, déjame cargarla, por favor.

No le estaba pidiendo permiso puesto que ya casi se la había quitado. A Melanie le costó ceder, pero no se negó.

—Nació antes de lo previsto, pero es una niña muy sana —comentó el Conde antes de que su madre comenzara el interrogatorio percatándose de lo obvio.

La mujer clavó la vista en ambos.

—*Demasiado* pronto —recalcó con las cejas alzadas.

Melanie dejó de mirarla y se volvió hacia Francis que percibió su nerviosismo y la apretó contra su costado.

—No, tanto, madre, no según nuestros propios cálculos. Estoy seguro de que no deseas detalles acerca de este tipo de cosas, es bastante privado.

Annabeth ya no debería horrorizarse por cada cosa inapropiada que salía de la boca de sus hijos, pero seguía haciéndolo.

—¡Muestra tus modales, Francis!

Él la ignoró y contempló a su hija. Con mucha suerte, ella no volvería a tocar el tema y estaría cerrado.

—¿No es hermosa? Es igual a su madre.

La Condesa viuda no quitó los ojos de su nieta, aunque parecía orgullosa de poder tenerla entre sus brazos, no pudo dejar de comentar sobre ella.

—Bueno, definitivamente no tiene nada de ti, además del apellido, por supuesto.

Con cada palabra que salía de la boca de su madre, Francis pensaba más y más que la idea de enviarla a Kemble y quedarse ellos en la casa tenía que ser puesta a prueba. Aunque mantuvo su convicción de no tener ninguna discusión por ese día, y se mostró impasible.

—¿Y bien? —siguió Annabeth—. ¿No van a decirme cómo se llama?

—Francesca —respondió Mel llamando la atención de su suegra que no supo qué decir.

¿Qué estaría esperando? Tal vez un nombre que odiara para poder culparla de algo más.

—Le decimos Frannie —intervino Francis deleitado por el silencio de su madre.

—Es un nombre precioso, para una criatura más hermosa aún.

\*\*\*

Melanie se sentó en la cama después de que su nana la ayudara a deshacerse del vestido y todas las demás prendas con excepción de la camisola interior, y cerró los ojos con placer, sintiéndose liberada y mortalmente cansada. Había soñado con un colchón de esos toda la semana, dormir en el carruaje y las posadas no se comparaba con una cama ni de lejos. Sumándole el hecho de que cuidar a un bebé en esas circunstancias no era nada fácil por más que Francis hubiera hecho su mejor esfuerzo por ayudarla, y ella todavía no terminaba de recuperarse del todo. Era increíble que pasado un mes de haber despertado todavía siguiera convaleciente en cierta medida. Tendría que haberse movido más mientras estaban en Kemble, pero Francis, con su constante preocupación, no le había dado el suficiente espacio para hacerlo.

—Estoy tan feliz de verte, Melanie —dijo la mujer sentándose junto a ella—. Pero no entiendo qué es lo que hacen aquí, ¿ha sucedido algo?

—Ay, Nana, no tienes ni idea —compuso bajando los hombros—, es tanto que no sé por dónde empezar.

La anciana frunció el ceño y colocó una mano en su espalda.

—¿El Conde te ha tratado bien?

Ella rio.

—Sí, por supuesto, no tiene nada que ver con Francis, sino con Ralph. Llegó información diciendo que está muerto, no se sabe cómo o quién lo hizo, solo que el señor Brought reconoció el cadáver.

—¿Y desde cuando ese hombre es una fuente confiable?

Ah, era reconfortante tener a alguien que pensara igual que ella, por lo menos en ese tema.

—Eso mismo le dije a Francis, pero ¿qué podíamos hacer? Él cree que no se atrevería a mentir cuando el marqués de Thornehill está involucrado.

—Personas como él son capaces de cualquier cosa.

—Tampoco podíamos seguir escondiéndonos.

—Ese esposo tuyo no podía obligarte a seguir haciéndote cargo de la niña tú sola.

—Él no me obligaba a nada, soy yo la que no quiere que extraños anden tocando a Frannie. Además, Nana, ¿por qué no podría hacerlo? Estoy segura de que las mujeres del pueblo que tienen montones de hijos no necesitan ni pueden permitirse alguien que las ayude.

La mujer sacudió una mano en el aire.

—Mel, eres la condesa de Welltonshire, no una mujer de pueblo.

—Sigo siendo su madre, Nana. Voy a apreciar muchísimo tu ayuda, pero si tuviese que hacerlo sola, sé que podría hacerlo.

Ella levantó la barbilla y sonrió. La señora Hargraves la miró con curiosidad.

—Has cambiado mucho en este tiempo, Melanie.

Mel amplió su sonrisa.

—Lo sé, ahora soy feliz, Nana.

\*\*\*

Dos noches luego de su llegada, Melanie estaba detrás del biombo, donde se suponía que debía estar cambiándose, pero lo único que hacía era contemplar la prenda que tenía en las manos estirada frente a sus ojos. Francis estaba en la cama y parecía que también estaba preparándose para ir a dormir.

—¿Te has dado cuenta de que tu nana y mi madre parecen estar llevándose increíblemente bien? —preguntó sentado en la cama y mirando hacia donde estaba su esposa sin poder verla.

—¿De verdad? No he prestado atención —contestó distraída.

—Deberías preguntarle a la señora Hargraves, es muy extraño.

—Lo haré.

El Conde se puso de pie y caminó hacia ella, parándose justo delante de los listones del separador y se cruzó de brazos, curioso.

—¿Cariño?

La voz tan cerca la hizo sobresaltar y se chocó contra las maderas en el descuido.

—¿Mel? ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —insistió ahora más preocupado que antes.

—Estoy bien, estoy bien —articuló agitada y terminó con las dudas, la indecisión y el miedo, y se colocó el camisón que había estado mirando los últimos minutos.

Se miró al espejo e hizo una mueca. El camisón había venido en el ajuar que le había armado la modista luego de mudarse a Welltonshire. Ella casi no había participado en la elección de las prendas, pero la mujer le había asegurado que el Conde iba a estar encantado con cada cosa que había allí dentro, señalándole esa en especial como la más hermosa y la que no fallaría. Estaba tomada de un modelo que utilizaban las mujeres francesas desde hacía ya muchos años. Mel nunca había visto algo tan indecente y escandaloso en su vida, tenía tan poca tela que ni ella podía continuar viéndose al espejo, así que tomó la bata para cubrirse y protegerse. ¡Ni siquiera le llegaba a los tobillos! Terminaba a unos cuantos centímetros debajo de la rodilla y en la parte superior solo estaba sujeta por dos tiras finísimas. Le daba pudor solo utilizarlo, salir así para que él la viera le causaba pánico.

Lo primero que Francis vio fueron cuatro dedos que se sostenían del biombo y se quedó plantado, preguntándose qué estaba ocurriendo. Luego Melanie asomó la cabeza con expresión dubitativa y se asustó al verlo a él ahí delante.

—Estás aquí —dijo.

—Justo aquí —asintió.

Ella apretó los labios e hizo una profunda inspiración antes de salir y mostrarse por completo. De forma automática, Francis dio un paso hacia atrás, atónito por lo que veía. Melanie cruzó los brazos delante del pecho para no sentirse tan expuesta y deseó poder hacer lo mismo con sus piernas. Se movió y caminó alejándose de ahí para salir de ese minucioso estudio que la ponía más nerviosa de lo que ya estaba. Le dio la espalda, hizo acopio de todo su valor y dejó caer la fina bata de seda.

—¿No vas a decir nada? —preguntó apretando los ojos, sin lograr encontrar la fuerza para girarse.

—¿Qué podría decir? Me has quitado el aliento —susurró comenzando a acercarse a ella—. ¿Por qué...?

No tenía una pregunta clara para formular. Se colocó detrás de ella y le corrió todo el cabello hacia un lado, apoyó la cabeza sobre su hombro cuando la abrazó desde atrás y cerró los brazos delante de su abdomen.

—¿A qué debo esta maravillosa sorpresa?

Sin salir de su abrazo, Melanie se giró hacia él, que terminó cerrando los brazos en la parte baja de su espalda.

—Cuando nos casamos, dijiste que me esperarías, que esperarías hasta que yo estuviese lista. —Hizo una pausa y él aguardó pacientemente a que continuase—. Y no sé si alguna vez voy a estar lista, pero si no lo intento, si no lo intentamos, creo que tampoco lo sabré nunca.

—¿Y estás dispuesta a intentarlo ahora?

Le dedicó un asentimiento lento, tan avergonzada, que no pudo mirarlo a los ojos.

—Sí, creo que sí.



## CAPÍTULO 34

—Entonces creo que debemos intentarlo —respondió sonriéndole y besándola en la mejilla mientras la tomaba por la cintura para acercarla a su cuerpo—. Tú sabes muy bien que nunca te haría daño, sabes que te amo y solo quiero hacerte feliz.

—Y lo haces, soy muy feliz —confesó—. Nunca había sido tan feliz como cuando estamos juntos, es por eso que quiero hacer esto, por ti y por mí. Necesito que me ayudes a ser libre de... él. No quiero recordarlo más, no quiero tener miedo por su culpa, necesito sacarlo de mi vida.

—Ese hombre está muerto, Mel.

—No para mí, no sé si alguna vez pueda estar segura de eso, pero ahora mismo quiero dejar de pensar en él y pensar en ti.

Alzó una mano y le acarició la mejilla. Muy despacio, movió un dedo y lo miró a él que continuaba estático, dejándola que hiciera lo que deseara, otorgándole cierto poder para darle confianza. Posó la mirada en sus labios, embelesada con ellos, y deslizó el dedo por el labio inferior, y estaba moviéndolo hacia una comisura cuando él la sorprendió dándole un beso juguetón. Lo miró a los ojos y le devolvió la sonrisa que tenía plantada en su rostro.

Melanie volvió a acariciarle la mejilla y Francis la imitó sin soltarle la cintura con el otro brazo. Deslizó los dedos por la curvatura de la mandíbula y siguió bajando hasta que, con la palma abierta, le cubrió el cuello y enterró los dedos en la nuca de su esposa para atraerla hacia sí. Entonces la besó, primero con un ritmo lento y delicioso, y siguiendo el compás de los latidos de su corazón fue acrecentando la intensidad. Le agradó saber que ella se estaba entregando sin dudas ni miedos. Ahora estaba en sus manos controlarse para no arruinarlo por sucumbir a sus instintos libidinosos.

Recorrió sin prisas hasta el último rincón de su boca conociendo lo que ella le había entregado, y con el propósito de seducirla y conquistar sus sentidos. Sus manos se movieron solas hacia los hombros y hacia esas finas tiras que mantenían sujeta la única prenda que llevaba. Con expertas caricias, le recorrió los brazos de arriba hacia abajo y luego ascendió repitiendo el contacto varias veces hasta que Melanie posó las manos en su pecho e hizo presión sobre él para alejarlo.

—Hey —susurró peinándole el cabello con los dedos—. ¿Qué sucede?

—No quiero solo besos esta noche —musitó muy bajito, pero con la valentía suficiente como para mirarlo a los ojos.

Francis se había asustado cuando lo alejó y ahora solo tenía ganas de reír por su inocencia. ¿Ella creía que él no había entendido? Era casi imposible que no lo hubiese hecho.

—Lo comprendí muy bien antes, amor.

—Pero no estás...

El Conde entrecerró los ojos.

—¿No estoy...?

Melanie abrió los ojos de par en par y ladeó la cabeza.

—Tú tienes que saberlo, solo me estás besando, ¿no tenemos que ir a la cama? Y tienes que quitarte... —Señaló su pantalón con un dedo ya que se había quitado la camisa antes.

Francis entendió que ella todavía tenía en la cabeza las atrocidades que le hacía el difunto lord, no tenía idea acerca de lo que era la verdadera intimidad entre un hombre y una mujer, mucho menos entre un esposo y una esposa.

—Todo a su tiempo —compuso—, vamos a hacer muchas cosas esta noche, no seas impaciente.

Ella sacudió la cabeza hacia ambos lados.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué es lo que tengo que hacer para complacerte?

—Solo tenerte aquí me complace —dijo asiéndola con más fuerza por la cintura e inclinándose para besarla en la nariz—. Pero puedes abrazarme, besarme, acariciarme, arañarme, lo que desees.

—¿Arañarte? ¿Por qué? —preguntó entre asustada y extrañada.

Francis dejó escapar una risa y volvió a su expresión seria cuando dijo:

—Déjame mostrarte.

Mirándola a los ojos, se puso de cuclillas y posó las manos abiertas en la parte más baja de sus piernas. Desde ahí comenzó a ascender tocando su piel con la yema de los dedos y utilizando también sus uñas, que cortas como estaban y con la suave presión que ejercía sobre su piel, no había modo de que le provocaran daño alguno, sino todo lo contrario, tenía el firme propósito de darle placer. Se puso de pie, pero continuó trazando un camino en sus muslos a medida que le levantaba el fino camisón de seda en la demostración que le había prometido.

—También puedes mordirme —le susurró al oído—. ¿Quieres que te muestre cómo?

Un suspiro huyó de los labios de Melanie cuando volvió a hablar.

—Por favor —dijo, y Francis sonrió viendo sus ojos cerrados.

Ella lo estaba disfrutando y él cumplía su principal objetivo que era justamente ese. Sin pensarlo, envolvió el lóbulo de su oreja con los labios y luego lo acarició con la lengua antes de terminar por rodearlo con los dientes y darle un pequeño tirón.

—¿Estoy haciendo algo que te desagrada? —preguntó con las manos en el límite invisible entre sus muslos y su trasero.

Sintió como ella contenía el aliento y todavía con los ojos cerrados movía de nuevo la cabeza en una negación.

—Quiero que me mires —pidió retirando las manos de allí y llevándolas a las tiras del camisón. Podría haber continuado como antes, hacerle levantar los brazos y quitárselo por arriba, pero se moría por verlo caer junto a la bata y formar un círculo a su alrededor.

Cuando Mel abrió los ojos, comenzó a deslizarle hacia los costados las tiras que no tardaron en caer y una vez en los brazos no se detuvieron hasta que toda la prenda estuvo en el suelo. Francis ya la había visto en una ocasión, pero no había sido igual. Ahora no tenía nada, todo su magnífico cuerpo estaba desnudo para que él lo venerara y amara tanto como la amaba a ella.

La tomó por ambos lados de la cadera y empezó a recorrerle los costados hasta que vio que Melanie elevaba una sola mano y la posaba en su pecho. Se detuvo creyendo que era lo que ella deseaba, pero lejos de eso, su esposa lo imitó en su acto de antes, arrastró las uñas con la delicadeza de siempre y recorrió y delineó sus músculos.

—Te amo —dijo con orgullo—. Estoy enamorado de mi esposa y es lo más maravilloso que pudo ocurrirme en la vida.

Melanie tragó saliva por la conmoción que le produjo oírle decir eso en la situación que se encontraban. Quería decirle lo mismo, pero las palabras no salían de su boca, tampoco sabía si tendría algún sentido hacerlo. Nunca se lo había dicho a nadie antes, ni a su padre, ni a su madre, nadie la había amado ni le había enseñado a amar.

—Yo no sé cómo amarte —logró articular con la voz amortiguada por el pecho de su marido.

Francis continuó con su trabajo de inspeccionar ese cuerpo a fondo, pero le respondió sin dejar de acariciarla ni prestar atención a cada curva.

—Ya lo estás haciendo —pronunció con seguridad—, si no me amaras no estaríamos aquí, ahora. No dejarías que te haga el amor. ¿No me crees?

—No es que no te crea —dijo, y alzó los ojos hacia él—, es que...

Fran no la dejó ahogarse en sus propias palabras y la besó en los labios antes de que se pusiera más nerviosa.

—No se necesitan palabras para decirle a alguien que lo amas, hay muchas formas de demostrarlo, y cuando acabe esta noche, no vas a tener dudas de lo mucho que te amo. Y estoy seguro que yo tampoco.

Le robó una sonrisa sutil y él también sonrió como el bobo enamorado en el que se había convertido. Volvió a tomar su boca y con esa distracción la cargó en sus brazos para depositarla en la cama que tenía a tan solo pasos. Ahí se dedicó a probar cada uno de sus rincones, saborear ese momento y hacerlo inolvidable para los dos. Se acariciaron, besaron, y sí, arañaron, hasta que ambos estuvieron sudorosos y agitados.

Se adentró en ella con cuidado, con calma y suavidad, decidiendo tratarla como si fuera virgen, porque si lo pensaba bien, lo era. Nunca se había entregado a un hombre por decisión propia y nunca antes la habían amado de esa manera. No dejó que se tensara en ningún momento, con una mano condujo una de sus piernas para que lo rodeara por la cintura y ella lo dejó hacer.

Melanie no sintió dolor, nada parecido al sufrimiento, no había asco, ni angustia tampoco. No sabía lo que era, no tenía una palabra para describir lo que estaba haciendo, pero bien podía ser *maravilloso*. Francis la hizo suya esa noche y le demostró cuánto la amaba, como había prometido. Melanie descubrió que hacer el amor era de lo más fascinante. No logró encontrar similitud alguna con lo que le habían hecho en un pasado que parecía demasiado lejano, y se preguntó por qué había tenido tanto miedo a que su esposo la tocara antes, por qué había esperado tanto tiempo para dar ese paso.

\*\*\*

Melanie se despertó a la mañana siguiente y se dio cuenta de que había dormido más de lo normal cuando percibió lo potente de los rayos del sol que ya estaba alto en el cielo. Besó en la mejilla a su esposo dormido y salió de la cama en busca de algo que ponerse en uno de sus baúles. Tenía que ver a su hija primero, luego encargaría que le subieran agua caliente para bañarse y adecantarse antes de bajar a desayunar.

Sabía que una esposa no tenía que levantarse de la cama antes que el hombre, quizá menos después de lo que había pasado la noche anterior, pero Francis entendería su necesidad de comprobar a su hija. Tenían una nodriza que ella había tenido que aceptar para que su nana no se preocupara, y además porque después de su accidente, estaba bien asegurarse un poco de ayuda por si surgía algún otro problema o, como esa noche, que ella la había solicitado para poder pasar tiempo con su esposo.

Se colocó un vestido de mañana, bastante gastado y usado, pero que podía ponerse sin molestar a nadie porque se ataba por delante. Se cepilló el cabello y salió del cuarto haciendo el menor ruido posible para acercarse a la habitación infantil. La Condesa Viuda se había lucido preparándolo. No tenía comparación con el pequeño cuartito que le habían armado en la casa de Kemble.

Abrió la puerta y entró con el mismo sigilo con el que había salido del suyo, pero casi gritó cuando una vio la figura imponente que estaba tapando parte de la ventana. Retrocedió un paso y se llevó una mano al pecho con el corazón golpeando con fuerza... Ese maldito hombre.

—Señor Ayrton —dijo normalizando su respiración—, ¿qué hace aquí? ¿Dónde está la señora Hargraves o la nodriza?

Se acercó a la cuna y miró a su hija plácidamente dormida.

—No lo sé, milady. La señora Hargraves pidió que revisaran una traba de la ventana, está floja. Estaba mirando si necesito traer algo del pueblo para arreglarla.

Melanie lo observó, recelosa. Nunca terminaría de agradecerle ese hombre, había algo mal con él y a la vez algo extrañamente familiar. Todavía no podía dilucidar qué, pero en algún momento lo haría.

—Muy bien —compuso mirando la ventana. Ese cuarto tenía que estar más asegurado que cualquier otro de la mansión—. Asegúrela bien, por favor.

Alec se acercó a la cuna y miró hacia adentro antes de dirigir la vista hacia ella.

—Por supuesto. Si me permite, Lady Welltonshire, quiero darle mis felicitaciones por su hija, es muy hermosa.

Mel sonrió apenas.

—Lo sé, gracias.

La puerta volvió a abrirse y los inconfundibles pasos de Francis hicieron que se girase. El Conde, que solo llevaba el pantalón de pijama y una bata, y todavía no estaba despabilado, los contempló confundido por un segundo.

—¿Alec? ¿Qué estás haciendo aquí?

A Mel le llamó la atención la poca preocupación que había en la voz de su marido, la confianza que tenía en ese hombre era increíble, ¿sería que ella se equivocaba? Quizás Alec solo era un buen hombre y lo estaba juzgando erróneamente.

—Revisando una traba floja de la ventana, la Señora Hargraves me pidió que le echara un vistazo, la arreglaré cuando vuelva del pueblo.

—Oh, sí, hazlo por favor. —Asintió y le sonrió. Se acercó a Melanie y la rodeó con un brazo mientras le daba una palmada en la espalda al hombre que los acompañaba—. ¿Has visto a mi hija?

Alec le devolvió la sonrisa y Melanie no pudo dejar de observar las curvas de sus labios perfectos, miró a Francis que estaba distraído con Frannie, y comprobó que no eran iguales a las de él, pero entonces... ¿quién? ¿A quién se parecía?

—Estaba felicitando a la Condesa por una niña tan preciosa —musitó y dio un paso atrás para alejarse—. Volveré en un rato, hasta luego.

Francis esperó el ruido de la puerta cerrándose y se volvió hacia su esposa. La tomó por la cintura y se acercó a sus labios, ansioso por tomar posesión de ellos.

—Me asustaste, desperté y no estabas, casi entro en pánico.

—Quería ver a Frannie y menos mal. Mira, la han dejado sola.

—Está dormida —compuso él mirando a la bebé.

—La casa es muy grande —se quejó—. Podría empezar a llorar y nadie la oiría.

—Hay mucha gente alrededor, no creo que eso llegue a suceder.

Sin darse por vencida, apoyó las manos en sus hombros y habló con firmeza.

—Por eso mismo, no debería de haber problema en que se turnaran en vigilarla cuando yo no estoy, paso casi todo el tiempo con ella, no sería demasiado pedir.

—*Mmm*, me ocuparé de eso. Pero ahora que está bien dormida, voy a aprovechar para secuestrarte un ratito más solo para mí.

Ella sonrió.

—Tal vez tengas alguna posibilidad si consigues a alguien que se quede con Frannie.

—Como ordene, milady, ¿qué le parece un baño caliente y desayunar en la cama? —ofreció acariciándole la mejilla con la punta de la nariz.

Mel le dio un beso fugaz.

—Me parece perfecto.





Melanie y Francis iban bajando la escalera cuando el Señor Dawson apareció ante ellos casi al final de esta.

—¡Oh! Milord, iba a buscarlo. Hemos recibido una visita inesperada.

—¿Una visita? —Inquirió el Lord—. ¿Quién pudo haber venido?

Hacia dos semanas que estaban en Welltonshire, pero se habían dedicado a recuperarse del interminable viaje de regreso desde Kemble. Francis no había querido pensar en que debería ir a Londres pronto, ya fuese para cerrar el tema de la investigación o para asistir a la apertura del Parlamento. Quería hablarlo con ella, pero cada vez que recordaba eso, buscaba una excusa en su mente para no comentárselo a Melanie porque sabía que no le caería nada bien la noticia.

—Lord Brookshire, milord.

—¿Parker? —Alzó las cejas, pero no pudo evitar sonreír.

El mayordomo asintió.

—Está esperando en el salón.

—Ven, vamos —le dijo a Melanie y colocó una mano en su espalda para conducirla.

Ella fue disminuyendo la velocidad con la que caminaban hasta que terminó por detenerse y se giró para mirarlo a los ojos.

—¿Qué sucede?

—Tal vez debería dejarte solo para que trates con tu amigo.

Francis arrugó la frente y se inclinó para rodearle la cintura con los brazos y hablar con los labios casi rozando los de ella.

—Claro que no, quiero que conozca a mi esposa. Es un buen amigo, te agradará, te hablé de él, ¿recuerdas? No tienes por qué tener miedo, algún día tendrás que enfrentarte a la sociedad, cariño, no voy a permitir que te escondas aquí toda tu vida.

—No quiero que tú te escondas, pero a mí no me molestaría.

Él negó con la cabeza.

—Nada de eso, a donde yo vaya mi esposa me acompañará.

La sorprendió robándole un beso rápido en los labios y enseguida le tomó la mano.

Melanie entró a la sala junto a Francis, y el hombre que esperaba sentado en un sillón se puso de pie apenas al verlos. Alto, de abundante cabello castaño y ojos igual de oscuros, el famoso Parker era bastante intimidante. Observó cómo él y Francis se saludaban e intercambiaban unas cuantas palabras antes de volverse hacia ella.

—Parker, mi esposa, Melanie. Cariño, este es mi buen amigo, Lord Brookshire.

Ella hizo una prolija reverencia.

—Lord Brookshire.

—Es un placer conocerla, Lady Welltonshire —saludó él inclinándose sobre su mano.

Mel se esforzó por sonreír y lo más importante, hablar. Había pasado tanto tiempo en compañía de Francis y criados, en su mayor parte mujeres, que había olvidado lo que era enfrentarse a un hombre tan poderoso y desconocido como el que tenía enfrente. Y ahora sabía muy bien por qué con ellos era diferente, ese poder que irradiaban con solo estar de pie le recordaba a Ralph y lo indefensa que había estado ante aquel hombre.

Abrió la boca, y por un segundo no salió nada de ella hasta que lo consiguió.

—Francis dijo que usted estaba casado, ¿su esposa no lo acompaña?

—Me temo que no. Ashleigh acaba de dar a luz hace cerca de un mes, ha permanecido en la casa de campo que heredó de la familia de su madre desde entonces.

—Bueno, esa es toda una noticia —dijo Francis dándole una palmada en la espalda—, quién iba a decir que nuestros hijos tendrían la misma edad.

Parker sonrió.

—Sí, Emmeline me contó que tu hija había nacido. Felicitaciones a los dos.

—¿Usted también tuvo una niña? —preguntó Mel.

—No, es un varón. Su nombre es Harvey.

—El heredero —murmuró Francis—. ¿Cómo es eso que has visto a mi hermana?

Parker pareció nervioso por un momento.

—Sí, los visité a ella y a Thornehill hace pocos días. Solemos cruzarnos en algunas veladas, nada difícil si uno está en Londres antes de que comience La Temporada, hay tan poca gente que terminas encontrándote siempre a los mismos. Me han enviado esto para ti —dijo sacando unas cuantas cartas del bolsillo interno de su chaqueta.

—Gracias —musitó dejándolas en una mesilla a un lado—. ¿Qué te trae por aquí, Parker? Imagino que no es una simple visita social, tan repentina.

—Solo unas cuestiones en las que necesito asesoría confiable de mi buen amigo. —Pero Francis supo que estaba mintiendo apenas habló, lo conocía bastante bien como para saberlo, no por nada eran amigos desde que tenía memoria. De igual forma no insistió, quizá era por Melanie que no quería revelar la verdad, pero terminaría por hacerlo—. Espero no te moleste mi súbita llegada.

—En absoluto, siempre es un placer verte, madre estará encantada con la visita.

Pidieron té con galletas y se sentaron en la sala donde se dedicaron a conversar por más de una hora. Mel descubrió por qué Francis le tenía tanto aprecio a Lord Brookshire, parecía un buen hombre, tanto como él mismo. Era educado, simpático e inteligente, aunque lo que le pareció extraño fue lo reacio que se mostraba a la hora de hablar de su esposa y su hijo. Es más, casi ni los había nombrado en toda la charla. Había preguntado por Frannie, por su inesperada boda, había hablado de Emmeline a quien parecía guardarle mucho cariño y hasta le había contado que había estado a punto de comprometerse con ella si no hubiese sido por el Marqués.

Ella se dedicó a escuchar más que a hablar, pero se sorprendió pensando en que quizá sí podría hacer eso después de todo. Alternar con la sociedad no debería ser tan difícil, se esperaba que las mujeres no emitieran demasiada opinión, así que su silencio hasta podría llegar a ser tomado como bueno mientras supiera detectar los momentos en los que sí debía hablar.

Melanie estaba sirviendo más té a los caballeros cuando la puerta se abrió de golpe y la señora Dawson entró junto a la Condesa viuda.

—¡Lady Welltonshire! —exclamó el ama de llaves.

Melanie dejó la tetera de porcelana apoyada en la mesita y se levantó obligando a los caballeros a hacer lo mismo.

—¿Qué sucede? —preguntó Francis antes que ella—. ¿Qué es este revuelo? ¿Madre?

—Es la niña —dijo Annabeth—, parece que no pueden encontrarla por ningún lado.

Mel sintió que se le congelaba la sangre lentamente, era como si una escarcha helada comenzara a recorrer sus venas.

—¿Qué?

Sintió que todo dentro de ella se iba desmoronando a una velocidad impresionante. Un dolor agudo le atravesó el pecho y la sensación de entumecimiento general tomó posesión de su cuerpo.

Francis dio un paso hacia adelante sintiendo algo parecido a lo que le estaba ocurriendo a su esposa.

—¿Cómo que no la encuentran?

—Estaba dormida y la niñera bajó por un rato y...

Melanie la cortó.

—¡Les dije que no tenían que dejarla sola! Se suponía que tenían que estar con ella todo el tiempo. —Annabeth intentó acercarse a ella, pero Mel ya estaba caminando para salir de ahí.

—Estaba dormida, milady —intervino la señora Dawson—, solo bajó un momento.

—¡Y por ese momento que descuidó su trabajo ahora mi hija no está! —El Conde llegó hasta ella y trató de calmarla aunque él mismo estaba muy lejos de sentirse así. Pero Mel se resistió—. Es él, Francis, te dije que no estaba muerto, se la ha llevado. Dijo que lo haría y cumplió, ¿qué vamos a hacer?

Francis se puso en marcha y organizó una búsqueda en los alrededores en compañía de Parker, pero tanto él como Melanie sabían que no la encontrarían. Había sucedido lo mismo cuando buscaron al propio Ralph meses atrás, si no quería ser encontrado no lo hallarían.

\*\*\*

Annabeth acompañó a Melanie a su cuarto y la instó a sentarse en la cama para tratar de tranquilizarse. Estaba siendo inusualmente amable.

—No entiendo quién podría habérsela llevado —dijo la Condesa viuda—. ¿Quién es este hombre, Melanie?

—Alguien muy peligroso —murmuró apoyando la cabeza entre sus manos.

—¿Pero por qué hacer esto? ¿De dónde lo conoces?

Estaba llena de pánico y responder a un interrogatorio no le hacía ninguna gracia. Levantó el rostro para observarla y se encontró con una mirada que no supo reconocer, no sabía si estaba preocupada o lo estaba fingiendo, tampoco podía dilucidar si la acusaba de lo que estaba sucediendo o no.

Se puso de pie y se acercó a la ventana. Afuera todo parecía calmo y en paz, era un día maravilloso.

—Es un hombre que me hizo mucho daño poco antes de conocer a su hijo. Creí que ya había terminado, que no volvería a tener que enfrentarlo. Me equivoqué.

Annabeth se puso de pie y caminó hasta donde se encontraba ella.

—¿En qué forma te hizo daño, Melanie?

Mel ni siquiera la miró.

—No quiero hablar de eso, no tiene sentido. Lo único que importa es encontrar la forma de sacar a mi hija de las garras de ese animal.

Guardó silencio a pesar de que su suegra siguió haciendo preguntas, le importó muy poco lo que pudiese llegar a pensar de ella. Por fortuna, la señora Hargraves entró a la habitación con un té de hierbas para ayudar a calmarla y Annabeth terminó por marcharse.

—Deberías beber un poco —insistió la anciana que lucía tan mal como ella. Las dos sabían quién era el verdadero responsable y de lo que era capaz aunque no lo dijeran.

—Bébelo tú, eso me da mucho sueño, necesito estar despierta.

—El Conde y su amigo han salido con un montón de hombres y caballos, rastrillarán la zona.

Melanie sonrió con tristeza, y rezó por equivocarse. Quizá ella estaba confundida y Ralph estaba muerto. Permaneció un rato en el cuarto hasta que su nana decidió bajar y comprobar si había alguna noticia. Mel no podía permanecer encerrada ahí sin hacer nada, pero lo más irónico era que tampoco había nada que pudiera hacer. Fue hasta la habitación infantil y abrió la puerta con lentitud. Por un segundo olvidó todo y fue recién cuando se acercó a la cuna que la realidad volvió a golpearla. Tuvo que sujetarse de los barrotes de madera para no caerse, e hizo un gran esfuerzo por respirar; sintió que se le cerraba la garganta a causa de ese miedo tan desgarrador que le era más familiar de lo que le habría gustado. Permaneció unos pocos minutos mirando esa cuna desierta, igual de vacía que como se sentía.

Miró hacia la puerta cuando el picaporte se movió, y creyó que sería Francis quien aparecería ante ella. Se equivocó. Alec Ayrton apareció y cruzó el umbral cerrando la puerta detrás de él.

—¿Tienen noticias? ¿Dónde está Francis?

Alec esbozó esa sonrisa que se le hacía tan conocida sin poder dilucidar dónde la había visto antes y ella retrocedió. No le gustó nada, no era una expresión de buenas noticias.

—Francis está buscando a la niña por todo el pueblo junto con la mayoría de los hombres de esta casa. Increíble, hasta el señor Dawson se ha subido a un caballo, no estoy seguro de haberlo visto en uno en todos los años que llevo aquí.

—¿Por qué no está con ellos? ¿No debería estar ayudando a los hombres, señor Ayrton?

—Debería. Me separé del grupo, creo que los dos sabemos muy bien que no van a hallarla.

Mel alzó la barbilla a pesar de que todo le temblaba y sentía que podría desvanecerse en cualquier momento.

—¿Dónde está mi hija? —demandó—. ¿La tiene usted?

El señor Ayrton se acercó a ella un paso más y habló muy bajito.

—Mire, si quiere recuperar a su hija, va a hacer todo lo que yo le diga. Va a buscarse un abrigo que no sea llamativo, lo que crea que necesita la niña de forma urgente y sin que nadie sospeche ni la vea, se va a encontrar conmigo detrás de los establos en diez minutos. No se retrase, ¿entendido?

En medio del shock no supo hacer otra cosa más que asentir. En cuanto él se marchó, dejó de pensar en otra cosa que no fuese buscar algunas mantas para su hija y algo de ropa, incluidos pañales. Metió todo dentro de una bolsa pequeña y corrió a su cuarto por el abrigo. Luego bajó las escaleras principales sabiendo que sería mucho más fácil y eran menos las posibilidades de encontrarse con alguien que por las del servicio. También usó la puerta principal dado que toda la actividad parecía encontrarse en la cocina y la mayoría de las mujeres estaban reunidas allí; además, no quería encontrarse con la estúpida joven que había descuidado a su hija, de no ser por ella Frannie aún estaría a salvo.

Había dado órdenes por una razón, ¿después de eso empezarían a oírla un poco más? Estar enojada era mejor que estar asustada, así que continuó esa línea de pensamiento hasta que llegó a donde Alec le había indicado. Entonces no hubo nada que pudiese borrar el miedo.

—Ah, muy bien, mira qué considerado que he sido, sé que a milady no le gusta montar a caballo.

—No sé cómo hacerlo.

—Es por eso que traje este tílbur. Sube, date prisa. No tenemos mucho tiempo.

Como ella no se decidía a hacerlo, terminó por tomarla de un brazo y casi arrastrarla hasta hacerla subir. Se sentó junto a ella y con las riendas hizo que el caballo comenzara a moverse. Estática, se sujetó por donde pudo para no caer por lo rápido que se movían y la fuerza con la que saltaban cada vez que agarraba algún pozo. No tardó mucho en llegar a lo que parecía una pequeña cabaña oculta. Estaba lejos de la casa principal, pero seguían dentro de la propiedad de su esposo, o eso creía. Habían atravesado lo que podría ser un bosquecillo del cual solo había reconocido la primera parte, con Francis nunca se habían adentrado tanto, ni siquiera cuando había cabalgado con él.

—¿Dónde está?

—Camine —ordenó él empujándola hacia la puerta trasera.

—¿Por qué nos haces esto? —preguntó abrazando la bolsa—. ¿Qué es lo que le hicimos? Francis confía en usted, ¿por qué lo hace?

No contestó. Melanie no tuvo más remedio que seguir caminando hasta que entró a la cabaña, estaba tan nerviosa que no se dio cuenta de la otra presencia hasta que terminó chocando con ella.

Ahogó un grito y tropezó cuando intentó alejarse y fue sujeta por un brazo de nuevo.

—Tú —se le escapó.

—Sí —dijo con una mueca burlona—: yo.



## CAPÍTULO 36

—No está muerto —dijo Parker apenas se alejaron del grupo de hombres con los que habían salido de la casa—. Es por eso que estoy aquí, Thornehill me pidió ayuda. Una carta y no era confiable y no iba a dejar sola a Emmeline en Londres con el bebé. Era más rápido si venía yo solo.

Francis frenó el caballo tirando de las riendas.

—¿De qué estás hablando?

—Este... sujeto que estaban buscando. El que se suponía que estaba muerto, no lo está. Brought terminó por declarar la verdad cuando estaban a punto de acusarlo de asesinato.

El Conde se mareó, no entendía nada.

—¿Cómo es que sabes todo esto?

Parker se lo quedó mirando.

—¿No te acabo de decir que hablé con Thornehill y con tu hermana? Iban a acusar a Brought de asesinato cuando no quiso declarar en contra de esta asociación ilícita que tenía e incluía a esta persona que había aparecido muerta.

—¿Y terminó diciendo que era todo mentira? ¿No está muerto?

—No, al parecer lo amenazó y lo obligó a dar esa declaración.

Francis se llevó una mano a la cabeza.

—Dios santo, ese desgraciado está suelto, no puedo creer que hayamos sido tan ingenuos como para tragarnos todo el cuento. Podría tener a mi hija...

—¿Francis, qué es lo que sucede? ¿Quién es y por qué quiere hacerle daño a tu esposa? Sería de mucha ayuda para Thornehill y los investigadores tener ese dato, ¿no te parece?

Él sacudió la cabeza.

—No puedo decirles eso, Parker, es lo único que no puedo decir. ¿Por qué perdiste tanto tiempo antes? No me lo dijiste apenas llegaste.

—Pensaba hacerlo —retrucó—, pero no podía delante de tu esposa, asumí que...

Levantando una mano, lo detuvo.

—Está bien, está bien. Lo entiendo, vamos —instó azuzando el caballo—. Tenemos que seguir, debería haber alguna pista en alguna parte.

\*\*\*

Melanie no pudo dejar de mirar a Ralph mientras la arrastraba hasta el pequeño cuartito donde se encontraba Frannie. Él no tenía pensado soltarla, pero ella consiguió zafarse cuando vio a su hija recostada sobre la cama.

El hombre soltó una carcajada.

—Qué avispada te me has vuelto, querida. Me gusta.

Frannie estaba despierta, pero no lloraba. De todas formas la agarró y la abrazó porque lo necesitaba. Cerró los ojos y luchó contra el miedo, no tenía que dejarse vencer frente a él, no tenía que ser débil. Sabía que volver con Francis no sería fácil, tendría que mantenerse despierta a las oportunidades y saber cómo aprovecharlas.

—Es muy hermosa, nuestra hija —comentó Ralph aproximándose—. Se parece a mí, ¿no crees?

No podía darle la respuesta que ameritaba, se arriesgaría ella y a Francesca. Lo conocía demasiado bien.

—Es muy pequeña, no podría decirlo.

—Bueno, yo lo digo —replicó él tomándola por los hombros. Era bueno que no pudiese verle el rostro porque se habría percatado de la mueca de asco que puso, ¿cómo había podido olvidarse de las náuseas que le provocaba cuando la tocaba?

Había creído que seguía recordándolo todo, pero con el tiempo, Francis había borrado muchas cosas sin que ella ni siquiera lo notara.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó encontrando su voz a pesar de la turbación.

—Lo que me pertenece, solo eso.

Melanie consiguió girarse.

—Estoy casada, no hay nada que puedas hacer.

Ralph ni se inmutó.

—Eso es lo de menos, no vamos a permanecer aquí mucho tiempo.

Mel inspiró profundamente procesando lo que decía.

—Ralph, por favor, no puedes hacerme esto. No puedo irme y dejar a mi familia.

—Lo harás. Harás lo que yo digo si no quieres que haga desaparecer a esta niña que quieres tanto.

Moviendo la cabeza a ambos lados, apretó a la bebé contra ella y quiso retroceder reconociendo el cambio en el tono con el que habló, pero con el creciente miedo llenándola le fue imposible moverse.

—No, no te atreverías.

Con esa sonrisa tan espeluznante y una sola zancada, le tomó el cabello en un puño y lo cerró tirando de ella para que caminara hacia la ventana.

—¿Ves allí? —señaló—. Sabes lo que es eso, ¿verdad? ¿Tienes recuerdos sobre uno igual?

El río. Estaban a metros de un río más grande que el que estaba cerca de la casa Beckford.

—Así que ya sabes, si a mí me dejó inconsciente por días y casi al borde de la muerte, imagina qué podría pasarle a una criaturita tan débil e indefensa como esta que tienes aquí —musitó con toda calma pasando un dedo por la cabecita de Frannie.

—No te atreverías —consiguió articular Mel entre dientes.

—No me pongas a prueba, Melanie. Piénsalo muy bien.

Ella no respondió. Pensó que iba a marcharse cuando se alejó, pero solo lo hizo para lanzar un grito que la hizo estremecerse.

—Ayrton.

¿Y ahora qué? No quería quedarse sola con ese maldito, pero Alec no le daba ninguna seguridad tampoco. Cuando llegó, Ralph le dijo algo que no pareció agradaarle para nada, pero de todas formas pareció aceptarlo. Melanie palideció cuando lo vio acercarse a ella.

—No —dijo cuando supo lo que pretendía—, no, no. No te la vas a llevar.

—No me obligue a lastimarla, milady —susurró él—. La niña estará bien conmigo.

Melanie continuó negándose, sin soltarla.

—Es eso o la agarro yo y la arrojo a un lado, Melanie. ¿Qué acabo de decirte?!

—¡Ella no te hizo nada! Es solo un bebé, ¿cómo puedes ser tan cruel? Y tú, traidor, Francis confiaba tanto en ti.

Olvidó que tenía que controlarse, que le estuviesen arrancando a su hija tenía que ser motivo suficiente para perder la calma.

—Francis es un idiota que ocupa el lugar equivocado, un lugar que no le pertenece.

—¿De qué estás hablando?

—Ah, el señor Ayrton es el medio hermano del Conde, ¿no te lo dijo tu querido esposo? —soltó Ralph con la voz por encima de ellos dos. La distrajo, y Alec terminó de quitarle a Frannie, que comenzó a llorar enseguida—. Aunque los hijos bastardos no tienen derecho a heredar nada. Y fue peor en su caso, ni siquiera lo reconoció como uno.

A pesar de estar muy sorprendida por esa noticia, Mel siguió intentando acercarse a Alec para que le devolviese a su hija.

—¿A dónde la llevas? —gritó cuando el hombre rubio salió de la habitación cerrando la puerta detrás de él y Ralph la retuvo a ella dentro.

—Ya basta, mientras te comportes, nadie va a hacerle daño.

Ella sabía lo que significaba, tembló cuando le desprendió el cordón que sujetaba el abrigo y se lo bajó hasta que terminó en el piso. Se sentía aturdida, Francesca que no dejaba de llorar y eso la volvía loca, no podía soportarlo, menos cuando no sabía cómo estaría reaccionando quien la cuidaba.

Tragó saliva y le dolió. Le temblaban las manos de una forma que no podía controlar y llorar solo lo empeoraría, pero no estaba consiguiendo aguantarse. Miró el piso y trató de serenarse.

—No hagas esto, no quiero que lo hagas —compuso alzando los ojos hacia él y enfrentándolo—. Por favor, no lo hagas.

Él se carcajeó, con la boca cerrada el sonido se amortiguó y le vibró el pecho.

—Oh, por favor, ¿eso mismo le dices a tu marido? —La agarró por la cadera y le clavó los dedos a los costados haciéndola sollozar por el dolor.

Hundió el rostro en su cuello a pesar de que ella se inclinó hacia atrás para evitar su contacto. Luchó contra él, lo golpeó en el pecho y empujó para quitárselo de

encima. Solo terminó separándose de él cuando cayó hacia atrás, sobre la cama. Un año atrás se habría quedado estática, esperando que acabase lo antes posible, pero ahora tenía alguien por quien luchar. No iba a traicionar a Francis de esa forma, no iba a permitir que Ralph ganara por Frannie y no se dejaría deshonrar una vez más porque había aprendido a respetarse a sí misma. No iba a conseguir destruirla como tanto le gustaba a él.

A pesar de que se enganchó con la falda del vestido, se movió y terminó al otro lado de la cama, pero él fue más rápido y más que divertido, con pocos pasos le dio alcance y volvió a encerrarla. Detrás de ella solo había una pared de madera, y delante su frío y duro pecho.

—¡Basta! —gritó—. No me toques, no quiero que me toques.

—Tú no decides aquí —le respondió tomándola por ambas muñecas, separándolas a ambos lados de su cuerpo para que dejara de intentar alejarlo—. ¿Sabes que pasé días en un horrible catre en el establo de los pueblerinos que me rescataron? Hacía frío, el ambiente estaba impregnado de un asqueroso olor a caballo que creo que nunca voy a quitarme de las narices y tú me dices que no quieres que te toque.

Cada vez la apretaba con más fuerza, tanta, que ella movió los dedos tratando que no se le durmieran.

—¡Tú! —gritó Ralph—. Tú que eres la responsable de todo.

—Yo no quería matarte —le respondió Mel entre lágrimas—, ¡solo quería que te detuvieras!

Un golpe sonó en la puerta y también el llanto de Frannie se oyó más cerca. Ralph soltó un bufido y se dirigió hacia allí. Mel aprovechó a masajearse las muñecas donde ya le estaban apareciendo dos hematomas que dolían cuando los tocaba.

—Esto no va a funcionar, si no se calla nos van a descubrir. Ni que decir de los gritos que salen de este cuarto. Te lo advertí —dijo Alec viéndose muy molesto y la miró a ella—. Toma a tu hija y haz que deje de llorar.

Melanie corrió hasta él y se la sacó tan rápido como pudo. Además de estar asustada en brazos de un extraño, Frannie debía tener hambre, pero no podía desprenderse el vestido delante de ellos. Ralph estaba furioso por la interrupción y porque ella ya lo había provocado, predisponiéndolo a ese humor, algo que nunca le había costado mucho. Salió del cuarto y Alec se quedó en su lugar. Francesca no tardó en calmarse, era muy pequeña pero sabía reconocer los brazos de su madre. Era todo lo que necesitaba. Melanie se sentó en la cama porque se sentía agotada y creía que Ayrton no la atacaría de la misma manera que Ralph.

—¿Por qué lo estás ayudando?

—Porque paga bien —contestó con voz cansina—, y ver a Francis sufriendo un poco me causará un gran placer. A mi ver son motivos suficientes.

—¿Es cierto lo que dijo? —continuó—. ¿Francis es tu hermano?

—Medio hermano, el desgraciado de su padre me engendró.

—¿Abusó de tu madre? —preguntó ella en forma de susurro.

—No, era su amante, lo fue desde antes de que él anunciara que se casaría. Mi pobre madre era solo una muchacha inocente, seducida por un hombre de poder como el Conde. La enamoró y le prometió muchas cosas, ella creía que iba a convertirla en condesa. —Se rio sin rastro de diversión en su voz—. ¿Y sabes qué fue lo peor? Cuando trajo a su esposa a vivir a Welltonshire, la amenazó y la obligó a ejercerla como su doncella. No le bastó con romperle el corazón, deshonrarla para siempre, sino que se aseguró de tenerla cerca para que viera la vida que no podía tener.

—El Conde era un monstruo, pero Francis no tiene la culpa, señor Ayrton. Y mi hija ni yo tampoco, ¿por qué nos hace esto? ¿Por qué nos deja en manos de este loco? ¿Sabe que es mucho peor que ese hombre del que está hablando?

Alec la ignoró.

—Además de obligarla a atender a la mujer que le había quitado todo, se aseguró una amante bajo el mismo techo.

—Está muerto, su madre puede haber sufrido mucho, pero está muerto, ya no puede molestarla.

—Mi madre también está muerta, Lady Welltonshire. No solo la dejó preñada y no reconoció al hijo que tuvo, sino que cuando se aburría, la ahogó en el río y la dejó tirada allí para que se la comieran los bichos.

Mel jadeó de la sorpresa y el horror.

—Tenía diez años. Nadie quiso hacerse responsable del bastardo de la criada, hasta que la señora Dawson se apiadó de mí y me dio un lugar para vivir, me alimentó y lo más importante, me mantuvo lo más lejos posible de los ojos del Conde. Y cuando al maldito lo aplastó el caballo, creí que por fin tendría el lugar que me correspondía, que Francis me nombraría parte de la familia, o que por lo menos me haría sentir como uno más.

—Francis no lo sabe, Alec. —Usó su nombre de pila porque el apellido ya no le parecía correcto—. Le aseguro que no lo sabe, me lo habría dicho.

—Pero su madre sí, siempre lo supo.

—Eso no significa que le haya contado o que vaya a hacerlo en algún momento. No se merece su desprecio, como usted ni su madre se merecían lo que les sucedió. Mi esposo lo aprecia.

El rubio sonrió, y fue entonces cuando Melanie supo de dónde provenía esa familiaridad. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Tenía la sonrisa de Emmeline, la forma en la que se curvaban sus labios y la nariz eran idénticas. No había dudas que eran hijos del mismo padre.

—Él es menor, yo debería ser el conde, tendría todas esas propiedades y una esposa tan hermosa como tú.

¡No! No podría. No podría porque era ilegítimo, incluso aunque el Conde lo hubiese reconocido, seguía siendo un bastardo que no podría heredar el título nunca. No



se lo dijo, solo empeoraría su situación si lo molestaba también, pero ahora sabía que él no la ayudaría. Estaba loco, mal de la cabeza, cegado por el odio, la envidia, los celos.

Y ella estaba sola con su hija, en manos de dos demonios.



Francis llegó a la casa casi dos horas después de haber salido, sin haber hallado nada, ni la mínima pista acerca de quién podría haberse llevado a su hija o dónde la tenía. Y como si eso no hubiese sido suficientemente desesperante, entró al recibidor y se encontró con un revuelo impresionante. Varios hombres que habían arribado antes que ellos estaban allí y también todas las mujeres de la casa. No tardó más de un minuto en enterarse de que Melanie también estaba desaparecida, nadie la había visto desde hacía más de una hora y no podían hallarla.

Miró a Parker y los dos se entendieron. ¿Es que acaso lo habían dudado antes? Llevarse a Frannie solo había sido una trampa para tener a Melanie. Y lo había conseguido, el malnacido lo había logrado porque un hijo era lo más importante y la forma más fácil de manipular a una madre. ¿Sería que Ralph era hijo del anterior conde de Welltonshire? Francis no pudo evitar hacer la asociación, era la forma exacta en la que su padre había obrado en el pasado, la manera en la que había controlado a Annabeth, quien habría muerto con tal de proteger a sus hijos.

No tenían nada con qué continuar, lo único que podían hacer era esperar a que todos regresaran y le dieran sus informes. Habían quedado en no tardar más de tres horas, en ese tiempo tendrían que encontrarse en la residencia de nuevo, y de tener algún dato que llevase más tiempo, uno regresaría para dar la voz de alarma a los demás, ese era el sentido de salir en grupos o de a pares. *Esperar*. Francis odiaba esa palabra. No podía estar sentado, y ya ni podía caminar porque el miedo le había entumecido las extremidades. *Esperar*. Moriría esperando. De nuevo estaba muy cerca de perder a su esposa, una vez más alguien quería arrancarla de su lado.

Se cumplieron cuatro horas, una más de la acordada, y solo quedaba un hombre por volver: Alec. El Conde no comprendía cómo podía haberse separado de su grupo.

—¿En qué rayos estaba pensando? —exclamó dando un golpe en el apoyabrazos del sofá—. ¡Alejarse del grupo así! ¿Cómo sé si está muerto o descubrió algo que puede ayudarnos?

—Este sujeto que falta, ¿es el mismo que no me dejaba acercarme a Emmeline cuando éramos pequeños? —preguntó Parker con el ceño fruncido.

El muy idiota casi le había roto la nariz solo por darle un fraternal beso en la mejilla a Emmie. Siempre le había parecido que había algo raro en él y ese día lo había comprobado. Aunque no había podido identificar si estaba enamorado de Emmeline o solo pensaba que la protegía como otro hermano mayor.

—Nunca vas a olvidarlo, ¿no? Sí, es ese mismo.

—¿Y cuánto confías en él?

Fran dejó caer los hombros, agotado.

—¿Qué estás insinuando, Parker?

—Lo obvio —declaró inclinándose hacia adelante y alzando las cejas—. ¿No crees que podría traicionarte? Todo el mundo tiene un precio.

Se quedó pensando en silencio por un rato. Justo él no sería capaz, no Alec.

—Ha estado aquí por siempre, me cuesta mucho creer que quiera hacernos daño. Si necesitara dinero me lo pediría, estoy seguro.

—Quizás solo *quiere* dinero —recalcó el otro—. ¿Por qué no estaría aquí, Francis? Antes dijimos que tiene que haber alguien que lo esté ayudando, alguien que conozca bien el movimiento de la casa. Todos tus criados están aquí, incluso las mujeres.

Parker tenía razón. Parker Holiday, Lord Brookshire, era muchas cosas, pero no estúpido. Podía ser frío y mil veces más calculador que él; era una buena persona, pero cuando estaba en aprietos, cuando era necesario dejar las emociones atrás, podía hacerlo en un parpadeo. Probablemente la razón por la que se había casado con la pobre Ashleigh —o muy adinerada, más bien—, la había dejado encinta con un heredero y se había marchado de la casa cuando este tenía días de nacido.

—¿A dónde nos deja esto? Si él se la llevó, si él es un cómplice más, ¿qué se supone que haremos? Piensa, Parker, parece que eres el único que puede hacerlo con claridad en este momento.

—Bueno, tenemos que buscarlo a él. Tres agujas en un pajar, o cuatro, como parece ser el caso, deberían ser más fáciles de hallar que una pequeñita.

Incrédulo por sus muy acertadas metáforas, se detuvo a contemplarlo aguardando por la continuación. Por muy bien que se oyera, no ayudaba en nada.

—¿No hay nadie que lo conozca bien? ¿Su familia? ¿Una novia? ¿No está casado?

—No tiene familia, no está casado y no tengo idea de si tiene una amante o una novia. No podemos perder tiempo en buscarla ahora.

—Podría llevarnos hasta él. ¿Un lugar secreto en donde esconderse? Ha estado aquí por siempre, como dijiste antes, tiene que conocer la propiedad mejor que tú.

—Estoy seguro que lo hace, pero no sé quién podría saberlo. —Se quedó mudo y casi de un salto volvió a pararse—. La señora Dawson, prácticamente lo crio desde que su madre murió, quizá ella podría tener algún dato.

Francis irrumpió en la habitación de su madre, donde le habían informado que estaba el ama de llaves con la señora Hargraves acompañándola.

—Tiene que ayudarme —le dijo sin más—, usted puede hacerlo.

Parker se aclaró la garganta detrás de él.

—Lo que quiere decir, señora Dawson, es que creemos que el señor Ayrton está detrás de todo esto.

Annabeth jadeó, sorprendida.

—¿De dónde sacan semejante idea?

—No lo sé, madre, no ha regresado, es muy sospechoso. Ya dijimos antes que alguien de aquí debería estar involucrado, la forma en la que se han robado a mi hija delante de nuestras narices lo confirma, ¿no crees?

El ama de llaves se puso de pie, angustiada, secándose las lágrimas con un pañuelo.

—No creo que Alec sea capaz de algo así, milord. ¿Lady Welltonshire?

Las dos mujeres se miraron y Francis captó algo extraño en las ambas.

—¿Qué están escondiendo? —preguntó perdiendo la paciencia—. ¿Se dan cuenta de que cada segundo que pasa mi mujer está en manos de un loco? Necesito que hablen de una maldita vez.

Parker hizo una mueca, esperando el ya conocido regaño de la Condesa viuda por el vocabulario de su hijo, pero en lugar de eso, solo bajó la cabeza y suspiró. Ah, él tenía menos paciencia que Francis y ganas de sacudirla para que hablara no le faltaban.

—Hay algo que debes saber de Alec, Francis. No sé si será de ayuda o no, pero parece que ya no podemos seguir ocultándolo.

\*\*\*

Melanie pasó toda la noche despierta, no podía dormir así de asustada como estaba, y tampoco quitar los ojos de la bebé. Temía que si se descuidaba, volverían a llevársela o que Ralph pudiese sorprenderla con algún otro ataque. Ninguno de los dos apareció durante la madrugada, y a la hora de la cena le habían dado solo un poco de queso y pan que había comido para mantenerse fuerte, aunque algo más de alimento no le habría venido nada mal.

Cuando amaneció, Ralph entró al cuarto y ella se puso de pie al instante.

—Ah, bien, tienes el abrigo puesto —dijo entrando y tomando la bolsa en la que estaba la ropa de Frannie—. Vamos, camina.

—¿A dónde? ¿Por qué? —replicó con un temor creciente.

—Nos vamos —dijo con simpleza—. ¿Qué te parece? No nos vamos a quedar aquí a esperar que nos encuentren, nos hemos arriesgado mucho pasando la noche.

—No, no. No vamos a ningún lado contigo. —Melanie sabía que si se marchaban más lejos, las posibilidades de escapar irían desapareciendo o directamente se esfumarían. No podía resignarse, se había prometido que su hija no pasaría por nada de lo que ella había sufrido. Ese desgraciado no le arruinaría la vida a ella también.

—¿No hablamos antes sobre esto mismo, querida mía? Yo ordeno, tú obedeces.

—¿Y a dónde vamos a ir? ¿Qué es lo que quieres lograr?

Al ver que ella no se movía como le había indicado, él colocó una mano en su espalda y la impulsó hacia adelante sin darle lugar a negarse o resistirse.

Cuando llegaron al exterior, Melanie vio el carruaje y entró en pánico. Se movió hacia un lado, y escapó de la mano presurosa de su captor. Se alejó lo más que pudo, algo muy irracional. No pensó en que él sería más veloz, en que ella con el pesado vestido y con su hija en brazos no sería capaz de llegar muy lejos. Y no fue Ralph quien la detuvo, sino Alec.

—¿Pero qué crees que estás haciendo? ¿Estás loca?

—No vamos a irnos con él. Ayúdame por favor, no hagas esto, él es peor que tu padre, no lo conoces.

Alec rio.

—Y tú no tienes idea de lo que estás diciendo.

—A ver, Ayrton, parece que Lady Welltonshire no quiere entender que esto es serio. Vamos a enseñarle que no estamos jugando.

Alec se giró y lo miró interrogante. Ralph posó sus ojos en él por un instante y luego miró hacia el río. No fue bien recibido por el rubio, pero obedeció a regañadientes.

Luchó contra ella para quitarle a Francesca y no le costó mucho, esta vez no fue tan suave como la primera.

—¡No! ¡Dámela! —gritó luego de caer al piso por el empujón que le dio. Se paró enseguida y comenzó a correr detrás de él—. ¿Qué va a hacer? ¡Deténgase!

No recordaba haber gritado tan fuerte en su vida, desesperada por no llegar a alcanzarlo. Observó frustrada a dónde se dirigía: estaba caminando hacia el río.

¡No! ¿Qué iba a hacer? No sería capaz.

Las lágrimas comenzaron a caer a raudales sin previo aviso y sintió un nudo en la parte superior del estómago. Alguien la detuvo desde atrás cuando estaba a medio camino de llegar hasta Alec y no le permitió seguir. Agitada como estaba, respirar se le hacía más y más difícil y llorar era doloroso.

—¿Qué te dije? —le susurró Ralph en el oído—. ¿Crees que me importa lo que le ocurra?

El llanto de Frannie la desgarró por dentro, y Alec extendió hacia adelante las manos con las que la sujetaba a la bebé, de modo que quedó prácticamente suspendida sobre el agua del río que corría a gran velocidad.

—Dios mío, se le va a caer. Haz que se detenga, te lo ruego.

Se zafó de sus brazos y lo enfrentó; de esa manera podía verlo a él y también vigilar a su hija. No podía quitar los ojos de ella. También extendió las manos como si pudiese llegar hasta ella y agarrarla, pero era imposible.

—No soy yo, sino tú la que puede poner a la niña a salvo. Ya te lo dije —musitó Ralph con toda tranquilidad.

—Por favor —articuló con la voz cortada por el llanto y algunos hipidos—, ya me lastimaste demasiado, ¿por qué no te detienes?

Él la ignoró.

—Mientras más te tardas en tomar una decisión, más fácil se hace que la niña resbale. Mira todo lo que se mueve, no sería muy difícil que...

—¿Qué es lo que quieres?! —gritó interrumpiéndolo—. ¿Qué quieres?

—Que subas al carruaje y dejes de resistirte. Por ahora, eso es lo único que pido.

—Lo haré, lo haré. Por favor, solo... —Sin ser capaz de pronunciar otra palabra señaló con un movimiento hacia Frannie.

—Júramelo. Jura que no volverás a poner oposición. La próxima vez, le romperé el cuello, Melanie, ¿comprendes? No seré tan paciente.

—Lo haré, haré lo que me pidas, pero, por favor, devuélvesela a Francis. Solo eso te pido, déjala fuera de esto, ella es inocente, no tiene culpa de nada.

Ralph rio en respuesta.

—¿Crees que soy estúpido?

—Me iré contigo y no te desobedeceré nunca. Puedes castigarme a mí cuando quieras, pero ella no se merece esto. Piénsalo, por favor —insistió cada vez más aterrada, no sabía qué más hacer o decir para conseguir salvarla—. Ella necesitaría de mis cuidados y todo mi tiempo, deja que alguien más la cuide, Francis la quiere, él se hará cargo.

Pensar en el hombre que amaba y que no volvería a verlo le provocó un dolor agudo en el pecho. Nunca le había dicho que lo amaba, lamentó no haberlo hecho antes, no haberle dejado escuchar lo que sabía que él tanto ansiaba escuchar. Pero él tendría a Frannie, ella se lo diría. Se cuidarían entre los dos y ella, desde donde fuese que Ralph la tuviera, sabría que las personas que más quería en el mundo se tenían una a la otra. Le daría tranquilidad y algo de paz.

Casi cayó de rodillas cuando Ralph le hizo una seña a Ayrton y este volvió a cargarla y sacarla del peligro.

—Que quede clara una cosa, no creas que devolverla la pone a salvo. Si quiero, puedo volver y quitársela como hice antes, incluso puedo hacer que alguien más la tire al río sin ni siquiera moverme de donde estemos.

—Haré lo que sea, te lo juro. Devuélvela con su —se interrumpió, llamar a Francis padre de la niña podría molestarlo—... Solo devuélvesela al Conde y no te daré ningún problema.

La sonrisa que él esbozó fue asquerosa.

—Confío en que vas a cumplir al pie de la letra y procurarás complacerme en todo.

Ella asintió a pesar de las náuseas que amenazaban con subir por su garganta.

—Deja que me despida, por favor.

No fue de su agrado, pero extendió una mano hacia Alec para que se acercara. Melanie corrió hasta ellos, agarró a Francesca y la acunó contra su pecho, con la idea de que sería la última vez que podría abrazar a su hija en mucho tiempo, o quizá la última de su vida. No pudo hacer otra cosa que llorar en silencio mientras la besaba en la frente y la mecía para que se calmara.

—Lo siento, cariño, pero vas a estar bien, te lo prometo. Papá te quiere mucho y te va a cuidar. Espero que cuando crezcas sepas que te amé muchísimo, y a tu papá también. Te amo, bebé. Mamá te ama.



## CAPÍTULO 38

Melanie miró hacia donde estaban los dos hombres y vio que otra vez mantenían una discusión. A Alec no tenía que hacerle mucha gracia devolver a Frannie, pero tenía que confiar en que lo haría. Ellos dos debían tener un trato ¿no?

Confiado como estaba, Ralph parecía haberle dado espacio para despedirse de Frannie. Melanie miró hacia todos lados, pero lo pensó mejor antes de salir corriendo por segunda vez. No podía correr ese riesgo, no llegaría a ningún lado con ese maldito vestido tan pesado y con un bebé en sus brazos. Se le escapó otro llanto más sonoro y volvió a abrazarse de Francesca. Ese era el final, tenía que decirle adiós. No había escapatoria.

Prometiéndose que no perdería ni un segundo del tiempo que le quedaba con su hija, acopió fuerzas y se secó las lágrimas con una mano. No sabía si Frannie la recordaría, ella misma no tenía recuerdos de su madre, pero, por las dudas, le sonrió para que se llevase la mejor imagen posible de ella.

Estaba acariciándole las mejillas y todo su pequeño rostro cuando escuchó un ruido proveniente desde detrás de la cabaña, que no se encontraba más que a unos pasos de ella. Miró hacia ahí y lo que vio le hizo pensar que estaba alucinando. Le pareció ver a Lord Brookshire, pero solo un instante. Luego, lo único que quedó fue parte del cañón de un arma de fuego. Sus pies se movieron en esa dirección, primero tan lento que sus captores no lo notaron, pero al ver a Brookshire de nuevo y reconocerlo con certeza, sin pensarlo empezó a acercarse más y más a él, tan rápido que los otros dos se percataron de sus movimientos y gritaron mientras corrían para atraparla.

Fue entonces cuando el primer disparo sonó y Melanie sintió que todo a su alrededor se transformaba en puro caos.

\*\*\*

Francis seguía sin creerse todo lo que su madre le había contado, cuando uno de los lacayos más jóvenes apareció acompañado de un amigo del pueblo que no podía tener más de dieciséis o diecisiete años. El muchacho aseguraba que había estado cerca del río con una mujer la noche anterior, y ambos habían oído el llanto de un bebé. Como todos en el pueblo y los alrededores estaban al tanto de la desaparición de Frannie, no así de la Condesa, el chico había decidido dar aviso a su amigo que trabajaba en la residencia, pero, para desesperación de Francis, recién lo había hecho por la mañana, horas después, lo que complicaba mucho las cosas.

Le sacaron la ubicación sino exacta, lo más aproximada posible del lugar del que provenían los sonidos. Tanto Francis como Parker habían obviado buscar en esa parte en su recorrido porque no contaban con que alguien que conocía tan bien la propiedad estuviese participando del secuestro.

Cuando asumieron que Alec estaba involucrado, debieron de hacer una búsqueda más minuciosa; un gran error que cometieron. Él había estado tan afectado con las confesiones de su madre, que no había podido pensar con claridad. ¿Alec era su medio hermano? Eso no se lo había esperado, siempre lo había considerado un amigo más que un empleado, y casi habían crecido juntos con excepción del tiempo que él había pasado en Eton y en la universidad. ¿Por qué nunca le había dicho nada? De Annabeth podría esperarlo, pero él debería de haberle contado, ¿o quizá Alec creía que lo sabía? Lo único que no le había sorprendido era finalmente comprobar lo que siempre había pensado: la madre de Alec había sido amante del viejo conde y había muerto en sus manos.

Los dos dedujeron casi al mismo tiempo el sitio en donde podrían estar. De jóvenes, siendo casi vecinos por la cercanía de las propiedades de su familia, habían pasado mucho tiempo juntos recorriendo cada rincón de los terrenos que les pertenecían, y era justo ese mismo río el que dividía una propiedad de la otra.

Con un grupo de apoyo salieron a toda prisa hacia donde se encontraba la cabaña de caza y el Conde, más que ningún otro, rezó para no llegar demasiado tarde. No tenía idea de qué encontraría cuando llegase, pero sin duda nunca esperó algo tan extremo como ver a su recién descubierto hermano balanceando a su hija encima del río. Estuvo a punto de correr y lanzarse contra él en un ataque de furia y pánico, aun así, Parker lo detuvo a tiempo y silenció a todos a su alrededor, que contemplaban la escena horrorizados.

Algunos se escondieron detrás de la cabaña y otros entre los frondosos árboles. Desde su nuevo lugar, Francis vio a Melanie discutir con un hombre que estaba de espaldas a ellos, pero sin oír lo que estaban diciendo. Se le partía el alma al verla pasar por tanto dolor; no tuvo idea de cómo logró aguantar sin salir a enfrentarlos.

Y de nuevo estuvo listo para hacerlo cuando Ayrton alejó a la niña del peligro, pero Parker lo detuvo una vez más. Observaron a Melanie tomar a Frannie y entonces prepararon sus armas. Los tres hombres que compartían el escondite con ellos los imitaron y estuvieron listos para el ataque.

Fue pura suerte que Melanie se alejara de ellos y acercara a la cabaña. Solo Brookshire supo que ella lo había visto y por eso había corrido hacia allí alertando a los captores, quitándoles a ellos la oportunidad de un ataque sorpresa.

Francis no lo soportó más y salió del resguardo cuando vio la figura de su esposa acercarse corriendo en busca de ayuda. Disparos sonaron desde los árboles y desde el otro extremo de la casita. El Conde tomó a su esposa casi sin mirarla y la colocó detrás de él en un intento de protegerla de las balas, justo a tiempo para que esquivara una que había salido de una de las dos armas que portaba el tipo grande con el que la había visto hablar. Parecía estar enfocado solo en ella, en lastimarla, y no dudó que se tratase del malnacido de Ralph.

Utilizó su único disparo en él y comprobó con alivio que no había errado. Había muchas cosas que podría criticarle a su padre, la mayoría para ser honesto, pero su exigencia para que consiguiera una técnica casi perfecta y efectiva a la hora de manejar un arma era algo que podía agradecerle en ese momento.

Ralph se tambaleó y terminó cayendo con ayuda de otro tiro proveniente de un costado. Alec había caído antes. No había posibilidades de defenderse ante un ataque semejante, podrían haber esquivado a uno o dos, pero nunca a diez hombres. Varios de ellos se acercaron a comprobar el estado de los delincuentes, si se podían llamar así, y él se giró hacia su esposa, que permanecía con los ojos abiertos de par en par tratando de cubrir a Frannie todo lo posible.

No le alcanzó el tiempo para rodearla con sus brazos y estrecharla contra su cuerpo. A ella y a Frannie que no dejaba de llorar por los fuertes ruidos que habían sonado a su alrededor. Melanie volvió a llorar, de alivio, de felicidad, por el miedo que había pasado y un montón de emociones que le eran muy difíciles de explicar y discernir.

—Todo está bien, amor, todo está bien. Tranquila, ya pasó —le susurró, aunque también lo hizo para convencerse a sí mismo de que todo había pasado.

—Creí que nunca volvería a verte —sollozó sin soltarlo—. Pensé que nunca podría decirte que te amo, lo mucho que te quiero.

—Te prometí que te protegería, no me habría rendido hasta encontrarte y volver a tenerte a mi lado.

Mel se alejó un poco para ver su rostro, sus ojos, y Francis hizo lo mismo. La miró a ella y a su hija que no dejaba de llorar y gritar a todo pulmón.

—Mi pobre ángel, debe estar asustada —compuso acariciándola y contemplándola como lo más valioso que tenía en el mundo.

—Sí, sí. Ya, amor. Ya pasó, todo está bien —pidió meciéndola—. Papá está aquí, papá nos rescató.

Sonrió por primera vez en lo que le había parecido una eternidad y volvió a mirarlo a él porque le costaba creer que estuviese ahí. Pero cuando lo recorrió con sus ojos, se le detuvo el corazón una vez más.

—Estás sangrando —dijo sin aliento, viendo su camisa manchada de sangre, empapada en ella.

Francis había esperado que no lo notara.

—Estoy bien, no es grave.

—Pero hay mucha sangre, Francis —insistió alzando la voz y tocándolo alrededor de la herida—. ¿Te dieron?

—Sí, pero no es un lugar importante. Solo una rozadura, te lo prometo. Vamos a estar juntos mucho tiempo más, me han herido peor muchas veces antes y he sobrevivido.

Y con eso se refería a su padre, Melanie lo sabía.

Eso les recordó a los dos hombres que se hallaban a unos metros de ellos.

—Hay algo que tienes que saber —dijo Mel en tono lúgubre—. El señor Ayrton me dijo algunas cosas.

—¿Te dijo que es mi medio hermano?

Ella dio un respingo.

—¿Lo sabías?

Francis negó con la cabeza y miró hacia allí.

—No, mi madre me lo contó anoche.

No agregó nada, solo se dedicó a contemplar esa escena hasta que ella lo tomó de la mano.

—¿Quieres verlo? Tal vez no esté muerto.

—Debería —articuló él con voz cansina—. Quédate aquí, ya estás a salvo. ¿No había nadie más? ¿El otro es Ralph?

—Sí, solo ellos dos. No sé cómo consiguió que el señor Ayrton lo apoyara, pero lograron una buena alianza, los dos parecían despreciarnos de la misma forma. Alec creía que le habías robado su lugar.

—Y estaba tan loco como mi padre. Este tipo de crueldad debe ser algo con lo que se nace, todo lo que le ocurrió en la vida hizo que lo desarrollara con más fuerza. Nunca lo noté, jamás dudé de él.

Mel sonrió con los ojos empañados de nuevo.

—Eso es porque tú no eres igual a ellos, tu corazón es tan noble que no puedes ver ni comprender la maldad en los demás.

Él le devolvió la sonrisa y con el brazo sano le rodeó los hombros para acercarse a los dos cuerpos.

Ralph estaba muerto, no había dudas de eso. Mel lo contempló con una frialdad que asombró a su esposo, aunque la entendió. Después de todo lo que le había hecho, no podía sentir otra cosa sino alivio.

Miró a Parker que estaba estudiando las heridas de un inmóvil Alec y negó con la cabeza cuando alzó los ojos hacia ellos. Se puso de pie y con la misma expresión susurró:

—Lo siento, también está muerto. Sé que querías hablar con él, pero no me fue posible mantenerlo con vida. —Estaba terminando la frase cuando abrió los ojos de par en par y soltó una maldición—. ¿Te has dado cuenta de que vas camino a desangrarte?

Rápidamente miró a sus alrededores y vio la bolsa con ropa de bebé que había quedado tirada en el suelo. La abrió y rebuscó hasta que dio con algo que le pareció apto y corrió hasta su amigo de nuevo.

—¿Un pañal? —preguntó Francis arrugando la nariz.

—Está limpio —aclaró Parker haciéndolo soltar un quejido por lo fuerte que ató el torniquete improvisado—. Vamos, tenemos que movernos antes de que pierdas el brazo o te desmayes. No quisiera llegar a la casa contigo inconsciente y que tu madre intente asesinarme a mí.



—Creí que no era grave —musitó Melanie que había logrado que Frannie dejase de llorar de un momento a otro.

—No lo es —repitió Francis a lo que Brookshire soltó un bufido burlón.

Se inclinó hacia Alec una última vez antes de marcharse. Lo contempló un momento y se puso de cuclillas para cerrarle los ojos que habían quedado parcialmente abiertos.

Le habría gustado explicarle que para él siempre había sido un hermano a pesar de no saberlo. Que lo habría reconocido de haberse enterado antes y no habría tenido problemas en darle el lugar en la familia que se merecía. Nunca podría haberle cedido *su* lugar, porque iría en contra de las leyes, pero de haber sido solo su decisión tampoco habría flanqueado al entregarle el título. Alec tendría que haber sabido todo eso. Francis se negó a recargar esa culpa en sus hombros, no se responsabilizaría por los errores de su padre, él era una persona distinta.



## CAPÍTULO 39

Melanie salió del cuarto de Francis mientras el médico y Parker se quedaban con él para que lo atendiera. Había deseado acompañarlo, pero su esposo le había dicho que era una experiencia que era mejor ahorrarse. Después de todo, tratar una herida de ese tamaño y cauterizarla luego no era nada agradable.

Bajó al piso inferior y se encontró con la señora Hargraves saliendo de la sala en la que había dejado a Frannie con la Condesa viuda.

—¿Por qué no te acuestas un rato y descansas? Cuidaremos a la niña por ti, te ves exhausta.

—Y lo estoy —respondió Mel mirando hacia la escalera—, pero voy a esperar a que el médico termine de ver a Francis, necesito saber que estará bien.

—Un hombre valiente, tu marido, al fin mostró que sirve para algo —comentó la anciana y le robó una risa.

—Qué bueno que al fin te das cuenta, Nana. Es el mejor hombre que podría haber conocido jamás.

—Si tú lo dices.

Mel ladeó la cabeza, divertida. Pero enseguida pareció recordar algo y volvió a su expresión nerviosa.

—¿Puedo decirte algo, Nana?

La mujer asintió, extrañada.

—Por supuesto.

La sonrisa de Melanie se volvió tímida.

—Te quiero. Creo que nunca te lo había dicho, pero cuando creí que no volvería a verlos, me prometí que si tenía la oportunidad, por mínima que fuese, lo haría.

La mujer la contempló conmocionada y Mel, sin agregar nada más, se inclinó a abrazarla.

—Yo también te quiero, Melanie. Y lamento mucho si alguna vez te hice daño, pero siempre hice lo que creí lo más correcto para ti.

Ella asintió.

—Y yo lo sé, Nana. Ahora sé que una madre haría cualquier cosa por una hija, y tú siempre has sido mi mamá aunque no te llame así.

La Condesa no dejó de sonreír en ningún momento. Terminó por despedirse señalando la habitación de al lado y fue a encontrarse con Frannie, aunque eso significara tener ver a su suegra.

Cuando ingresó a la sala encontró a Annabeth mirando por la ventana con la bebé en brazos. Frannie parecía dormida, después de tanto llorar hasta se había dormido sin su madre y sin alimentarse. La pobrecita debía de estar agotada, pero no dudaba que despertaría pronto exigiendo que llenaran su pancita.

—Gracias por cuidarla —dijo cuando la Condesa viuda notó su llegada.

Annabeth se movió de la ventana dejando la cortina abierta para que entrase un poco de luz. Era un día precioso, el sol brillaba en lo alto del cielo dándoles la calidez que tanto necesitaban los miembros de esa familia y todos los habitantes de esa casa.

—¿El médico está atendiendo a Francis? —preguntó sentándose en un sofá.

Mel hizo lo mismo, estaba tan cansada que no sabía cómo continuaba manteniéndose de pie.

—Sí, me han hecho salir de la habitación.

—Es lo mejor —coincidió la mujer—. No quieres ver esas cosas, te dolerían más a ti que a él. ¿Por qué no te recuestas un rato?

Mel pensó que de verdad tenía que lucir muy mal para que todos se lo estuvieran recordando a cada segundo.

—Voy a esperar a que el médico termine.

Pero el solo hecho de estar sentada en el sillón hacía que su cuerpo le reclamara con más fuerza las horas de sueño que le hacían falta.

—No te he preguntado cómo te encuentras. —Oyó decir a su suegra y estuvo a punto de hacer una mueca.

¿Desde cuándo le importaba cómo estaba? Pero no pronunció ningún comentario mordaz, no quería discutir, sabía que la única que terminaría perdiendo sería ella.

—Estoy bien, creí que no volvería a ver a mi hija ni a mi esposo nunca más, pero aquí estoy. Me siento agradecida. —Cuando habló, lo hizo más para sí misma que para darle una respuesta.

Annabeth supo que ella tenía toda la culpa de la distancia que Melanie había decidido mantener. Solo le devolvía lo que ella le había dado en un comienzo.

—Debería poner a Frannie en su cuna —dijo la más joven mirando a su hija—. Le agradezco que la haya cuidado por un rato.

—Mira, Melanie, sé que no me porté nada bien contigo desde que llegaste a esta casa —musitó mientras le pasaba a la pequeña—. Quisiera disculparme.

Mel alzó la cabeza de golpe y la miró sin poder ocultar su asombro. Se obligó a no decir nada, no tentaría la suerte para terminar arruinando lo que le había parecido imposible.

—Cuando te conocí, creí que solo ibas tras la fortuna de mi hijo, que eras de esas mujeres que logran controlar a sus esposos y terminan haciendo lo que quieren con ellos. Los llevan a la ruina.

Mel soltó una risa, porque no podía imaginar que alguien pudiese creer algo así de ella.

—¿De verdad me veía como ese tipo de mujer?

—Al principio creí que sí, no podía explicarme por qué mi hijo se había casado casi a escondidas y tan repentinamente. Y estaba la forma en la que actuaba contigo, parecía tan... enamorado, encaprichado, no lo sé. Pero más adelante, entendí que estaba equivocada, pero seguía viendo algo extraño en esa relación.

Las alarmas la asaltaron.

—¿Qué cosa?

—Es difícil de explicar lo que ve uno desde afuera, y no es importante tampoco. Lo que interesa es que ahora lo entiendo, y sé que debo disculparme contigo. Espero que entiendas que lo único que deseaba era ver a mi hijo feliz y en paz. No tuvo una infancia fácil, nunca pude protegerlo y tanto como con Emmeline, cuando me sentí capaz, intenté hacer lo mejor para ambos. Sin embargo, a veces los hijos son demasiado jóvenes para medir las consecuencias de sus actos.

—Como Francis al casarse conmigo.

—El matrimonio es para siempre y uno puede equivocarse mucho a la hora de elegir, debido a su ingenuidad, a la ceguera que producen los enamoramientos. Voy a contarte un secreto —propuso Anna—: mi madre no quería que me casara con el Conde. Hasta último momento insistió e insistió en que había algo que no le gustaba de él. Nunca la escuché, hasta que llegó el momento en el que me di cuenta de que tenía toda la razón.

—Usted cree que Francis cometió un error al casarse conmigo.

—Lo creía —aclaró—. Ya no más.

—¿Y qué la ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Mel tratando de no mostrar lo nerviosa que se sentía.

—Saber quién eres —compuso Annabeth soltando un suspiro—. Mi hijo no fue de gran ayuda las veces que le pregunté sobre ti. Él no comprendía la necesidad que tiene uno, como padre, de conocer ese tipo de cosas. Anoche la Señora Hargraves me contó un poco más sobre tu familia y sobre ti.

Melanie retuvo el aliento.

—¿Eso hizo? —articuló.

—Ahora sé quién era tu padre, con algunos detalles logré recordarlo. Lo conocí hace un tiempo en Londres, muchos años atrás. Un hombre peculiar, no le gustaba hablar mucho con las mujeres, creo que nos creía algo inferiores y que dedicarnos unos minutos era una pérdida de tiempo.

—Él jamás perdía su tiempo conmigo —comentó Mel—, siempre estaba lejos. Pienso que mi madre lo decepcionó mucho no dándole un heredero como primer hijo y muriendo antes de poder darle otro. Yo solo fui una molestia.

La mujer mayor posó una mano sobre las de ellas que acunaban a Frannie.

—No pienses en eso, no vale la pena.

Ella asintió sabiendo que tenía razón, mas no quiso dejar el tema principal atrás.

—¿Entonces, porque recuerda a mi padre ha decidido que no soy tan mala como usted creía?

—La señora Hargraves también me contó sobre lo que sucedió luego de que el Vizconde falleciera.

De no haber tenido a Francesca consigo, Mel se habría puesto de pie de un salto. Decir que la había sorprendido era poco.

—¡Ella no se atrevería! —exclamó en voz baja para no sobresaltar o despertar a la niña—. Eso es algo muy privado, no tenía derecho a...

Annabeth la cortó.

—No era su intención ofenderte, Melanie, lo único que hizo fue decirme que este sujeto que te ha causado daño fue el sucesor de tu padre. Tu nana mencionó que no hizo tu vida nada fácil mientras estuvo allí. —Se apresuró a aclarar—. Yo solo me di una idea de lo demás.

Agitada por los nervios, Mel se levantó despacio tratando de mantener el equilibrio.

—Esto no es algo de lo que quiera hablar, milady. Le ruego que me disculpe.

—Melanie —susurró la Condesa levantándose también—. Nadie pretende juzgarte, al contrario, solo quiero ayudarte. Por favor, siéntate y escúchame.

Tomándola por un brazo hizo que volviera a sentarse con cuidado. Mel obedeció resignada, pero sin nada de ganas de oírla.

—Sé que es difícil —comenzó sentándose cerca de ella—. Si Francis te habló sobre su padre, sabrás que para mí no fue nada fácil tampoco. Y como tú, no tuve nada de ayuda. Lo que quiero decir es que entiendo por lo que pasaste.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no lo sabe, no puede entenderlo. Usted se casó, fue diferente, este hombre se metió en mi casa, apareció días después de enterarme que mi padre había muerto. Creí que quizá él ocuparía el lugar que mi padre nunca había tomado, en cambio..., lo invadió todo. Esos meses fueron una pesadilla. Y nunca supe por qué, qué fue lo que le hice.

—Nada, tú no hiciste nada —dijo acariciándole el cabello—. Y tienes razón, no es lo mismo, te quitaron muchas cosas de las que yo sí pude disfrutar, pero ahora podrás recuperarlo. Tal vez no todo, pero Francis te dará lo que le pidas.

Melanie miró a Frannie que comenzaba a removerse en sus brazos.

—¿Qué podría pedirle? Ya tengo todo lo que necesito.

Annabeth sonrió con ternura.

—Hay muchas cosas que no conoces. Londres, las fiestas, viajar por el continente. Puedes permitirte todo eso y mucho más.

—Viajar desde Kemble con Frannie fue extenuante, no creo que ir al continente sea mucho mejor.

—No hablaba de llevarla, Melanie. En unos meses no necesitará tanto de ti y...

Mel había ido acentuando su ceño fruncido con cada palabra de su suegra y terminó interrumpiéndola cuando decidió que no necesitaba escuchar más para comprender lo que quería decir.

—No voy a dejarla como lo hicieron conmigo, no necesito ir a ningún lado para ser feliz, aquí estoy muy bien

Anna asintió y no dijo nada más al respecto. Los sueños de algunos eran muy distintos a los de otros. Ella había deseado viajar y recién había podido cumplirlo en compañía de su hijo hacía casi dos años.

—Está bien, lo entiendo. Solo espero que algún día podamos llegar a ser amigas y quiero que sepas que lamento mucho la forma en la que te traté antes.

—Y con lo que sabe ahora, ¿no cree que es aún peor? Si alguien se entera...

—Nadie lo sabrá —replicó Annabeth—. Y me alegra que él te haya encontrado. Lo haces muy feliz y será capaz de hacer que olvides todo lo que te sucedió.

Mel sonrió porque sabía que era cierto. Y ella no era rencorosa, no perdería la oportunidad que la mujer le ofrecía, pues significaba que por fin todo se arreglaba y podía tener la familia que tanto había deseado.

\*\*\*

Francis abrió los ojos y lo primero que vio fue el bello rostro de su esposa. Estaba acostada a su lado y lo contemplaba mientras le acariciaba una mejilla. Melanie le devolvió la sonrisa pero no le dijo nada.

Hacía ya dos días que pasaba la mayor parte del tiempo dormitando, el láudano le provocaba ese efecto y también toda la sangre que había perdido. Había tenido que tomarlo después de que el médico le sacara la bala que había quedado incrustada dentro del brazo y cauterizara la herida. Una experiencia que no deseaba repetir, otra cicatriz que añadir a la colección, pero esa era muy diferente a las demás, tenía un significado distinto.

—Estoy viendo a un ángel —compuso girándose hacia ella.

—Aquí el único ángel eres tú —respondió Melanie acercándose para besarla en una mejilla—. ¿Cómo te sientes?

—Muy malcriado, me estás malacostumbrando. Cada vez que abro los ojos, aquí estás tú.

—Y así espero que sea siempre —compuso en respuesta, y se apoyó sobre un codo para levantarse—. ¿Necesitas algo? Deberías comer algo.

Francis la detuvo antes de que terminara.

—No te vayas, lo demás puede esperar. Solo hay una cosa que necesito y es un beso de mi esposa.

Melanie soltó una risa en respuesta y se acercó a su boca. Le rozó los labios con los suyos y se retiró antes de que Francis pudiese llegar a responderle. Él protestó y utilizó el brazo sano para retenerla y estrecharla contra su cuerpo. Ni remotamente la posición más cómoda, pero la necesitaba tanto que no le importó. Ansiaba despejarse de toda prenda que los separara, pero no estaba en condiciones de nada, eso tendría que esperar.

—Te amo, Melanie. Nunca, nunca vuelvas a dejarme —le dijo casi sin dejar de besarla.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo miró a los ojos.

—Yo también te amo, Francis —susurró—. Creí que no volvería a verte y tuve tanto miedo... Lo único en lo que podía pensar era en que no te había dicho lo mucho que te quería.

—No tienes que decirlo, yo ya lo sé. —Hizo una pausa y se arrepintió. No había elegido las palabras correctas—. Pero me gusta oírlo de tus labios.

La boca de la Condesa se curvó de una forma que a Francis le pareció deliciosa.

—Te amo —repitió—. Te amo, Francis.

Ahora conocía su significado y todo lo que implicaba. Las novelas que había leído se quedaban cortas en sus descripciones. El amor iba más allá de los detalles bonitos o esos sentimientos que parecían superficiales en comparación con lo que ella sentía por él. El amor era confianza, compromiso, entrega. No había sacrificios, porque cuando uno amaba esa palabra carecía de sentido. Uno podría dar su vida por el otro sin importarle, pero había aprendido que para amar a alguien más, el primer paso era quererse y respetarse a sí misma. Era un sentimiento demasiado profundo como para ser vencido por cualquier otro. Tenía varias formas, pero al final, era lo más valioso que alguien podía hallar en su camino.

Se miraron a los ojos por un largo rato sin hacer otra cosa más que disfrutarse. Francis terminó por darle un beso en la frente y acurrucarla contra él. Melanie suspiró llena de placer y sonrió devolviéndole el beso depositándolo sobre su cuello.

Después de tanto, había encontrado su lugar en el mundo, el sitio al que pertenecía.

Y ese era junto a él.



*Siete años después*

—¡Mamá, esto es muy aburrido! ¿Por qué no puedo salir con papá y Matt a cabalgar?

Mel quitó los ojos de su bordado y miró primero a su hija y luego el trabajo que se suponía que debía estar haciendo. Terminó por soltar un suspiro de resignación al ver que no había avanzado mucho en la última hora. Tenía que escribir su nombre, solo eso. El día anterior apenas había conseguido formar una dudosa y torcida «f» y ese día a duras penas había hecho una «r».

A Frannie no le gustaba bordar y no dejaba de demostrarlo. Por lo único que lo intentaba, o fingía hacerlo, era por ella y por su abuela. Pero prefería mil veces subirse al poni que le había comprado su padre cuando había cumplido cinco años y seguirlo a cualquier parte.

—A mamá también le gusta pasar tiempo contigo, cariño.

Esa sin duda fue la respuesta acertada. Frannie se levantó del sofá y se pasó al de ella, poniéndose de rodillas para abrazarla.

—Yo te quiero mamá, no te pongas triste —dijo mirándola con esos grandes ojos marrones—. Te quiero mucho, pero esto no es divertido. Y a ti no te gustan los caballos, tan bonitos que son.

—¿Tan, tan, tan aburrido? —insistió Mel.

Francesca hizo una mueca de resignación y negó con la cabeza.

—*Muuuy* aburrido, mami —contestó alargando la «u». Sin dejar de abrazarla, miró el trabajo de su madre y arrugó la frente—. ¿Por qué estás haciendo patitos en esa mantita? A Matt ya no le gustan los patitos, tendrías que hacerle un caballo o una espada. Aunque igual esa manta es muy pequeña para él.

Su tono delataba que estaba cada vez más confundida.

—¿Y cómo sabes que es para Matt?

Frannie se encogió de hombros y la observó aguardando una respuesta.

—¿Quieres que te cuente un secretito? —Enseguida, sin perder el tiempo, la niña asintió varias veces y se preparó para oírlo todo—. Pero no tienes que contarle a nadie, ¿entendido?

—A nadie —pronunció solemne.

Mel la sentó en sus piernas y se acercó mucho a ella para poder hablar lo más bajito posible aunque estuvieran solas.

—Matt y tú van a tener un hermanito en unos meses —susurró—. O una hermanita, quién sabe.

Frannie soltó una exclamación y una sonrisa fue ocupando todo su rostro angelical.

—¿Un bebé? ¿Por eso los patitos?

—A ti y a Matt le gustaban los patitos. Tenía muchas ganas de volver a hacerlos.

Pero ella seguía sorprendida, emocionada.

—¡Un bebuto, mamá! —Se levantó y le tomó una mano para hacerla poner de pie también. La estudió atenta y la tocó en la zona del vientre escondida debajo de toda la tela—. ¿Por qué no estás gorda como tía Emmie? ¿Dónde está el bebé?

—Ay, cariño —respondió arrugando la nariz. En sus últimos meses de embarazo, a Emmeline sin duda no le habría hecho gracia que le dijera que estaba gorda, aunque parecía que estar embarazada era su estado favorito—. Cuando el bebé empiece a crecer, lo notarás, ahora está muy pequeñito.

No fue una explicación que llegase a comprender del todo, pero las dos terminaron girándose al mismo tiempo cuando la puerta de la sala se abrió y Matthew ingresó corriendo delante de su padre, que se veía exhausto. Francesca no pareció percatarse de ello y corrió hasta él con su sonrisa radiante de siempre.

Melanie había aceptado que Frannie amaba a su padre más que a nada. Más que a sus muñecas, sus vestidos e incluso al horrible caballo que tanto cuidaba. Bastaba una sonrisa de Francis para que ella estuviera en las nubes olvidando cualquier mal. Un golpe, el aburrimiento, una rabieta. Todo se curaba con él. Y a Mel le encantaba, adoraba verlos juntos porque le recordaba todo lo que él había hecho por ella y seguía haciendo. Se merecía todo ese cariño incondicional, en especial de Frannie, porque él le había entregado su amor a pesar de todo.

Ella nunca sabría la verdad, jamás le rompería el corazón diciéndole que él no era su verdadero padre. No importaba de dónde viniera la semilla, los cuidados y el afecto eran lo importante.

Luego estaba el pequeño Matt, el futuro conde de Welltonshire. Había llegado dos años después de Francesca y había sido como una bendición. Era su último gran deseo, darle un hijo de sangre al hombre que amaba. Y que fuese un varón lo había hecho incluso mejor. Por tonto que pareciera, para ella era muy importante poder darle el heredero que necesitaba aunque Francis nunca hubiese hecho mención del asunto antes.

—Aquí está mi príncipe —dijo agachándose para abrazar a Matt, que le mostró las tres galletas que llenaban sus manitos—. ¿De dónde has sacado eso?



—Las robamos en la cocina, mami —explicó con una sonrisa traviesa—, para ti y para Frannie.

Le extendió dos y trató de subirse al sillón. Mel terminó por ayudarlo y lo observó comerse la galleta restante y relajarse sobre los almohadones.

—¿Papá y tú se cansaron mucho afuera?

—Me llevó en su caballo y después jugamos a atraparnos —soltó riendo, pero con la vista fija en sus manos—. Papá es lento, no puede atraparme. ¿No comes la galleta, mami?

Mel volvió a extenderlas hacia él.

—Creo que tú estás más hambriento. —Matt asintió varias veces y las tomó de nuevo dejándolas a un lado.

Su abuela se horrorizaría viendo la cantidad de migas que estaba dejando, pero a ella le daba igual.

Francis recibió a su hija y se puso de rodillas en el piso para estar a su altura. Usualmente la alzaría, pero esa tarde estaba muy cansado como para intentarlo.

Lo maravilloso de encontrarla después de haber estado lejos por unas horas eran sus recibimientos. Lo abrazaba como si hubiesen pasado meses y luego le daba esa sonrisa con la que lo conquistaba siempre.

—Tengo un secreto, papi. Mamá me contó un secreto y es tan lindo que no te lo imaginas —dijo dejando salir las palabras a borbotones.

¿Un secreto? Mel estaba con Matt y no los estaba oyendo. Si se daba prisa podría sacárselo antes de que ella llegara, o quizá, si era más prudente, detendría a Frannie para que continuase de esa forma. Si Melanie le había dicho que se trataba de un secreto, era porque debía de permanecer así.

—No me lo imagino, amor, ¿estás segura de que puedes contármelo?

—No lo sé —musitó apretando los labios. Y más que un gesto pensativo, a Francis le pareció que estaba haciendo un gran esfuerzo por no hablar.

Ella bien podría ser hija de Emmeline, nadie diría nunca que ni siquiera estaban emparentadas por sangre. Tenía ese carácter vivaz, atrevido. No le temía a nada y, por encima de todo, desobediente podría ser su segundo nombre.

—Entonces no deberías contarme.

Ella apretó los puños y dio un saltito antes de rodearle el cuello con los brazos y acercar la boca a su oreja.

—Vamos a tener otro bebito para cuidar. Mamá dice que Matt y yo vamos a tener un hermanito.

Se alejó de él con otro brinco y dio palmadas en el aire sin dejar de sonreír.

—¿No es lindo? —gritó esta vez. La emoción la había dominado y no había podido aguantar—. ¿No estás muy, muy, muy feliz, papá?

Melanie la había estado observando y se había preparado para eso. Cuando había hablado con su hija, su intención nunca había sido la de conservar ese secreto que sabía desde hacía días. Frannie no podría guardarlo, era un trabajo imposible para ella, más difícil que quedarse quieta o callada por más de cinco minutos.

Se acercó a ellos antes de que Francis se desmayara de aturdimiento y habló haciendo que la niña diera un respingo.

—Estoy segura de que papá está muy contento, aunque yo no tanto. Eres muy mala guardando secretos, hija.

La niña la miró con cierta culpabilidad, pero la alegría ganaba a todo sentimiento.

—Ahora papá también va a guardar tu secreto, mami, no tengas miedo. Y Matt, ¿le puedo decir a Matt?

—Mejor será que le busques un vaso de leche. ¿Puedes hacer eso por mí? No queremos que le queden atoradas todas esas galletas en la garganta.

La pequeña castaña miró a su hermano, concentrado en comer, y soltó un bufido sacudiendo la cabeza. Se levantó el vestido y echó a correr enseguida. Una damita no tendría que correr como un criminal por los pasillos de la casa. En algún momento debería corregirle esos modales, pero tendría que hallar la forma de hacerlo sin comprometer ese brío que poseía, sin apagar esa luz que irradiaba.

Francis se fue levantando y ella se volvió para encontrar su expresión de sorpresa.

—De todos los secretitos que podría haber imaginado, creo que ninguno era tan maravilloso como este.

Ella le sonrió en respuesta y dejó que la abrazara por la cintura.

—Ha pasado tanto tiempo que no creí que pudiera volver a suceder. Había perdido la esperanza.

Francis le acarició la mejilla con el dorso de un solo dedo.

—La esperanza es lo único que nunca debemos perder, ¿no te lo he dicho antes?

—En esto parecía lo más sensato.

—Entonces diré que estoy feliz de no tener demasiada sensatez —musitó bajando los labios a los de ella y tocándolos apenas con los de él. Un suave roce para robarle un suspiro de esos que le encantaban antes de tomar su boca como correspondía.

Matt estaba de espaldas y podría pasar un largo rato antes de volver a prestarles atención. Un rato que a él le gustaría aprovechar a fondo.

—¿Esto significa que estás feliz por la noticia? —preguntó Mel entre beso y beso.

—¿Necesito decirlo? —cuestionó el Conde acariciándole la espalda y pegándola a él como si de esa forma pudiesen fundirse en uno—. ¿O me dejas demostrártelo?

Melanie movió la cabeza y él continuó besándola en el cuello hasta hacerle cosquillas. Sintiendo unos pasos apresurados acercarse por el pasillo tuvieron que separarse, pero él no dejó de mirarla con una mezcla de anhelo y deseo.

Inhalando y tocándose las mejillas que no tardaban en sonrojarse, Mel lo miró de soslayo.

—Me parece que prefiero que me lo demuestres cuando estemos a solas.

Francis la cubrió con un solo brazo y pegó los labios a su oído.

—¿Te cuento un pequeño secreto, esposa? Será todo un placer.